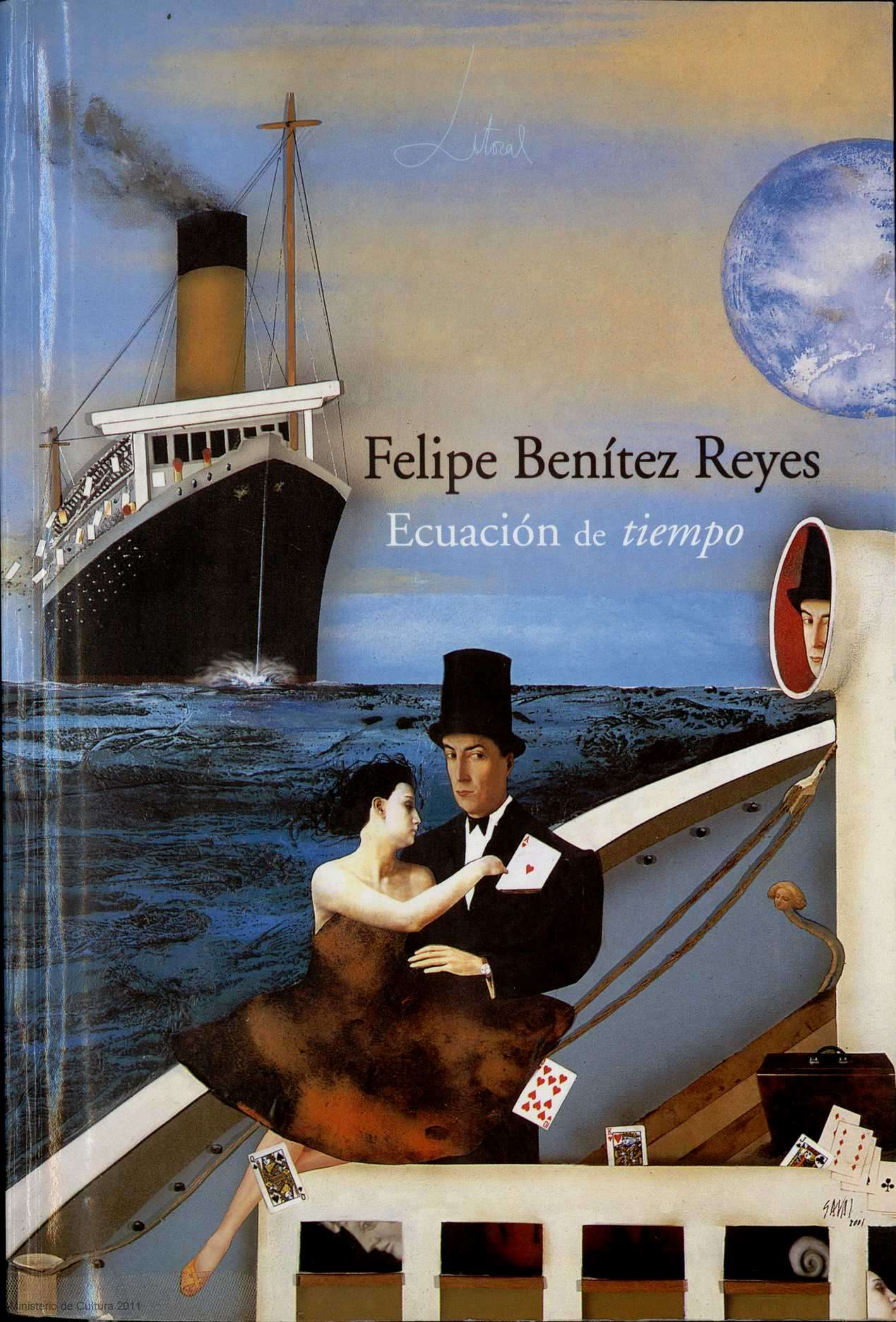


Litoral

Felipe Benítez Reyes

Ecuación de *tiempo*



litoral

Revista de la Poesía,
el Arte y el Pensamiento

En memoria de José María Amado

Dirige
Lorenzo Saval

Adjunta a la dirección
María José Amado

MAQUETACIÓN Y DISEÑO
Miguel Gómez Peña, S. L. y
Lorenzo Saval

Asesor literario
José Antonio Mesa Toré

EDITA
Revista Litoral, S. A.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Pilar Salado
Urb. La Roca, 107 C
29630 Torremolinos. Málaga
Tel. 95 238 82 57
Fax. 95 238 07 58
litoralr@teleline.es
www.apex-es.com/litoral

DISTRIBUCION

Les Punxes
Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona
Tel. 93 485 63 80
Fax 93 300 90 91
punxes@fedecali.es

A. Machado Libreros, S.A.
(Comunidad de Madrid y
Castilla La Mancha)
Tomás Bretón, 55, 28045 Madrid
Tel. 91 468 10 11
Fax. 91 468 10 98
visordis@visordis.es

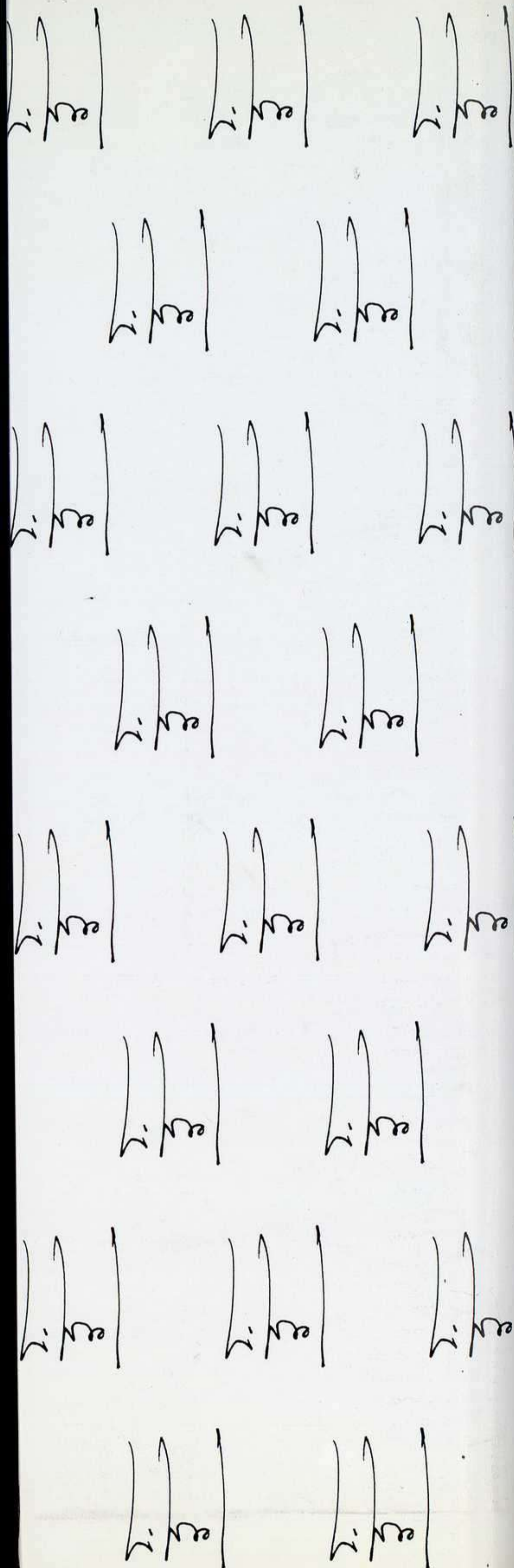
IMPRIME

Graficas San Pancraccio, S. L.
Orotava, 17. 29006 Málaga
Tel 95 234 24 00/04

COMPOSICION

MGP, S. L.
Paseo de Reding, 45, 1ª 4B
29016 Málaga
Tel./fax. 95 260 28 73
mge-mn@teleline.es

D. L.: MA-128-1968
ISSN: 0212-4378
CIF: A-29183050
VAT-ES-29183050



229-230



LITTORAL

REVISTA DE LA POESÍA, EL ARTE Y EL PENSAMIENTO

Levin
Levin

S.A.



Felipe Benítez Reyes

Ecuación de *tiempo*

Edición de José Antonio Mesa Toré

Foto Gloria Rodríguez. Tokio, 2001

Ecuación de tiempo / Sumario

- 4 Introducción, JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ
Ilustraciones, RAMÓN GAYA
- 13 Un castillo confortable**
FELIPE BENÍTEZ REYES
Ilustraciones, JUAN VIDA
- 22 Último rumbo**
(cuatro poemas inéditos)
FELIPE BENÍTEZ REYES
Un gesto de gratitud 23
Infancia 24 Dos 26 El momento en que la noche termina 27
Ilustra, RICARDO CADENAS
- 29 La voz tras el cristal de color ámbar**
(relato), FELIPE BENÍTEZ REYES
Ilustraciones: DÍAZDEL y CHEMA COBO
- 34 Prontuario** (provisional de términos literarios para uso escolar o extraterrestre)
FELIPE BENÍTEZ REYES
Ilustraciones, DÍAZDEL
- 49 Coordinadas**
- 50 El amigo particular,
LUIS GARCÍA MONTERO
- 57 Felipe Benítez Reyes una leyenda sin DNI,
VICENTE GALLEGO
- 59 Imágenes para F. B. R.,
LUIS ANTONIO DE VILLENA
- 61 Felipe y nosotros, BENJAMÍN PRADO
- 63 Por las venas de Felipe,
EDUARDO MENDICUTTI
- 66 Episodios de noctambulía,
CARLOS MARZAL
- 86 La maldita certeza de Felipe Benítez Reyes,
PEDRO ZARRALUQUI
- 88 Cronógrafos**
- 90 El billar infinito de Felipe,
FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO
- 95 La propiedad del paraíso,
JOSÉ CABALLERO BONALD
- 98 Las extravagancias del alma, las vulgaridades del cuerpo,
ALMUDENA GRANDES
- 100 En dos tiempos,
ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN
- 111 Estrategias de la imaginación,
ANA RODRÍGUEZ FISCHER
- 118 Un mendigo busca monedas entre el lodo de la fiesta,
JOSÉ LUIS GONZÁLEZ VERA
Ilustraciones, JOAQUÍN SAENZ, PEDRO SERNA, JUAN VIDA, CARLOS LAINEZ y LORENZO SAVAL
- 128 Catavientos**
- 129 Nebelglanz, JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ
- 131 A Felipe Benítez Reyes,
FRANCISCO BEJARANO
- 132 Los placeres inferiores,
FRANCISCO BRINES
- 133 F. B. R., MIGUEL D'ORS
- 134 Tesalónica, MARÍA VICTORIA ATENCIA
Ilustraciones, MANUEL ANTONIO BENÍTEZ REYES
- 135 Contraseñas**
- 136 Un paréntesis inglés, JUAN LAMILLAR
- 139 Pasen y vean (*Retrato medio cubista de Felipe Benítez Reyes*), ANDRÉS TRAPIELLO
- 142 De cuando a Felipe Benítez Reyes le fue concedido el Premio Miguel de Cervantes, ÁNGEL GARCÍA LÓPEZ
- 145 El gaditano impasible, ANTONIO SOLER
- 146 ABC del poeta, JUSTO NAVARRO
- 147 F.B.R. (Apunte urgente),
JOSÉ DANIEL M. SERRALLÉ
- 149 La llave, LUIS MUÑOZ
- 151 Una misión, JUAN MANUEL VILLALBA
- 153 El señor del ocaso,
JOSÉ JULIO CABANILLAS
- 155 El cuarto de Rota,
JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA
- 157 Un brindis, JOSÉ MATEOS
- 159 Un viaje por Oporto,
ENRIQUE VILA MATAS
- 161 El mundo en un bibelot, FERNANDO IWASAKI
- 166 El hombre que fue reyes (relaciones privadas), FÉLIX ROMEO
- 169 Deslumbramientos,
JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

3750

- 172 *Mentiras imposibles*, VICENTE TORTAJADA
- 178 *Carta a la redacción (No autorizada)*
HIPÓLITO G. NAVARRO
Ilustraciones, PILAR BERNABEU
- 181 Estuarios**
(Correspondencia de ausentes)
- 182 *Madrid 22 de mayo de 1993...*,
CLAUDIO RODRÍGUEZ
- 183 *Palabras adentro, 1999*, FBR
- 184 *Dedicatoria a F. B.*, RAFAEL ALBERTI
- 184 *El mantel del poeta*, FBR
- 186 *Honorarios*, FERNANDO QUIÑONES
- 186 *De mares y de muertos, 1996*, FBR
- 189 *Barcelona, 25 de septiembre de 1984*,
JAIME GIL DE BIEDMA
- 190 *Jaime Gil de Biedma: La muerte como
argumento fracasado*, FBR
- 192 *Desde los vanos mundos (dibujos)*, FELIPE
BENÍTEZ REYES & PABLO GARCÍA BAENA

194 La mano en la chistera
*(Cuestionario a FBR
por LORENZO SAVAL)*

198 Antología privada
Felipe Benítez Reyes
El mercader 199 *La bala de plata* 200
El atlas 200 *Advertencia* 201
La desconocida 202 *Las ilusiones* 203
Elegía 204 *Encargo y envío* 204
Duermevela 205 *En contra del
olvido* 206 *Noche de san
Juan* 207 *Infancia* 208
Valor del pasado 208
La condena 209
El poema 210
*La edad de
oro* 211
*Acerca del
amor por las
lolitas* 213

- 217 Fragmentos narrativos**
Felipe Benítez Reyes
- 218 *Guerrilla literaria en el Europa*
- 220 *El duende hablador y la cabeza parlante*
- 224 *El pie de Lali*
- 226 *Humo*
- 228 *Aparición anómala de Walter Arias*
- 230 **Otra vida improbable** Lucky Johnson
Junior, rey del delta
Felipe Benítez Reyes
- 236 Cronómetro** *(Álbum fotográfico)*
- 248 Bengalas en el aire** *(Bibliografía)*

CD
MMI
Letra Felipe Benítez Reyes
Música Trevor Morais
Voz Elkie Brooks



TENER la sensación mientras lees una página de que se abre una puerta, y esa puerta es la de una habitación con estilo propio y en la que las cosas, perfectamente ordenadas o desordenadas, conforman un mundo diferente a los que ya conocemos, personal, intransferible; y al fondo de la habitación, hay otra puerta que se abre al pasar la página mostrando un mundo parecido pero distinto al anterior, y luego más puertas, una tras otra. Tener la sensación, mientras se lee, de que has entrado en un laberinto o en un palacio de sucesivas e infinitas habitaciones. Tener también la sensación de que viajas en compañía de personajes cuyas aventuras y desventuras son tus aventuras y desventuras, sin que percibas ni sientas ni pienses en que detrás de esos compañeros de viaje y de esas tribulaciones hay un autor con nota bio-bibliográfica. Tener la sensación, en fin, de que estás leyendo un buen poema o de que en el libro con el que te distraes la carroza cargada de fantasmas de todos los pelajes, o el niño con cola de cerdo, o el hombre que se acuesta en Amsterdam y se despierta en una calle de Melilla con un camisón de mujer sean tan posibles, tan verosímiles como tú. O quizá más que tú. Estos, y algunos más, son los regalos que uno espera de la literatura. Regalos poco frecuentes, porque parece que no hay tantos autores que derrochen el talento o que se lo gasten con sus lectores.

Sin embargo, desde que tengo memoria de la literatura de Felipe Benítez Reyes, título tras título, ya fuera libro de poemas, de relatos, de artículos, novela o ensayo, he tenido, como otros muchos lectores, todas esas sensaciones. Todos esos regalos para la imaginación. Y eso es así porque en cada página escrita por Benítez Reyes fluyen invisibles, como aguas subterráneas, el buen gusto del lector Benítez Reyes, el aprovechamiento de sus lecturas, la clarividencia para elegir sus maestros, el perfecto conocimiento de cómo funciona la maquinaria de cada género literario y, sobre todo, el hechizo que sobre él ejerce la literatura. Porque leyendo a Felipe se adivina sin esfuerzo cuánto ha disfrutado y disfruta como autor y como lector. La literatura entendida como una fiesta de placeres venenosos y en la que la inteligencia, de punta en blanco, ensombrece al ingenio o a las pasiones vulgares; o entendida, en definición suya, como «un viaje fascinante por un desconocido país de papel cuya descripción nadie podría entender del todo, porque cada cual lo cruza con su secreto equipaje de sombras».



Ramón Gaya Il crepuscolo, 1999

Como autor, Felipe Benítez Reyes nos abre la posibilidad de entrar en abigarrados países, en habitaciones llenas de objetos raros y curiosos o de cosas muy simples que coleccionadas por él adquieren pátina, y consigue que esos mundos, por propios, sean reconocibles para el lector, o que estén hechos, como escribe Miguel D'Ors en un poema aquí incluido, de «detalles que, de forma casual,/ traen al recuerdo el nombre/ de Felipe Benítez». Detalles que se engarzan en sus versos o en su prosa, y se repiten, y se transforman, y llegan a

la categoría de símbolos, de manera que quedan indisolublemente asociados a su firma y nos parecen a los lectores más de él que de ningún otro, por más que muchos de ellos procedan de los almacenes de la tradición con especial preferencia por los rescatados del tiempo modernista. Así las rosas y la luna, una bala de plata y un caballo de cartón, las librerías de lance, ciertas atmósferas crepusculares, un bibelot y los cines de verano, barcos y maletas, niñas perversas y mujeres desconocidas, fatales... El catálogo es extenso y, a veces,

un solo poema o un brevísimo relato contiene una montaña de esta quincalla, como en el muy ejemplar texto «Cuarto de trabajo», de *El equipaje abierto*. Este surtido de imágenes, este inventario inagotable de objetos, esta liana interminable de pañuelos de colores flotan en la páginas escritas por Felipe debido a que sigue mirando el mundo con la curiosidad que brilla golosa en los ojos del niño. Como a Ramón Gómez de la Serna, todo parece interesarle y todo lo colecciona. Actúa el escritor con el apetito del coleccionista y

con la ilusión de que el mundo, disperso en millones de figuras y matices, es una caja de sorpresas o un espejo que se mira en otro espejo. Su literatura sugiere un misterioso bazar, afirma Andrés Trapiello en su «Retrato medio cubista de Felipe Benítez Reyes». Bazar de cosas y de seres que en muchos textos, casi como marca de la casa, se expresa formalmente en extensas enumeraciones más o menos ordenadas. Esas palabras o esos conceptos obsesivos —lunas, rosas, atlas, fantasmas, naufragos, espejos...— acaban por devolvernos una imagen renovada del mundo, como sentimos la tierra después de la lluvia. Y están, libro tras libro, en un género y en otro, para desvelar, sugerir o cifrar, en su función simbólica, los temas que preocupan o seducen al autor.

Temas a los que se ha mantenido fiel durante veinte años de escritura, volviendo una y otra vez sobre ellos, matizándolos en cada nueva publicación con lo aprendido en cada paso de la vida, en cada experiencia que iban sumando los años, en cada destino al que conducía el viaje. Lo recuerda Luis García Montero, en

su artículo «El amigo particular», refiriéndose al primer libro de Felipe: «En los poemas de *Paraíso manuscrito* (1982) flota una extraña frescura juvenil, que no surge de la despreocupación y la irresponsabilidad, sino del deseo vertiginoso de tratar a la vez todos los temas importantes, de ajustar cuentas con la vida y la muerte, el sentimiento y la lucidez, la plenitud de los paraísos, la conciencia de su inevitable pérdida y la búsqueda de un lenguaje capaz de fijar las contradicciones que definen cualquier existencia». A lo largo de esos veinte años, y sin duda por el hecho mismo y acaso preocupante de que hayan volado veinte años, los versos se han ido poniendo más serios, más graves, más dolorosos en su reflexión. Es cierto que en *Paraíso manuscrito* y en *Los vanos mundos* (1985), tal vez por ese deseo vertiginoso del que nos habla García Montero, el tono del joven poeta es ya elegíaco, melancólico y hastiado. «Confidencias», el poema prologal de *Los vanos mundos* es ejemplo claro de ese leve hastío. Y textos como «El final de la fiesta», «En momentos sombríos», «El símbolo de toda nuestra vida» o «Lo fugaz» son precoces constataciones del paso del tiempo. Lamentación por lo perdido y sensación de desamparo ante el poder devastador del tiempo que, sin embargo, quedan difuminadas por el hecho de que la juventud, con sus prebendas de deseos, tentaciones e ilusiones immaculadas, late por debajo de ellas con una fuerza imposible de disimular.

Pero tan tempranamente ya están ahí porque, de acuerdo con la opinión de Jose Luis González Vera en «Un mendigo busca monedas entre el lodo de la fiesta», «toda la extensa obra lírica de Felipe no es más que una reflexión, con importantes variaciones a cada libro, sobre el paso del tiempo» y «los versos iniciales anticipan, en cierta manera, los poemas futuros y configuran, de este modo, una obra cerrada en que una serie de obsesiones van retomándose, variadas, a lo largo de unos poemarios que, en realidad, son sólo un poemario».

Lo que sucede es que conforme nos vamos acercando al momento actual libros como *El equipaje abierto* (1996) o *Escaparate de venenos* (2001) están dictados por el desengaño («Cada uno cumpliendo / la unánime condena de crear / paraísos ridículos, / cuando ya a la caída / de lo oscuro volvemos / a la dramática inocencia

/ de no saber qué hacemos en el mundo.»); por la conciencia de un tiempo, a lo Machado, homicida («El fugitivo tiempo / lleva ya su disfraz de delincuente»), que es veloz, de pies alados, lobo demente o viniendo con traje de luto a nuestro encuentro; por la certeza de que la vida es absurda o peligrosa («La esencia del amor es delincuente»); «para poder decirle, sin rencor, a la vida: / «Qué rara y qué fugaz, hija de puta.»»), tan



Ramón Gaya Venus del espejo, 1999

absurda que se convierte en un desdichado circo del que nosotros somos sus tristes payasos; por la inseguridad que la madurez otorga así como inesperado premio («¿Qué es la realidad?»); por el terror de tener que morir y por el terror, redoblado, de vivir. Así, o de manera parecida, lo han visto Antonio Jiménez Millán y José Julio Cabanillas en los artículos «Dos tiempos» y «El señor del ocaso». La juventud, cifrada en el verano y en la fiesta al borde de una piscina, ha pasado ya. Se acabó la fiesta, se fue el verano. Bengalas luminosas que se apagan prontamente en el cielo. Ahora «los días son

cristales que se rompen»; en este momento «nada sobrevive en la memoria / si no es en forma impura de ficción»; hoy «De todo comienza a hacer bastante tiempo». *Ecuación de tiempo* ha rotulado Felipe Benítez Reyes este escaparate de *Litoral*. No se lo pensó dos veces.

Si con José Mateos aceptamos que es en los poemas donde «un escritor se ve más obligado a ciertas sinceri-



Ramón Gaya Escultura, 1996

dades y confidencias, aunque lo haga, como Felipe lo hace, despistándonos con sus juegos de espejos o tras la máscara de la retórica y el artificio», estaremos de acuerdo en que Felipe cambia mucho en sus relatos y novelas, sobre todo porque a su ironía, que aparece de vez en cuando en sus poemas, suma un humor disparatado, corrosivo, hilarante, en la prosa. Y porque el género narrativo le permite dar rienda suelta a su fecunda imaginación, actuando según teoriza en el breve ensayo «Ideas de la novela», incluido en *Bazar de ingenios* (1991): «La mano del novelista ha de ser como

la del mago: que inicie el abracadabra y que, de inmediato, aparezca una nube de humo de colores, de manera que ni se vea el mago, ni la mano del mago ni nadie se acuerde siquiera de que allí hubo una vez un mago y se evidencie, simplemente, la magia».

El humor, aprendido en Cervantes, en Ramón, en Valle-Inclán, en Jardiel, en Borges, en Chesterton —ve Trapiello en el texto citado que «el fondo de su humor es un fondo triste que en cuanto se deja pensar acaba resultando desolador, como el de Cervantes, como el de Chaplin, un humor de solitario. Y su ingenio. Su ingenio es un ingenio de solitario»— y la capacidad desbordante de fabular —lo que le lleva a insertar dentro de la novela o del relato otras novelas o relatos casi independientes, así en *Humo*— le sirven para inventar una galería de personajes soñadores que arrastran la miseria de sus vidas sin poder cumplir sus deseos, de personajes zarandeados por el azar, o de figuras estrambóticas y extravagantes que se enfrentan a situaciones límite pero, no por ello, menos verosímiles. Que «una novela puede arran-

car de cualquier cosa», según se lee en el mencionado «Ideas de la novela», lo ejemplifica Felipe con el principio de *El novio del mundo* para demostrar acto seguido que lo que importa son los desarrollos y no los presupuestos iniciales. Observa Francisco Díaz de Castro, en «El billar infinito de Felipe», acerca de *El novio del mundo* que su autor «ha sabido mantener un difícil equilibrio a lo largo de las 461 páginas en las que Walter Arias, un Tristram Shandy degradado, nos cuenta en primera persona su vida entera y sus opiniones» sobre los temas más graves y también sobre los más insignificantes, frívolos o disparatados.

El personaje Walter Arias, vertiendo sus opiniones sobre la vida, se comporta de manera análoga al articulista Benítez Reyes. En «El mundo en un bibelot», Fernando Iwasaki le agradece a Felipe «la irreverente capacidad de entreverar los asuntos más solemnes con los más triviales» en sus artículos y apostilla que «no cultiva el género de la columna sino más bien cultiva sus géneros en la columna», de modo que cualquier artículo suyo puede ser un relato

diminuto, un poema en prosa o un cóctel de crítica, poesía y ficción.

La literatura que resulta de toda esta combinación de naipes, la literatura de Benítez Reyes, encandila a los lectores con su magia sin que los trucos se perciban. Y sin embargo, para conseguir esa naturalidad es necesario trabajar meticulosamente con el artificio. En todos los géneros en los que se desenvuelve ha sabido dejar una huella personal, un tono reconocible, una voz creíble. Con otros poetas de su generación, ha contribuido a la normalización de la poesía en nuestra lengua, dejando muy claramente dónde están los límites entre una poesía posible en nuestro tiempo y una poesía tirititera, tiranizada por el gusto al vacío o a la verborrea, trufada de oscuridad o de complicados juegos de estilo. Afirmando que «sería estupendo que se comenzase a considerar la práctica de la poesía no como el desahogo sentimental de personas enamoradizas o como la salida vocacional de sensibilidades pintureras, sino como lo que realmente es o puede llegar a ser: un ejercicio de la inteligencia», Benítez Reyes ha

cooperado en devolverle al poeta su verdadero papel y su dignidad. En la narrativa, frente al realismo crónico de nuestra literatura, ha sabido abrir cauces a la imaginación, propiciando el entretenimiento y la risa mientras profundizaba en el alma compleja —esa tara insufrible del cuerpo— de los seres y de las cosas, logrando, en opinión de Almudena Grandes, que su prosa sea «la más brillante, la más personal, la más envidiable y seguramente, también, la más envidiada, de todas cuantas han producido los escritores españoles de su generación».

Razones suficientes para que en *Litoral* decidiéramos invitar a Benítez Reyes a hacer un número monográfico sobre su obra. Hará dos años de la noche en la que coincidiendo en un garito de jazz en Málaga y llevando yo bajo el brazo el *Litoral* dedicado a Luis García Montero, todavía con olor a tinta fresca, se me ocurrió, en vista de que la noche estaba tacaña en lo referente al aroma de calcetines adolescentes o al escalofrío de miradas perversas, hablar de literatura y proponerle a Felipe publicar esta *Ecuación de tiempo*. Y ha

necesitado su tiempo pergeñar el proyecto, ponerse en contacto con los escritores y pintores que queríamos que colaborasen, decidir en qué iba a consistir la aportación del autor (si dinero o si textos y fotos inéditas) y, en fin, el largo etcétera que todos ustedes pueden suponer. Desde el principio contamos con la ayuda del propio escritor, a quien nos trajimos de Rota hasta *La Marea*, en Benalmádena, obligándole a escribir nuevos poemas, a contestar a un cuestionario que hubiera podido salir del cerebro de Walter Arias, a entregarnos las fotos guardadas hasta entonces con el mayor pudor, a corregir incluso las pruebas de la revista y a revelarnos, por fin, la suerte de Eligio Rabanera. Para él nuestro agradecimiento, que hacemos extensivo a todos los escritores y pintores lectores de Felipe que, ante nuestra invitación, se sumergieron de nuevo en los bazares de su literatura para regalarnos nuevas reflexiones, nuevas miradas, opiniones últimas sobre la bibliografía y la biografía de este gaditano impasible.

Hemos dividido el número en varias secciones porque parece que los comensales están acostumbrados y disfrutan más de la comida si se la van entregando por platos y en pequeñas porciones. No hemos querido ser, sin embargo, muy academicistas ni muy rigurosos y, aunque seguimos un cierto orden (una introducción del editor, una introducción del autor, poemas inéditos, colaboraciones ajenas agrupadas según el género que les ha salido a los invitados: poemas, reseñas, ensayos, evocaciones, retratos, artefactos sin identificar..., un prontuario, una entrevista dicharachera, algunas cartas cruzadas con gente del siglo, un álbum de fotos, una antología de textos del autor, un CD con letra de Benítez Reyes (por fortuna, no de los años 70) y música de Trevor Morais, un bazar en suma), unas cosas se van mezclando con otras en favor siempre del entretenimiento, ese enemigo de muchas revistas de literatura.

Sólo me queda desear que este número de la revista sea para ustedes una puerta que dé paso a un mundo insólito, a una cueva atestada de tesoros, a una habitación repleta de objetos y seres deslumbrantes con otra puerta al fondo.

JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ



UN CASTILLO CONFORTABLE

Felipe Benítez Reyes

Ojalá me equivoque, pero no creo que ningún domador de fieras, pongamos por caso, se pregunte el porqué profundo de su oficio; ni siquiera tal vez un abogado lo haga, no sé yo: las labores sin porqué (¿cuántas lo tienen?) no suelen admitir interrogantes, se sienten injustamente cautivas entre los signos de interrogación, se rebelan al análisis y a la exégesis, quizá porque las mueve un instinto selvático de supervivencia que se satisface en la acción misma, no en la razón de sus acciones.

A poco fatalistas que seamos, creo que podemos estar de acuerdo en que en toda profesión y en toda afición está implicado en medida variable el destino, siempre y cuando admitamos que el destino consiste en una imprecisa entelequia imprecisable que sólo adquiere precisión cuando ya no tiene remedio. La vida es demasiado larga, al menos para ser tan corta, y cada cual entretiene la fuga de su tiempo con tareas que van desde las meditaciones ontológicas abisales hasta el bricolaje dominical. Cuanto hacemos nos define, pero no parece necesario intentar definir cuanto hacemos. Sin embargo, me temo que llega un momento en que todo escritor acaba haciéndose una pregunta tan rara como inútil: «¿Por qué escribo?»

Supongo que para poder responder esa pregunta con un mínimo de autoridad habría que convocar a Sigmund Freud mediante la *ouija*, relatarle los episodios más turbios de nuestra infancia, nuestras pesadillas alegóricas y nuestras utopías sexuales y solicitarle un diagnóstico sincero sobre los motivos crípticos de nuestra afición a la escritura; un diagnóstico que resultaría sin duda intransferible a cualquier colega, porque la gente acostumbra a llegar por caminos diferentes a un idéntico lugar.

«¿Por qué escribo?», en fin. En mi caso, la única respuesta de emergencia que se me ocurre consiste en otra pregunta, que es quizá la categoría inferior de respuesta, por debajo incluso del monosílabo dubitativo y de la interjección asombrada: «¿Y por qué no?» A fin de cuentas, estos remilgos metafísicos (¿por qué se escribe?, ¿cuál es la finalidad de la escritura?, y similares) tal vez convenga despacharlos con un encogimiento de hombros y

confiarlos al fluir de esa suma de acontecimientos inextricables que acaba componiendo el dibujo abstracto de cualquier existencia, insatisfecha y melancólica por lo general, como si verdaderamente nos hubiesen expulsado alguna vez de un paraíso.

Hace ya tiempo, en fin, que dejé de hacerme preguntas de gran alcance sobre la escritura, en parte porque sospecho que la escritura consiste en una respuesta. Una respuesta no sé si aclaratoria, pero sí al menos práctica, a todas las preguntas posibles sobre la escritura. (Lo que no quita, claro está, que algunos periodistas sean partidarios de reconducir de vez en cuando las cosas al territorio etéreo de las lucubraciones complicadas: «¿Por qué escribe usted?», ya que, a diferencia de otras actividades como por ejemplo la política o el deporte, la práctica de la escritura parece exigir algún tipo de justificación o, al menos, de explicación: no es fácil admitir su sin porqué.) En definitiva, y con la venia de Perogrullo, me temo que escribo porque escribo, y me temo también que me importa más el hecho de resolver adecuadamente una metáfora o un relato que la circunstancia de disponer o no de una teoría sobre la metáfora o sobre el relato, aunque nunca esté de más disponer de teorías generales, que apenas tienen aplicación concreta en el proceso de escritura, de acuerdo, pero que sirven para salir del paso en las mesas redondas, esos reductos remunerados de la divagación.

Y, ya que hablamos de divagaciones, les confesaré que desconfío de las teorías abstractas sobre aspectos literarios concretos y que desconfío aún más de las teorías abstractas sobre aspectos literarios abstractos. «¿En qué confía entonces este individuo?», se preguntarán sin duda ustedes. Pues tal vez en dos cosas: en el instinto estilístico y en la ideología estética, que son dos fenómenos de naturaleza complementaria y difícilmente definibles, propensos a ser formulados mediante una faramalla grandilocuente y vagarosa, aunque tal vez indispensables para que un escritor lo pase lo menos mal posible como tal escritor. No sé...

El instinto estilístico indica, sugiere, rechaza, selecciona opciones; es rápido y arbitrario, elige un adjetivo frente a otro, asume el riesgo de un símil enrevesado o bien la diafanidad de una frase cotidiana, se arroja al abismo de la elipsis o cae en la tentación de una secuencia de palabras esdrújulas... A la carta, y según cada caso y cada cual. La ideología literaria, por su parte, vendría a ser el marco general en que se manifiesta ese instinto: los parámetros particulares de un modo de entender y de interpretar la literatura, la ajena y la propia. (Y no sé si me explico.)

Del mismo modo que no me cuesta admitir que jamás me pregunto ya por qué escribo, también me cuesta negar que a veces me pregunto algo no menos ocioso y —por fortuna— más concreto, aunque no por ello menos misterioso, al menos en mi escala privada de misterios: ¿cuándo empecé a escribir? Resulta difícil precisar el instante en que uno cogió papel y bolígrafo y enlazó unas frases con un inexperto aunque decidido afán estético, y, sin embargo, ese instante fue, sin uno sospecharlo, el de la detonación de un destino, si me permiten ustedes la imagen pirotécnica, sin duda inadecuada, porque debió de tratarse de un fenómeno más sereno y apagado, más imperceptible y modesto, aunque su consecuencia resultase a la larga un poco desproporcionada y desde luego incalculable: la firma de un compromiso literario a perpetuidad con uno mismo, con las palabras heredadas, con las minuciosas fantasmagorías de la realidad y con los arabescos escurridizos del pensamiento, ese pensamiento nuestro que, en el país carnavalesco de la literatura, a veces se disfraza de reflexión, a veces de emoción y a veces de invención, porque suele ser hondo el baúl en que guarda el pensamiento sus disfraces: ese incesante repensar lo que pensamos, ese eterno pensar lo que sentimos, ese imparable pensar en lo quimérico, siempre de un espejismo a otro espejismo...

Una mañana, una tarde, una noche indistinta, un muchacho pone un papel sobre la mesa, deja la

mirada perdida por un instante, remueve unos recuerdos recentísimos, revive sentimientos confusos de dicha o de pesar, escribe unas palabras con un propósito tal vez inexacto, con tono desvaído quizá, quizás enérgico, y, de repente, justo cuando percibe la inadecuación de un adjetivo o de un adverbio, cuando advierte la imprecisión de una frase o la tosquedad de una expresión y hace su primera tachadura, justo en ese momento, según decía, se le ha despertado, de forma para él inadvertida, un instinto, ese instinto aún indómito que algún día conseguirá tal vez domar: el instinto estilístico al que antes me referí, cuya finalidad no consiste en adecuar la literatura a uno mismo, porque eso sería como querer adornarse con todas las joyas que había en la cueva que descubrió el arriesgado Alí Babá, sino simplemente en tantear un modo de concepción y de expresión literarias acorde con un temperamento estético y con un



Juan Vida. Sin título, 1987

pensamiento estético particulares, como quien se prueba un anillo tras otro en la cueva de los cuarenta ladrones, hasta que encuentra el que se ajusta a su dedo de modo natural, sin violentarlo, porque no hay cosa más incómoda que un anillo que nos viene ancho o estrecho —excepción hecha quizá de aquel anillo embrujado en el que el irlandés Wilde cifró

supersticiosamente el motivo de su desventura; pero esa sería otra historia.

¿Viajamos un poco en el tiempo, rumbo directo a los primeros años de la década de los 70, para no ser menos que los personajes de H.G. Wells? Bien, en 1973 yo era alumno interno del Colegio San Luis Gonzaga, de jesuitas, en el Puerto de Santa María. (No lo interpreten, por favor, como inmodestia, sino como dato histórico: también fueron alumnos de ese colegio Fernando Villalón, Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti.) (...Lo cual no quiere decir nada a favor de su posible condición de cantera lírica, por supuesto, porque también es antiguo alumno de allí Manuel Humberto Williams, alias Gallina Blanca, que se dedica actualmente a perseguir el

fraude fiscal con diligencia.) Los pedagogos de aquella época no parecían tenerles miedo a las programaciones exhaustivas, de modo que los alumnos estábamos obligados a manejar diariamente, como libro de consulta, una Historia Universal de la Literatura editada por Santillana: 576 páginas en formato holandesa.

Tras unas nociones preliminares («¿Qué es la literatura?», «No todos los libros son literatura», «¿Sirve para algo la literatura?»), ofrecía aquel libro, de entrada, una antología de textos de autores chinos, indios, hebreos, árabes, griegos y romanos, para que los niños fuésemos iniciando del modo más traumático posible nuestra conversión en eruditos. (Y luego los poetas líricos barrocos, y los épicos, y los dramaturgos, hasta llegar, exhaustos, a Corneille, Racine y don Ramón de la Cruz, para que no faltase nadie.)

Leíamos allí fragmentos de Lao-Tse, de Kalidasa (*El anillo de Sakuntala*, con su reverbera-

ción suntuosa de exotismo de película de sábado por la tarde en los cines faráonicos con butacas de guta-percha carmesí), de Valmiki, del *Mahabharata*, del *Pantchatantra*... Nos enterábamos por aquel libro didáctico y caótico de la desgracia final del gigante Polifemo, de la burla que hizo Aristófanes de los sofistas, de las aspiraciones beatíficas de Horacio, de las maquinaciones vengativas de Medea... Leíamos en él la «Oda a la cigarra» de Anacreonte, el poeta etílico, y la fábula del oso y los dos amigos, de Esopo. Leíamos allí fragmentos amañados del *Poema de Mio Cid* y el romance del infante vengador, el de Fontefrida, el de la mañanica de San Juan, el de Abenamar... Leíamos el cuento anónimo de los dos ána-des y el galápago y el de los mures que comían hierro. Leíamos «La balada de las lenguas envidiosas» de Villon y la «Llama de amor viva» de san Juan, oíamos los lamentos italianizantes de Garcilaso de la Vega y los resoplidos de furia de Orlando. Éramos testigos de la lucha de Amadís con un gigante, del rapto de unos indígenas relatado por Fray Bartolomé de las Casas, de la mala aventura que padeció con



Juan Vida. Sin Título, 1989

una leona el hijo del caballero Zifar, de nombre Garfín; de la flotación espectral de la suicida Ofelia...Y así sucesivamente.

En las largas horas de estudio a que estábamos obligados los internos, aquel libro fue para mí algo parecido al espejo embrujado que se cruza y te lleva a la región de los encantamientos sin fin. Lo hice mi cómplice, mi chistera de ilusionista, mi caverna de espectros. A ningún otro libro creo que le deba yo más que a aquel modesto libro de consulta para adolescentes con ganas de hacer cualquier cosa menos consultar libros. (Por deberle, hasta le debo un poco de dinero, si me apuran.)

Los primeros poemas que escribí no eran propiamente poemas, y no sólo porque no merecieran tan alto nombre, que desde luego no se lo merecían, sino porque fueron concebidos como letras de canciones para el grupo de rock duro en que yo atizaba por entonces una guitarra eléctrica fabricada en Japón, allá en el Asia.

Aún conservo los manuscritos de algunas de aquellas letras, supongo que para poder reírme de tarde en tarde de mí mismo sin impostura posible en la risa, y en ellas queda clara la influencia de los letristas descabellados de los grupos estadounidenses y británicos de los 70, con aquella especie de cosmología lisérgica que se traían entre manos: la suntuosidad enigmática del universo, la hermandad con el Sol y

con cualquier otra cosa que colgase de la cúpula celeste, etcétera. (Bueno, y también los gurús, el tripi, con sus volutas líquidas de colorido *pop-art*; las alegres muchachas del *flower-power*, ninfas en los fangales de Woodstock y de Monterey, rodeadas de astutos tritones marihuanos.) Todo aquello, en mezcla adecuada con las enseñanzas que yo había recibido de gente como Lao-Tse y Confucio, constituía mi universo literario de bolsillo, y aún hoy me pregunto cómo no acabé en una secta.

Pero ahora viene lo peor de todo: aquellas letras de canciones las escribía yo en inglés, idioma nativo de William Shakespeare y de David Gilmour, guitarrista de Pink Floyd, por sólo citar a dos angloparlantes. Como es fácil suponer, se trataba de un inglés rudimentario y un tanto independiente del inglés propiamente dicho, muy comanche en realidad, pero hay que tener en cuenta que por aquella época ningún grupo serio y visionario cantaba en español, así fuese español, y nosotros pretendíamos ser un grupo serio y visionario, a pesar de que el percusionista tocaba unos bombos que en una vida inmediatamente anterior habían sido envases de detergente.

Cada época, en fin, tiene sus cosas.

Hacia 1974, después de mi experiencia como letrista cosmovisionario y orientalizante, me dediqué con ímpetu a la escritura de una

novela realista, supongo que como antídoto contra tanta evanescencia espiritual.

Mi padre acababa de heredar una casa de un pariente nuestro que se parecía mucho a Baroja y que se dedicaba al prestamismo y al arrendamiento de fincas, de las que tenía un centenar, aunque todas pequeñas: una especie de latifundista disgregado. En vista de que yo había iniciado no sólo mi indecisa carrera literaria, sino también mi brillante carrera como fumador furtivo, aquella casa reunía las características canónicas de un paraíso individual: un lugar en que poder escribir mientras fumaba y donde poder fumar mientras escribía, a elegir. Así que le pedí a mi padre las llaves —que eran del tamaño de un ancla— y tomé posesión del despacho, con sus muebles pesados y oscuros y con su olor a nicotina milenaria, adherida a las paredes igual que un fantasma amarillo. Me llevé allí un fajo de cuartillas de tela, algunos libros, un paquete de cigarrillos «Record», un diccionario ilustrado y una olivetti jubilada y comencé a escribir, en fin, mi primera novela, del tipo realista, ya digo, sin injerencias de Confucio ni de doctrina *pop* alguna, pues me temo que me había convertido en un apóstata.

El arranque de aquella novela resultaba muy cosmopolita: gente que subía a un autobús. Enseguida se me revelaron los primeros problemas: ¿adónde podía llevar a aquellos personajes desdibujados y, sobre todo, qué harían cuando llegasen a ese lugar aún indefinido? Yo entonces no sabía que los problemas narrativos pueden solucionarse de cualquier forma, salvo de una en concreto: intentando demorar el enfrentamiento con esos problemas mediante la técnica de la digresión. De modo que en esa demora anduve durante veinte o treinta cuartillas que corregía sin parar, día tras día, estancado en la descripción de los viajeros y del vehículo, ensayando metáforas y sinestesias, con la sensación general de haberme tragado una bola de pegamento.

Mi abandono de aquel proyecto desmesurado no vino sugerido por el sentido común, porque ningún

muchacho de catorce años puede aspirar al disfrute contradictorio de ese sentido, sino impuesto por causas *parapsicológicas*. «¿Parapsicológicas?» Sí. El caso es que en el pasillo de aquella casa tictaqueaba desde hacía más de siglo y medio un reloj de pared de esfera de cristal negro con exornos dorados de ringorringo rococó, por decirlo de un modo igualmente rococó. A pesar de la finura de sus ornamentaciones, tenía el reloj aquel una maquinaria bronca, y su tictac se sobreponía incluso al tacatá de la olivetti. Aquel ruido, pienso hoy, unido al aire espectral de la casa, toda ella en tinieblas y con el mobiliario bajo lienzo, otorgaba a mi nueva profesión un ambiente propio de gabinete de autor escocés de novelas góticas, aunque yo sólo escribiera sobre autobuses.

Creo, no estoy seguro, que los ambientes no son casuales: si una casa tiene aspecto de albergar fantasmas, es muy raro que no albergue fantas-

mas, al menos en grado de mera sugestión, lo que viene a ser lo mismo para el caso: tanto vale un fantasma nítido como un fantasma presentido. El hecho es que, una tarde de tantas en que andaba yo demorando el enfrentamiento estructural con el destino de mis personajes errabundos, oí, proveniente del pasillo, un estruendo de catástrofe. Pegué un bote y pensé lo que cualquiera hubiese pensado en una situación parecida: «Ya están aquí los muertos vivientes», porque confieso que tenía yo la mosca detrás de la oreja en aquella casa en lo que se refiere a asuntos de paranormalidad: todo tenía en ella el aura inquietante y húmeda de lo maldito y trasmundano. Me quedé paralizado durante unos segundos, convencido de que por la puerta iba a aparecer un batallón de espectros con harapos neblinosos, con sonrisa de calavera, con enormes guadañas oxidadas. Convencido de eso. (Lo que se dice convencido.) De todas formas, de convencido a

defraudado hay apenas un paso, afortunadamente en ocasiones, de modo que, ante la falta de acontecimientos sobrenaturales, me asomé al pasillo y vi que en el suelo estaba caído el reloj, con la esfera malbaratada. Y, en fin, todo explicado: un reloj que se cae. La lógica devuelta a su podio de campeona de la realidad, como si dijésemos.

Recogí el reloj y me puse a analizar las causas de su derrumbe, por si mi padre me pedía explicaciones. Y aquí viene lo curioso: la alcayata estaba en la pared y el cáncamo estaba en el reloj, ambos intactos.

Esa misma tarde, recogí mis útiles de escritor de novelas realistas y nunca más volví a pisar en solitario aquella casa peligrosa, con su ambiente de yuyu y de ectoplasmas, porque nunca me ha gustado lo inexplicable. De camino, aprovechando la coyuntura de la mudanza, abandoné no sólo mi insensata novela sobre el viaje en autobús, sino también la literatura en general, incluida la redacción de letras de canciones acogidas al registro de la subfilosofía lisérgica y asiática. Seguí tocando mi guitarra japonesa, pero ya en situación de músico ágrafo, desentendido por completo de las *lyrics*.

De lo cual se deduce, creo yo, que no hay vocación literaria que pueda sobrevivir heroicamente en medio de adversidades de signo parapsicológico. Por otra parte, como bien dijo mi antiguo maestro Lao-Tse: «Si no hay una confianza total, se obtiene la desconfianza».

Esa confianza taoísta la recuperé poco después, gracias a la insensatez inherente a la adolescencia, de modo que me puse a escribir poemas surrealistas o similares, caligramas incluidos.

Y, bueno, desde entonces hasta el día presente poco hay que contar. He ido escribiendo libros; algunos habrán quedado mejor que otros, según suele ser natural en la profesión, aunque me consuela la suposición optimista de que los errores son una parte intrínseca de la trama.

En todo este tiempo, he aprendido algunos trucos, pero me temo que también he aprendido que los trucos tienen muy poca utilidad. Creo que la obligación de un poeta consiste en intentar escribir poemas perfectos, porque la dimensión mágica de los renglones cortos es un factor casual e imprevisible: una milagrosa conjunción de azares estilísticos y de reverberaciones emocionales. En cuanto a la novela, estoy casi convencido de que su misión primaria es entretener a través de espejismos, y esos espejismos pueden ser atroces o amables, desternillantes o conmovedores, pueden mover a la carcajada o al espanto, pero han de ser fascinantemente entretenidos o entretenidamente fascinantes en su esencia: un teatrillo de títeres que dé la impresión de tener la misma dimensión que el universo.

¿Me arrepiento de haberme dedicado a la escritura? No. ¿Me gusta escribir? Sí. El Edén viene a ser la metá-

fora de un mundo idóneo. El concepto de Purgatorio, en cambio, no es metáfora de nada, sino un equivalente exacto de nuestro mundo, de modo que la mayoría de las ánimas de este Purgatorio terrenal se dedica cotidianamente a lo que puede o a lo que le mandan; es decir, a subsistir disimuladamente o a obedecer para poder subsistir disimuladamente. Quienes nos dedicamos a la escritura somos sospechosos de dedicarnos a lo que queremos, pues suele identificarse la actividad literaria con un acto libérrimo de la voluntad, y puede que sea así, al menos en parte, porque estaría por ver hasta qué punto esa libre voluntad no se corresponde con una íntima y secretísima esclavitud: la necesidad de edificar un castillo confortable en el que poder hospedar a ese fantasma que es uno mismo ante sí mismo cuando se queda a solas con sus fantasmagorías.

Y en eso estamos.

Rota, abril de 2001



Juan Vida. El hombre de Cascais, 1995

Último rumbo

FELIPE BENÍTEZ REYES

Cuatro poemas inéditos

Un gesto de gratitud

*e*l azar es la norma imprevisible.
Acata, pues, la norma.

Y cuida siempre
que juegue a tu favor la incertidumbre
que esa norma dispone, porque el rumbo
de una vida depende
de una conjugación leve y muy rápida
de rutina y misterio, de angustia y plenitud,
de esencias muy dispares que se mezclan
en el laboratorio mágico del tiempo.

Y si el tiempo es la suma
de una nube vacía y de un relámpago,
interpreta esa suma
desde la gratitud, porque has sido esa suma,
y algo eterno hay en ti y es sólo tuyo:
lo que has pensado,
aquello que tocaste con ansia o con terror,
la fórmula secreta de tu anhelo,
la memoria narcótica que sustenta y confirma
tu paso por un mundo fugitivo.

Nunca sabrás quién es quien se refleja
en tu espejo confuso.
Nunca verás su rostro verdadero,
porque todo consiste en un fluir,
y todo cuanto fluye es un enigma.

De cualquier forma,
da gracias por la esencia de ese caos.

Agradece lo extraño que es ya todo.

El tiempo es invencible,
pero no es más que tiempo:
un cambiante espejismo que sugiere
movimientos perpetuos de conciencia,
aunque todo es cambiante salvo tú:

el tiempo es sólo el nombre de un espectro.

El tiempo es lo que el tiempo nos destruye.

Infancia

*i*gual que el leve espectro de vapor
que cruza en espiral un alambique,

como el agua filtrada por la piedra,
exacta y cristalina;

como el viento
de gótico aullido helado tras la lluvia,

como el pájaro blanco que se eleva
sobre un pájaro muerto,

tu pensamiento se alza cada día,
indeciso en la luz, puro en la bruma,
para tomar posesión de un nuevo espacio
en la nieve sin huellas de tu tiempo.



Dos

Conforta la quimera de otra vida:
estar en cualquier parte salvo aquí,
regir la soledad con más dominio,
ser valiente en el mar y astuto en tierra,

errante en el sentir, firme al pensar;

que el destino contenga otro destino
y que tus ojos nieguen lo que miran.

Conforta este saber misericorde:
ser también lo que nunca habrás de ser,

y arrastrar por la vida ese fantasma.



El momento final de la noche festiva

*e*s como si de repente, en el aire,
muriese algo que vuela,
un indeterminado murmullo
de ecos que parecen
venir de un túnel blanco.

Y es también, desde luego,
el ruido de un vaso de cristal cuando se pisa,
su metáfora fría de élitros batientes,
la indecisión de las fieras nocturnas
frente al amanecer.

Si haces un balance de conciencia,
un recuento de magia y libertad,
verás una honda noche confusa que termina
y que se graba a fuego en la memoria,
pues no habrá amanecer que la destruya
ni luz que desmorone la tiniebla
de esa ficción al margen de la vida
cuando llegue el momento
de los pactos urgentes con la vida,
cuando llegue la hora
de rescatar del tiempo el espejismo
de aquella eternidad que fue un instante
detenido en el magma que fluía.





La voz tras el cristal de color ámbar

Felipe Benítez Reyes

Quando le diagnosticaron la enfermedad, decidí cerrar el negocio para poder cuidarla durante el tiempo que le quedase, pues, aunque el tiempo sea para todo el mundo una cuenta atrás, esa cuenta suya era ya muy breve, según el especialista.

Por las noches, cogimos la costumbre de leerle yo novelas protagonizadas por faraones embrujados del Egipto o por emperadores lascivos y altaneros de la Roma imperial.

Le tomamos afición a eso, y era como desviarla un poco no del camino de la muerte, pero sí al menos del pensamiento de la muerte.

A veces, cuando la medicación le provocaba debilidad en el entendimiento y le fijaba los ojos en un punto inconcreto aunque fijo del vacío, le leía alguna de esas revistas que suelen entrevistar a princesas embarazadas y a banqueros que están a bordo de un yate blanco o subidos a un caballo también blanco, siempre junto a mujeres tan guapas que parecen sacadas de un sueño de quimeras dolorosas. Aquello de lo que se hablaba en esas revistas es posible que fuese basura, no soy yo quién para juzgarlo, pero reconozco que nos gustaba leerlas, porque nos suponía la comprobación de lo mucho que nos habíamos perdido de la vida y del mundo, pero también la certeza de que todo eso que nos habíamos perdido no nos importaba lo suficiente como para convertirnos en personas rencorosas.

Nuestro piso es amplio, pero siempre ha sido caluroso a la vez que umbrío, porque tiene pequeñas las ventanas, y a ella no le venía bien el aire acondicionado, así que, durante buena parte de julio y todo agosto, salíamos por la noche a la terraza y nos sentábamos allí durante un par de horas para respirar el aire limpio de la ciudad casi vacía y también para enfriarnos un poco los pulmones, que se debilitan por el exceso de calor, y allí le leía las novelas de fantasías impensables, o las revistas.

Al principio no nos dimos cuenta. No hacía ningún ruido. No tosía. No fumaba.

Nada delataba su presencia intrusa y nada nos hacía sospechar que estuviese allí, en la terraza contigua, oyendo lo que yo leía para ella. Pero estaba, y podía llevar allí mucho tiempo sin nosotros haberlo notado.

Lo descubrí por casualidad, que suele ser el modo en que las cosas se descubren tanto en las ciencias de veras importantes como en las situaciones sin relieve.

El caso es que pusieron farolas nuevas en la calle y que el resplandor de una de ellas delató a contraluz, recortada en el cristal esmerilado de color ámbar que separa nuestros tramos de terraza, la silueta del intruso.

Ella se sobresaltó cuando le señalé aquella sombra, pero me llevé el dedo a los labios con prontitud, antes de que dijera algo ofensivo o inconveniente, pues los medicamentos le estaban alterando su carácter natural y yo mismo tenía que obligarla a veces a que se tomara una doble dosis de neurolépticos para que volviera si no a su ser, sí al menos a su limbo.

No podíamos dejar de salir a la terraza por las noches, a pesar de la presencia del intruso, porque era mucho el calor que trajo aquel agosto. Los pulmones se le calentaban de manera alarmante durante el día, y el médico me había encarecido la tarea de enfriárselos lo más posible. Así que seguimos saliendo a la terraza, y seguía leyéndole yo lo que aquel día

aconsejase su estado: las fantasías de los libros o las fábulas sociales de las revistas. Lo único que podía hacer era rebajar el volumen de mi voz cuando veía la silueta del intruso recortada en el cristal de color ámbar. Yo leía para ella, no para él, pero él tenía derecho a estar allí, y nadie puede obligar a nadie a renunciar a sus derechos, y menos aún si ese derecho se limita al de estar sentado en una terraza de su propiedad.

Noche tras noche, sin saber que veíamos su silueta, se sentaba él a escuchar mi lectura en voz alta de las ficciones. Nunca tosía. Nunca arrastraba siquiera una silla. Pero yo bajaba el volumen de voz, haciéndola tal vez un poco espectral y poco alegre, y luego me notaba irritada la garganta, y notaba también que ella no siempre se reía al llegar a un pasaje cómico, no sé si porque no me oía o por estar padeciendo en ese preciso instante un pasajero y falso presentimiento de muerte.

Septiembre vino también cálido, de modo

que continuamos saliendo durante casi todo ese mes a la terraza, aunque ya un poco más temprano y con algo más de abrigo, y allí seguía el intruso.

Octubre vino por el contrario muy cambiante, y ella no podía exponerse a esos cambios brusquísimos, así que dejamos de salir por las noches a la terraza y pude recuperar el volumen natural de mi voz al leerle las fantasías.

Luego vino noviembre, que es un mes de malos presagios, pero que nosotros sorteamos con éxito, y luego diciembre, que se la llevó, porque se trata de un mes al que sobreviven muy pocos enfermos, tal vez por el frío en sí o tal vez por la melancolía que promueve el frío en los enfermos, que suelen confundir el frío con la muerte y se vienen entonces abajo, según dicen algunos.

Abrí de nuevo la heladería, a pesar del frío, porque la gente ya le ha perdido el miedo a los helados durante el invierno: sólo hay que dejarlos un rato a temperatura ambiente para que desaparezca no el helor que les da carácter, sino la violencia de ese helor. Basta con eso.

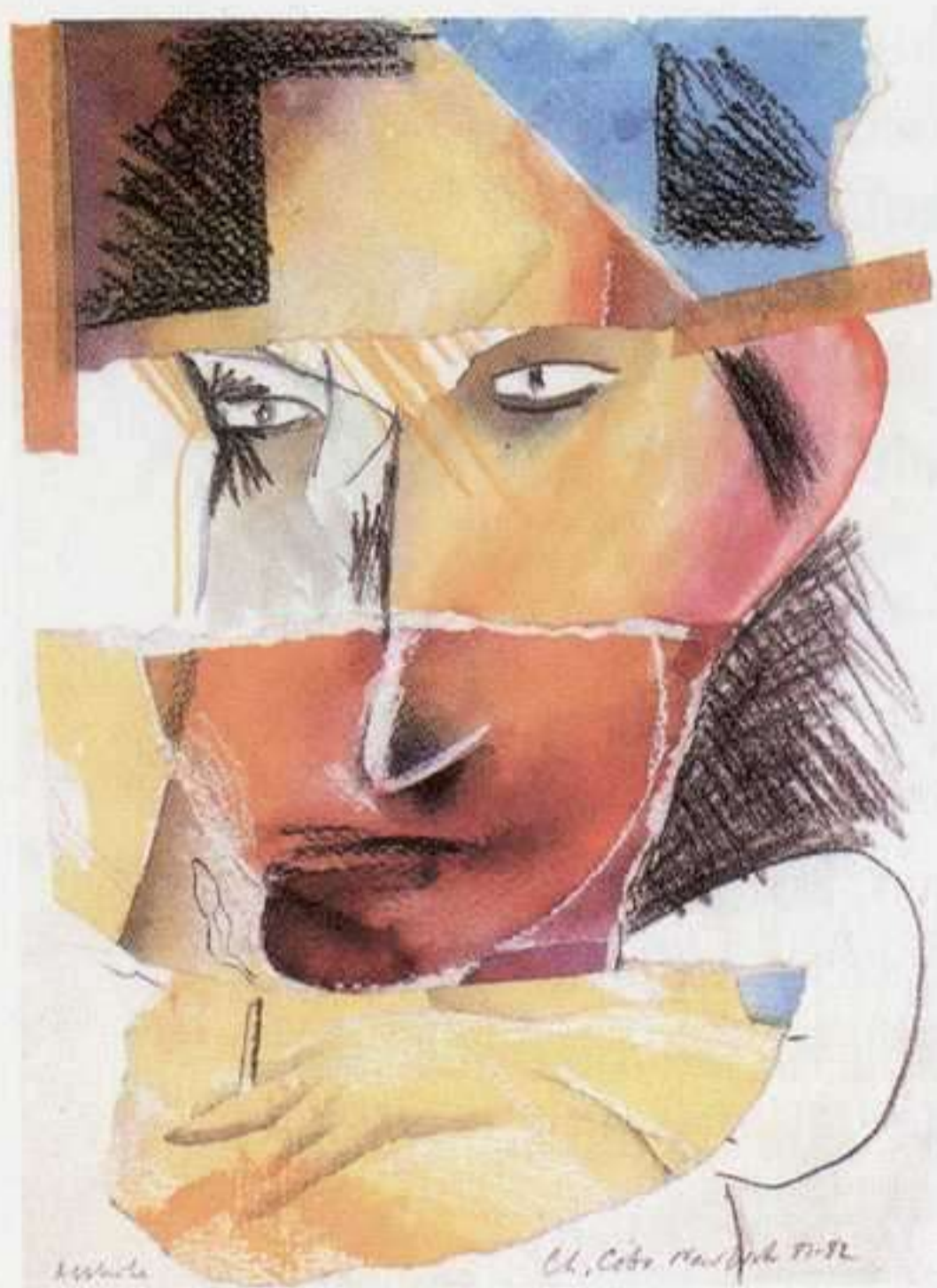
Volver a casa ya no era lo mismo y lo hacía siempre a horas irregulares, aunque por lo común tardías, pues siempre les viene bien el pasear a los viudos y a los ociosos, que de ese modo dan cuartel al pensamiento.

Una noche de tantas, me crucé con un vecino en la puerta del bloque. Él sabía quién era yo, pero yo no sabía que se trataba del intruso, aunque no tardé en saberlo: «Vivo en el primero B», me dijo. «Yo en el primero A». Y ahí comenzó todo.

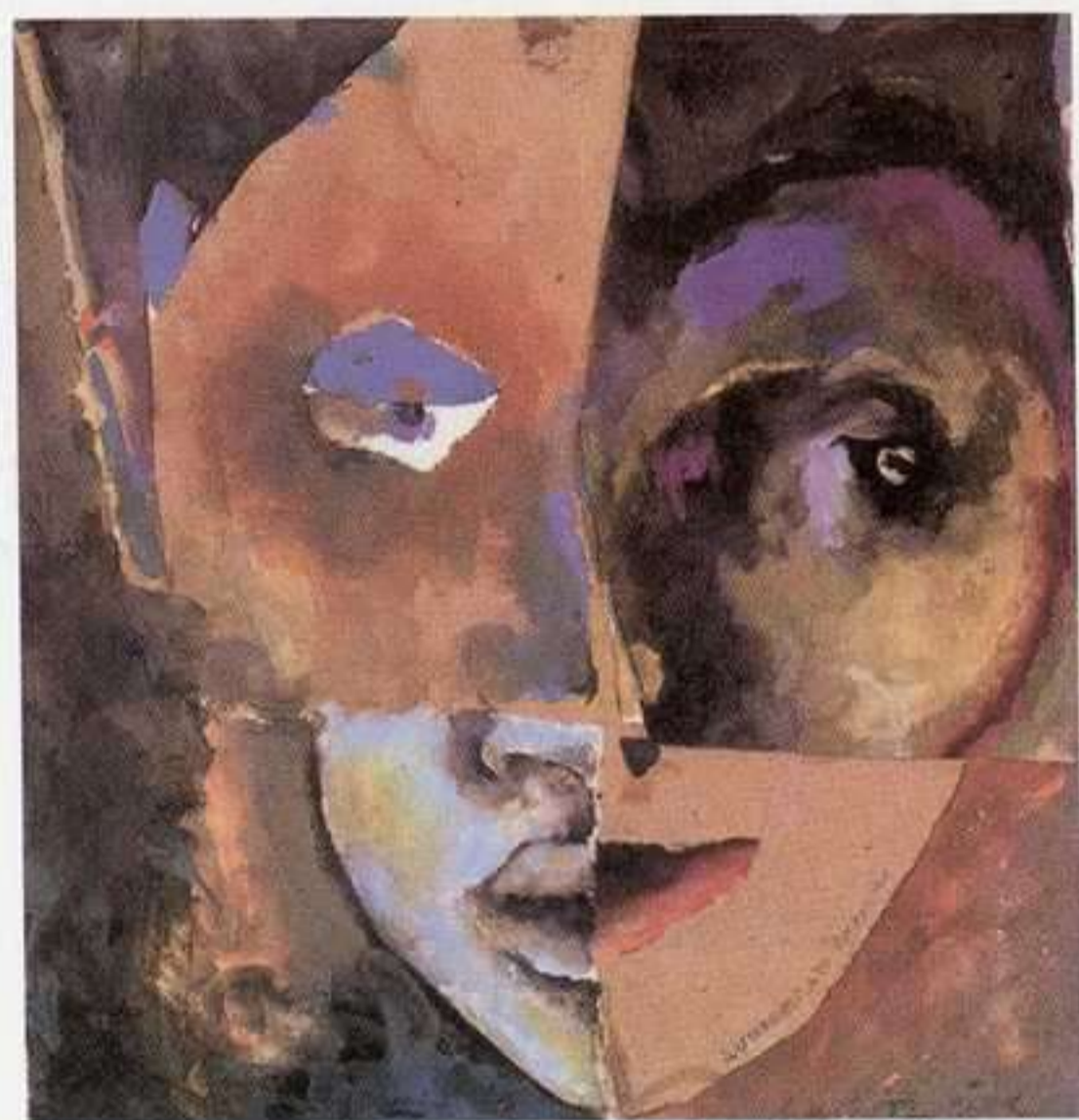
Cuando, en nuestro segundo encuentro, me invitó a cenar en su casa, no supe qué decir, de modo que opté por la solución que me ocasionaba menos conflictos en ese instante: aceptar su invitación con agradecimiento.

Y cené en su casa.

Él insistió en que no me moviera, en que me quedara sentado sin preocuparme de nada, porque era su invitado. De modo que fue sirviéndome unos pla-



1



2

Chema Cobo

1. *Asshole*, 1981-82
2. *Autorretrato anónimo*, 1982
3. *New York Snob*, 1982
4. *Listening Ubu*, 1981

tos que me supieron bien, y también me sirvió el vino, que era algo bronco pero bueno. A los postres, me anunció que la tarta de arándanos y queso la había hecho especialmente para mí, y me obligó luego a llevarme lo mucho de esa tarta que sobró, alegando con insistencia que la había hecho especialmente para mí y que la tarta era mía.

De él me extrañaba todo, pero me extrañaba de manera especial el hecho de que, a pesar de su edad, no tosiera. «Será de pulmones fríos», pensé, porque yo sé lo que es tener unos pulmones de naturaleza cálida, y sé lo que es toser a causa del calentamiento de los pulmones —por el tabaco y por otros factores más difíciles de precisar—, cuando sientes en ellos una especie de magma. «¿No tose usted?», y él negó sonriente con la cabeza.

Al día siguiente, me invitó de nuevo a cenar. Y cenamos muy bien. Y él se encargó de servir y de recoger los platos.

Al día siguiente me dijo que le gustaría pasear conmigo. Y paseamos juntos, y me pedía constantemente que le hablara: «Me gusta mucho su voz. Me va a tomar usted por un exagerado, pero podría pasarme la vida entera oyéndole hablar...»

A veces se venía a echar la mañana o la tarde a la heladería, y allí se sentaba él a pedirme que le hablara. De cualquier cosa: «Me gusta oír su voz, sencillamente».

Noté que se echaba mucha colonia cuando me invitaba a cenar por ahí. Noté también que sabía de muchas cosas, aunque nunca supe de qué clase de cosas se trataba, porque él se empeñaba en que hablase yo: mi voz le gustaba mucho, según no se cansaba de repetir cuando le pedía que hablase un poco él.

Acabé entrando con frecuencia en su piso y él en el mío. Me dijo que despidiese a la limpiadora, que no la necesitaría mientras él tuviese un poco de salud, y yo me negué a aquello, pero él insistió, de modo que despedí a la limpiadora, y un par de veces por semana me limpiaba él el piso, y me iba cam-

biando con buen gusto las cosas de lugar, porque tenía la magia de dar realce a los objetos con sólo modificar su posición o su combinación, y llenaba todo de flores y quincalla.

«¿Nunca ha pensado usted en vivir con alguien?», me preguntó un día, y a mí me cogió aquella pregunta por sorpresa, porque la verdad es que nunca me la había hecho desde que murió mi mujer. «Creo que podría estar siempre a su lado, oyendo su voz. Porque no sé si le he dicho que tiene usted una voz preciosa. Y lee con mucha amabilidad.»

Un día me sentí obligado a confesarle que le veía a través del cristal de color ámbar cuando salía con mi difunta mujer a la terraza a leerle novelas o revistas. También creí necesario confesarle que bajaba el volumen de mi voz no tanto para que él no me oyese como porque me intimidaba su presencia. «Sus susurros también me parecían muy hermosos. Un hombre que sabe susurrar oculta muchas cosas en su corazón, y a los demás nos interesa descubrir cuáles son esas cosas», me dijo.

Durante meses, seguimos saliendo y cenando juntos casi a diario. Y así hasta la semana pasada, en que todo volvió a ser como antes, aunque extrañamente distinto.

Él me había dado confianza, pero yo le había cogido miedo, porque no lograba entender la razón de aquella confianza que me daba. Le dije: «Usted está confundido con respecto a mí. No me gustan las fantasías de los libros. Yo sólo estaba dándole alivio a una enferma. No tengo nada especial dentro de mi corazón, y mi voz es como la de cualquiera». Él me sonrió. «Ya sabe dónde estoy. Le estaré esperando», me dijo; cogió luego del jarrón azul que me regaló por mi cumpleaños uno de los claveles blancos que él mismo me había llevado esa mañana —el tallo mojado goteaba sobre su zapato derecho— y se fue.

Hace mucho calor, aunque aún falta bastante para que llegue agosto. Cada noche salgo a la terraza y allí está él, sin fumar, sin moverse y sin toser. Mirándo-

me a través del cristal de color ámbar. Mirándole yo. Frente a frente. Sin ninguno entender lo que nos ocurre.



3



4



Prontuario

provisional de términos literarios
para uso escolar o extraterrestre

absurdo Dícese del teatro en general.

academia Institución madrileña con una idea sufragista del Parnaso y de la lexicografía.

acento 1. Gota de lluvia cursiva que cae sobre las vocales afortunadas. 2. Golpe invisible que reciben algunas vocales sin por ello dejarles necesariamente el hematoma de un signo ortográfico. 3. Pluma que las vocales se ponen de vez en cuando en la cabeza para afirmar su ego ante las consonantes, esas advenedizas que no saben ni sonar por sí solas. 4. Tónico vocálico reconstituyente.

adjetivo 1. Apellido de un nombre. Existen apellidos nobles (Purpúrea, Opalescente, Ignominioso) y apellidos vulgares y plebeyos, indignos incluso de ser ejemplificados. 2. Clavel en la solapa de un sustantivo. 3. La frialdad que hay en la nieve y que la palabra nieve no consigue expresar; por ejemplo: «La nieve sepulcral del frigorífico». 4. Remolque del sustantivo que a veces gusta de remolcar al sustantivo: nieve blanca/ blanca nieve (y siete enanitos que saltan por su campo semántico, arrojándose bolas de nieve).

alejandrino 1. Tramo silábico por el que los adjetivos toman carrerilla, igual que galgos. 2. Endecasílabo con tres décimas de fiebre.

aliteración Rudo rudimento retórico que imita el ruido, verbigracia, de los raudos abejorros al rondar la rosa roja en la rosaleta del rubio rey de la remota Rumanía. (Ramirowski III, el Rumoroso.)

amor Según Pavese, que anduvo a malas con él, la libido de un macaco.

anáfora Algo que se huele antes que la propia anáfora en sí.

best-seller Libro que se vende mucho y en muy poco tiempo gracias a la confluencia espiritual de un porcentaje estimable de la población y, en casos excepcionales, gracias también a las letras doradas y en relieve de su cubierta.

bucolismo Sistema de regadío para flores de papel.

cafetera Fuera de contexto, poema visual. En su contexto visual, cafetera.

caligrama Juerga tipográfica.

cisne La S modernista que flota por un lago alejandrino, cabizbaja.

costumbrismo 1. Conjunto de hechos inverosímiles aunque sensatamente organizados por determinados profesionales que consideran importante el exacto cromatismo de los prados o los detalles precisos de las catedrales románicas, el siempre artificioso coloquialismo de los diálogos o el nombre de las calles de Madrid. 2. Las leyes del ajedrez aplicadas al rutinario ir y venir de personajes que suelen llamarse el tío José o bien Anselmo.

cuento chino Un día, al despertarse, quedó sorprendido el joven Hong Lo al ver que una mariposa de vivaces colores polvorientos aleteaba ante sus ojos, tan habituados a abrirse y no ver otra cosa que el rostro del dragón de fauces ígneas que alardeaba de ser custodio de la virginidad tirante y jalde de la hija pequeña del emperador, de la que Hong Lo, el vendedor de ciruelas, estaba perdidamente enamorado, a pesar de sólo haberla visto pasar un par de veces, oculta en su carroza nacarada, por las calles angostas del mercado de fruta. «Si alguna vez te acercas al palacio imperial, con el fuego de mis entrañas te convertiré en ceniza volandera», amenazaba el endriago al infeliz.

Como quiera que aquella visión aterradora del dragón no era debida —como es fácil suponer— a naturaleza, sino a un encantamiento llevado a término por el hechicero áulico para atormentar y disuadir al inadecuado pretendiente, que a diario enviaba una carta encendida a la princesa, quiso pensar Hong Lo que la visión de la grácil mariposa se debía sin duda al desvanecimiento de aquel repetitivo y atormentador espejismo y a un súbito cambio de actitud del monarca, a pesar de su fama de inflexible. De modo que hacia la residencia imperial se encaminó Hong Lo, convencido de que el dueño de su vida y de su hacienda había decidido prescindir de aquella



Díazdel. Acento, 2001

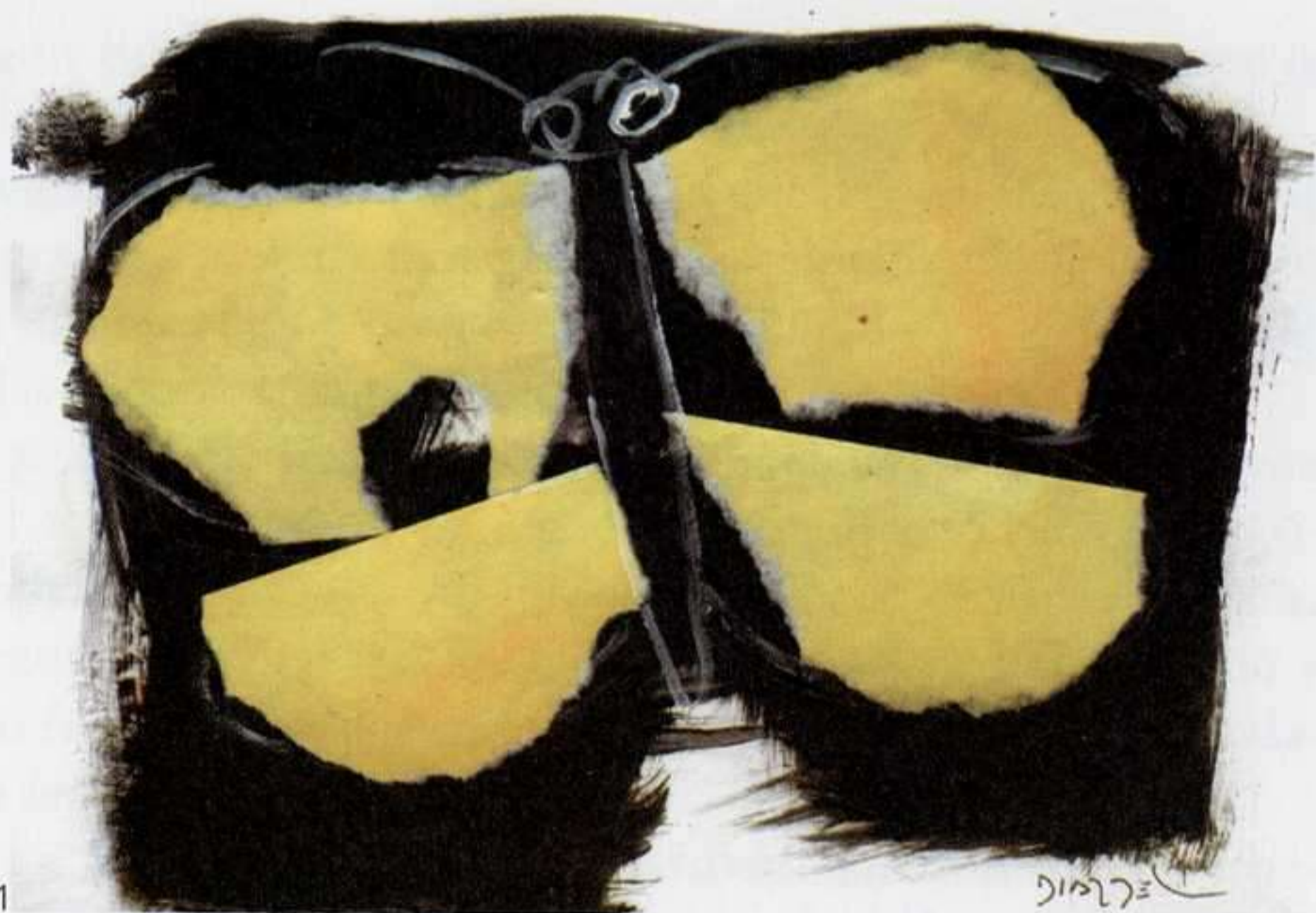
treta mágica que impedía la realización de su amor y el desarrollo satisfactorio de su educación sexual, inclinada por las circunstancias al onanismo, allá bajo el verdor de los ciruelos.

Llegado al palacio, se extrañó Hong Lo de las muchas guirnaldas y gallardetes que de sus torres colgaban, así como del vocerío, la música y las risas que de sus jardines provenían, al ser el palacio famoso por el habitual ambiente de panteón que el severo emperador imponía tanto a su familia como a la servidumbre y a la guardia, a cuyos miembros tenía prohibido no sólo el malabarismo verbal de los chistes, sino incluso el uso de adjetivos de connotaciones amables.

Al ver Hong Lo a todos aquellos cortesanos beber vino de arroz alegremente, preguntó por el motivo de aquel festejo a un elegante y achispado caballero que, con los colores subidos a causa del mucho beber (un amarillo cadmio en sus mejillas), se hallaba sentado en la escalinata de entrada al palacio para tomar el aire. «Ayer se casó la hija menor del emperador, esa pequeña histérica soñadora, con el hijo del rey de Minsung, y aún lo estamos celebrando». Ante tan desconsoladora noticia, yerto por la contrariedad su corazón y el rostro como la leche, volvió Hong Lo sobre sus pasos y dio en interpretar la visión de la mariposa como una metáfora de la pureza perdida de su amada quimérica.

Aquella misma tarde, Hong Lo se retiró a vivir a las montañas nevadas de Chung Lamo y allí pasó el resto de sus días escribiendo poemas sobre el veneno del amor y sobre los pájaros que bajaban a beber en los estanques.

crítico 1. Según Cansinos-Asséns, un echador de cartas. 2. Título honorífico al que accede cualquier ciudadano desde el instante en que la primera copia de la hoja cultural del periódico de la comarca sale por el



Díazdel. Cuento chino, 2001

rodillo de impresión para ser lanzada al mundo, que por ella habrá de enterarse de la sincera inspiración de la que nacen los versos del poeta Sánchez o, en su defecto, del procedimiento analógico convergente —por así decir— del que ha abusado hasta la náusea en su última obra el novelista Peláez. 3. Expendedor semanal de diplomas firmados con tinta simpática.

diéresis Siameses separados por dos bombas atómicas lanzadas desde el interespacio fonético directamente sobre sus cabezas, atónitas y tónicas.

dietario 1. Lo que hicimos ayer a las ocho de la tarde. 2. Lo que no hicimos ayer a las ocho de la tarde. 3. Lo que nos hubiera gustado hacer ayer a las ocho en punto de la tarde. 4. Lo que nunca haremos a lo largo de toda nuestra vida a las ocho de la tarde, sembrando así de cadáveres de ángeles recién nacidos la eternidad crepuscular de las ocho de la tarde de una tarde cualquiera e infinita.

égloga Jardín silábico por el que pululan líricos palurdos enamorados que responden por nombres —Salicio, Nemoroso— de abonos químicos.

elipsis Canal de Panamá que toma una situación para acortar su periplo. Tras su apariencia de nombre de discoteca, se oculta lo que se oculta.

eneasílabo Endecasílabo con complejo de inferioridad.

énfasis Acentuación de los sentimientos átonos.

elegía 1. Esquela de tarifa máxima. 2. Las palabras que le llegan al difunto gracias a la inercia residual de su sistema auditivo, escamado ante esas sílabas tan contadas, tan sospechosamente eufónicas... 3. Lamento de intensidad generalmente prudente provocado por el recuerdo de esas pompas de jabón que explotaron —*plof*— en el pasado.

endecasílabo 1. Cálculo silábico con calco. 2. Patrón métrico casual de las conversaciones que tienen lugar en restaurantes y similares:

(Antonio Sánchez Soto le ha pedido
sopa de picadillo al camarero.)

—Ni fría ni caliente, más bien tibia.

Hace mucho calor para ser junio...

—¿Prefiere usted un tinto o un rosado?

—De momento prefiero una cerveza.

Tráigame también agua y pan dietético.

—¿De segundo, señor?

—Quizá pescado.

¿Tiene mero a la plancha?

—No.

—Pues carne.

Un entrecot muy hecho, con verduras.

Y no le ponga sal al entrecot,

que tengo la tensión como un cohete.

(Etcétera)

epigrama Comúnmente, morisqueta moral o vengativa. *Ejemplo:*

Con papel reciclado del periódico
en que el crítico Amén me puso a caldo
se imprime hoy
la 9ª edición de mi novela.

epístola Vehículo de recomendación moral para un tipo que se llama generalmente Fabio —una especie de abonado a una agencia de contactos que abre el buzón cada mañana con la esperanza de ver ampliado el círculo de sus corresponsales de todo el mundo; él, Fabio, tan aficionado a recibir cartas...

epitafio El telegrama de un muerto.

epitalamio Elegía anticipada por el himen.

epopeya 1. Ejercicio de halterofilia poética. 2. Cuatro o cinco mil versos de este tipo:

Argón, hijo de Nesis, gran guerrero,
partió en incierta nave con sus hombres
en busca de la isla venturosa
que se hallaba en el norte del mar Caspio,
donde, en tiempos, Bwefal el Pelirrojo,
nieto de la hechicera Rofalgima,
sembró la rosa roja de la sangre
antes de conquistar la adusta tierra
del temeroso pueblo macedonio...

escritor de prestigio Dícese de aquel al que la gente respeta tanto, que ni siquiera se atreve a leer sus libros.

escritura Según Roland Barthes, una realidad formal existente entre la lengua y el estilo.

espinela La aguda espina octosilábica que se clava en el oído en apenas diez segundos gracias a esas rimas consonantes que tan anchas le vienen: algo parecido a una mosca con corona real.

estilo Según las regiones.

estrambote 1. Apéndice estrambótico de los sonetos conceptualmente mal calculados. 2. Cama supletoria que instalan ciertos sonetos para acomodar a sus imprevistos gemelos. 3. Propina potencial de los sonetos. 4. Versos que se resisten a flotar eternamente en el limbo de lo infecundo y fantasmal como fetos sumergidos en formol y que se agarran desesperadamente a la cola del soneto.

eufonía Nervio acústico que evita que las sílabas se tambaleen y estremezcan, inarmónicas, sobre el frágil andamio tembloroso de la música inmortal del verso.

fábula moral Ejemplo práctico:

El yuppie yonqui, ladino,
dijo al gruñón alacrán:
«Pincharse, invento divino,
regio placer de sultán»,
y ante esta vil reflexión
de raro embrollo estético,
el bobo alacrán, mimético,
fue y se clavó su agujón,
y se murió al poco rato
convertido en garabato
por un espasmo patético.
*Es como el tonto alacrán
el poetilla fracasado
al transformarse en rufián
por influjo de un chiflado.*

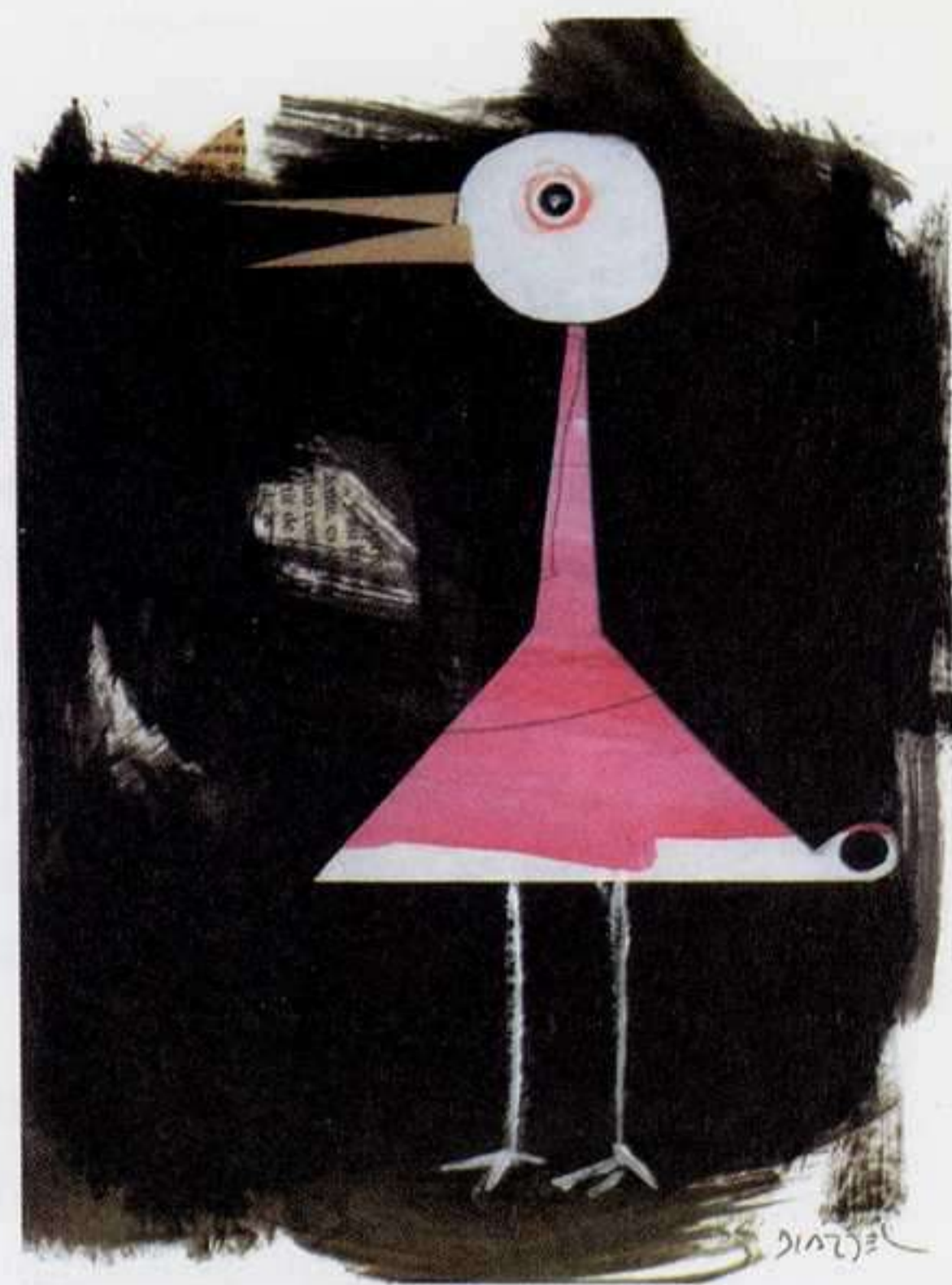
fichas Rectángulos de cartulina (generalmente blanca, de 7 × 12 centímetros) que emplean algunos novelistas para formar melancólicas e inútiles barajas de naipes caligráficos llenos de frases sintéticas que aspiran desesperadamente a convertirse algún día en comodines que les ayuden a subir la escalera de color del moderno arte de novelar.

figuras retóricas A pesar de su nombre de cabaretera (Ana Diplosis, Epi Fora, Meta Bole), de viuda fatal (Ana Strofe, Hipoti Posis), de delito (expolitio, litote, oxímoron) o de enfermedad venérea (silepsis, catacresis), las figuras retóricas llevan una vida apacible y respetable en el limbo industrial de los laboratorios poéticos contemporáneos.

- filomena** Especie de pájaro que trina en los poemas del siglo XVI y que aparece en el verso más inesperado como el cuco de un reloj de cuco.
- fracaso** Sensación inherente al oficio de escribir que no está reñida con el disfrute del éxito ni con la práctica del optimismo.
- galimatías** 1. Enfermedad sintáctica provocada por la estampida de los conceptos. 2. Pato mareado en el laberinto de la sintaxis que se mete imprudentemente en la boca una naranja.
- gongorismo** 1. Poesía dialectal. 2. Dos hombres salen juntos a la calle. Uno, el normal, dice: «¡Qué ventolera!»; el otro, el de escarolada verba gongorina, comenta: «Ya Eolo sus mejillas de fuelle va llenando mientras el lilio trema cual áspid vertical bajo el acebo, arbusto de la familia de las aquifoliáceas».
- haiku** El triple salto mortal de una ranita japonesa sobre el estanque inmóvil de un pequeño pensamiento.
- heptasílabo** Alejandrino demediado con arreglo a la norma salomónica.
- hipálage** Figura retórica de uso infrecuente. Hay poetas que la utilizan, pero suelen ser los más desdichados y meditabundos, porque la hipálage es una flor urticante cuyo olor remueve el fondo freudiano y melancólico de los seres de la Creación.
- hipérbaton** Ejercicio de contorsionismo propio de palabras semánticamente muy portátiles.
- hipérbole** Procedimiento retórico consistente en mirar con microscopio la diversa insignificancia de las cosas del mundo.
- imaginación** Según Nabokov, músculo del alma.
- ingenio** Pájaro en mano — y el talento volando a cien por hora.
- inteligencia** Al modo de ver de Juan Ramón Jiménez, jefe del crepúsculo, cualidad abstracta capaz de ofrecer a la gente de Huelva el nombre exacto de las cosas: infinito, espacio, perejil... Al modo de ver del mexicano Gorostiza, un páramo de espejos.
- intertextualidad** Fenómeno creativo similar al hecho de acostarte durante la vorágine de tu despedida de soltero con Kristeva, la ilustre abuela de tu novia, para demostrar a tus amigos universitarios que controlas intelectualmente a toda tu familia política.
- juegos florales** Espectáculo de poesía étnica española que suele culminar con la coronación provisional de una lugareña adolescente, destinataria atónita de un encendido madrigal.
- kafkiano** Dícese de la experiencia que se obtiene del hecho de contratar a un chiflado como guía turístico de la caverna platónica.
- metáfora** 1. Es al escritor lo que la chistera al ilusionista: el lugar del que salen los conejos drogados y con problemas de identidad, las palomas que desean suicidarse por el horror de tener plumas, el confeti mágico que cae



Díazdel. Metáfora, 2001



Díazdel. Surrealismo, 2001

sobre la realidad como una llovizna alborotada... **2.** Princesa durmiente del idioma, a la espera del príncipe.

modernismo Tras posarse en el lago con rústica rudeza, dijo el ganso a la manada de cisnes: «Eh, bonitos, que dicen los del 98 que sois todos unos maricones», a pesar de lo cual los cisnes siguieron escribiendo líquidos alejandrinos sobre el agua mientras nadaban, ocultando astutamente sus patas de monstruos de las ciénagas.

moraleja Dícese de aquella parte de las fábulas en que los animales dejan por fin de hablar, enmudecidos repentinamente ante la severidad lapidaria de las conclusiones morales.

musa Especie de hada políglota que visita con regularidad a media docena de personas a lo largo de cada siglo.

nenúfar Especie de lechuga flotante que aparece, como al azar, en algunos escritos modernistas y novísimos.

noche **1.** Si hemos de creer a César Vallejo, una copa de mal. («Yo creo en las noches», aseguraba Rilke, el poeta de los ángeles y de las princesas, a pesar de que Kalidasa, en su *Rtusamhara* o *Ciclo de las estaciones*, da por hecho que «las noches no son gratas a la gente».) **2.** Tramo del día propicio a la retórica y la magia, según Borges.

novela Depende.

novela coral Según me dice por teléfono Bonilla, toda aquella obra de ficción que tiene más personajes que lectores.

novela decimonónica Así por encima, novela española de finales del siglo XX.

novela histórica Libro de ficción, generalmente grueso, que ilustra al curioso lector sobre el momento en que doña Berenguela, hija mancillada

del corregidor don Nuño, asómase al alféizar para acusar públicamente a Viriato de ser el padre del fruto que lleva en sus entrañas, dándose la circunstancia de que ya Viriato ha huido en el barco de Marco Polo a las abruptas costas de Noruega, donde una cuadrilla de vikingos tiene secuestrada a la hija secreta de Trajano, nacida de sus amores de juventud con Tasmira, sobrina del pajarero jefe del sultán Salum, un perverso gigoló del Oriente que profanó mediante meada el Santo Grial y que guardaba en un estuche de coral y lapislázuli el ojo perdido de la princesa de Éboli.

novela en verso Cisne populachero que canta como una gallina. *Ejemplo práctico:*

Salió aquella mañana *Mister Green*
de su despacho aséptico. (PSYCHIATRIST,
se leía en la placa.) *Miss McMatrist*
era la redentora de su *spleen*,
pues estaba liado con ella desde el día
en que él le regaló esa lencería
que venden en los *sex-shops* de Inglaterra
—con ella la mujer se siente perra—
en la fiesta del santo Valentín.
Comoquiera que Green era impotente,
su amante se entregaba en sacrificio
en las camas furtivas de esa gente
que hace del adulterio su suplicio
y su forma de vida filosófica
—platónica a la vez que teosófica,
con algún intervalo sicalíptico
en moteles propicios a lo críptico.
Esa diosa del Mal que abre las piernas
y convierte el amor en dulces ternas
de amante, de marido y de señora,
de amante, de caniche y de marido
—dependiendo del caso pertinente—
atormentaba, en fin, al referido
Mister Green, un experto en subconsciente.

(*Etcétera*)

novelista nato Dícese de todo aquel que escribe en los pañales con la tinta amarilla de su primer orín una frase más o menos de este tipo: «En un lugar de esta Mancha...»

98 **1.** Número que no es capicúa por pura precipitación. **2.** Dígito premiado en la lotería metodológica.

octosílabo **1.** Soniquete fronterizo entre el verso menor y el verso

mayor —aun siendo él inequívocamente menor: no hace falta ni medir su estatura para eso. **2.** Verso muy apreciado en la marroquinería poética para la confección de romances moriscos, heroicos y flamencos.

oda Composición poética escrita con el mismo estado de ánimo que quien sostiene un bote de nitroglicerina con la nariz.

oído En novela, palabra china. En poesía, cualidad del espíritu que advierte al artífice de la eufonía o cacofonía de un verso; tal advertencia se produce, como es habitual en el género lírico, en forma de nube dorada que baja del techo de la habitación hasta depositarse sobre la cabeza despeinada del vate.

oxímoron **1.** Algo así como si Oxim no soportara a Oron y tuvieran, no obstante, que convivir. **2.** Historia de Caín y Abel entre conceptos.

orgullo Llegada la hora de los discursos, el poeta homenajeado se levantó, alzó en brindis su copa y dijo: «Gracias por esta velada tan agradable. Detesto cuanto he escrito, pero aún detesto más a quienes comparten conmigo ese sentimiento».

palabra Náufrago solitario en la isla de un océano lexicológico que espera la llegada del buque del contexto.

palabras Las precisas.

palíndromo La desdichada frase que cree avanzar y que, en realidad, no es más que una serpiente que está tragándose a sí misma.

paradoja Aunque no lo parezca, siempre es lo que parece.

paranomasia ¿Quién no desearía irse a la cama con ella, la sinuosa sultana que huele a una cosa y sabe a otra?

patetismo Un pájaro teñido de negro que lleva un gusano de plástico en el pico.

personaje Muñeco con habilidades: puede convertirse en insecto (caso de Gregor Samsa) o puede disponer de una nariz mutante (caso de Pinocho).

perspectivismo Espionaje psicológico realizado desde el ojo de diversas cerraduras con un solo ojo.

petrarquismo Pornografía italiana suspirante.

pleonasma Capacidad de orgasmo múltiple que poseen determinadas palabras.

poema Dícese en los medios de comunicación de aquellos rostros que muestran un estado lamentable por causas psicológicas relacionadas con el mundo del deporte: «Tras el gol, la cara del portero era todo un poema». (No suele utilizarse en sentido contrario: «Aquel poema parecía la cara de un portero tras un gol».)

poesía **1.** Suma de renglones más cortos de lo normal en que cada palabra tiene que hacer un esfuerzo al menos dos veces superior al acostumbra-



Díazdel. Haiku, 2001

do por la mitad de precio. **2.** Actividad artística poco de fiar como medio de información, según Virginia Woolf.

polvareda verbal Según Josep Pla, materia lingüística no necesariamente inoperante que puede levantarse entre personas habladoras.

prefacio Al criterio de Anthony Burgess, algo tan secundario como la cola de un lagarto.

premio **1.** Por lo común, lluvia sobre mojado. **2.** Humillación profesional a la que se somete el escritor sin poder adquisitivo aun cuando no tiene ya dinero suficiente ni para abonar al contado las fotocopias por quintuplicado de su nueva obra. **3.** Redundancia honorífica y pre-póstuma que recae en simpáticos ancianos que preguntan extrañados a los periodistas que les han invadido la casa y que se beben su limonada favorita: «¿Qué dicen ustedes que me han dado, un premio?» —y una emocionada mano familiar que pasa un pañuelo por una boca babeante, espumosa de puro excedente de inmortalidad reconcentrada.

psicologismo La inmersión de una lombriz en una mente desprevenida.

realismo Posibilidad literaria de la que dispone el gran sinsentido del mundo para hacerse pasar por una ciencia coherente y fundamentada, esclava de la superstición de las secuencias lógicas.

reseña Artefacto periodístico de dos folios y medio que suelen leer con lupa todos aquellos seres humanos que acaban de publicar algún artefacto narrativo de cuatrocientos o quinientos folios.

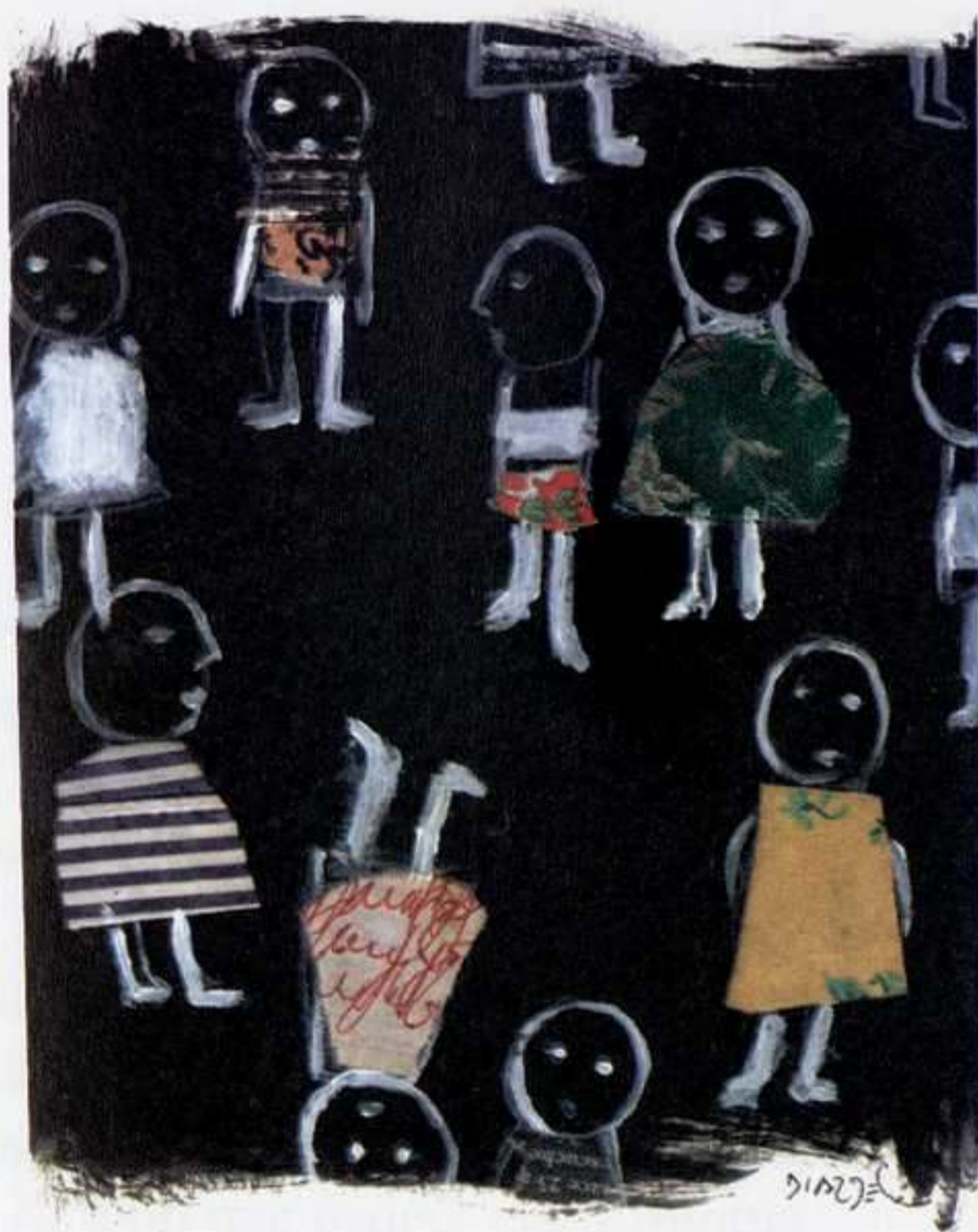
revista poética Publicación de pequeña tirada que suele ilustrarse con dibujos de ninfas desnudas —sus cántaros de flores junto al lago—, de efebos agitanados y broncéneos, de sauces llorosos y de palomas de ojos

inquietantes que vuelan por los márgenes en blanco de la página en que el poeta Grisóstomo expone al mundo su lamento de loco enamorado para difamar a las marcelas más pérfidas y desdeñosas del universo, todo ello gracias al patrocinio de la Excelentísima Diputación Provincial.

rima 1. Oropel del pobre. 2. Simetría acústica que hace que el público se entusiasme ante ella con la misma intensidad que ante los números capicúas premiados en la lotería. 3. «Ese exquisito eco que crea y contesta a su propia voz en la colina vacía de la Musa.» (O. Wilde)

rima altisonante Vid. rima consonante.

rima asonante Esas vocales huérfanas que flotan por la galaxia acústica del poema, abandonadas por las consonantes, pero que, con todo, encajan simétricamente en nuestros oídos con la levedad de dos pájaros de papel que chocan en el aire.



Díazdel. Novela coral, 2001

rima colindante Especie de rima interna, no siempre voluntaria, que ocasiona un efecto sonoro parecido al de un tamtan tocado al tuntún.

rima consonante Disparos acústicos que perforan dos o más veces un mismo punto de esa diana que es el tímpano de las selectas minorías que disfrutan —nadie sabe por qué— del *aba* con el *aba*, del *ía* con el *ía* o del *ando* con el *ando*.

ripio 1. Prótesis lírica inoperante. 2. Según J. R. Jiménez, «En verso rimado, ripio es lo que no se diría en verso libre; en verso libre, lo que no se diría en prosa cualquiera; en prosa cualquiera, lo que no se diría hablando

exactamente». (En este texto en concreto, el ripio sería, pues, la palabra «cualquiera».)

romance Ristra de versos octosilábicos, rimados los que hacen pares en desahogadas asonancias, que procuran exponer a la humanidad los problemas de los gitanos con la Guardia Civil, o similares. *Ejemplo práctico:*

Por los olivos de bronce
van llegando los franceses
con las cabezas cortadas
de cinco terratenientes.
Sus pegasos de azabache
van cuajando los arneses
de espuma de un mar de sombra
y de una nieve caliente.
La luna parece el ojo
de un mago muerto en la nieve.
Con sus espadas de fuego
van ya quemando los puentes
los jinetes de la angustia,
heraldos siempre de muerte.
Bajo la noche cuajada,
turbia la luna de leche,
con sus trofeos de guerra,
van llegando los franceses.

(Luego aparece, en efecto, la Guardia Civil, y hay reyertas, y las navajas cortan el aire como anguilas venenosas, y así sucesivamente.)

sextina 1. El cubo de Rubik puesto en verso. 2. Festival de palabras con problemas de personalidad semántica poco definida. 3. Seis palabras que asisten por separado a un baile benéfico en favor del arte y que acaban emparejadas casualmente en la estrofa final —esas extrañas parejas casuales encerradas en el estrecho zulo de un endecasílabo, condenadas a entenderse...

silencio Elemento recurrente del refranero: «La poesía del silencio —dijo Morgan— la practican aquellos que ni callan ni otorgan».

sinalefa 1. Procedimiento pasional por el que una vocal se une a otra para formar un ente platónico que logra sobrevolar ese foso con caimanes que separa la soledad sonora existente entre dos palabras.

sinécdoque Figura retórica que equivale a decir «Sopa de gallina», ya que sólo el alma de la gallina es la que está sujeta a transustanciarse en el caldo. (No confundir con metáfora: «Gallina hecha una sopa bajo la lluvia».)

sinónimo 1. Palabra con sosias. 2. Al entender de Aristóteles, algo útil

para el poeta, pero peligroso en boca del sofista.

soneto 1. Catorce versos de once sílabas cada uno suman ciento cincuenta y cuatro artísticos porrazos en el tímpano de los trescientos veinticuatro oyentes del poema premiado en los XVIII Justas Poéticas de Sanlúcar la Menor —y las rimas en *a-beee-beee-a* flotando en el teatro y formando alrededor de la gran lámpara de lágrimas de cristal el murmullo de un rebaño de ovejas arcádicas. 2. Composición definible mediante su propia realización:

El soneto es un rígido artefacto
para esencias de escaso fundamento
o de grande valor, según el tiento
de quien pulse la lira y de su tacto.
El soneto es trivial cuando ipso facto
se ocupa de un reciente sentimiento
o se vuelve elegiaco en su momento,
tras llenarse de espinas como un cacto.
El soneto es un lirio petrarquista
o puede ser un bodrio vanguardista,
pero tiene contados sus renglones.
No es propicio al discurso relajado
ni a los ritmos que suenan a cascado
por problemas, en fin, de acentuaciones.

3. Andamiaje silábico que posee en ocasiones la inútil facultad de no significar nada: la melodía de un pájaro hueco. *Ejemplo práctico:*

La nieve en el dorado monumento
del príncipe Klosowsky, allá en Cracovia.
El masoquista inglés que tuvo novia
y la perdió en el póquer del tormento.
El forofo del 4º mandamiento
y el arquitecto zurdo de Varsovia.
El topo que padece claustrofobia
y el áspid quiromante y virulento.
El alacre poeta de la melancolía
que publica romances en opúsculo.
La sombra algo gatuna del perrero.
La prima del demonio en lencería
y el fiel bonapartista del crepúsculo
montado en el caballo de Espartero.

4. Composición de carácter narcisista. Ejemplo:

Ha de importarte poco el primer verso,
pues es un mero trámite sonoro

parecido al que cumple cualquier loro
que intenta describir el universo.
El verso quinto, en cambio, ha de ser terso,
pues viene a ser la llave del tesoro
de rimas y metáforas de oro
que se esconde en el alma del perverso
verbal que es el poeta desde antiguo.
El reino del terceto son dos islas
—y hemos dejado atrás la principal.
Así que aquí se acaba nuestro exiguo
recorrido retórico, porque «islas»
tiene una rima mala y anormal.

suicidio Según Nabokov, un absurdo despilfarro del Yo.

suplemento literario El cirujano amarrado a la mesa de operaciones,
abierto en canal por suspicaces ateeses.

surrealismo 1. La lógica estética que existe entre un embudo y una
garza, por ejemplo, según el criterio lógico de personas adultas. 2. Brico-
laje aplicado al subconsciente.

tradición Vanguardia que, tras lograr su propósito, se queda petrificada
por la sorpresa.

trovador Antepasado directo y rudimentario de los actuales poetas foné-
ticos que acostumbran a entonar sus revolucionarias romanzas guturales
(«Agragaún, grinje, Ingrid») durante las jornadas sobre nuevas formas de
expresión poética organizadas por los modernos seminarios de literatura de
las más prestigiosas universidades del mundo.

vanguardia 1. Tradición en precario. 2. Fenómeno que, cuando se
limita a contradecir el presente, acaba siendo arqueología en el futuro.

verborrea Esas palabras, engordadas a fuerza de hormonas adjetivo-con-
ceptuales, que se cuelan en un texto con el alboroto propio de un insensato
regimiento de prófugos del diccionario.

versículo 1. Verso de doble ancho, extensible a voluntad. 2. Verso que
no le teme al abismo tipográfico que se abre en el margen derecho de los
libros de poesía.

verso Por una cuestión de metafísica acústica, cosa que nunca puede
constar de una sola sílaba. A partir de la sílaba número dos, se encuentra ya
de todas las tallas, aunque no alcanza la mayoría de edad hasta la talla
nueve. (Tallas especiales: *vid.* **versículo**.)

FELIPE BENÍTEZ REYES

Coordenadas ^{SU}

Luis García Montero
Vicente Gallego
Luis Antonio de Villena
Benjamín Prado
Eduardo Mendicutti
Carlos Marzal
Pedro Zarraluqui

80

EL AMIGO PARTICULAR

Luis García Montero



Luis García Montero y Felipe Benítez Reyes. La Habana, 2000

RARAS veces llega uno a descubrir esa forma inimitable de la templanza que no consiste en habitar el justo medio, sino en participar del desenfreno cuando la razón pide locuras y adoptar una distancia exacta, como de estrella en el centro del universo, cuando el corazón invita a la sensatez. Por mucho que los lunáticos de oficio y los burgueses de alma muerta se empeñen en representar sus papeles convencionales, gritones o callados según aparezca escrito en el guión de los personajes previsibles, la vida enseña que algunas ráfagas de locura pertenecen al instinto de la razón y que algunos aborrecimientos de las tonterías y los números del circo sociológico de los impertinentes brotan en el fondo más irracional, en la copa más ingobernable de las emociones. Esta versión de la templanza, equidistante de los locos y los cuerdos, pero sin quedarse nunca en el medio, no provoca situaciones políticamente correctas, ni de carácter demasiado sencillo, pero ha modelado a mis mejores amigos, esos amigos tan particulares como un domicilio sentimental, un recuerdo, una manía secreta, una marca de whisky, un escritor preferido, una canción, un restaurante, un quiosco de prensa, una papelería, una forma de desayunar o unos ojos casi cerrados.

A Felipe Benítez Reyes le sobra sensatez y por eso no soporta el aburrimiento existencial de los que carecen de una sombra que llevarse a la boca, la sensatez de los mediocres, la pruden-

cia de los que ponen un pie en la noche como si estuvieran entrando en las aguas de un mar infectado. Felipe tiene originalidad, rebeldía, orgullo y demasiadas ganas de reírse como para aguantar a los rupturistas de salón o a los demonios de pacotilla. Por una elegancia íntima, que cuelga en las perchas de su vestidor y en los rincones acerados de sus comentarios, Felipe suele ponerse satánico entre los sacerdotes y divino en los infiernos. Así lo veo llegar, cada vez desde más lejos, por una memoria que empieza a ser remota y que cruza los escenarios poco a poco, desde la juventud delgada de los aspirantes a poeta hasta las canas imperativas de los que están a un paso de ser personas más bien mayores. Y aquí prefiero detener la peligrosa meditación del *quién nos ha visto y quién nos ve*, porque la conciencia trágica del paso del tiempo es un patrimonio último de la juventud, y nosotros ya no estamos para eso. El asunto, además, no tiene remedio, porque uno puede vivir con dignidad pasando por demonio entre los sacerdotes, pero resulta demasiado patético hacerse el joven entre los viejos, mucho más que vivir de viejo en el centro mismo de la juventud.

En 1980, cuando publiqué mi primer libro, Enrique Molina Campos tuvo el acierto generoso de escribir que los poetas españoles jóvenes más interesantes eran Felipe Benítez Reyes y Luis García Montero. Fue un acierto de Enrique, y no por el diagnóstico literario, ya que mucha gente nos ha considerado desde entonces como los dos peores poetas del universo, sino por la curiosidad que despertó en mí, por el deseo que tuve enseguida de conocer al poeta que estaba haciéndome la competencia en la gloria juvenil. Las compañías literarias se deslizan subrepticamente por la selva ambigua de las ambiciones ingenuas. Puede tratarse del amigo que comparta sonrisa generacional en las fotografías de los manuales futuros, según el estilo marcado por la hermosa mitología de los maestros del 27. Pero también puede tratarse del enemigo feroz, de la presencia incómoda del poeta que descansa su idea de la pureza y la independencia en llamar *perro judío* a toda persona que no escriba como él espera, o sea, a toda persona que cometa la impertinencia de escribir a su alrededor, en su mismo tiempo y en su misma lengua. ¿Cómo se atreve usted, estando yo primero? Desde los insultos barrocos que se cruzaron Góngora y Quevedo hasta las rabietas impúdicas que protagoniza Juan Goytisolo, heredero insigne de José Ángel Valente, a la hora de marcar distancia entre su calidad espiritual y el resto de la miserable jauría humana, la literatura ha ofrecido abundantes ejemplos de petulancia y de personajes más o menos difíciles. Detrás de cada nombre hay una interrogación, multiplicada por diez si se trata de un nombre literario. Aquel anunciado Felipe Benítez Reyes podía venir dispuesto a meterme un dedo en el ojo o podía convertirse, por afinidades electivas y recursos naturales del destino, en el compañero de las cartas literarias, las llamadas regulares de teléfono, las confesiones poéticas, las últi-

mas copas y las consultas decisivas. Aunque ya se sabe que escribir supone la invención perpetua de un lector ideal, algunos amigos pueden hacer más fácil este tipo de invenciones. ¿A qué vendría Felipe?

Y a lo que vino fue a pegar un elegante zapatazo sobre la mesa para poner orden en el panorama lírico español, que se había acostumbrado a confundir los accidentes con la sustancia poética. La riqueza de la poesía es infinita, porque existen muchos tonos, variedad de tradiciones, curiosidades fértiles en la voz, caminos divergentes que se reúnen o se separan en un cañaveral perpetuo. La única tentación verdaderamente peligrosa está en la prepotencia del recurso, en la confusa indeterminación de los ejes vitales del género y de los adornos o los contenidos que sólo afectan a las superficies. La peculiar velocidad de los movimientos estéticos del siglo XX, mezclada con las leyes péndulas de la sórdida atmósfera cultural padecida bajo el franquismo, había animado una extraña evolución de los géneros literarios españoles, más pendientes de los recursos accidentales que de las claves ideológicas en las que se juega seriamente su destino la literatura. Si mala había sido la epidemia de una poesía social que justificaba con buenas intenciones antifranquistas su falta de rigor estético, peor fue el sarampión de los que convirtieron la lírica en un territorio de cohetes, novedades, extrañezas, pedanterías culturalistas y ejercicios de rupturas lingüísticas trasnochadas. Más que a comprender la calidad poética de una voz que utilizaba el culturalismo como recurso, los epígonos se lanzaron a confundir el culturalismo hueco con la poesía, del mismo modo que muchos epígonos anteriores habían confundido la proclama política con la calidad de un poeta preocupado, entre otras cosas, por los ángeles fieramente humanos. Y todo esto acentuado por una previsible combustión generacional, dispuesta a dividir de forma tajante la lírica en hornadas y grupos, cada quince años, como habían señalado los padres del vitalismo racionalista. Quien acuda a los libros, quien relea con atención las variadas ofertas que se publicaban como poesía joven en la España de 1970 y compare aquel panorama gaseoso con la seriedad de lo que se publica hoy, en muy diversos tonos y tradiciones, percibirá una lógica temporal semejante a la que disolvió la algarabía ultraísta en la solidez creativa de la generación del 27. Reconociendo a los buenos poetas anteriores, sin ningún empeño generacional, la rebeldía sosegada de Felipe Benítez Reyes, diablo entre los sacerdotes e impasiblemente divino en los infiernos, procuró distinguir la tarea poética de las vistosas contorsiones estilísticas de los saltimbanquis. La poesía española goza hoy de una salud envidiable en el resto de Europa. Y si patética fue la actitud juvenil de algunos epígonos de Gimferrer que, con una obra más bien insignificante, se animaron a despreciar toda la poesía española de postguerra, desde Blas de Otero hasta Francisco Brines o Jaime Gil de Biedma, más patética está resultando su menopausia literaria, basada en acusaciones simplonas y reseñi-

tas puñeteras contra los autores que llegaron después, autores que, por cierto, les han ofrecido desde sus inicios una generalizada falta de consideración.

El blablabá de la rabieta póstuma de los novísimos no tiene otra consistencia que la de lanzar reproches de extrema ingenuidad teórica: los poetas de la experiencia sólo cuentan lo que les pasa, renuncian a la lírica y a la imaginación, no leen, enfrentan la vida a los libros. Los mismos que en 1980 profetizaban el fin de la literatura en sus propias obras maestras, porque los cauces históricos del arte culminaban en su brillantez generacional, son los que ahora se quejan de una corrosiva tendencia dominante, llamada poesía de la experiencia, que parece haber dañado el alma de la lírica española al olvidar las genialidades del culturalismo. Sí, aunque parecía del todo imposible, la menopausia literaria de Guillermo Carnero y de Jaime Siles está siendo más ridícula que sus comienzos. Ya que los poetas jóvenes no se acuerdan de ellos, se han transformado en sus propios nietos para protagonizar una curiosa y ensimismada autoreivindicación generacional.

Pese a la mitología romántica del género, en poesía tampoco son mejores los que más gritan, ni siquiera los que utilizan al escribir palabras chillonas. Felipe Benítez Reyes, entre el sarcasmo y la prudencia, huyendo de los tonos grandilocuentes y de las ocurrencias insignificantes, de la frivolidad chistosa y de la solemnidad de los sermones, representó desde el principio una riquísima dinámica de normalización en la poesía española, proceso que ha dado en los últimos veinte años lo que tenía que dar: algunos buenos libros y muchos lectores nuevos.

Creo que el primer poema suyo que leí fue «El poeta Juan de Tassis describe los sepulcros», una meditación sobre el arte del deseo, la permanencia conquistada por la palabra fría o la mano del oficio, el temblor de una vida que se resuelve en conocimiento de finitud y la hojarasca errante de la literatura. En los poemas de *Paraíso manuscrito* (1982) flota una



extraña frescura juvenil, que no surge de la despreocupación y la irresponsabilidad, sino del deseo vertiginoso de tratar a la vez todos los temas importantes, de ajustar cuentas con la vida y la muerte, el sentimiento y la lucidez, la plenitud de los paraísos, la conciencia de su inevitable pérdida y la búsqueda de un lenguaje capaz de fijar las contradicciones que definen cualquier existencia. Esta reivindicación vital de la seriedad y la dignidad de la poesía no soportaba la filigrana irritante de algunas declaraciones sonoras, alimentadas por la retórica o el pasotismo. Recuerdo el caso de una poeta, muy conocida entonces y dispuesta a sentarse en el trono de las modas y de los nombres literarios, que no dudó en afirmar que había escrito su segundo libro en un fin de semana, arrebatada seguramente por un telele místico. El comentario de Felipe Benítez Reyes en la revista *Fin de siglo*, que dirigía con Francisco Bejarano, fue tajante, como un zapatazo sobre la mesa: «El lector se extrañará de que la autora le haya dedicado tanto tiempo». Aquel joven poeta no estaba dispuesto a que su género se confundiera con las manos y los labios libres para hacer o decir tonterías. Sus poemas surgían, por el contrario, de una minuciosa y elaborada declaración de respeto: «El poeta, desde luego, no puede permitirse en nuestros días muchas bravuras de tono, porque su pecado más ridículo puede ser la altisonancia, bien sea de inspiración verbal o emocional. Como tampoco puede permitirse quizá muchos alardes estilísticos, a riesgo de ser tildado de titiritero. El poeta de nuestros días —a no ser que le traiga sin cuidado pasar por ramplón o vocinglero— parece condenado a mantener una educada modulación de voz, sin destemplanzas, y a ejercer su técnica sin alardes, procurando que su invisibilidad no sea menor que su eficacia. Y, por encima de todo, que su poesía sea además —como tiene que serlo— excelente literatura».

De tanto tomarse en serio la literatura, Felipe estuvo a punto de convertirse él mismo en una literatura. No llegó a eso, porque le sobraba maestría, eficacia y calidad para desenvolverse en los géneros predilectos. Ser una literatura completa suele resultar un elogio ambiguo. Cuando un escritor publica novelas, ensayos, poemas y artículos de periódico, sin ser buen novelista, buen ensayista, buen poeta y sin querer limitarse a pasar por un excelente articulista, los amigos acaban afirmando que se trata de toda una literatura, un universo completo. Las novelas, los ensayos y, sobre todo, los poemas de Felipe son demasiado buenos como para que él deje de ser ensayista, novelista y, sobre todo, poeta. Al abrir cualquier libro suyo, sea del género que sea, el lector entra en un mundo personal de escritura, lleno de imaginación, dominio estilístico, buen humor y una cultura muy amplia, asimilada por una mitología particular, un conjunto de nostalgias y pudores muy precisos. Aunque le gusta salir poco de su casa de Rota, Felipe es un escritor de mundo en todos los sentidos. Pero, por fortuna para él, se trata-

rá siempre del mundo personal y de la buena literatura de un poeta importante.

La poesía nos crió y nosotros nos juntamos. Poema a poema, estación a estación, año a año, mi memoria está habitada por mil y una fotografías, porque la vida pasa sobre las estrategias de una narración perpetua, en la que Felipe camina desde la juventud extrema hasta la madurez todavía piadosa, desempeñando papeles muy diversos. Veo a Felipe en Sevilla, en Granada, en Rota, en Madrid, en Valencia, en Londres o en La Habana; lo veo preparar con Juan Vida la edición de *Los vanos mundos* para el Maillot Amarillo, acompañar a Rafael de Paula a un homenaje taurino, tocar la guitarra en una banda de rock, practicar el arte de la brevedad en sus lecturas de poemas, asumir una actitud de exquisita distancia en esa versión moderna de la catástrofe que suelen ser los congresos y las mesas redondas, vivir la noche con una luminosa alegría diabólica en los ojos y soportar las mañanas con una paciencia bien aseada de alumno jesuita en el Colegio del Puerto. Ya sea hablando de poesía, de política o de los laberintos de las fortunas biográficas, el buen humor o la indignación de sus palabras nacen de la frontera repentina en la que una inteligencia cargada de razones decide pasar al orgullo.

Como no soy muy aficionado a los días de playa, mi familia decidió que nos compráramos una casa en Rota, para tenerme colocado mientras ella disfruta de la arena, el sol y las aguas marinas. Rota es también un lugar extraño y fronterizo. Sin opinar ahora sobre la mezquindad de los imperios militares, estoy obligado a admitir que la Base norteamericana de Rota desencadenó en aquel pueblo de la Bahía un microclima moral curioso, de pueblo andaluz de postguerra cruzado con negros neoyorquinos, novedades eléctricas y alegatos musicales de modernidad, hachís y carreteras. Rota conserva todavía en sus calles, y en los reencuentros veraniegos de sus antiguos adolescentes, las huellas de un pueblo que aprendió a vivir en una imprevisible libertad, a fuerza de dudar sobre los extremos de sus propias realidades. El mediodía andaluz bromeaba con las matemáticas productivistas de los anglosajones y la noche americana marcaba la tristeza del franquismo con un rayo lunático de esperanzas instintivas y sobresaltos. Una ciudad adecuada para las locuras razonables y los impulsos sensatos del corazón.

El verano es algo más que una época del año, pasea por los almanaques como la última invención juvenil de la realidad. Felipe y yo aprovechamos este hueco para repetir en dos meses las escenas diurnas y nocturnas de nuestros recuerdos, con largas conversaciones sobre puntos, comas, sílabas, metáforas, versos, poemas, libros, poetas y tradiciones. La verdad es que (y espero que no nos regañen las corbatas de Siles y Carnero) hablamos también de otras muchas cosas. ¡Hasta de cosas que no deben contarse! Me gusta el olor de las estrellas de Rota, la sosegada noche y el bienestar humeante de sus silencios.

La casa de Felipe es ordenada, con los cuadros de su hermano Manolo y de otros amigos pintores, una biblioteca que se extiende por las paredes como un historial de sentimientos y una selva racionalista sobre las estanterías y las vitrinas, un bosque de objetos elegantes que son las señas de identidad de su carácter. La casa de Felipe ha aprendido en los libros de su dueño que la elegancia resulta a la larga la única manera absolutamente moderna de vivir, porque es la raíz y la dignidad del tiempo, el deseo de hacer un poco más habitable el presente.

FELIPE BENÍTEZ REYES UNA LEYENDA SIN DNI

Vicente Gallego



NO tiene D.N.I., se lo vendió al diablo a cambio de sus versos, y sus versos lo identifican allá por donde va.

Cumple a rajatabla con el viejo tópico: trabaja como un condenado para no trabajar.

Siempre con el pico a cuestas, fatiga su inagotable cantera en busca de adjetivos, verbos y pronombres con los que construirse un modesto refugio de palabras. Y la cantera, como si fuera mina, le regala el oro con el que va levantando ese palacio oriental donde sus lectores vivimos a sus expensas a cuerpo de rey.

Cargado con su chistera mágica recorre el mundo a lomos de incómodos aviones, esos artefactos que inventó, para compensar su fortuna en el reparto de las gracias, su demonio particular. De la chistera no ha aprendido aún a sacar conejos, por más que él vendiera su gloria de poeta —que la tendrá— no ya por sacar conejos de allí, sino sólo por poder comerlos una vez a la semana con diferentes salsas, llegarán de donde llegaran esos animalitos que tanto interés poético le confieren a las páginas del *Playboy*. De la chistera, de momento, saca un confeti reluciente de púrpura con el que

adorna las noches de los amigos, como si todas las noches diera fiesta privada para ellos, gracias a su intercesión, la princesa más zorra del lugar.

Hay quien lo ha visto disfrazado de cupletista —como un Jack Lemon pasado por las manos de Billie Wilder— con tal de estar cerca de las damas, canten éstas cuplés o se dediquen sólo, más modestas, a vender peladillas y mixtos a la salida del teatro o a perpetrar tesis doctorales sobre la variedad estrófica de la prosodia japonesa.

Y aun hay quien asegura que, bajo su engañosa presencia de niño bien, se esconde un alma de condición aventurera que, junto a esa peligrosa pareja de poetas metafísicos valencianos que suele acompañarlo en las noches de juerga, no pierde ocasión de meter baza en cualquier camorra de catadura portuaria o de explorar los más espeluznantes vericuetos de ciertas sustancias psicotrópicas muy de su gusto aburguesado, o de hacer las dos cosas a la vez.

Ama en las palabras la huella que la vida —después de forzarlas mucho a las palabras, como si fueran novias inapetentes o espías extranjeros— consiente en dejar en ellas a cambio de nuestra vida propia, ese cadáver sucesivo que los escritores vamos ahogando en el río del tiempo mientras seguimos buscando nuestra voz.

Él hace mucho tiempo ya que la encontró, su voz, y consiguió amaestrarla como amaestran los gánsters a sus chicas o como lo hacen con sus sables los samuráis. Desde entonces —ventrílocuo por voluntad y por destino— la obliga a obedecerle, la exhibe con los más arbitrarios disfraces y la encierra dentro de artículos, diarios, novelas, cuentos y poemas donde casi siempre acaba apareciendo un chino chiflado que nos habla, en sorprendente castellano, directamente al oído del corazón.

Porque es valiente le queremos. Otros le odian por el mismo motivo. Y a él le enorgullecen igual, por venir de quienes vienen, el odio y el amor.

IMÁGENES PARA F. B. R. Luis Antonio de Villena



danzar/cautivos del bar
GERARDO DIEGO

MI PRIMERA imagen de Felipe Benítez Reyes —poco antes de conocerlo personalmente, digamos 1979 y 1980— es la letra de sus cartas, que entonces cuidaba más que hoy. Una letra de voluntad estética (como le pasaba, en otro estilo, a D'Annunzio y a Mújica Láinez) que en sus ángulos y longuras tenía, pensé viéndola, rasgos cúficos...

A mí la poesía de Felipe me gustó enseguida, desde su *Paraíso manuscrito* —algo, otra vez, de la letra— y supe rápidamente (y lo dije) que iba a ser uno de los jefes de fila de aquella poesía que se estrenaba en los primeros 80 (*postnovísimos* titulé entonces) y que hoy es ya poesía de madurez, que en Felipe Benítez mezcla una clásica hondura con el lado brillante y más de festiva cohetería de su prosa... Ahora ha unido, ocasionalmente, ambos caminos. Pero en Felipe laten dos vetas del yo, un poeta elegíaco y un prosista luminoso e iluminante: como si Juan Ramón Jiménez se aliase, eventualmente, con Gómez de la Serna... Un decir.

AÑOS adelante —en realidad bastantes, digamos que hacia 1993—, otras imágenes abigarradas y sucesivas me muestran a un Felipe discotequero y nocturno. Me llamaba, en Madrid, para salir de discotecas. Y recorriamos las que estaban más de moda buscando belleza ajena. Creo que a él le pasaba lo mismo que a mí, aunque no sé si hemos llegado a hablarlo. A mí nunca me han gustado demasiado las discotecas (incluso me han gustado poco), aunque durante años las frecuenté a diario... Lo que me gustaba —y me gusta— es la gente que va a las discotecas. La belleza. Por eso tuve falsa fama de discotequero. Y me parece que a Felipe le pasó (o le pasa) lo mismo. Imágenes de copas, noche, ruido ilustrado y humo. Imágenes distintas de belleza, pases de moda y unas serpientes en un terrario que adornaban uno de aquellos antros más a menos lujosos, lleno de esos habitantes de la noche (los otros, no las bellezas) de los que tanto se aprende y que tanto asombran...

* * *

HAY otras imágenes de Felipe Benítez que podría añadir: juveniles y veraniegas por Cádiz, o más maduras y arboladas en París, donde una vez leímos poemas juntos... Pero naturalmente hay otras imágenes aún de Felipe que yo no conozco y que son tan él (o más quizá) que las por mí conocidas. Son las imágenes caseras del poeta. El poeta en bata y zapatillas. Yo esa imagen no la conozco, ya digo, pero debo imaginarla. Porque ningún lector puede dejar de fabricar esa imagen, supuestamente consuetudinaria y a lo mejor falaz. Esteta y melancólico, pero también exdiscotequero y hombre de opinión publicada, ¿cómo no imaginar a Felipe, en Rota, con un batín de seda granate y unas zapatillas a juego, cuero en la suela? El poeta traduce a Eliot mirando al mar y presintiendo el crepúsculo... Todo calma. Remanso, hexámetros, gaviotas...

Podrían suceder dos cosas (no en balde cité antes a Juan Ramón y Felipe es además buen lector de Cernuda): o entra en la sala la asistente —con una copita de jerez, en bandeja— y dice: «Señor el crepúsculo». (Ruskin, J. R. J., Cernuda...) O acaso —otra opción más literaria— no ocurre nada y Felipe sigue mirando el poniente rojizo con el batín de seda y la copita de jerez y los versos primeros de Eliot, y en la cerebración —leopardianamente— piensa en Silvia... Somos todos casi infinitas imágenes. Las falsas como las ciertas, en el escritor, verídicas.

FELIPE Y NOSOTROS

Benjamín Prado



A QUIÉN no le ocurre. Quién no se para a veces en medio de su vida, mira hacia atrás y piensa en todas las personas que soñó ser, en toda esa gente en que pudo haberse convertido. A los once años yo iba a ser futbolista, me seleccionaron en una prueba para entrar al Real Madrid y esa misma tarde, al cerrar los ojos, vi cómo levantaba una Copa de Europa, cómo marcaba el gol de una final; me vi entrar a un restaurante de mil novecientos ochenta y tantos y el dueño salió a recibirme, los clientes me pidieron autógrafos, había una foto mía en la pared, recortada del *Marca*; vi que, al salir a la calle, todo el mundo me miraba, sus ojos se iban quedando en mí como peces de distintas clases y colores atrapados en una red.

A los trece años yo iba a ser médico. Aún hay muchos pacientes que se acuerdan de mí, me los encuentro en mis viajes alrededor del mundo, van a mis conferencias y me saludan, algunos de ellos se echan a llorar, besan mis manos, me dicen bendito sea, doctor, usted salvó a nuestro hijo, usted salvó a mi esposa, usted nos hizo vivir, usted nos lo dio todo... A los trece años me vi ahora y no era así: llevaba el pelo corto y una bata blanca, tenía un despacho con una mesa de caoba y un tapete verde, sabía el nombre de cada músculo, de cada hueso, el nombre de mi mujer era Yolanda, nos conocimos en el colegio y éramos tan felices.

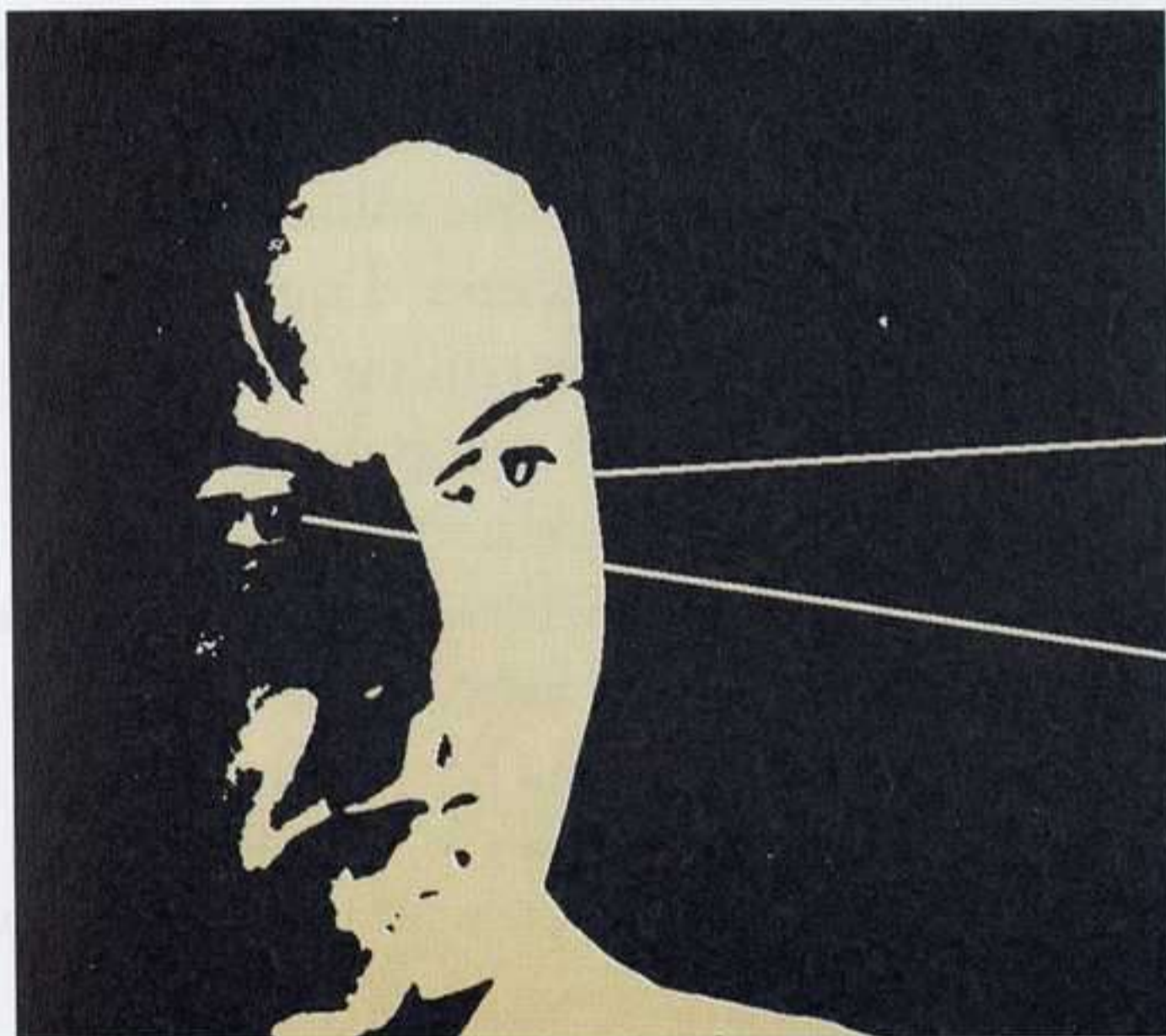
A los quince años descubrí a Bob Dylan y me puse a escribir canciones, me pinté los ojos con khol, me compré unas botas mexicanas de piel de serpiente y di con ellas el primer paso hacia otra de las personas que pude haber sido. El éxito de Benjamín Prado fue increíble desde el principio, dijeron las revistas musicales, el *Ruta 66* o el *Popular 1* del porvenir. Su primer disco vendió quince millones de copias en todo el mundo y desde entonces ha actuado en el Madison Square Garden de Nueva York, en el Carnegie Hall de Londres, en la Plaza Roja de Moscú y en Tokio. En 1980 escribió una canción junto a su amigo Bob Dylan, en la mansión que posee en Malibú la estrella norteamericana, y en 1984 fue el primer cantante de lengua española en llegar a número uno de las listas de éxitos de los Estados Unidos.

También fui otra gente antes de ser yo, fui abogado, dramaturgo, tenista, director de cine... Y es curioso, tengo la sensación, es más, casi puedo estar completamente seguro de que a cualquiera de esas personas le hubiera gustado Felipe Benítez Reyes, que todas habrían dicho de él palabras parecidas a éstas: «Felipe Benítez Reyes es una persona exquisita, es decir, vive en perfecto equilibrio: es muy culto pero nada pedante; es ingenioso sin causar fatiga; es cálido y a la vez comedido. Y, como suele ocurrir, todo lo que escribe es igual que él: exquisito, ligero pero denso, fácil de leer y difícil de olvidar».

Es posible que algunas de esas palabras hubieran sido diferentes, dependiendo de quién las escribiese, el futbolista o el médico, la estrella del rock o el abogado, pero querrían decir lo mismo. La cuestión es que, para bien y para mal, yo he tenido que conformarme conmigo y que, a estas alturas, una de las cosas que me alivia de no ser los otros Benjamín Prado posibles es la amistad de seres como Felipe, buen tipo, escritor de cinco estrellas y persona a la que da gusto saborear, con la que siempre es fácil pasar al otro lado de lo que no te gusta. Sí, todos nosotros también hubiéramos estado muy orgullosos de ser sus amigos. ¿A quién que tenga ojos y corazón no le va a gustar Felipe Benítez Reyes?

POR LAS VENAS DE FELIPE

Eduardo Mendicutti



COMO todo el mundo sabe, Felipe Benítez Reyes tiene una vena poética y una vena narrativa. A veces, las dos venas se le cruzan —como a otros se le cruzan los cables, pero lo de Felipe es mucho más ingenioso e inspirado, aunque no siempre mucho más apacible— y entonces escribe artículos.

Yo nunca he conseguido imaginarme del todo cómo se le pone el cuerpo y, sobre todo, lo que al parecer tenemos debajo del cuerpo, sea lo que sea, a quien de repente, o con el misterioso ritmo que puedan imponer las musas, se le queja, se le pone lánguida o se le encabrita la vena poética. A algunos, la vena poética les sale sesuda o incluso hermética, pero la verdad es que a esos sí que se les nota mucho cómo se les pone el cuerpo y lo que todos tenemos debajo del cuerpo. Después están esos poetas de los que nadie diría a simple vista que hacen versos, pues sólo cabe imaginarlos haciendo paellas, certificados de defunciones o punto de cruz. No es, en absoluto, el caso de Felipe. Hasta los más zopencos de los prosaicos podemos distinguir sin ninguna dificultad que Felipe Benítez Reyes es un poeta de fiar. Hay algo en su porte, en su manera de vestir, en su forma de hablar, en su modo de mirar a las señoritas y de desentenderse de los caballeros, que sólo tiene cabida en un buen

poeta, en alguien capaz de hacer de la concisión un lugar espacioso y lleno de recovecos muy sugestivos, capaz de hacer de la sobriedad un prodigio de seducción, capaz de convertir el virtuosismo técnico en un milagro de emoción y complicidad. Yo leo siempre con gran aplicación y cuidado los libros de poemas de Felipe y siempre acabo descubriendo que en esos versos sabios, cálidos, certeros e imprevisibles alguien está hablando de mí. No es poco mérito el suyo.

De todas formas, y soy consciente de que sólo a causa de mis precariedades líricas, con el Felipe que más disfruto es con el que se deja llevar, con regularidad digna de un inventor de historias con las que posponer las desgracias, por su vena narrativa. Un relato suyo es siempre una invitación a quedarse un buen rato con la boca abierta. Una novela suya es, sin fallar, una invitación a quedarse con la boca abierta durante el tiempo que haga falta, hasta apurar la última página. Al principio, yo leía las historias de Felipe y me costaba trabajo imaginar de dónde las sacaría ese muchacho que, después de todo, había nacido en Rota y vivía en Rota, lo que por supuesto no es ningún desdoro a los ojos de nadie, excepto a los ojos de alguien que haya nacido en Sanlúcar, como es mi caso. Hasta que hice con él un más que improbable viaje de pocos días a Puerto Rico y fuimos a caer en un San Juan medio desbaratado por los huracanes, en una fantasmal Feria del Libro, en un hotel de pésima muerte y, por culpa de la debilidad de Felipe por la molicie y otros privilegios de la alta burguesía, en la casa del Cónsul General de España: sé que en esta casa dejamos un recuerdo imborrable, por más que el dormitorio que yo ocupé tal vez lo fumigaran después de que el cónsul leyera una entrevista en la que yo daba cuenta, con el desparpajo que me caracteriza, de todas mis debilidades públicas y privadas. Pues bien: ahí, en esa casa suntuosa y ajena, viendo a Felipe moverse por allí como Pedro por su mansión, comprendí que sólo alguien capaz de semejantes desenvolturas entre tantos lujos y tanto servicio del prójimo puede imaginar historias tan sutiles o tan delirantes, inventar personajes tan parecidos al monstruo que cada uno de nosotros esconde dentro de sí o al serafín sonámbulo en el que todos nos convertimos en alguna hora del día, narrar la vida más estrambótica o la experiencia más delicada con la radiante convicción de que nadie más que sus personajes y sus lectores son capaces de vivirlas y de comprenderlas. Claro que para conseguir eso el muy bandido cuenta con la ayuda desaprensiva de su prosa.

Y digo desaprensiva porque no es justo que alguien sea capaz de escribir como escribe Felipe Benítez Reyes. O, por lo menos, no es justo que, además de escribir así —con una sorpresa verbal a la vuelta de cualquier renglón, con un adjetivo glorioso junto al sustantivo que en otras manos parecería siempre opaco y resignado, con una comparación inaudita o una metáfora asombrosa en mitad de una frase que a cualquier otro le quedaría de trámite, con ese sen-

tido del ritmo y de la atmósfera lingüística, con ese refinamiento en el arte de entreverar lo culto con lo coloquial, de modo que no parezca ni lo uno ni lo otro, sino algo nuevo, diferente, incomparable e inconfundible—, además de gastar ese estilo, digo, lo utilice para componer narraciones que a nadie más se le ocurrirían y artículos que aciertan siempre a poner, con parsimoniosa ironía o con saludable impertinencia, el mundo al revés.

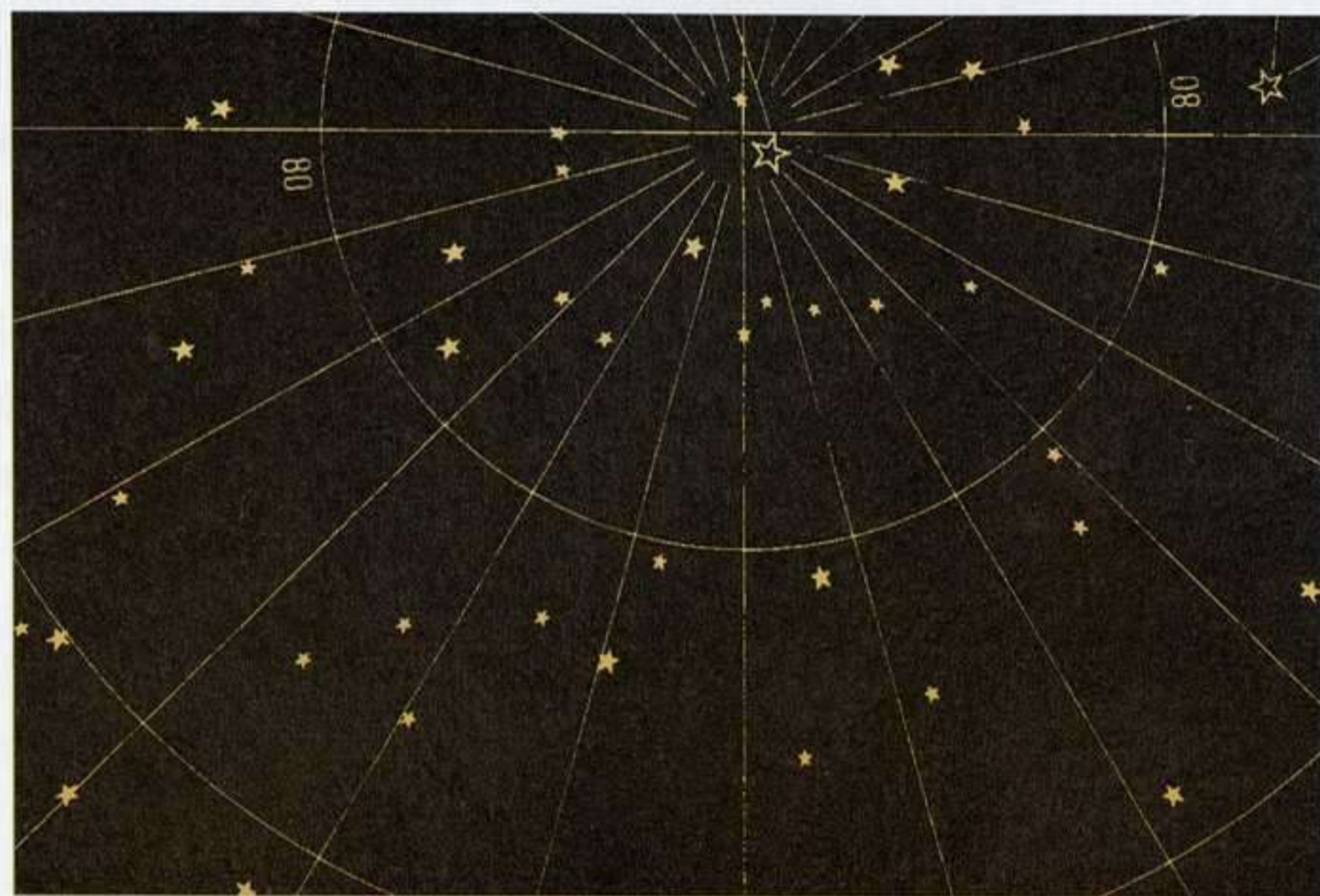
Felipe, hijo —¡por tus venas!—, escribir como tú escribes tiene un nombre feísimo: competencia desleal.



Ricardo Cadenas, Felipe Benítez

EPISODIOS DE NOCTAMBULIA

Carlos Marzal



DESPUÉS de revolver casi todo el guardarropía de los recuerdos, he llegado a estar seguro de que no sé la fecha exacta en que vi por vez primera a Felipe Benítez Reyes. Supongo que este rigor de mi desmemoria se debe a que tengo la certeza de conocerlo desde siempre.

Los amigos del alma representan uno de los pocos cimientos de nuestra tambaleante personalidad, y la hipótesis retrospectiva de que hubo un tiempo en que aún no existían nos deja un amargo sabor en la boca: quizá también debió de haber un tiempo, en nuestra propia vida, en que nosotros tampoco existimos del todo, al menos tal y como es preciso que exista la gente bien nacida que en el mundo es: rodeada de sus inseparables amigos del alma. Hacer elucubraciones de este género, acerca de los fundamentos afectivos de la personalidad humana, es un asunto de enorme peligro. El alma es un país salvaje, lleno de galerías secretas, recodos oscuros y páramos batidos por la ventisca, y para aventurarse en él hace falta el coraje de un explorador, así como la sutileza temperamental que poseen las monjas clarisas, cuando bordan las sábanas principescas y hacen esos dulces de membrillo que otorgan el perdón de los pecados a los golosos de buenas entrañas. Por el despeñadero de las cábalas espirituales ha habido más de un intrépido que se ha precipitado

para nunca más volver. De manera que es mejor no adentrarse en las selvas sonoras de la conciencia, porque se empieza por reflexionar sobre los amigos del alma y se termina por creer que hubo una época en que no estuvimos nacidos por entero. Y es que imaginarnos en el pasado sin nuestros amigos más queridos nos produce una extraña melancolía prenatal, una descorazonadora orfandad anterior al origen del mundo, que como todo el mundo sabe se crea con cada nuevo pensamiento de cada individuo.

Debí de conocer a Felipe Benítez hacia el final de la primavera de 1983, o puede que del 84 u 85. (Aunque él ya era por entonces un tipo singular, todas las primaveras se parecen un poco.) Si me hubiera esforzado en consultar cartas, libros y revistas, hubiese podido circunscribir mucho mejor la fecha, pero creo que estas prospecciones en el recuerdo es mejor que estén envueltas en una perezosa neblina de indeterminación. Sufro, entre otros fetichismos, el de lo remoto, y todo lo que se desdibuja y vela adquiere ante mi fantasía un amable prestigio. Así es como se puede hablar de los asuntos personales sin demasiado sonrojo: como si habláramos de ruinas que nos resultan a la vez familiares y ajenas, porque pertenecen a esa tierra de nadie en que consiste lo pretérito (que al nombrarlo con esa palabra aún parece más hierático, ilustre y distante que el simple pasado).

La Valencia de aquellos años era la Ciudad de los Congresos. Ignoro si hay algún fundamento genético para que se produzca el entusiasmo asambleísta de los valencianos, pero el caso es que por aquel entonces cada dos o tres días se celebraba una Feria, una Muestra, una Bienal, un Congreso, todos

más o menos mediterráneos, pero siempre de importancia decisiva para el desarrollo de la cultura contemporánea. Fue tanta la euforia de las convenciones durante aquel tiempo que el INVEST (Instituto Valenciano de Estadística), en los análisis publicados en la década de los 90, ha llegado a la conclusión de que no existe ningún aborigen, nacido con anterioridad a 1975, que no haya organizado algún Encuentro Internacional de Cualquier Cosa Reciente, o en su defecto que no haya participado en él como ponente o espectador. Aunque carece de base científica, sospecho que la chifladura de mis paisanos por los cónclaves la provocan los excesos de la luz, y en especial los desafueros climatológicos, que han hecho desaparecer de la vieja tetraarquía atmosférica no sólo a la primavera y al otoño, sino también a Su Despótica Majestad El Invierno. Vivir en un permanente verano, salpicado de minúsculas intermitencias invernales, no puede deparar nada



Eugenio Marrón El hombre de la chistera, 2001

bueno para las imaginaciones y los cuerpos de los nativos, que se ven empujados a salir de sus casas y a buscar compañía por esos mundos inquietantes. En dicho comportamiento —no estarse quieto entre las cuatro paredes de una habitación—, como ya nos advirtió el bienaventurado Michel de Montaigne, estriba el origen de todos los males del hombre. Pero no estamos aquí para hacer una aportación psicoetnográfica a la Postmodernidad, sino para tratar de cómo Felipe Benítez Reyes vino a dar con sus huesos, allá por el ochenta y pico, en la Valencia del Cid, alias la Ciudad de los Congresos, alias la Ciudad de los Museos.

Me va por la cabeza que nuestro personaje acudió como invitado al ?? Congreso de Escritores del Mediterráneo. Si yo fuese un individuo cuidadoso con los detalles numéricos, habría podido averiguar de qué Congreso se trató, pero además de estar seguro de que no tiene ningún interés, padezco desde mi infancia una variedad contable de la amnesia, que me impide recordar los cumpleaños, las efemérides, las fechas de publicación de las primeras ediciones, los años de inicio de las guerras. Siempre he mirado con envidia a ese tipo de memoriosos que son capaces de recordar cómo leyeron por vez primera a Shakespeare en mayo del 57, que visitaron la Capilla Sixtina el 16 de octubre de 1962 y que probaron su primer trago de alcohol el día en que cumplieron nueve años. Para mí —lo digo con la melancolía de quien hubiese querido ser un virtuoso de las cifras exactas—, los acontecimientos pertenecen a una imprecisa nebulosa común, aunque gracias a ella no siento como demasiado distante lo lejano en el tiempo, ni como demasiado próximo lo contemporáneo. Ventajas e incomodidades que acarrea la enfermedad de los guarismos.

El Congreso de Escritores en que conocí a Felipe Benítez se celebró en la Universidad Vieja de la calle de la Nave, bajo la juiciosa tutela de la estatua de Luis Vives, pero no fue allí donde me lo presentaron, sino en las cercanías del Ayuntamiento, la mañana en que se celebraba el acto de bienvenida a los participantes.

En el ochenta y pocos yo tenía la secreta intención de convertirme en un escritor secreto, y aunque no había publicado nada —salvo algunas reseñas en algún suplemento literario local— emborronaba montañas de papel sin rumbo fijo. Hacía muy poco que un grupo de cuates —Salvador Domínguez Jardón, Tomás March, Antoni Domènech y yo— nos habíamos inventado una revista de literatura y arte con la excusa de los toros, *Quites*, y habíamos conseguido que la Diputación de Valencia, entonces en manos de la UCD, nos la financiara. Al margen de eso, me entretenía con lo que deben de entretenerse, imagino, todos los jóvenes aspirantes a escritor de cualquier época: devorar lecturas, olfatear el aire de su tiempo y sobrevivir a la propia juventud, que es un periodo de candoroso énfasis, hecho de una angélica mezcla

permanente de ignorancia, fuerza animal y sueños. Con el apetito omnívoro de los poetas inéditos, husmeaba desde hacía muchos años las revistas y los suplementos literarios que mi padre leía —*Ínsula*, *La Estafeta Literaria*, la *Nueva Estafeta*, *Los Cuadernos del Norte*, *Informaciones*, *Diario 16*, *ABC*—, deambulaba por la biblioteca familiar, y escribía sin descanso, como casi todos los debutantes, quincallería hermética, relamida y solemne. Ese género de delirios de adolescencia caen debajo de lo que el maestro Pla hubiese denominado *inenarrables collonades aclaparadores*, que podríamos traducir con libertad filológica por *inenarrables gilipolleces abrumadoras*. Pero la verdad es que en algo tenía que matar el exceso de ocio que me permitía mi feliz condición no sé si de estudiante de los últimos cursos de Filología Hispánica o de recién licenciado en lo mismo. En cualquiera de los dos casos: mi feliz condición de haragán con porvenir incierto y corazón vacante.

Fue mi viejo amigo de infancia, Salvador Domínguez Jardón —también aspirante a poeta desgarrado— quien me dio a conocer la revista *Fin de Siglo*, que dirigían Felipe Benítez y Francisco Bejarano en Jerez de la Frontera. Salvador Domínguez había estado una temporada sirviendo a la patria en la Capitanía de Sevilla. Para entretener los dolientes vacíos de pernocta, se dedicó durante las tardes de su servicio militar a tres asuntos distintos que tenían un mismo fundamento: beber whisky sin tino, aprender el arte de volar cometas y frecuentar a los escritores jóvenes de la ciudad. En la librería Renacimiento —no todavía la de Mateos Gago, sino la diminuta que se encontraba en Rodrigo Caro, un callejón próximo— conoció a su dueño, Abelardo Linares, a Juan Lamillar, que por entonces trabajaba allí de dependiente, y a Felipe Benítez, quien en aquellos años trataba de hacer pensar a su familia que se dedicaba concienzudamente al estudio en la Universidad de la Antigua Fábrica de Tabacos, para convertirse en un hombre hecho y derecho y labrarse un futuro prometedor.

En sus tardes de recluta sin consuelo (cuando no volaba sus cometas gigantes de colores eléctricos en las orillas del Guadalquivir ni se atracaba de whisky peleón en alguna de las tabernas próximas a su piso de Triana), Salvador Domínguez hizo amistad con la gente de Renacimiento, y se trajo hacia Valencia revistas y libros recién salidos del horno. En aquel vetusto tiempo de nuestra juventud, Salvador Domínguez era todo un portento de acometividad, y tenía un aplomo impropio de sus años. Poseía el don de hacer creer a los demás que estaba en el secreto y que quien lo escuchaba disfrutaba del privilegio de asistir a importantes revelaciones de carácter indeterminado, pero de enorme trascendencia. Entre otros muchos descubrimientos, Salvador Domínguez reveló a sus conocidos andaluces la inexistente obra de dos magníficos poetas inexistentes de Valencia: él mismo y su amigo Carlos Marzal. La palabra de Salvador Domínguez tenía cierto poder chamánico, y su cir-

cunspección hacía verosímil lo quimérico, y tangible lo impalpable, porque por sus venas corre sangre de la muy noble villa de Requena, lugar fronterizo y de mucho ajetreo histórico. Ante su convencimiento de notario, la gente adquiriría una fe repentina, y daba por bueno lo que sólo existía en su imaginación.

Cuando Salvador Domínguez supo que Felipe Benítez y Paco Bejarano habían sido invitados al Congreso de Escritores de Valencia, les telefoneó para comunicarles que allí los encontraría, y que desde aquel momento estaban bajo su protección y amparo en tierras del Este. Salvador Domínguez había pasado muchas noches de su primera juventud ensayando obras de profunda oscuridad centroeuropea, con un grupo teatral de aficionados, y tenía un fervoroso concepto de las posibilidades del monólogo dramático, por lo que solía aderezar las cosas con un poco de grandeza trágica, lo requiriese la ocasión o no. De frecuentar los parlamentos clásicos, se había forjado la costumbre de dorar de misterio los asuntos sin importancia y de ignorar con desprecio olímpico todo lo misterioso e importante, como había visto hacer a los monarcas absolutos en los dramas sangrientos que su compañía terminaba por no estrenar jamás.

El único problema sin importancia del Congreso de Valencia, en que Salvador Domínguez se había citado con los directores de *Fin de Siglo*, era que nadie lo había invitado a él a participar; pero semejantes minucias nunca lo desanimaron, ni las consideró un obstáculo para desenvolverse en el mundo. El hecho de que los responsables no hubiesen tenido la amabilidad de contar con los dos poetas europeos que más merecían la atención del público —él mismo y su amigo Carlos Marzal— constituía una falta de olfato literario que lo ofendía profundamente, pero pensaba que en la torpeza también les iba a los organizadores su castigo, y que la posteridad se encargaría de juzgarlos con la inclemencia merecida. La circunstancia anecdótica de que no existiera lector sobre el globo terráqueo que nos conociese, ni pudiera hacerlo, no hacía sino cargarlo de razón, porque a Salvador Domínguez siempre le pareció que haber esperado a nuestra consagración definitiva como escritores, para invitarnos a cualquier Congreso, habría supuesto una muestra de mediocridad intelectual y una falta de previsión poética. Según su riguroso criterio, no había ningún mérito en aguardar a que se publicaran los poemas que todavía no habíamos escrito, para aclamarnos como escritores, porque de esa manera se comportaban los advenedizos del arte. Lo que verdaderamente hubiese demostrado finura de pensamiento habría sido adelantarse a la evidencia, y celebrar en el vacío lo que el futuro se encargaría de confirmar. Así que la mañana en que el Alcalde de Valencia recibió a los invitados al ?? Congreso de escritores del Mediterráneo, Salvador Domínguez se presentó en el Salón de Espejos del Consistorio, para ocupar el sitio que le correspondía por derecho

literario, aunque las veleidades del tiempo sucesivo aún no consintieran que el mundo lo supiese.

Por aquellas fechas, yo era un tímido inseguro e intransigente, y pensaba que en la inseguridad, la timidez y la intransigencia había algo de importante, una aureola de sigilo. Creo que, como casi todos los jóvenes con la cabeza a pájaros poéticos, necesitaba envolver en la mitología personal mi desorientación y mi zozobra. (Algo similar a lo que hacen casi todos los adultos un poco más adelante.) Hoy he dejado de ser tan respetuoso con la timidez y la intransigencia, y me he convertido —espero— en un individuo moderadamente expansivo y tolerante, y considero que cumplidos los veintitantos, cuando no son arrebatos ocasionales, esas dos formas de la hosquedad constituyen una pesadez del temperamento y una falta de inteligencia para la vida. En los niños y en los jóvenes, la timidez puede ser un adorno más de la gracia, y una muestra de lo mucho que aún les queda por aprender, pero en los adultos suele constituir la desgraciada confirmación de que apenas nada se ha aprendido, de lo mucho que la realidad ha querido enseñarnos. Lo cierto es que mi antigua superstición acerca de la timidez, y mi eterno convencimiento de que uno no debe presentarse en donde no lo esperan, hicieron que aquella mañana del ochenta y pico yo no acudiese a la recepción en el Ayuntamiento, y quedara en la Plaza del Ídem con Salvador Domínguez, a la salida de la ceremonia, para que me presentara a sus amigos andaluces.

Aunque ya he dicho que me atracaba de revistas literarias, la primera vez que leí un ejemplar de *Fin de Siglo* supe que había encontrado la revista en la que me hubiese gustado colaborar, y envidié en la distancia el talento de quienes la dirigían. Tal vez no fuese en muchas cosas absolutamente diferente a otras publicaciones, pero me pareció por completo distinta en la sustancia a todas las demás. Como sucede con lo que nos gusta en cualquier manifestación del arte, se trataba de un encuentro fatal de caracteres, de un inevitable tropiezo de temperamentos en la encrucijada de la casualidad. A ese fenómeno de simpatía espiritual se lo conoce con la hermosa expresión de *afinidades electivas*. Las virtudes de aquella revista pertenecen a la eterna novedad que emana del talento joven, pero que todas las generaciones necesitan descubrir en sus estrictos contemporáneos: rigor e irreverencia, desenfado y solidez. Comprendía que no había nada parecido en España en aquellos momentos, y me hice un adicto en espíritu de aquella publicación imposible de encontrar en las librerías de mi ciudad, algo que añadía el placer del catador selecto a mis ensoñaciones literarias, como si dispusiera de un barril secreto, con un extraño brebaje para la sola degustación de los muy entendidos.

La mañana de cuya fecha no puedo ni quiero acordarme me encontré con Salvador Domínguez, Felipe Benítez y Paco Bejarano



en la esquina de la calle de la Sangre con la plaza del Ayuntamiento. Un narrador con el corazón de los viejos romanos diría aquí que se debe tener mucho respeto a los lugares en donde nos citamos con la gente, porque la incontable materia del mundo puede interpretarse bajo especie de oráculo. Si yo hubiera sido más prudente, y me hubiese detenido un instante a leer los auspicios que de seguro flotaban en el aire de aquella mañana, me habría dado cuenta de que una cita concertada en la calle de la Sangre no podía acarrear más que una hermandad de por vida o un odio africano que desembocase en una matanza. El caso fue que ocurrió lo primero, y que desde entonces nuestras sangres fluyen juntas, pero tengo la impresión de que fui un imprudente. Ya nunca más dejo al azar objetivo que disponga un encuentro en un lugar de tantas resonancias simbólicas, y antes de conocer a algún nuevo individuo consulto a los arúspices en alguno de mis diminutos santuarios domésticos. Hago, por ejemplo, suertes verbales, y abro cualquier libro de las estanterías, para que la última línea de la página derecha me indique lo que me depara el futuro. O extraigo a ciegas del armario una camisa imprevista, y en su color y sus motivos interpreto señales proféticas. Como digo, el desbarajuste de la realidad balbucea algún oscuro mensaje que no sabemos comprender, pero hay que mantenerse en guardia y procurar traducir sus oráculos. Ahora que ejerzo de mi propio hechicero, jamás me cito en esquinas dudosas, y recomiendo al lector que siga mi consejo. Elija sitios de inexorable neutralidad anodina: la socorrida Gran Vía que hay en cualquier parte, la calle Mayor de no importa dónde.

No albergo la menor duda acerca de que la mañana en que conocí a Felipe Benítez hacía en Valencia un sol metafísico. Entiendo por ello ese tipo de sol que prefigura el verano, que nos infunde una vaga alegría sin porqué y que nos hace desear la santa holgazanería creatriz, madre de casi todas las cosas que merecen la pena en el mundo. Era una de esas mañanas en que el aire de Valencia huele a salitre, aunque sólo sea con el olfato de la imaginación (porque tal vez no haya ciudad costera en el planeta que viva tan de espaldas al mar); una de esas mañanas en que el simple milagro de la luz nos predispone con amabilidad a la filosofía del agradecimiento, ese reverso necesario de la filosofía de la amargura, también llamada realismo puro.

Paco Bejarano y Felipe Benítez me produjeron una impresión de radiante jovialidad. Tenían el aura de contento que caracteriza a los viajeros bien dormidos, en su primer día de visita a un lugar del que no esperan nada en concreto, pero del que algo esperan. Estaban tocados por los duendes del buen humor y contagiaban la disponibilidad de espíritu de quienes tienen no sólo la decidida intención de pasárselo bien a toda costa, sino la de quienes ya se lo están pasando bien por el mero hecho de querer hacerlo así. Por fortuna, Felipe Benítez



resultó pertenecer a la categoría de los extrovertidos medidos, y Paco Bejarano a la de los pudorosos dicharacheros, perfectamente compatibles con la verba chamánica y sentenciosa de Salvador Domínguez y con mi reserva expectante de entonces, dispuesta a transformarse en locuacidad cuando se sintiese a sus anchas. Y la verdad es que desde el primer momento tuve la inexplicable convicción de que con Felipe Benítez y Paco Bejarano no entablaba una amistad, sino que la reemprendía después de un período de ausencia cuyas causas no sabíamos recordar ninguno. De la misma forma en que con algunos conocidos, por más que exista entre nosotros un alto grado de confianza, no perdemos un punto de auténtica incomodidad, con algunas amistades recientes sentimos un inmediato desasimio, un comfortable dejarnos ir que nos permite estar en nuestro centro y descentrarnos, salirnos de nosotros y no andar nunca perdidos, permanecer de par en par abiertos y no quedar en evidencia. Ya saben de qué les estoy hablando. El invisible flujo de la amistad es una corriente tan palpable como las aguas eternamente movedizas de los ríos. La simpatía mutua es un elemento de la tabla periódica, con su peso molecular, con su nombre cifrado. Tiene su aureola radioactiva, de la que emana una fosforescencia visible a plena luz del sol.

Por lo que respecta a la indumentaria, Felipe Benítez atravesaba en aquellos momentos por una época de lo que podíamos llamar *elegancia deliberada*, que consiste en vestir bien, saberlo, y saber que los demás lo saben. Llevaba un pantalón y una camisa de lino blancos, y una americana azul marino, con el cuello de la camisa sobre las solapas, y los puños abiertos, por fuera de las mangas de la chaqueta, a lo Jean Cocteau. Tenía la costumbre transilvana de no quitarse jamás las gafas de sol, y encendía un Ducados tras otro con la ansiedad de un buzo fumador después de una inmersión prolongada. Por su parte, Paco Bejarano pertenecía a la categoría del *subrayado dandismo matinal*. Llevaba un traje de verano cruzado, de diminuto cuadro verde, camisa blanca, un pañuelo al cuello, gafas de sol y un bastón ligero con empuñadura de plata, como utensilio imprescindible para sus coqueteos acerca de la edad y de su delicada salud. Lucía un bronceado impecable, de multimillonario milanés con una villa en Capri o con una cabaña de esquí en Cortina D'Ampezzo. Se peinaba hacia atrás con estudiado descuido la melena engominada, y tenía un leve tartamudeo que le daba a su hablar pausado un deje de dignidad archiepiscopal. Constituían una extraña pareja de amigos, cómplices perfectos a pesar de su diferencia de edad, brillantes, con la pizca de extravagancia necesaria y el encanto personal para hacerlos una compañía excelente.

Recuerdo que estuvimos tomando unas cervezas antes de comer, pero ya no sé dónde. Puede que fuera en la cafetería San Patricio, o en algún bar de la calle San Vicente, cerca de la plaza de la Reina. Tampoco estoy seguro de que aquel día nos marcháramos a la playa de la Malvarrosa a tomar un arroz, pero

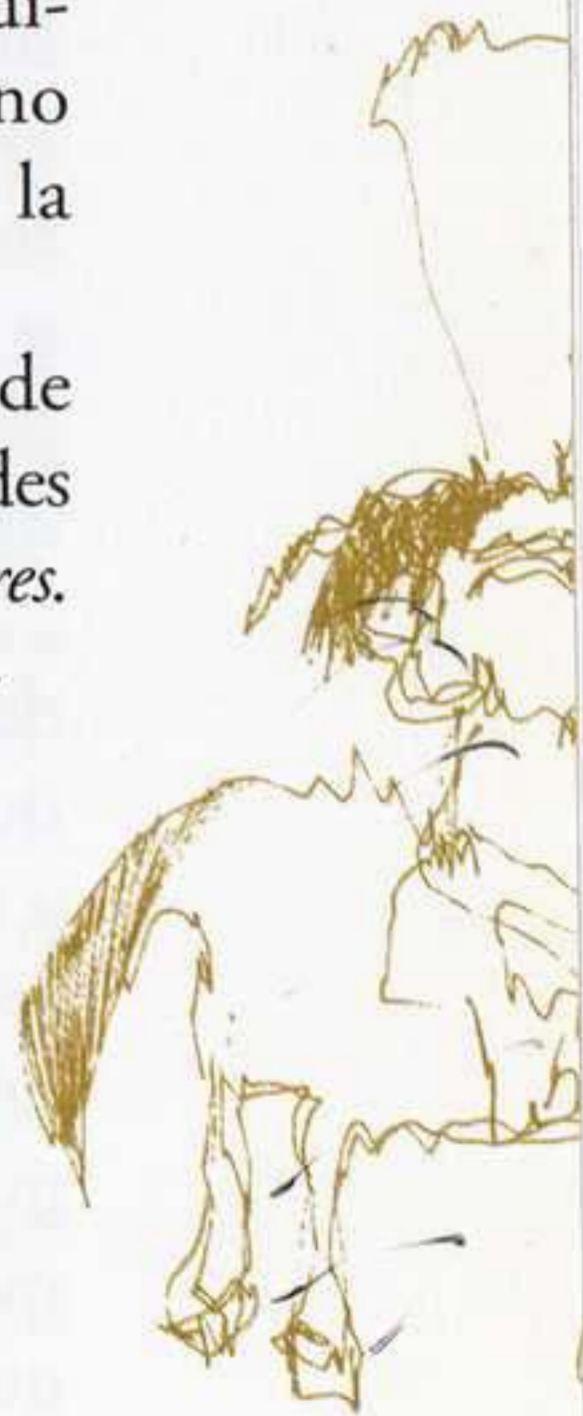
el sol metafísico que doraba la ciudad lo convierte en verosímil. De modo que merece la pena sacrificar la exactitud de los pequeños detalles auténticos, por la autenticidad de las minúsculas necesidades del relato. Además, no hubiese tenido nada de extraño que Felipe Benítez nos amenazase con retirarnos el saludo, si no lo llevábamos a probar una paella, o en su defecto cualquier tipo de arroz, dada su maníaca afición por ese cereal. Desde entonces, cada vez que visita Valencia me somete a un estricto régimen de arroces diferentes, para comer y cenar. Sólo he conocido un par de casos semejantes de adicción a esos curiosos granos blanquecinos: un viejo amigo de Sueca, que juraba haber comido y cenado arroz a diario, durante los primeros quince años de su vida, hasta el punto de no creer que se pudiera cocinar otra cosa en otras partes del mundo; y el torero Rafael Ortega, sobrino del legendario Rafael, el *Gallo*, quien comió y cenó delante de mí, cuatro días seguidos, arroz de primer plato, arroz de segundo y arroz con leche de postre. Mi amigo Carlos Velasco, gastrónomo, buceador a pulmón y psiquiatra freudiano en el hospital provincial de Valladolid me ha asegurado que existe una relación incuestionable entre la ofuscación arrocil y los hábitos de fornicador compulsivo. Al parecer, esa afición se gesta en las catacumbas del ello, en recónditos pasadizos y humedales del inconsciente. Quién sabe. Suceden cosas muy extrañas en las galerías del carácter y en los pueblos arroceros. Y si no, piensen en los chinos, en sus torturas de refinado sadismo, en su Gran Muralla, en su caligrafía misteriosa, en el canibalismo de la Revolución Cultural. Quién sabe adónde pueden conducir un temperamento introvertido y una dieta severa de arroz.

En nuestras primeras conversaciones, Felipe Benítez me causó la impresión de pertenecer desde su nacimiento a la literatura, y nuestra amistad posterior no ha hecho sino confirmarme la evidencia de que no hubiese podido dedicarse a nada diferente en la vida. Si algún azar le hiciese imposible el escribir, no sólo sería el ser más desgraciado de la creación, sino que no podría ganarse con otra actividad lo imprescindible para su supervivencia. La combinatoria genética lo ha dotado con tanto talento literario que casi lo ha convertido en un tullido para la vida práctica. En un trabajo con horario fijo hubiera languidecido hasta derretirse, como un masai en una celda.

En comparación con la naturalidad con la que se movía en las aguas de la literatura, tuve la certeza de que Salvador Domínguez y yo éramos unos simples huéspedes forzosos. Todavía hoy pienso lo mismo, y sé que por lo que toca al linaje literario, la diferencia entre Felipe y el resto de nosotros estriba en que, mientras él lo ha heredado por derecho de cuna, los demás lo hemos adquirido en trabajosos matrimonios de conveniencia. Aunque ha tenido que bregar como un forzado de dragut en la playa de Rota, para ordenar en palabras su capacidad, ha venido al mundo con una disposición innata que la mayoría no lograremos nunca por más que nos esforcemos.

Estoy convencido de que muchos amigos se volverían pasmarotes melancólicos, si no pudiesen escribir, pero no creo que ninguno se convirtiera en un pobre mendigo al que el resto de los amigos tendríamos que ofrecer por turno un plato caliente y una cama donde pasar las noches. No creo que ninguno se transformara en un loco mucho mayor de lo que ya es, pero a Felipe Benítez lo tendrían que atar con una camisa de fuerza. Aunque la mayoría de los escritores son bastante inútiles para los asuntos del mundo —salvo honrosas excepciones—, me parece que muchos de los que conozco se las arreglarían para dar de comer a su prole y tener lo suficiente para costearse todos sus vicios confesables, y la mayor parte de los que no pueden ponerse por escrito. Qué sé yo: Pere Rovira, por ejemplo, podría abrir un mesón en el Delta del Ebro con especialidades ampurdanesas, o se podría emplear como guarda alimánero en algún coto albaceteño de perdices. Andrés Trapiello podría charmar en el Rastro con cualquier material del mundo fenoménico, o dedicarse al muy noble oficio de la tipografía. Luis García Montero —como le hubiese gustado— podría desbravar potros en alguna yeguada de Andalucía la Baja, o en su defecto ser catedrático de literatura española. Paco Brines hubiera podido ser —pero por poco tiempo, hasta que la afición lo echara a gorrazos del cargo, por su entusiasmo hacia los jugadores malabaristas y holgazanes— entrenador del equipo de sus amores, el Valencia C.F.; o, dados sus múltiples saberes y su juicioso talante comunicativo, habría podido emplearse como el excelente preceptor de algún joven príncipe de la realeza europea. Vicente Gallego ha sido tantas cosas en el transcurso de su vida (y puesto que posee un resumen biográfico de contracubierta que ya desearía para sí la mayor parte de los novelistas norteamericanos: gogó de discoteca, vendedor de Biblias a domicilio, miembro de una brigada de poda, donante de esperma para la fecundación artificial, pesador-tasador de residuos sólidos), se ha dedicado a oficios tan peregrinos, que lo verdaderamente difícil de imaginar es no sólo que haya alguna tarea que no pudiese ejercer, sino que ejerza además la de escritor.

Paco Bejarano y Felipe Benítez Reyes habían sido invitados al Congreso de Valencia igual que algunos mandatarios de la ONU acuden a las ciudades bombardeadas y a las elecciones sospechosas de fraude: *en calidad de observadores*. Si con respecto a los políticos este género de visitas no suele alterar el curso esperado de los acontecimientos, en lo que concierne a los escritores permite todas las sorpresas que se derivan de la falta de responsabilidades. A excepción de la mañana inaugural —y porque se habían citado con Salvador Domínguez—, los directores de *Fin de Siglo* no volvieron a asistir a ningún acto de aquellas jornadas. Los cuatro o cinco días que estuvieron en Valencia los dedicaron en cuerpo y alma al conocimiento de los pobladores de la ciudad, a la frecuentación de sus garitos nocturnos



y a la cata de sus bebidas espirituosas. Para definir con exactitud la clase de actividad a la que nos entregamos, hay muchas palabras en español, cada cual con sus matices propios, que sería muy largo discutir —la farra, la juerga, la parranda—, pero creo que la expresión que mejor define los desmanes de aquellas noches es un dicho porteño: estuvimos en *la joda*, con empeño de faquires.

En vista de la idea que Felipe Benítez y Paco Bejarano me ofrecieron de los congresos literarios, comencé a pensar que una de las cosas mejores que se podían hacer en este mundo era la de llevar vida de escritor. Aunque hay congresos de escritores de todos los pelajes, el paso del tiempo me ha ratificado en mi hipótesis juvenil, así como en la creencia de que son de enorme utilidad, a condición de que se descarte de ellos todo provecho literario. La asistencia a algunos me inclina a considerarlos como excelentes ocasiones para conocer mundo, estar con los amigos, observar a gente estafalaria y emitir dictámenes privados acerca de la extrañeza y variedad de la vida. En contra de lo que algunos puedan suponer, no trato de ser frívolo, sino todo lo contrario: frío y ecuánime como un contable en una jornada de arqueo. Lo frívolo me parecería pensar que de la azarosa reunión de unos cuantos individuos, para declarar en público sus intenciones a la hora de escribir, pudiese derivarse algo de importancia para el desarrollo de la literatura, que es un arte de solitarios hecho para solitarios, por muchas otras cosas que queramos proclamar.

Fuese cual fuese la confusa impresión que tuviera yo entonces de la vida literaria, lo cierto es que aquella misma noche nos emborrachamos. Con las obligatorias pausas para dormir de manera muy desordenada, guardo el recuerdo de que estuvimos flotando en una nube de alcohol durante todos aquellos días. No se trataba de que fuésemos una cáfila de beodos, sino más bien de que la rocosa juventud nos permitía con su generosidad entregarnos a los excesos. Esa edad se caracteriza por concedernos tiempo y fuerzas para casi todo: leer, escribir, viajar, hacer nuevas amistades, beber alcohol festivo como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente. Porque desde el primer instante de la primera noche en que salimos de joda nos envolvió ese clima: *el clima del fin del mundo*.

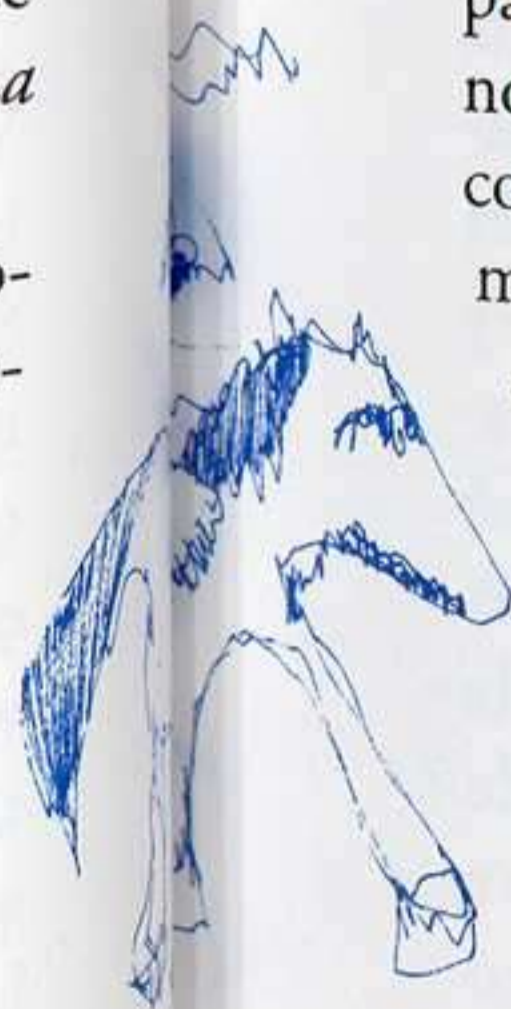
Entiendo por clima del fin del mundo la rara euforia común que se apodera a veces de los amigos en el epicentro de las mejores parrandas y que conduce a disfrutar de la noche hasta el final del vaso, como si el planeta fuese a reventar poco después. Consiste en esa conciencia de juerguista melancólico, que se detiene a contemplarse en el acto de saborear la juerga y de saber que se contempla a sí mismo. Es decir, un grado de la fiesta epistemológicamente superior, un atavismo de lo que debían de sentir los últimos habitantes de una ciudad medieval diezmada por la peste bubónica, y que hemos recibido a través de los intrincados caminos de la herencia.

En aquellos días del ochenta y tantos todos bebíamos (además de las cervezas previas a las comidas, el vino de mesa y los aguardientes a los postres) whisky con hielo. Muchos whiskies con hielo. Como cualquiera puede suponer, en nuestras circunstancias de haraganería y entusiasmo éramos capaces de bebernos todos los whiskies que la ocasión requiriese. Aunque los vapores etílicos que se instalan en la memoria pueden desfigurar la exactitud de los hechos, no recuerdo ninguna gran resaca por parte de nadie. En cualquier caso, las hipotéticas resacas duraron sólo el tiempo imprescindible para volver a emborracharnos. Pasados muchos años —doce o trece—, Felipe Benítez me hizo una confidencia de camarada en las trincheras:

—¡Hay que joderse! ¡Y pensar que me he pasado media vida bebiendo whisky, hasta descubrir que mi bebida nocturna es el cubalibre de ron!

Pero, en los años de la Ciudad de los Congresos, todos bebíamos whisky. No importaba mucho cuál, porque el conocimiento, aun de las cosas más insignificantes, se adquiere con la edad y con el declive de la salud. Por entonces estábamos hechos del mismo material con que se construye el fuselaje de los aviones, y no teníamos dos dedos de frente (a excepción de Paco Bejarano, que ya era un sabio chino a su manera, pero que no ejercía nunca como tal, como primera muestra de su gran sabiduría). Lo más probable es que a los jóvenes no les haga ninguna falta la templanza, porque para vérselas con el mundo ya tienen la fuerza bruta y la sensación de invulnerabilidad que da su poca cabeza. El aprecio hacia la cordura no está claro si representa una muestra de sensatez o una argucia para combatir la debilidad que nos endosa el paso del tiempo. Veintipocos años más tarde, siento algún respeto por la medida —aunque no sepa cómo domesticarla—, pero lo más probable es que se deba a que he perdido empuje moral y capacidad pugilística. A fin de cuentas, una reflexión de este género me hubiera parecido en los ochenta una homilía de chiflados. Bebíamos whisky con hielo, y fumábamos sin tregua.

Desde que me conoció, Felipe Benítez ha fumado el doble o el triple de lo que solía fumar. O al menos ha debido de comprar el doble o el triple de paquetes de cigarrillos. Una de las pruebas irrefutables de que nació entre nosotros una amistad súbita y blindada es que aceptó con estoicismo mi mala conciencia de fumador, que me lleva a poner en práctica la teoría que podríamos denominar *de la ocultación del estímulo*. En virtud de mis numerosos análisis acerca de la fuma, he llegado a la conclusión de que reduzco el consumo si se lo pido a los amigos. Inevitablemente, y debido al imperio de las leyes matemáticas, que a este respecto no admiten excepciones, si el dueño del tabaco quiere seguir fumando lo mismo, ha de aprovisionarse al menos del doble de la cantidad con que suele salir a la calle. Esta búsqueda de la moderación por el ocultamiento del objeto anhelado, Felipe ha terminado por tolerarla, y comprenderla como una de las cruces que



en el futuro pueden hacerle obtener, si no la entera santidad, sí tal vez una modesta beatificación.

La Valencia nocturna de aquellos años era poco más o menos igual de golfa, aunque con ligeras diferencias en su sustancia. De la misma forma que el temperamento de los individuos constituye la mayor parte de su destino, el destino de ciertas ciudades permanece escrito en el carácter que poseen desde su fundación. (Está en la naturaleza de las cosas el que la realidad permanezca idéntica a sí misma, por más que se empeñe en parecer siempre diferente.) Ya he dicho que los atropellos climatológicos a que están sometidos los pobladores de mi ciudad los vuelven propensos a los pecados de la demasía. Por consiguiente, no creo que la esencia pecaminosa y excesiva de Valencia haya sufrido demasiadas variaciones desde los tiempos de Rodrigo Díaz de Vivar, ni que pueda sufrirlas en el futuro.

Una de las diferencias apreciables entre la noche de entonces y la de ahora es que todavía no había llegado a la ciudad la epidemia del diseño, entre otras muchas epidemias. Había pubs que ya se daban pisto decorativo, pero me parece que uno todavía podía ir al lavabo sin tener que mear sobre un televisor oculto en el fondo del urinario, o sobre un jardín tropical de plantas

impermeables que cambian su orientación a ritmo de cumbia. Quizá se deba a un simple espejismo del recuerdo —ese síntoma que anuncia la enfermedad de senectud que aquejaba al abuelo Cebolleta del viejo TBO—, pero tengo la impresión de que entonces también éramos menos los que salíamos. (La memoria suele comportarse como un selecto club inglés.) Entre semana, sólo los perdularios incurables y los indolentes sin la condena del trabajo matinal; los viernes y los sábados, una multitud que todavía no había alcanzado la condición de turbamulta. El infecto litronismo de finales de los noventa era una plaga aún por inventar, porque los hijos de los hijos del 68 andaban todo lo más en pañales, y no habían tomado aún las aceras al asalto. Abundaba en los bares la honorable tradición de cerrar la puerta, hacer caso omiso de las ordenanzas municipales y servir copas a la clientela hasta el alba, que luego son las manos sucias y los ojos ribeteados, y el acabarse las argucias para continuar encantados. Tengo la sospecha de que la noche valenciana de los ochenta era menos uniforme y bastante más apache, aunque no me atrevo a caer por entero en la melancolía de asegurar que resultara mucho



más interesante. Como suele ocurrir, nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos, y esa variación cronológica y sentimental nos enturbia el criterio.

La mayor parte de nuestros episodios de noctambulía tuvieron lugar en innumerables cubiles del centro, porque una de las características de aquellas salidas era su propensión itinerante. Desde la primera noche adquirimos el saludable hábito crápula de dormir durante el día y citarnos al atardecer para continuar con la juerga. Vagábamos a la buena de dios hasta la hora de cenar, cenábamos y comenzábamos a dar tumbos a la deriva, sin una concreta aspiración.

Las esperanzas nocturnas constituyen un género literario independiente y una parte obligatoria de toda filosofía que aspire a construir un sistema. Si la noche puede suponer una metáfora de la vida, las ilusiones de quienes deambulan durante la noche también pueden contemplarse como un vago emblema general de los deseos sobre la existencia. Supongo que lo que mueve a la gente a salir de sus casas es el apetito, una manera doméstica de nombrar la voluntad de vivir, que para un ilustre filósofo alemán constituía la verdadera entraña del universo, *la cosa en sí*. Aunque la turba lo ignore, cuando se lanza a la calle parece que no hace otra cosa más que secundar los designios del ciego torbellino de la vida, un huracán sin dirección ni propósito. Por más que esté convencido de que en esa intuición se cifra un juicio certero sobre el universo, no creo que esté justificado ponernos demasiado metafísicos para hablar de nuestras inocentes correrías nocturnas. ¿Qué esperábamos en aquellas noches antiguas? Me parece que no traiciono el espíritu de ninguno, si digo que esperábamos que nos ocurrieran *cosas*. Todo y nada, como también supongo que se espera del mundo de una manera inconcreta. La inquietud es el impulso que nos fuerza a vagar en busca de aventuras, sean del género que sean y tengan el tamaño que tengan. Quiero creer que, cada vez que uno sale de casa por la noche, da por supuesto que no le va a ocurrir nada, aunque sabe que podría ocurrirle cualquier cosa que cambiara el curso de su vida. De hecho, el hábito aparente de que no nos suela ocurrir nada cambia el curso de nuestras vidas a cada instante. Cuando se tienen veintitantos años, uno está dispuesto a que le suceda no importa qué, a cualquier precio: *cosas*, y debajo de esa palabra cabe la magia y la trivialidad (que no es otra cosa que la magia, pero sin la ropa de los domingos). Estoy seguro de que no me equivoco si aseguro que perseguíamos lo que muchos años después José María Álvarez, el General Lee, Comandante en Jefe de los Ejércitos Poéticos del Sur, le dijo en Sevilla a una indignada acompañante que no se podía explicar qué hacíamos de madrugada, por las callejas de Santa Cruz, buscando más bares abiertos: *Nous cherchons la folie*. Ni más ni menos: la fugaz locura de las noches, con su resplandor de bondadoso dije falso.

No necesité conversar mucho con Felipe Benítez para entender que tenía-

mos pareceres comunes con respecto a los grandes problemas filosóficos: ambos sufríamos una patológica afición por el mujerío, y ambos teníamos un pudoroso gusto patológico por la literatura. Comprendí muy pronto que Felipe era un entusiasta del arte del disparate, que es una disciplina para la que se requieren gran sensatez y clarividencia, igual que para el cultivo de la poesía surrealista. Los años de amistad me han hecho ver que también somos propensos a desarrollar una de las benignas variedades individuales de la mitomanía, conocida entre los psiquiatras bajo la denominación de *desarreglo de Mr. Pickwick*. Se trata de la forma dickensiana que ha adoptado uno de los síntomas del quijotismo, y consiste en vagar por la vida llevando puestas las gafas de lo sorprendente. De manera que a los demás les ocurren simples sucesos, mientras que a nosotros nos suceden aventuras. No hay nada, por pequeño que sea, que no pueda adquirir en el relato su tinte sobrenatural, ni nada, por insípido que alguien lo considere, que al contarse no pueda cobrar sabor de hazaña.

Con ese corazón disponible con el que Mr. Pickwick se proponía salir a la búsqueda de acontecimientos, era poco más o menos con el que salíamos cada noche para celebrar nuestra amistad recién estrenada. Algunas veces empezábamos la ronda por dos cafés que ya no existen: uno —el Malvarrosa— porque ha desaparecido, y otro —la Cervecería Madrid—, porque se ha vuelto tan diferente al que frecuentábamos que sería estúpido pensar que sigue siendo el mismo. Superados los repechos iniciales de la noche, nos perdíamos por el Barrio del Carmen o por los rumbos de Gobernador Viejo y sus afluentes. De entre los garitos espectrales de entonces, recuerdo con cariño estupefacto El Golem, uno de los bares más extraños que se puedan concebir. Era un sótano minúsculo, cerca del Palacio Arzobispal, con un microclima propio y un tufo opresivo a humedad y a humo rancio. Todo el bar consistía en una barra minúscula, dos mesas del tamaño de un tablero corriente de ajedrez y cuatro o cinco sillas de color verde limón. Lo regentaba un negro de pocas palabras, barba blanquecina y gafas enormes de cristales ahumados, como las que llevaban los reyes del *soul* y del sonido Filadelfia en las cubiertas de los discos. Nunca conseguí entablar con el dueño una conversación que fuese más allá de los saludos protocolarios y de la petición de copas, pero el caso es que despedía una extraña cordialidad de otro planeta, que empleaba silencios y desapariciones donde el común de los seres humanos utilizaba la presencia y las palabras. Los asiduos lo considerábamos un sabio hermético y un artista de la renuncia, aun sin tener para ello la más mínima prueba, sólo por el aura de bohemia furiosa que lo envolvía. La puerta del local nunca estaba abierta, pero se podía llamar a ella a cualquier hora del día o de la noche, por muy tarde o muy pronto que pudiese parecer. Las circunstancias de la cronología eran una puerilidad que sólo parecía ocurrir fuera de aquel

tugurio. Cuando aparecíamos por allí, tal vez a las cuatro de la mañana, el héroe de la abdicación nos abría la puerta con naturalidad, nos servía unas copas, echaba a andar un equipo de música de la familia de los gramófonos para discos de baquelita y se tumbaba a dormir en un camastro, con la previa recomendación de que dejásemos el dinero de las consumiciones en la barra y cerráramos la puerta al salir. A Felipe y a Paco les encantaba el eremitorio de aquel asceta de la inactividad, y casi todas las noches le hicimos una visita. En una ocasión, nos encontramos a una clienta medio desnuda dormida en el suelo, se despertó y bailó para nosotros unas danzas de escalofrío a cambio de una cerveza. Más tarde conseguimos que las interrumpiera a cambio de otra. En El Golem, antes que la sensación de estar en un bar, uno tenía la idea de haber termi-

nado en lo que quedaba de un bar después de que hubiese sido tragado por un agujero negro. He estado después en sitios extraños, pero nunca he tenido la impresión de conocer un lugar más extravagante que aquél. Gracias a las enseñanzas involuntarias del anacoreta que lo dirigía, he podido ir por la vida con despreocupación cosmopolita, y poner cara de hombre de mundo en alguna que otra casa de los horrores. Un día El Golem ya no estaba. No sé qué se habrá hecho del dueño. Y bien mirado, la única forma lógica que tenían de desaparecer el bar y su propietario era así: sin dejar huella.

Otra de nuestras paradas de avituallamiento estubo en La Marcha de los primeros años, justo después de que dejase de ser una galería de arte contemporáneo, un cambio de negocio que tal vez suponga una metáfora encubierta de la modernidad. A la salida del establecimiento, cierta noche, Paco Bejarano adoptó a un punk austriaco que deambulaba por la ciudad de camino hacia Ibiza. Era un cíclope adolescente, vestido de riguroso cuero negro y calzado con botas militares claveteadas. Andaba cargado de cadenas e imperdibles, envuelto en efluvios penitenciarios, y tenía una cicatriz rojiza que le atravesaba la parte del cráneo rapado al cero que no ocupaba su cresta violeta de arapajoe. En un inglés tartajoso nos puso al tanto de sus andanzas durante los últimos meses.

Al parecer, había emprendido con fervor místico una peregrinación europea que lo llevaba por distintos países, para asistir a los conciertos de Nina Hagen, la cantante inventora del punk operístico. Según pudimos deducir, su devoción estaba muy arraigada, porque nos repitió en más de cien ocasiones que la artista era su madre intelectual. No dijo que fuese su cantante favo-



rita, ni la mujer de su vida: su madre intelectual. Con semejante género de declaraciones, no es de extrañar que le tomáramos cariño. Viajaba con lo puesto, unas veces en auto-stop y las más a pie llano, sobre sus botas de siete leguas. Si los hados no le eran adversos, llegaba a las ciudades con tiempo para colarse en los conciertos de mamá, pero con frecuencia se quedaba por esos mundos de Dios, tirado en alguna cuneta. No había comido en varios días. La prueba de que el punk es un movimiento de sorprendente eclecticismo es que en el momento en que nos lo cruzamos se dirigía a la Catedral, a rezarle a la *Mare de Déu dels Desamparats*. Supongo que no habría podido dirigir sus invocaciones —con el permiso de Nina Hagen, su musa— a ninguna patrona más adecuada. Aquella noche, Paco Bejarano llevaba traje de chaqueta, pajarita y bastón, y resultaba lo más natural del mundo que se hiciera acompañar de un súbito sobrino perteneciente a la congregación punk del Vaticano. Desde la puerta de la Catedral, los vimos a ambos arrodillados a los pies de la *Geperudeta*. Más tarde, como respuesta a los rezos del peregrino, Paco Bejarano, que es un caballero, invitó al punk a devorar un desayuno inglés en su hotel y a disfrutar de un sueño reparador, que el muchacho descabezó en la bañera. Cuando Paco se despertó, muy entrada la tarde, el punk había emprendido su romería ibicenca, y sólo le había robado un cepillo de dientes y el tubo de pasta dentífrica, y había arrancado las cadenas del lavabo, la bañera y el bidet, para añadir cabelleras recién cortadas a su colección de herrajes. Aquella parquedad y aquel gusto tan selectivo demostraban, en opinión de Paco, que era un chico de espíritu.

Puestos a hablar de espíritus, uno de los santuarios de nuestros peregrinajes fue un tugurio llamado Ítaca, donde conocimos a la banda del Hombre Lobo. El bar tampoco existe hoy en día, y no recuerdo bien en qué rincón del Barrio del Carmen se encontraba, pero guardo la imagen de un túnel a oscuras que solía frecuentar una clientela muy selecta: barbudos con empalago de la bohemia cantautora, barbudos conspiradores de la facción nacionalista; eruditos barbudos cinéfilos, con los ojos estrábicos de tanto asistir en la FilMOTECA a los ciclos de películas finlandesas con subtítulos en francés. Muchos barbudos y las correspondientes novias de cada uno de los miembros de los diferentes clanes. No es de extrañar que el Hombre Lobo y su banda estuvieran en Ítaca tan contentos como Alí Babá y sus ladrones en la cueva del Ábrete Sésamo. Aunque nuestros gustos en lo referente a bares eran de una generosidad samaritana, supongo que entramos allí por la extraña conjunción que se produce cuando



concurren el vino, el azar, la inconsciencia y la sed.

El Hombre Lobo era el líder natural de una camada de desarrapados pertenecientes a naufragios distintos, pero a quienes la marea de la noche había empujado hasta la misma isla prometida. La primera vez que lo vimos, en las tinieblas de Ítaca, nos pareció que llevaba calado un pasamontañas. Lo cierto es que padecía alguna extraña forma de hirsutismo, y toda su cara, desde la frente hasta más abajo de la nariz, estaba invadida por una oscura barba de sacerdote ortodoxo griego. En mitad de la pelambre, se adivinaban tres pequeñas hendiduras que formaban un triángulo: dos ojos fanáticos y una boca a la que no se le veían los dientes. Fue el Príncipe de los Barbudos quien se nos acercó, después de haber estado observándonos con escepticismo e intriga desde la oscuridad de su trono.

—¡Eh, vosotros, los guapos! —dijo con la voz de quien está acostumbrado a catequizar a sus fieles—. Todavía no tengo claro si sois condes o modelos.

Felipe le respondió que éramos modelos de condes, y aquellas palabras mágicas partieron el corazón del Hombre Lobo, quien desde ese instante se convirtió en nuestro mentor en la isla. Nos prohijó, nos presentó al resto de la banda, e incluso tuvo a bien que lo invitásemos a whisky durante toda la noche, bebiendo siempre de nuestro propio vaso, en señal de camaradería. Según nos dijo, era un nihilista que aún no había decidido si dedicarse a colocar bombas en las puertas de los Bancos, o si emprender la redacción de una novela que supusiera el equivalente sintáctico de la dinamita para la aburguesada literatura española de mierda. Ante la furiosa poética anarca de nuestro licántropo, confesamos que los intereses de la nueva nobleza del corte y confección no eran de carácter novelístico. Ahora bien, Lobo nos contó con parsimonia la trama de su obra cumbre, en la que aparecían tipos incomprensibles de espíritu fogoso, que redimían a la podrida sociedad del capital con bombas colocadas en las sucursales de los Bancos. Eso, y en medio, mucha digresión de filosofía incendiaria.

El lugarteniente de Lobo era un americano rubicundo conservado en alcohol, y cuyo nombre no supimos nunca. Tenía esos modales de franqueza brutal de los perdedores que aparecen en las novelas de Hemingway, y un alma negra de emotivo solista de blues que estaba muy por encima de sus facultades vocales. Se desplazaba en equilibrio inestable entre la feligresía del bar, siempre a punto de venirse abajo desde su metro noventa, y acostumbraba a cantar para sí mismo y el auditorio, con el acompañamiento de una guitarra inexistente, cada una de sus intenciones, en un español de hechicero del Far-West: *Un copa pedir (tan-tan-tan-tan-tán), un copa beber (tan-tan-tan-tan-tán)*. Y así toda la noche.

El resto de la tripulación del Hombre Lobo estaba formado por nativos del mismo país estrambótico. Recuerdo a un muchacho andino al que llamaban

Sheriff, porque llevaba en la solapa una estrella de plástico del tamaño de un melón maduro. No abría la boca, pero desprendía la tristeza milenaria del incario, por medios que están más allá de la humana comprensión. A bordo de aquel carromato de enormidades, vi una pareja de novios siameses que se pasaban la noche a caballo el uno del otro, en un rincón de Ítaca, sorbiéndose los fluidos corporales con desesperación, como si unas horas después él hubiera de partir hacia el frente en una nave de guerra. Nos presentaron a Eugueni Kuropatzky, un ruso pendenciero que al parecer había explicado, en la Universidad Politécnica de Ekaterimburgo, la extraña asignatura de Espacios Vacíos, pero que ahora se ganaba la vida limpiando parabrisas en un semáforo de la Carretera de Barcelona.

Aunque yo había emprendido mucho tiempo atrás mi colección de monstruos, y desde el principio sentí curiosidad entomológica hacia el Hombre Lobo y sus secuaces, si aquella noche permanecemos en Ítaca y regresamos a diario, se debió a la presencia de una chiflada argentina de hermosura hipnótica: Eva Sacchi. O Tacchi, o Macchi, quién sabe, pero Eva al fin y al cabo. Era una criatura que convertía por sí sola el bochinche del bar en música acordada, y elevaba la mugrienta filiación de Ítaca hasta las dependencias celestiales. Era la encarnación de la princesa descalza que es capaz de pasearse sobre las brasas de la hoguera y salir indemne. Como todas las argentinas, dominaba las artes narcóticas de la verbosidad, que pierden irremediablemente lo mismo a los colegiales que a los seminaristas y los marineros. Si volvimos a la madriguera del Hombre Lobo fue porque Eva Sacchi —o Tacchi, o Macchi— tenía una embriagadora aptitud de diosa altiva para tratar mal a los hombres, y por entonces Felipe y yo éramos muy sensibles a las divinidades desdeñosas. (Como hoy en día, poco más o menos.) Eva la argentina tenía vocación de fotógrafa de vanguardia, junto con una idea muy certera de la euforia que provocaba en el masculinaje. No nos dio la impresión de que tuviese más inteligencia que un chorlito, pero no nos importaba, porque hubiese sido demasiado cruel que el Universo hubiese depositado en el mismo lugar la Verdad, la Bondad y la Belleza.

La última noche que pasamos juntos en aquellos tiempos de la Ciudad de los Congresos, nos habíamos enrolado de nuevo en la armada del Hombre Lobo. El rastro de Eva nos había llevado de gruta en gruta, bebiendo como machotes absenta La Loca, su trago predilecto, hasta que la realidad adquirió una coloración al óleo de amarillo marchito. En uno de los puertos en donde atracamos, Eva la argentina le desató a Felipe la corbata, y con ella se hizo una diadema de nudos marineros que le caía sobre la frente. Cualquiera otra mortal se hubiese convertido en un fante, pero Eva la argentina hubiese podido asistir con su tocado a una recepción en la corte del Zar Nicolás II.

Cuando nos echaron a empujones del último bar de Valencia, Eva nos

invitó a proseguir la farra en el piso de un conocido, con los restos de la banda del Hombre Lobo. Apuntamos la remota dirección en un posavasos, los vimos dirigirse rumbo al puente de la Estación de Madera y nos encaminamos en busca de nuestro coche. Al llegar a él, decidimos que ninguno de nosotros estaba en condiciones de conducir, de manera que regresamos sobre nuestras huellas. En el momento en que nos dispusimos a cruzar el Turia, atisbamos a toda la banda de Lobo en la otra orilla, contra la pared, con las manos en alto. En unos segundos, un par de patrullas de la policía los cacheó, los esposó y los introdujo en una furgoneta. Desde el puente de la Estación de Madera contemplamos perderse a la Princesa de la Pampa en dirección a Comisaría, para nunca más volver.

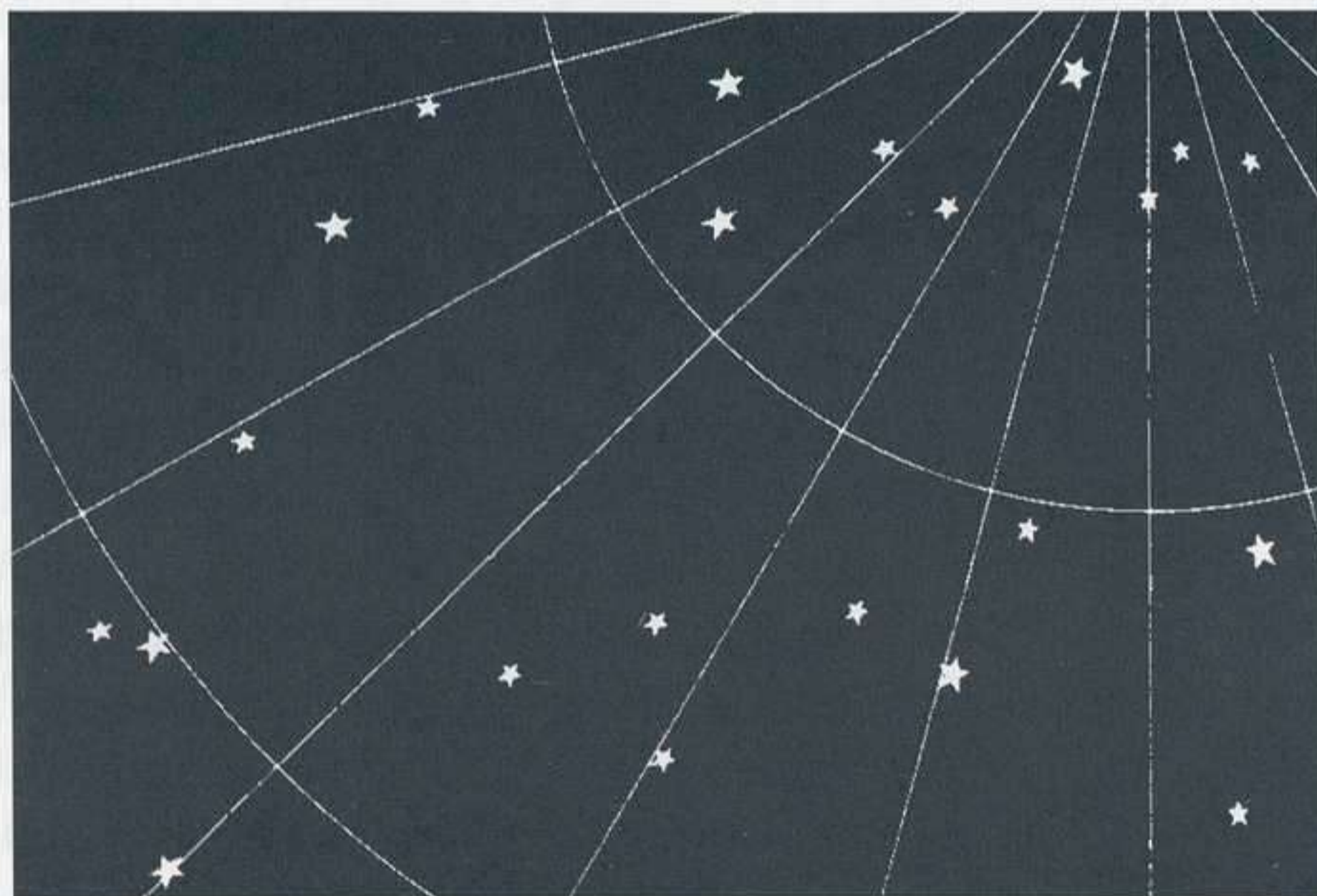
Jamás me he tropezado de nuevo a ninguno de los compinches de Ítaca. He hecho desde entonces multitud de cábalas acerca de su destino, algunas de carácter esotérico, y la mayoría de prosaísmo judicial. Lo más probable es que los encerraran durante algún tiempo y que después abandonasen Valencia. O sencillamente que dejaran la ciudad después de que se les tomara declaración. Quién puede averiguarlo. Quizá la policía nos libró de que nos desvalijasen, e impidió que apareciéramos mutilados en algún solar de las afueras. Puede que la súbita irrupción de la bofia nos apartase del amor de nuestra vida. Ya no lo sabremos nunca. El caso es que siempre he envidiado a Felipe Benítez que lo despojaron de su corbata nocturna, y que contribuyera a engrandecer el ajuar de una despectiva diosa efímera.

Después de nuestros episodios de noctambulía en la Ciudad de los Congresos, he estado con Felipe mil y una veces, en mil y una noches diferentes. En la cálida noche sevillana con venenosos efluvios de azahar. En noches lisboetas con algo de confusa jponería y de vudú caboverdiano. En la noche de miniatura cosmopolita de Rota. En un Buenos Aires poliédrico, en donde combinamos el traspase en los templos vandálicos a orillas del Plata y el posterior amanecer en el mercado de San Telmo.

Han pasado los años, pero cada vez que nos volvemos a encontrar, padezco de nuevo el espejismo de figurarme que somos aquellos tarambanas a la deriva, en busca siempre de algo que ignorábamos estar buscando. Cada vez que la noche nos acoge bajo su manto beatífico, regreso a los tiempos en que estrenamos nuestra amistad, y siento que parte de nuestra vieja alma se mantiene incólume, igual de ilusionada, a la espera de que ocurra de nuevo el milagro de lo imposible.

LA MALDITA CERTEZA DE FELIPE BENÍTEZ REYES

Pedro Zarraluki



SI ME permiten cierta recreación de la memoria, les contaré que conocí a Felipe Benítez Reyes en algún lugar del Caribe, hace ya algunos años. Un guía se había empeñado en mostrarnos un oso perezoso, y andábamos por el margen de una carretera escrutando las altas copas de los árboles en busca del animal más lento del mundo, tan lento que el hecho de observarlo, una vez localizamos la bola peluda de su cuerpo entre las ramas, causaba la somnolencia o embobamiento propios de las actividades perfectamente inútiles. Regresé a la furgoneta pensando que me gustaban más los cocodrilos que habíamos visto en el río, aunque también se mantuvieran inmóviles. Todo en aquella selva marginal se mantenía inmóvil y todo allí mostraba su lado más bello y a la vez más pútrido, lo que me llevó a pensar en la literatura en general y especialmente en *Humo*, el libro que Felipe acababa de publicar y que yo había leído antes de emprender el viaje. Me había entusiasmado aquella prosa obsesionada en la descripción de las percepciones sensitivas, una prosa suave y fatalista que le permitía escribir que ciertos hombres tienen un aliento a gambas congeladas, que unos zapatos deportivos parecen ahogados con la lengua fuera, o que un camión de basu-

ra circula dejando en el aire su olor a fruta muerta. Me senté al lado de Felipe en la furgoneta y busqué entablar conversación con él.

—Me gusta muchísimo cómo describes los camiones de basura... —comencé con evidente torpeza.

Felipe me dirigió la mirada cercana de un aristócrata seducido en la misma medida por el sentido del humor y por la melancolía. En aquel momento, y sin saber cómo, comprendí que a mi compañero de viaje le fastidiaba sobremanera todo lo que fuera capaz de permanecer inmóvil, aunque sólo fuera porque así parecería inmutable.

De aquel largo viaje en busca del oso perezoso nació una amistad sólida y lejana que tengo el placer de cultivar, como sucede con todas las amistades, de forma intermitente. No soy crítico, ni siquiera un tenaz estudioso, y creo más en los milagros del azar que en los rigores del canon, por lo que puedo alardear de cierta —aunque ajada— pureza adolescente en mis ratos de lectura. Muchos de esos ratos los vengo dedicando a este colega de aventuras caribes. He leído toda su prosa con el placer de descubrir un mundo tristísimo que cabalga sin embargo sobre una paradójica vitalidad. Y es que sólo una persona como él, sólo una persona decididamente derrotada que ha sabido no perder la mirada cínica del triunfador, podría acercarse a la vida con esa delicadeza cruel que le caracteriza. En este autor, el dolor que causa ver las cosas tal como son, por excesivo y omnipresente, se convierte al fin en un escenario en el que se puede vivir —o sobrevivir— con relativa libertad. Así pues, como un monarca destronado, como alguien que sabe que la fruta prohibida, por su sola presencia o posibilidad o idea, vuelve insulsas todas las otras, Felipe Benítez se arroja, vencido, ante el poder de lo efímero... aunque en un gesto que se le escapa advertimos que, de perdidos al río y ya que se encuentra en esa postura, aprovecha para observar los muslos de una mujer que pasa por su lado.

En sus poemas, implacables como venganzas sin diana, o sin otra diana que la naturaleza misma de las cosas, este señor gaditano da las claves de su energía siempre cansina y siempre renovada. Ante la angustia de saber que no hay posible compasión en la mirada, ante el terror que causan las horas perdidas o las horas muertas, ante la culpa que circula como una daga hiriente por las venas, nos quedará siempre el regusto canalla de la lucidez. Felipe ni quiere ni puede escapar de ella. Y, si la vida es todo eso que no llegó a suceder —o fue mucho más breve o bien distinta de como hubiéramos querido que fuera—, para eso está el arte de escribir. La clave poética de Felipe Benítez Reyes radica, o al menos así lo creo, en la maldita certeza de que a la vida hay que conjurarla desde dentro, con total honestidad, como un infiltrado que sabe que está a punto de ser descubierto y que, por lo tanto, ya nada tiene que perder.

En Barcelona, a 10 de febrero de 2001

Cronógrafos

francisco díaz de castro

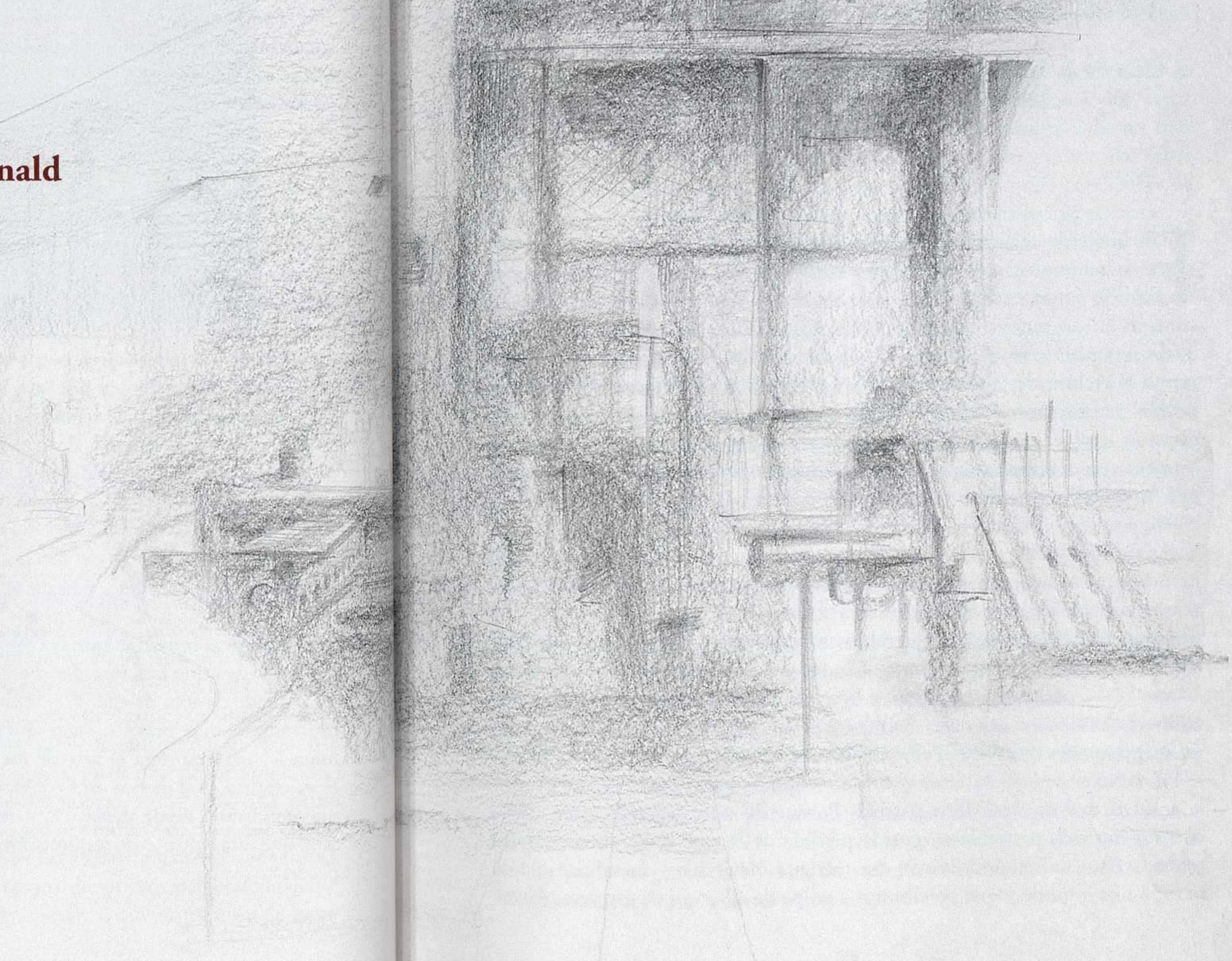
josé manuel caballero bonald

almudena grandes

antonio jiménez millán

ana rodríguez fischer

josé luis gonzález vera



El billar infinito de Felipe FRANCISCO J. DÍAZ DE CASTRO

El ingenio es delicado como la nitroglicerina. El escritor actual con más ingenio que conozco es Felipe Benítez Reyes, que tiene un serio ramalazo funambulista y que con los riesgos que corre sabe ponernos el corazón en un puño a sus abundantes aficionados. Pero libros suyos como *Vidas improbables* (1995, Premio Ciudad de Melilla, Premio Nacional de Literatura y Premio de la Crítica) o *Humo* (1995, Premio Ateneo de Sevilla de novela) ya han demostrado sobradamente que su autor sabe arriesgar para llegar más lejos y más hondo en la reflexión sobre el mundo y la existencia humana. Lo demuestran con creces sus últimos libros de poemas, *El equipaje abierto* y *Escaparate de venenos*, tanto como los relatos reunidos en *Maneras de perder* y su mejor novela hasta la fecha, *El novio del mundo*.

Aprender a perder es la única forma de seguir viviendo: la consecuencia natural de los encuentros, sobre el billar de la vida, de las bolas blancas del azar y la necesidad contra la roja del tiempo. Esta metáfora, con todas las variantes interpretativas que queramos superponerle —la paciencia del fieltro, el taco pertinaz, las infalibles bandas del error, la música perfecta del acierto...—, acaba conduciendo a una de esas pocas verdades que, como anuncios luminosos, jalonan la experiencia de la gente y, extremadamente, la de los personajes que anidan en este libro: «La vida es una puta carambola».

Maneras de perder. Ya desde el título, Felipe Benítez juega —y gana— con la ambigüedad esencial de la palabra. Porque los personajes de estos libros, con sus derrotas particulares, con la pérdida de lo que tuvieron o creyeron tener, acaban enfrentándose con esa mengua inevitable y metafísica que el tiempo nos impone y que percibimos a golpe de albur y por sorpresa. *Mane-*

ras de perder se construye como un tratado en quince capítulos, algunos brevísimos, sobre esas carambolas que acaban componiendo imprevisiblemente (y menos mal) las vidas de cualquiera.

Para estos personajes de parábola vivir es seguir perdiendo, o al revés. Los héroes raros de este libro van saliendo a escena para contar, casi siempre en primera persona, las formas particulares de sus malogros, sus mil y una *maneras de perder*. Ajenos al realismo común, estos seres insólitos monologan teatralmente, desde la magnitud extraña de la imaginación libre, ante ese público también muy extraño que somos, ciertamente, los lectores y que uno de los personajes percibe, desde el escenario, como «una grandiosa sonrisa llena de dientes, y muchos brazos que se mueven como un ciempiés.»

Este irónico manual de avisos, de estirpe barroca, despliega en variedad de singladuras un propósito único: formular con ejemplos oblicuos, con testimonios imaginarios y con pruebas al absurdo una constancia cada vez más central en la escritura de este autor, una advertencia perpleja y dolorosa sobre la esencia del tiempo y sobre lo que su paso cambia en nuestra conciencia: «a partir de cierto momento, el tiempo sólo depara sorpresas retrospectivas».

Como casi todo en la conciencia, son pequeños detalles, mínimas manifestaciones de las cosas, contrasentidos luminosos, aquello que nos permite captar la esencia del tiempo: «Un malentendido», «El laberinto», «Estado de excepción», «Necesidad del monumento» plantean diversamente el desconcierto, la paranoia o la dudosa sabiduría resultantes de tales iluminaciones. Pero no existen alternativas. El protagonista de «Lección de música» lo percibe claramente: «recorres ocho o diez mil kilómetros y encuentras un idioma distinto, una artesanía distinta, una gastronomía distinta... Pero siempre encuentras el mismo estupor ante la existencia y un idéntico esfuerzo no ya por conseguir la felicidad, sino por evitar al menos el dolor. Por lejos que vayas, siempre habrá una palabra para designar la muerte, una figura que represente al diablo y un plato de comida humilde que alguien aún más humilde mirará como si fuera un tesoro robado a la miseria.»

Por debajo de todas estas voces escuchamos la del autor, que, pese a todo desengaño, continúa observando las cosas con mirada creadora, en paralelo con sus libros de poemas. Unas veces mediante greguerías visuales — la ballena «lanzaba una palmera de agua por el lomo»—, o filosóficas —«El pensamiento es algo así como las espadas del mandarín: armas morales que se clavan en el vacío»—, y otras en forma de efectivas imágenes —«El amanecer les sorprendía como un látigo de plata en los ojos»— o irónicas apreciaciones —«El subconsciente, ese sucio invento vienés», «la arquitectura modernista, esa pastelería de piedra»—, el escritor apuesta por la búsqueda de la belleza como soporte de la vida, tal y como el brevísimo y preciso relato «Los mundos lejanos» nos propone.

Pero toda belleza esconde sus trampas, naturalmente, y a veces hay que tumbarla sobre las rodillas como a una lolita, y azotarla cuidadosamente. Como recuerda el protagonista de «Lección de música», uno de los relatos más sentenciosos e irónicos, «La hermosura es siempre digresiva: una serpentina conceptual que forma volutas distintas en cada uno de nuestros resabiados cerebros, tan sumamente personales. Hay quien encuentra la hermosura en un crepúsculo y hay quien la encuentra en el incendio de una fábrica que va a dejar sin trabajo a doscientas familias. Unos descubren la hermosura en los solomillos de una sultana enferma de tiroides y otros la descubren en el esqueleto de una anoréxica. Según.» (p. 103).

Las leyes del azar rigen el mundo, «*esa casa pequeña y tenebrosa*». Todos los relatos apuntan a la esencial constatación del azar como norma de los fenómenos, como juego perverso que juega la vida: «En realidad, todos formamos una baraja: depende de qué cartas te ponga al lado el azar para que la combinación sea afortunada o no»; «El azar es siempre un misterio: unos dados que alguien que no eres precisamente tú agita dentro de un cubilete»; «tres bolas chocan por azar, por error o por cálculo —esos trillizos que se empeñan en disfrazarse de diferente manera».

En el seno de esa partida que ni siquiera la juega otro, como la de Borges, ¿dónde se fijan los límites de la identidad? Quizá el interés de la vida que vivimos estriba en esa indefinición de los límites, en las reiteradas esperas de los dados inhumanos. Como concluye en «Un malentendido»: «cuando las cosas ocurren dejan de pertenecernos y se convierten en cosas universales que le pueden ocurrir a cualquiera... Todos tenemos derecho a que nos ocurran cosas, aunque esas cosas estén destinadas a otro. Desde aquel día paso por la calle Trofeo del Rey como quien va a robar un tesoro que no le dará desde luego la felicidad, pero sí tal vez el miedo necesario para seguir viviendo.»

Maneras de perder muestra, en el molde del relato breve, la capacidad que tiene Felipe Benítez Reyes de trasladar a palabras una visión excepcionalmente profunda del ser humano en su esencialidad vital más desnuda y misteriosa. Como su poesía, como sus ensayos y novelas, estos relatos funden con una gracia especial pensamiento y maestría, intuición certera, habilidad técnica... y algo más, que alienta en la condición abierta de los textos y que corresponde al lector completar desde la conciencia.

A ese algo más apunta, precisamente *El novio del mundo*, el libro con el que ha llegado más lejos hasta ahora (juntamente con los poemas de *Escapate de venenos*). Esta «vida y opiniones de Walter Arias» es una de las novelas más memorables que yo he leído en los últimos tiempos. El autor, que no en vano hace que su personaje mezcle constantemente a Sigmund Freud en sus soliloquios, consigue, sencillamente, que lo que en las primeras páginas parece una sucesión de disparates graciosos —quien cree recordar que se durmió

en Amsterdam se despierta en Melilla vestido con un camisón de mujer— muy pronto se convierte, sin perder por ello su infinita capacidad de humor, en una honda y melancólica reflexión sobre el mundo en que vivimos.

Buen conocedor de la literatura anglosajona, tanto como de Cervantes, la picaresca, Valle-Inclán o Ramón Gómez de la Serna, Felipe Benítez Reyes ha sabido mantener un difícil equilibrio a lo largo de las 461 páginas en las que Walter Arias, un Tristram Shandy degradado, nos cuenta en primera persona su vida entera y sus opiniones sobre el existir, los toros, el esqueleto de las mujeres, la tercera edad, el fútbol, las ciudades, la desgracia, los pantis o el destino, ese personaje siniestro que Walter denomina con nombre de violinista floreal: Dimitri Grapelli.

Perdido en Melilla, vestido con un camisón de mujer y por toda posesión una caja de gafas de sol que se ha encontrado, Walter Arias comienza a contarnos su vida y, simultáneamente, a desvelarnos su peculiar sistema filosófico, tanto más plausible cuanto más asistemático y disparatado: «Todo es destrucción y odio. Incluso el ambientador olor pino salvaje odia los malos olores. Los destruye. Por triste que resulte decirlo, la vida consiste en defender tu territorio. En destruir las otras partículas. Además, yo huelo el peligro. Y el peligro huele a pescado que comienza a pudrirse (...) El pescado entra en mi epífisis y en mi hipófisis. Produciendo neurosis. Dejándome con una mentalidad parecida a la del ambientador olor pino salvaje —ansioso por destruir, por desencadenar una pequeña guerra química.» Juegos de palabras, discurso moral y razonamiento digresivo forman las bases de esta teoría del conocimiento en la que quien se enfrenta sin parar con el absurdo cotidiano tiene que vérselas en su fuero interno con su Psicópata y su Psicopríapo particulares, casi siempre en desacuerdo en todo, menos en alguna cuestión fundamental, como Humbert y Quilty.

La vida de Walter Arias, como la de los antihéroes de la picaresca, la compone una interminable sucesión de adversidades y de dudosas fortunas que este nuevo y original criado de muchos amos va teniendo que padecer por causa de su propio corazón y del azar, ese combinado explosivo que le lleva del ambiente diplomático en que nace a los bajos fondos de la bohemia, de ser guardaespaldas de lujo a la cárcel y de ahí a empleado del Niño Blanco, un omnipotente mafioso que lo protege... hasta que el azar lo pone en su contra.

Una muchedumbre de personajes pasa por la narración acumulativa de Walter Arias en un grotesco y casi onírico desfile de raigambre quevediana y, sin embargo, reconocible: anticuarios poetas, catedráticos con aplaudidores propios, delincuentes diversos, gentes del espectáculo, drogados, putas de diversa condición, modistos —«dos pretravestis posmodernos»—, camareros marchosos, la nueva picaresca de colorines, en suma, de este fin de siglo que Felipe Benítez retrata desde una particular y muy inquietante perspectiva

humorística en la que caben todos los recursos: adjetivación insólita, chistes verbales, juegos de palabras, definiciones demoledoras, greguerías, caricaturas, y, en fin, mecanismos de asociación que van construyendo, como por diversión y risa, un mosaico terrible del presente.

Walter Arias, campeón del deseo, no hace sino evitar su propio patetismo a golpes de sarcasmo, de axiomas absurdos y de un ánimo a prueba de desengaños. Parodiando al narrador, uno diría que la mala suerte no existe: lo que existe es la buena suerte, privilegio involuntario de pocos, y que la normalidad es lo contrario. Walter sabe, como saben los personajes de *Humo* y de *Maneras de perder*, que contra el azar no puede hacerse nada, y su lamentable historia con las mujeres resulta siempre la más dolorosa de las constataciones. El mundo deja plantado a este novio que lo ha aguantado todo en el dulce nombre del deseo imposible.

Pero en el fondo Walter Arias no es un fracasado: es un resistente que tiene que lidiar a la vez con el azar y con los lugares comunes, como la literatura misma tiene que hacerlo, a base de imaginación y de inteligencia. Su fracaso es relativo, puesto que ha logrado contarnos su irrespetuosa visión del mundo y dar testimonio de su resistencia. Gracias a ello tantas bromas, tantos disparates y juegos de ingenio no se quedan en vanos pasatiempos, sino que alcanzan la categoría de trascendente fábula moral sobre una realidad que reconocemos en su misma representación expresionista, una realidad cuya norma es la máscara, la renuncia vergonzante al sentido y a la individualidad, el culto al topicazo, a lo políticamente correcto o al silencio timorato. Walter no se puede callar, pero tampoco es un rebelde: es tan sólo un atónito preguntón obstinado. Por eso llega a afirmar que, de escribir un libro, ese libro sería *El Gran Libro Walterista de las Preguntas sin Respuesta*. Por su parte, Felipe Benítez Reyes ha escrito con *El novio del mundo* un brillante capítulo de su Gran Enciclopedia del Ser Humano.

La propiedad del paraíso

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Lo primero que pensé, mientras leía *La propiedad del paraíso*, es que ya —o todavía— no es nada frecuente que se escriba como lo hace Felipe Benítez. No me refiero al cuidado estilístico o a la calidad de la prosa, sino al tono, al aire general del texto. Tengo la impresión de que por ahí anda perfilándose una especie de escenografía que no parece de hoy: es como un paisaje antiguo —o por lo menos distante— que estuviese pintado, descrito con elementos resueltamente contemporáneos. O sea, que se podría hablar de un cierto clasicismo pasado por el tamiz de la modernidad. Cosa que, amén de predecible, aún resulta más llamativa si se piensa que las evocaciones reunidas en este libro datan, en teoría, de cuando Felipe Benítez era un niño, o sea, de anteaer, y a veces, sin embargo, parecen localizadas en un marco temporal bastante remoto. A lo mejor es que a mis años ya empieza uno a equivocarse de décadas.

No sé hasta qué punto *La propiedad del paraíso* es un libro autobiográfico, estrictamente ceñido a la infancia. Supongo que sí, que algo de eso hay, entre otras cosas porque muy rara vez puede hablar el escritor de la infancia sin referirla a su propia memoria, y, además, porque el niño que anda por el libro incluso se asemeja bastante al adulto que lo escribió. Quiero decir que ya a los diez años Felipe Benítez parecía estar adiestrándose astutamente para contar el tiempo después de lo que le estaba pasando. Lo cual, aparte de imposible, resulta de una precocidad por lo menos mozartiana. De todos modos, esa serie de sutiles y seductoras estampas infantiles, adornadas con todas las mitologías y aventuras sensoriales propias del caso, funcionan aquí como fragmentos de evocaciones entresacadas de la propia experiencia y modificadas, remodeladas luego a través del propio proceso creador.

Felipe Benítez se vale normalmente de su óptimo aparejo de poeta para rebuscar en el pasado de un protagonista que si no es Felipe Benítez, muy bien podría serlo. Y eso —el aparejo de poeta— se nota sobre todo en el primer metafórico, digamos que en la vibración imaginativa. Cada uno de los breves capítulos que componen el libro está elaborado efectivamente con una prosa que se afianza a partir de ciertas energías poéticas. Es posible que el autor haya elegido adrede esa entonación para acentuar el aliño retórico de las

descripciones, para darle una mayor consistencia ilusoria a los argumentos. Pero ese presunto lirismo no es, sin embargo, un trámite uniforme. Hay otros elementos que definen más regularmente el carácter estilístico del libro y que, en cierta medida, relegan a un segundo término cualquier insinuante prominencia poética.

Me refiero sobre todo a la ironía, cuyo empleo me parece especialmente efectivo por cuanto desplaza del campo argumental todo lo que pudiera deslizarse hacia unas reflexiones demasiado solemnes o demasiado ampulosas. Es una ironía que se genera también a través de la sintaxis y que suma un nuevo atractivo a la elocución. Felipe Benítez consigue así un equilibrio expositivo sumamente airoso. Las fantasías infantiles quedan muy bien dosificadas dentro de esos soportes irónicos que estabilizan la realidad. A lo que habría que añadir la manifiesta singularidad operativa de la prosa, donde comparece de pronto como una exquisitez en el fraseo que viene quizá de Gómez de la Serna, incluso de ciertos modales posrománticos, pero que incide en lo que podrían ser los anticipos teóricos de un nuevo realismo sentimental.

El procedimiento narrativo usado por Felipe Benítez en *La propiedad del paraíso* denota una lucidez más bien enemistada, por lo serena, con el ávido desorden que se le podría suponer a un escritor de tan altisonante juventud. Como bien se sabe, el punto de vista del autor que escribe sobre el niño que fue suele ser bastante enrevesado. Aparte de que se produzca como una trampa dialéctica, puesto que quien escribe mal puede ocupar ya el sitio del personaje evocado, también habría mucho que hablar del autor como protagonista o de los reajustes del tiempo para conseguir esa confrontación ambigua en la suplantación de la personalidad. Claro que, en términos propiamente literarios, nada importa aquí la falta de veracidad o las meras invenciones que puedan ir adosándose al recuento más o menos fideligno de los hechos. Hay algún momento del libro muy revelador en este sentido.

En el capítulo XIV, y en el último, por ejemplo, Felipe Benítez interrumpe la búsqueda de su real —o simulado— personaje infantil y se sitúa en el tiempo del que escribe, sintetizando desde la perspectiva del presente lo que hasta entonces había sido un selectivo sondeo en el pretérito. Creo que esa pirueta aporta una nueva verosimilitud al relato. Aunque la verdad es que nada de eso tiene mayor relevancia. Lo que a la larga prevalece es el hecho literario consumado. Y Felipe Benítez ha escrito un libro por muchas razones delicioso, de una ostensible alianza con el ingenio, un acabado ejemplo de narrativa cuidada, severa y divertida a la vez, integrada en esa elocuente tradición donde se practica la literatura como un producto placentero para el lector. Espero que esta «propiedad del paraíso» haya pasado equitativamente a ser de dominio público.



Joaquín Sáenz Ventana de la oficina, 1982

Las extravagancias del alma, las vulgaridades del cuerpo

Una lectura de *Humo*, de Felipe Benítez Reyes

ALMUDENA GRANDES

Cada vez que Lucas Lerma se dirigía a la bibliotecaria de su pueblo para pedirle el *I Ching*, un *Atlas de los peces de agua dulce* o *Los casos más espectaculares de la parapsicología moderna*, la buena mujer, que llevaba años alimentando con diminutas migas de saber, la insaciable, omnívora curiosidad intelectual de quien, al cabo, no era más que el empleado de una gasolinera, siempre le decía lo mismo:

—Haz una carrera, Lucas. Pide una beca, y haz una carrera.

Sin embargo, el joven Lerma no fue nunca a la universidad, porque su padre estaba convencido de que el mundo ya tenía dueños, y más seguro aún de que su hijo jamás se contaría entre ellos. Así, la historia de Lucas comienza cuando viaja a la capital para servir de criado —bedel en un colegio de jesuitas—, armado solamente con una enorme fe, la estricta necesidad de aferrarse a una ilusión, una guitarra acústica que había comprado ya vieja a unos trotamundos holandeses, y los conocimientos extraídos de una dudosa *Enciclopedia de la mente humana* firmada por un tal profesor Bloodmark que, por su apellido, más bien se diría un eficaz villano secundario en cualquiera de esas películas empapadas en sangre sucedánea que tan tercamente le habían apartado del sueño, una noche tras otra, cuando era solamente un niño adicto a las sesiones nocturnas del cine Royal.

Pero el Lucas que deshace su equipaje en un cuarto del hostel La Habana, ya es otra cosa. Tiene una cartilla de ahorros con varios miles de pesetas, el proyecto de llegar a ser, más pronto que tarde, un músico famoso, y una idea muy precisa de cómo deben llamarse las mujeres capaces de volverle loco: Lucy, Natacha, Genoveva... Es, exactamente, como todos nosotros hemos sido alguna vez.

Felipe Benítez Reyes ha definido *Humo* como una novela sobre la dignidad del fracaso. Es también una novela sobre la honestidad del deseo, sobre la equívoca fragilidad de los sueños, sobre el tejido del miedo. Los héroes pequeños no son antihéroes, sino héroes pequeños, con toda su miseria y su pizca de grandeza, esa equilibrada combinación que sostiene su decoro en las derrotas. Lucas ha sentido nostalgia del futuro y por eso es digno de aspirar a conquistarlo, digno de estrellarse contra él, de romperse en pedazos y dejarse

arrastrar después por las olas dulces de su desencanto. Porque el futuro, ese tramposo, se sienta a jugar con él para estafarle con un mazo de cartas marcadas. La primera es su paisano Paco Pinto, pequeño vividor, hombre de mundo fanfarrón y postizo, que siempre anda quedando con enfermeras ninfómanas que al final nunca acuden a la cita. Suay, el guitarrista, parece mejor, más real, más temible, más acabadamente canalla, aunque sólo sea por el enloquecedor aroma que desprende la piel de su novia, Dana, que ya tiene treinta y tantos —la edad que William Faulkner describió como la de la antigua y eterna serpiente— y que muy bien podría llamarse Lucy, o Natacha, o Genoveva... Fredo Lamberti, el estudiante argentino compañero de pensión, no puede aspirar a tanto, pero trapichea con anfetaminas, y con ácidos, y conoce los sitios de moda, y en los sitios de moda le conocen a él. Todos ellos son antagonistas accidentales de Mateo el relojero, que lleva años persiguiendo al Tiempo, desentrañando sus argucias, luchando para desarmarlo, para detenerlo, pero Lucas, que ahora se llama Luky, como los cantantes de los grupos pop de los años 70, esa moda que vuelve, no le presta atención, porque a quien vive para ganar su futuro es tiempo precisamente lo que le sobra.

Estos personajes, y otros muchos más, seres extraordinarios y comunes, bondadosos y mezquinos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, se van imbricando lentamente, encajando unos con otros para bordar el inconcebiblemente enrevesado mapa de una vida cualquiera. En un alarde de escritor de verdad, de esos que tienen mucho más que una idea, mucho más que un oficio, Felipe dibuja una extraordinaria galería de personajes que se alimentan por igual de las extravagancias del alma y de las vulgaridades del cuerpo. Son los demonios de Lucas, sus ángeles de la guarda, las puertas de entrada, y de salida, del laberinto del mundo.

Lucas se aventura en él, y apuesta fuerte, y pierde hasta la camisa, pero conserva íntegro el corazón y un futuro maltrecho, pero aún futuro, el que no tiene Pinto, el que no tiene Suay, al que a duras penas sobrevivirá Lamberti como lo hará Dana, endurecida y fría, agotada y cruel, puta del todo, por fin, también del alma, hiriente de puro pérdida.

Ser bedel en un colegio de jesuitas no es vida. Eso es lo que piensa Lucas, y yo lo pienso con él. La vida es humo, pero no todos los humos tienen la misma consistencia, el mismo aspecto, el mismo color. A Felipe debo agradecerle la ocasión de poder confesarlo en estas páginas, y más de doscientas de una novela tan pasmosamente bien escrita como todas las suyas.

Esto es casi todo cuanto pienso declarar sobre su estilo. Añadiré, si acaso, que en mi opinión, la prosa de Felipe Benítez Reyes es la más brillante, la más personal, la más envidiable y seguramente, también, la más envidiada, de todas cuantas han producido los escritores españoles de su generación, que es la mía.

En dos tiempos

ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN



I. poesía (1979-1987)

Con excepción de *Sombras particulares* (1992), el volumen *Poesía (1979-1987)* recoge los libros y plaquettes publicados por Felipe Benítez Reyes, una de las voces más singulares y representativas de la poesía española actual. Esta edición, precedida de un prólogo de Luis García Montero, «Felipe Benítez Reyes, la poesía después de la poesía», tiene el acierto de recuperar para el lector libros ya casi inencontrables o cuadernos de difícil acceso, por tratarse de tiradas muy cortas: *Paraíso manuscrito* (1982); *Los vanos mundos* (1985); *Personajes secundarios* (1988); *Japonerías* (1989); *Pruebas de autor* (1989) y *La mala compañía* (1989).

En el momento de su publicación, hace aproximadamente un año, algunas afirmaciones de Luis García Montero suscitaron cierta polémica, debida especialmente al uso del concepto de «utilidad» aplicado a la poesía, o a una determinada forma de entender la poesía: «La línea representada por Felipe Benítez ha sido la más adecuada para devolverle a la poesía actual un sentido útil de la belleza... Escribir poesía seguirá siendo útil en la medida en que los versos hablen de la realidad, sean capaces de nombrar el mundo de las experiencias comunes, que es el mundo de las experiencias personales, con un lenguaje colectivo, única manera de acceder a un lenguaje propio». Tal vez se interpreta aún el sentido del término *utilidad* dentro de las pautas del realismo social (la «poesía necesaria», de Gabriel Celaya), cuando en realidad se trata de algo mucho más directo, y más general, también. T. S. Eliot lo recoge en *Función de la poesía y función de la crítica*: «Todo poeta desea dar placer, entre-



tener y divertir a la gente, y normalmente se alegrará si la cantidad de personas que disfrutan de esa diversión es lo más extensa y heterogénea posible». Y no es que Eliot quiera convertir a los escritores en bufones de corte (creo que la seriedad del autor de *La tierra baldía* está fuera de duda), sino moderar algunas exageraciones románticas como la de Shelley (el poeta como «secreto legislador» del mundo...). En un texto reciente, *¿Por qué no es útil la literatura?*, Luis García Montero formula esta pregunta: «¿no es posible mantener otro concepto más ancho de utilidad, una utilidad que exprese maneras distintas de entender la vida?». Ese nuevo sentido se corresponde con «la tarea de profundizar éticamente en el mundo».

Frente a los alardes culturalistas y las pretensiones metafísicas, un sector bastante amplio de la poesía reciente, y no sólo de la escrita en castellano, ha optado, señala García Montero, por «una dignidad que no necesita de divinización, de brujos, de trascendentalismos». Más que las generalidades abstractas, interesan los aspectos constructivos del poema, la fijación de la experiencia y el papel creador y distanciador de la memoria. No son casuales las coincidencias entre Felipe Benítez Reyes y Luis García Montero a la hora de formular una poética. Ambos expresan su desconfianza en el valor de la espontaneidad, tan celebrada en otro tiempo, y a la vez insisten en el carácter de convención, de artificio, inherente a la poesía contemporánea. «Más que nunca, la poesía aparece como un ejercicio consciente sobre la propia poesía, y sólo se puede atrapar al lector ofreciéndole una distancia», escribe García Montero en la antología *Postnovísimos*, de Luis Antonio de Villena. Y Felipe Benítez: «Creo que en un poema la emoción debe ser fingida... He perdido

esa superstición según la cual el poeta ha de dejar su vida en el papel. He pasado de entender la poesía como una confesión a entenderla como un género de ficción».

Felipe Benítez esbozó en su primer libro, *Paraíso manuscrito*, los temas y procedimientos que iba a desarrollar en posteriores entregas. Precisamente, «Los vanos mundos» figura ya como título de un poema incluido en el citado libro; en él se nos ofrece la visión de un tenderete de libros donde se mezclan, como es habitual, ediciones raras con libros triviales u olvidados, donde «la sensación de vida es algo extraño/ y un gesto no muy noble, allí, la vida.» Son los versos finales, que, leídos superficialmente, parecen dar la razón a aquel aforismo de Huidobro: «La verdad del arte empieza allí donde termina la verdad de la vida». Sin embargo, encierran una ambigüedad fundamental en los planteamientos que Felipe Benítez hace sobre su propia poesía: el arte, y la literatura, no deben confundirse con la vida ni tienen por qué «reproducirla» en el sentido más literal, pero siempre se refieren a ella, inevitablemente: así, se produce una especial sensación de irrealidad, un «hermoso fingir» que no es falso, pues no supone una sinceridad mal entendida. Estas posibilidades de comunicación, abiertas ya por algunas poéticas ilustradas —la de Esteban de Arteaga, por ejemplo— que se mencionan en el prólogo, distan por igual de las teorías románticas y de los proyectos vanguardistas, y no es extraño que se aluda al sentido común, igual que hacían Gil de Biedma y Ferrater en su complicidad contra el irracionalismo; «Me parece indispensable, escribe Felipe Benítez, que un poema se asiente sobre el más abstracto de los sentidos, el sentido común... y que a partir de ahí, llegada la ocasión, nos contemos las mayores mentiras y los más divertidos disparates, si fuese del gusto».

Vanos mundos, mas no sólo imaginarios: en su construcción, la experiencia real juega un papel tan importante como las lecturas o las reflexiones sobre el hecho de escribir. La juventud, el deseo, son temas que aborda Felipe Benítez con un tono que parece dar concesiones a un cierto intimismo («Confidencias» se titula el primer poema de *Los vanos mundos*) para favorecer el distanciamiento final. Llama la atención, en su poesía, el tratamiento de tópicos literarios, románticos y modernistas («Elogio de la naturaleza», «La luna»), legendarios («La bala de plata») o relacionados con la imaginería de la aventura y los viajes («El atlas», «Elegía»). «El final de la fiesta» anticipa temas de *La mala compañía* a través de una descripción casi cinematográfica, con el efecto de ciertas escenas de Fellini o de Antonioni:

Toda la irrealidad
de esa escenografía de los bailes de máscaras
tuvo para nosotros un sentido simbólico:

era la juventud,
vestida de sí misma, estrafalaria y loca,
quemando alegremente sus bengalas,
porque el amanecer traería un viento frío,
una mala resaca como precio.

Desde *Los vanos mundos* a *Sombras particulares*, Felipe Benítez logra una síntesis entre erotismo e imaginación, azar y experiencia. Sus poemas sorprenden por la habilidad con la que el autor recurre a determinadas claves literarias, a situaciones conocidas que adquieren aquí un sentido original y preciso. El tema de la pérdida amorosa es tratado con lucidez en «Advertencia»: «Y aprende que la vida tiene un precio/ que no puedes pagar continuamente./ Y aprende dignidad en tu derrota/ agradeciendo a quien te quiso/ el regalo fugaz de su hermosura.» «Poesía es la sensación que puede producir un buen poema», leemos en *Bazar de ingenios*, y en esta frase se condensa también un especial diálogo con la tradición que le es grata a Felipe Benítez, una tradición fundamentalmente narrativa que parte del modernismo tardío, de Manuel Machado y Borges, y llega hasta Jaime Gil de Biedma y Francisco Brines. Poesía de la experiencia, en el sentido más amplio y sugestivo del término, consciente de su propia materialidad, de sus recursos también, ya sea el monólogo dramático —en «Sebastian Melmoth», de *Pruebas de autor*—, o la intertextualidad, que casi siempre está ligada a la ironía: así, en «Los convidados de las últimas fiestas», donde la referencia inicial al relato de Villiers de l'Isle Adam se combina con un homenaje explícito a Carlos Marzal, y al primer libro de éste: «No es el nuestro este mundo./ El nuestro lo incendiamos/ una noche de fiesta,/ bailando con borrachas/ y prometiendo a todas/ un vestido de raso./ Pero eso se acabó./ Nos presentó batalla/ el tiempo, que es furtivo./ Sólo nos queda, Carlos,/ recordar viejos triunfos/ y asearnos el alma...»

La fiesta, la vida nocturna, las estrategias de seducción, pero también su reverso: la conciencia de la fugacidad y el fracaso. En la dimensión vitalista que es propia de la poesía de Felipe Benítez, ambos aspectos resultan inseparables, se funden en un mito literario sostenido por la experiencia. En *La maleta del naufrago*, Benítez Reyes descubre en las fiestas una metáfora de la vida: «Cada fiesta nos atrae porque las fiestas tienen el mismo sentido secreto que la soledad: volvernos cómplices de nuestro destino. Las fiestas nos ofrecen el mundo como un espejismo luminoso. Pero, en su final, acaban componiendo una metáfora melancólica de la vida: un halago fugaz que ofrece la tentación y de inmediato la retira, o la vuelve de sombra, o le da la apariencia de un mal sueño.» Es el tema dominante en *La mala compañía*:



Joaquín Sáenz El taller de imprenta, 1972

Ningún deseo vale —y así lo repetimos en tertulias—
tanto asedio, tanto fingir,
y esas noches en blanco, tantas copas,
pero ¿quién se lo explica al corazón?

Al comienzo de la primera edición de este libro (Valencia, 1989) existía una nota previa, bastante reveladora: «La mala compañía de los sueños: las visiones que dañan, los episodios raros de la imaginación». Ese carácter de ficción que oscila entre la memoria y los sueños (o las pesadillas: véase «Nightmare») prevalece en otros poemas de *La mala compañía* como «La casa» o «Duermevela», sin olvidar los homenajes literarios (Scott Fitzgerald; Borges, en «El derrotado»), que culminan en las alusiones directas de «El día amarillo». En todos ellos se aúnan los aciertos de expresión conceptual con un excelente desarrollo discursivo.

Si los primeros libros despliegan una extensa metáfora del desencanto, algunos de los poemas más recientes («El artificio», «El mapa falsificado»), incluidos en el libro *Sombras particulares* (1992), confirman la orientación de Felipe Benítez hacia una escritura en la que se imponen claramente el distanciamiento y las constantes reflexivas, incluso metapoéticas, aunque esta última dimensión adquiere un sentido muy distinto al que posee dentro de la obra de Carnero, Talens o Gimferrer. La reflexión acerca de la escritura se encuentra ya en «El poeta Juan de Tassis describe los sepulcros», de *Paraíso manuscrito*, «Miseria de la poesía», de *Los vanos mundos*, «La poesía» y «Exposición de motivos», de *Pruebas de autor*, o «Encargo y envío», de *La mala compañía*, donde aparecen dos símbolos recurrentes en la poesía de F.B.R.: «luna o rosa en la noche hecha de estrellas,/ irreal como la luna y como rosa hiriente./ Luna o rosa que cifra la memoria.» Se revela, en ellos, una conciencia del *artificio* que es aplicable no sólo a la poesía. El autor lo deja claro en ese conjunto de anotaciones que forman *La maleta del naufrago*: «Una pretensión, al cabo, de *naturalidad*, efecto que en literatura sólo se consigue a través de ciertas maneras de tratar, y trabajar, el artificio.» De manera similar se expresa Antonio Muñoz Molina cuando habla de la invención de los diálogos: «la naturalidad o la verdad de lo escrito sólo se logra con el máximo artificio». El efecto de verosimilitud, la «sencillez difícil», no se improvisan.

A pesar de que algunos poemas puedan ser reiterativos, tal vez por el exceso de imágenes «impresionistas» (me refiero, en concreto, a «Sevilla», de *Los vanos mundos*), la lectura de esta edición confirma la indudable maestría literaria de Felipe Benítez Reyes. Es la suya una poesía cuyo artificio convence; una poesía que ayuda a situarse en el mundo, a entenderse mejor con él.

(1993)

2. el tiempo y el vacío

El tiempo, ese otro laberinto, escribió Borges. Y Gil de Biedma: «Sólo hay dos temas en mi poesía, el paso del tiempo y yo». Quizá sea el tiempo (y la conciencia de su paso demoledor) el gran protagonista de la poesía del siglo XX; lo es, sin duda, en el último libro de Felipe Benítez Reyes, que lleva al límite unas constantes reflexivas insinuadas en su escritura más reciente: pienso ahora en poemas como «La condena», «Incoherencia de lo cotidiano» o «Elegía», de *El equipaje abierto* (1996). Dividido en un prólogo, nueve secciones y un epílogo, *Escaparate de venenos* (Barcelona, Tusquets, 2000) es un libro de extensión considerable: un posible riesgo que salvan tanto la riqueza de las imágenes como la variedad de registros, argumentos y matices desplegados por el autor con una buena dosis de inteligencia y de oficio.

Felipe Benítez escoge una cita de Laforgue, «étalage des poisons», que me parece muy reveladora. No sólo justifica el título «Escaparate de venenos», sino que ofrece también algunas claves interpretativas y simbólicas del libro. En principio, cualquier escaparate quiere atraer, seducir, en cierto modo, a quien lo contempla, incluso a base de tenderle trampas: así el tiempo nos propone una sucesión de engaños o de espejismos. En esta línea, el concepto de *representación* ocupa un lugar importante en el trazado de los poemas, sobre todo cuando el autor nos acerca, en las primeras secciones del libro, a motivos y figuras consagrados por la tradición literaria: la noche, los dioses, el mar, el diablo, los espejos, el dolor. El poeta se ve a sí mismo como una especie de cazador furtivo que otea «el bosque virtual del pensamiento,/ las herméticas selvas del pasado» y quiere dar cierta coherencia a ese trayecto que lleva «de la nada a la muerte», cifrar el mundo en sílabas contadas; su mirada recorre ciudades, interiores nocturnos donde se mueve una amplia galería de personajes, evoca la imagen de los dioses y el miedo de los hombres (el miedo es una forma de ficción, nos dice), la memoria y sus fantasmas, el deseo y sus leyendas, todo ello sometido a la garra implacable del tiempo, «perro que huye» o «laberinto / que tiene la estructura/ de un sueño peligroso». Sólo la música es capaz de detener su paso, creando una ilusión de eternidad («Sólo a ti te respeta/ ese monstruo pequeño/ que vive refugiado en los relojes...Sólo contigo el tiempo es piadoso») y una rara simbiosis, tal como se advierte al final del poema «Utrech»:

Y todo es una exacta incoherencia
y una extraña armonía,

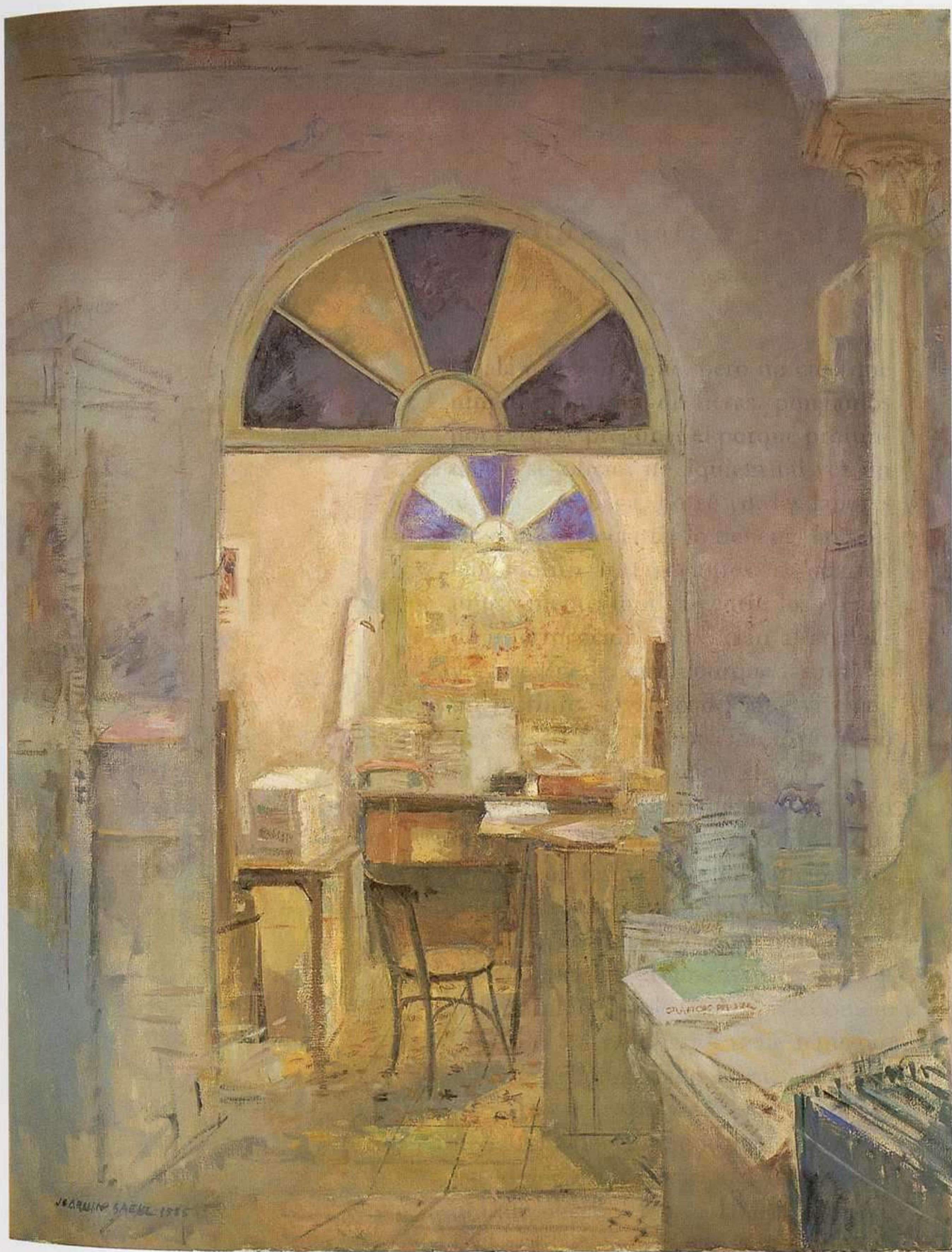


Joaquín Sáenz El reloj de la imprenta

como si el tiempo se valiese de la música
para revelarnos su fórmula secreta y angustiosa:
la mezcla del presente con la nada.

Un texto en prosa de Felipe Benítez, «El dolor y la música» (*Pasajeros*, Litoral, 2000), resulta un correlato perfecto de los poemas citados: «También la música. También ella resulta invulnerable al tiempo, que casi todo se lo lleva por delante: oyes una concreta melodía, y, de pronto, como sacada de la chistera de un mago prodigioso, allí tienes de nuevo tu pasado, de nuevo dentro de ti, con su vigor de espectro materializado que te abraza y te socorre, que te devuelve el tesoro enterrado en una ciénaga de olvido: el tiempo fugitivo tuyo, perdido allá en sí mismo.»

A tono con la cita de Laforgue, *Escaparate de venenos* recupera, en parte, la iconografía del anterior fin de siglo. Continuamente aparecen personajes del circo y de la Comedia del Arte: de nuevo la representación, la importancia de la escena como ámbito simbólico. El tiempo se reviste con disfraz de «trágico pierrot», la vida es una «comedia larga y disgresiva», nuestros gestos tienen «la falsedad cortés de una comedia», la duermevela se puebla de «lunas dramáti-



Joaquín Sáenz Cristalera a la luz, III, 1985

cas y enloquecidos arlequines», el pasado es un «circo brumoso», el presente una «fiesta con payasos», el mundo es comparado con un guiñol o con un «teatro de efímeros figurantes» y, al final, todo se hace extraño «como un cetro de oro en manos de un bufón»; en el poema dedicado a Venecia surge un «arlequín/ que dirige el teatro de la noche nevada»... Símbolos que intensifican el sentido grotesco, y a la vez trágico, de las situaciones descritas. Desde la reflexión en torno al artificio (*Sombras particulares, Vidas improbables*), la poesía de Felipe Benítez Reyes ha llegado a constatar la desolación, la extrañeza del vivir, el azar y el desorden, la crueldad de la historia («un cofre de sangre y de ceniza»), el dominio del absurdo:

Cada uno cumpliendo
la unánime condena de crear
paraísos ridículos,
cuando ya a la caída
de lo oscuro volvemos
a la dramática inocencia
de no saber qué hacemos en el mundo

Tampoco el amor, la pasión o el deseo eluden el ambiguo territorio de los espejismos. «La esencia del amor es delincuente», nos dice un poema. Y contradictoria, también, si atendemos a ese espléndido hallazgo que se titula «Acerca del amor por las lolitas», donde los célebres personajes de Nabokov —o más exactamente Clare Quilty, respondiendo a Humbert— llegan a una lúcida desmitificación: «Bien./ No vamos a follarnos a las viejas./ Pero tampoco vamos/ a dar rango de diosa/ a las gritonas colegialas/ que huelen pijamas con dibujos,/ imprecisas aún como ectoplasmas.» Los últimos versos vuelven a conducirnos al tema central del libro:

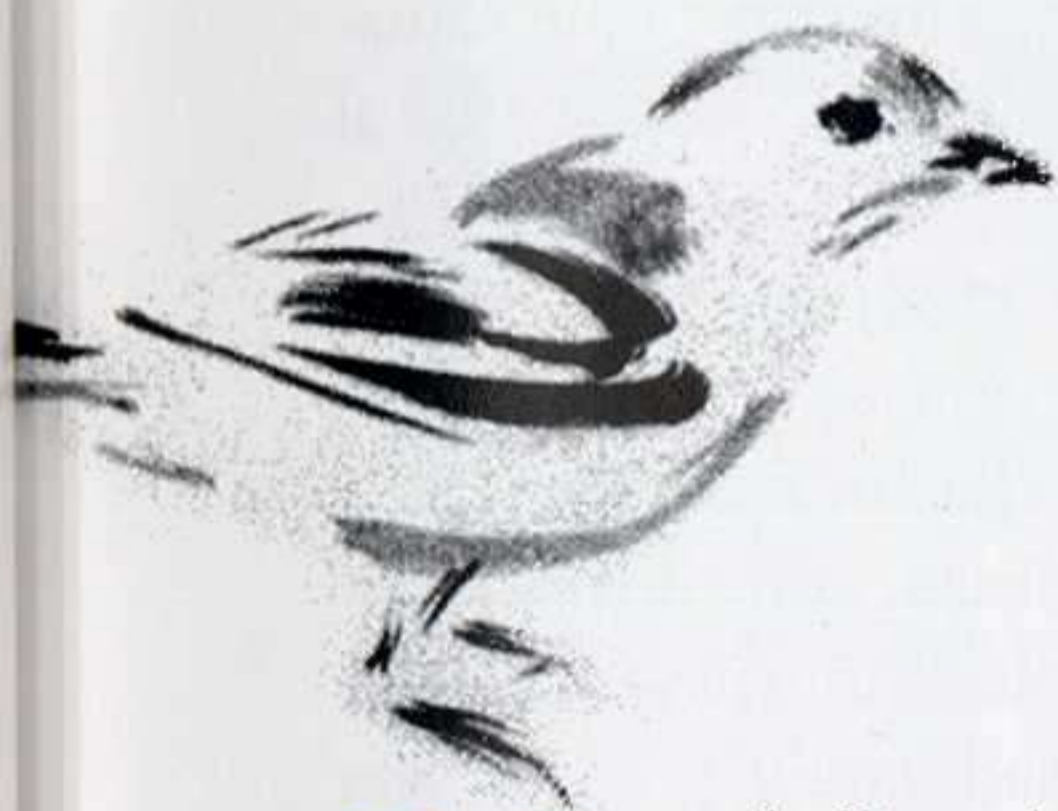
Lo que se busca en ellas,
lo que todos buscamos, es algo muy trivial:
la negación del tiempo.

«¿Y qué es la realidad?», leemos al final del poema «Estampa matinal». Acaso una sucesión desordenada de fragmentos de vidas, una memoria que constata el efecto arrasador del tiempo, un escaparate de venenos. Después de leer este gran libro de poemas —para mí, el mejor de los que ha publicado hasta el momento Felipe Benítez Reyes—, queda la única certeza de estar viviendo entre paradojas: sólo lo fugitivo alivia de la nada, sólo alcanza a ser nuestro lo pasado.

(2000)

Estrategias de la imaginación

ANA RODRÍGUEZ FISCHER



Un torbellino de anécdotas, mechadas de humor e inventiva —amén de una amplia nómina de tipos estrambóticos—, hilvana *Chistera de duende* (1991), primera novela del poeta Felipe Benítez Reyes, en la que el autor maneja y combina con gran habilidad la parodia, la caricatura y la sátira, en un tejido narrativo donde se mezclan la intriga de corte policial y la extravagancia erótica, la fantasía y la mediocridad, la epopeya cotidiana y la tragicomedia.

Chistera de duende está dispuesta en cuarenta capítulos breves, cuyos títulos anticipan ya el regocijo —más o menos delirante, según los casos— que le aguarda al lector al ir recorriéndolos: «Guerrilla literaria en el Europa, La trama peligrosa, Continúan las indagaciones, La calvicie delatora, La ciudad complicada», son algunos de ellos.

Una estrategia desesperada de la imaginación, un puro espejismo de apariencia enigmática, impulsa la aventura protagonizada por Miguel González Lera —llamado, a efectos literarios, Gonzalo de Lerma—, un jovencito que, asfixiado en el ambiente prosaico y filisteo de un pueblecito andaluz, aspira con su obra literaria a superar ese cerco banal y anodino que le envuelve. «Él se tenía por bisnieto de toda la estirpe decadente y le hubiera gustado malvivir con una mulata y ascender diariamente a la cima de los pecados mortales.» Así, desde esta primera página, las referencias literarias en clave burlesca funcionan ininterrumpidamente a lo largo de la novela. No en vano, tras esta

referencia a Baudelaire, nos llega de inmediato una alusión a Rimbaud —Lerma bautiza su fantasmal colección de poesía con el nombre de *El navío ebrio*, a lo que el narrador añade: «cuya botadura patrocinó una caja de habanos: la que atesoraba sus ahorros»— y así otras muchas que ahora no comento porque la sorpresa y el regocijo de los sucesivos hallazgos forman parte del placer que proporciona la lectura de *Chistera de duende*.

Los sueños y afanes del joven Lerma sufren un duro revés cuando somete su obra —diez originales, entre prosa y verso— a un primer bautismo de fuego. Ello acontece en la tertulia del bar Camborio, que cada miércoles reunía entre sus paredes a una curiosa y variopinta fauna literaria: a Antonio Molinero, cronista oficial de la Villa, a don Juan Sivantos, abogado y cuentista inconfeso, y a una representación variable de jóvenes literatos «que tomaban como una obligación beber sin tino, hablar de mujeres y volver a casa al toque de queda de los campanazos de la misa de siete».

Es allí donde Juan Sivantos —autor de una vasta producción *en marcha* hasta la misma hora final— pulveriza, desde los más rancios y trasnochados criterios decimonónicos, el poema de Lerma titulado «Jardín mecánico», una delirante parodia de los poemas futuristas o vanguardistas, con su modernolatría, su maquinismo y su culto a la velocidad, que dice así: «Ya las rosas de los viejos poemas han muerto / apisonadas por los viaductos / y las vestales llevan negras carátulas / adheridas a sus cuerpos de sirenas / brotando...»

El personaje de Sivantos es uno de los más logrados. Desde que una mora de Mérida, allá en su lejana juventud, le hizo paladear los deleites de ciertos paraísos a los que hubo de renunciar por puro pragmatismo, «se dedicó a ensoñar una doble vida en la literatura de pornografía» que él mismo confeccionaba y guardaba celosamente en «el bargueño picante» que un día, tras años de inquieta curiosidad, logra por fin abrir Miguelito Rivera —el fiel pasante del aristócrata abogado— para descubrir, atónito, la «Biblioteca de Venus», con títulos tan desconcertantes como *El capullo de Aniceto* o *La buscadora de pulgas*, además de los tomitos de *Colección placer*, *La novela exquisita* o *La pícaro novela*. Pues bien, contra este sujeto se revuelve el desairado Lerma, cuyo afán de venganza —otro cliché literario que opera en estas páginas— le lleva a urdir y vivir una fantasmal intriga trazada con un cañamazo casi policial.

El cronista oficial de la villa, don Antonio Molinero, es otro personaje igualmente forjado en clave de parodia, no menos grotesco que el anterior. Es un «erudito con un pie puesto en la mistificación y otro en la ganga historiográfica, genealogista a sueldo y muy dueño, por lo demás, de hacer o deshacer la historia local ensayando cabriolas con la Historia». Víctima de sus delirios de nobleza, lo vemos deslizarse y caer en manos de unos farsantes sin escrúpulos.



Pedro Serna

Arturo Reinoso es el compañero y único interlocutor válido con que cuenta Lerma. Joven dramaturgo social-realista, este personaje arrastra también una fuerte carga paródica:

«Reinoso hacía literatura «de intención», porque cualquier otra cosa la consideraba oratoria, y escribía con la vista puesta en el futuro, cuando una indeterminada revolución hubiese echado abajo el decorado andrajoso de la decadencia social».

En esos momentos está confeccionando *La rebelión de los suburbios*, un drama de mineros, de fulanas y marinos borrachos que casi llegó a estrenarse en el instituto del pueblo de no haber mediado la férrea censura que, además de numerosas mutilaciones, imponía un cambio de título, pretendiendo que el drama pasara a llamarse *Los idealistas desengañados*.

Igualmente dignos de mención serían otros tipos : Paprini, el aristocrático truhán; Peky y su tribu; la Sivantesa; Miguelito Rivera, el pasante; la madrina de Lerma, doña Dolores, y su querendón. También destacan los espacios de la novela —el Pasapoga, la casa de Grifona o el Casino Municipal—, donde a primeras horas de la tarde «sólo se oían el golpe frío de las fichas de dominó sobre los veladores de mármol y la voz de la sabiduría, y el aire olía a café y a

tabaco rancios, a cuadro de lámina húmeda y a globo de luz caliente».

Y también las calles y la ciudad visitada fugazmente. Figuras, escenografías y acaeceres de una farsa grotesca y castiza que transcurre en la España esperpéntica de los últimos suspiros franquistas.

* * *

Todavía bullían las peripecias que Benítez Reyes urdió en *Chistera de duende*, cuando el autor da a la imprenta su segunda novela: *Tratándose de ustedes* (1992).

Aun tratándose de una propuesta narrativa muy distinta, se mantienen algunos elementos de la anterior, como lo son la peculiar estructura interna, construida a base de breves cuadros o secuencias perfectamente engarzados, y también precedidos de apetitosos títulos: «Los libros enfermos, Fantasmas dentro de un zapato, El humo del sueño». Y pervive también la atmósfera o el clima del que proceden los personajes «reales»: ese grupo de contertulios provincianos de la librería anticuaria El Globo, que «olía a barco de papel muerto, a tinta difunta», y donde «los volúmenes dormitaban en sus estanterías como náufragos puestos a secar, despidiendo una humedad de letra rancia». Ése es el escenario donde periódicamente se reúnen Arruza, el librero —«deambulaba por aquella atmósfera de bodega de barco con un levitón de mezclilla, maltratando su astigmatismo con la lectura de los lomos, a los que acercaba su nariz de gancho como si realmente quisiera comprobar el estado de descomposición de los volúmenes»—, Ignacio Junquera —coleccionista de cualquier pamplina encuadrada en pergamino—, Miguel Olite, doctor en psiquiatría, Felipe Bento —¿hace falta indicar la máscara del autor?— y Ángel Muñave —profesor de lengua y literatura, ya jubilado—, para urdir una ronda de historias.

Mas ahora el proyecto narrativo de Benítez Reyes es mucho más complejo y ambicioso, ya que, a partir de esa mínima trama central, el autor construye un relato de relatos, una novela hecha de numerosas micronovelas que funciona al modo de esas cajas chinas que aparecen en ella. Fábula de fábulas, *Tratándose de ustedes*, es, ante todo, un juego, un auténtico ejercicio literario que reclama un lector cómplice. Un lector capaz de descodificar los diversos géneros narrativos que van a ser parodiados: de la novela policial al relato de aventuras, o, ya en las primeras páginas, esa magnífica imitación cervantina que, en labios de Muñave, degenerará en «cervantada de vodevil» y será desaprobada por los otros contertulios. Veamos un fragmento:

«...fue en Bakú donde a Moshe Yenna le sucedió la más impensable aventura de cuantas puedan imaginarse. Y fue ésta que, hallándose en su frenético viaje celeste, vio que en un alminar una joven se hallaba cautiva, custodiada por dos soldados que en ese momento dormían.

Así que, aprovechando tan favorable circunstancia, se acercó Moshe Yenna con su alfombra hasta el ajimez y dijo estas hermosas y nunca oídas palabras: «Cualquiera que sea la causa, bella cautiva, de tu estado, no ha de faltarte quien defienda tus razones ante el tribunal de la sinrazón, pues ninguna razón puede haber en este mundo assenderado para tener cautiva a la Hermosura misma, por ser ella el don que Dios regala a los puros de corazón. Y digo más aún: ninguna razón puede asistir a quien tan frágil belleza no sólo da prisión y padecimiento, sino que, por mayor ruindad, impone también vigilancia de quienes la doblan y redoblan en fortaleza».

En un discurso de esta traza empleó Moshe Yenna un buen rato, y tanto elogió la hermosura de la cautiva, que ésta misma se sorprendió de tales halagos, pues con dificultad podía tenerlos por sinceros al darse la circunstancia de que se hallaba velada.

«Tu lengua habla con la zalamería propia de los de tu raza —dijo al fin la cautiva—. Todos tenéis la soltura del embaucador, la ligereza del bulero, la untuosidad del mercader. ¡Mala hora aquella en que mi buen padre, el conde de Turia, emprendió un viaje por aguas de Turquía, donde caímos presos, siendo él vejado hasta morir de malenconia y yo vendida al sultán de Bakú, quien aquí me tiene para mi mal cautiva y torturada, por no querer ser pecadora!»

Todas estas historias intercaladas son, a la vez que parodia de la Literatura, homenaje a la Literatura. Porque en *Tratándose de ustedes* continuamente se transgreden los límites entre ficción y ficción dentro de la ficción. Estamos ante una novela de diseño fragmentado, en nebulosa, que genera conexiones y significaciones múltiples, relato caprichoso o desenojada sucesión de antojos argumentales —como se dice de la novela *El viajero incesante*—, de los cuales yo destacaría esta narración onírico-absurda de Miguel Olite, incluida en el capítulo «Galimatías»:

«Olite intuía que esa misma noche iba a tener un sueño de importancia. Y lo intuía porque la barba le había crecido más de la cuenta: un síntoma inequívoco. Cada vez que iba a soñar, la cara se le oscurecía con una inhabitual pelusa negra. Una pelusa fina que, de tan finamente espectral, parecía en realidad la sombra de una barba verdadera.

Acarició ante el espejo aquel sutil fenómeno y se fue ufano a la cama, deseoso ya de soñar su sueño importante.

Y el sueño no se hizo esperar.

En un tintero nadaban dos peces de grandes ojos, que surcaban espesamente el líquido. Un pez era azul; amarillo era el otro. «¿Quién es ese que nos mira?», preguntó el pez amarillo al pez azul. «Debe de ser un bolígrafo». «¿De esos que escriben solos?», preguntó el pez violáceo que antes era amarillo al pez azul que por entonces ya se había convertido en una fábrica de coches en situación de huel-

ga. Cerró la verja. “No pensamos comernos más jardines”, gritó un obrero. Olite corrió hacia la chimenea y vio sobre ella dos sables cruzados: “¿Por qué se pelean ustedes?”»

Mas el juego no se detiene aquí. En *Tratándose de ustedes*, hay también cabida para la metanovela: esas reflexiones teóricas sobre el género en los capítulos «Fragmentos de un diario de un novelista» o en el tercero de los «Ejercicios de estilo» —«habría que imaginar a alguien que ha escrito un libro, que no es exactamente un libro, sino la abstracción de un libro»— todo cuanto Muñave escribe en su reseña de la novela de Michel Hennart o las discusiones sobre «la trabazón» incluidas en el capítulo titulado «Teoría literaria».

Además de divertida y gozosa lectura, de estimulante juego literario, hay reto y desafío en esta segunda novela de Felipe Benítez Reyes; es un excelente ejercicio para cualquier estudiante o amante de la literatura.

Al igual que Junquera, el lector tiene la impresión de que, al pasar la página, «otro dedo invisible pasó la página en que Junquera pasaba la página».



Juan Vida Bodegón de la fuente negra, 1996



Lorenzo Saval El Mago, 1984

Un mendigo busca monedas entre el lodo de la fiesta

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ VERA

Felipe es un afable y amable conversador que tiene la rara virtud (¿la maldición?), siempre lo he sospechado, de no interrumpir la meditación en que ha convertido su vida ni aunque esté hablando con alguien en mitad de una discoteca, durante cualquier jolgorio. Felipe nunca deja de jugar esa partida con cartas marcadas que el destino tahúr le ha propuesto. Sabe de la mucha dosis de suicidio que hay en ella, de la grave renuncia a la felicidad que exige ser conscientes del tiempo que fluye, pero no ha abandonado, ni un solo instante, el tapete de juego.

Mientras la charla amiga, cuando la penúltima copa, en el centro de la pista, aunque en el equipo suene Hendrix, o The Doors («This is the end, my only friend, the end...») es fácil verle derivar, por breves instantes, la mente hacia otros mundos; aspira el humo de su cigarrillo, exhala con fuerza el aire, y tras él va su pensamiento en su constante búsqueda, mediante la lenta concepción de una metáfora, de las claves falsas que cifran la existencia; aunque sepa que no, que es vano intento, y que son pobres herramientas de ladrón de tesoros las palabras, las voces que nos nombran. Es Felipe el poeta.

Como novelista, hace tiempo que cualquier macho de la especie debería haberle retirado la palabra. *El novio del mundo* abandonó la senda de personajes de guiñol que paseaban por *Humo* o por *Chistera de duende*, para darle vida a Walter Arias y confirmarle a las chicas lo que ya sabían: nuestra vida masculina circula por los raíles que tiende el sicópata que habita en nosotros. Patético y desastroso, porque sus páginas son el manual de instrucciones de cualquier varón a partir de diez años, por poner una edad piadosa. Conozco —lo juro— a un marido que prohibió a su mujer la lectura de tan dañina

novela. Una amiga dejó de hablarme cuando supo que me identificaba con ese siniestro carácter. «Mientes como él», me dijo; lo tomé como un cumplido hasta que vi cómo cogió su bolso y se fue de aquel bar moviendo su precioso culo. Permitted que yo pagara todas sus consumiciones.

Si aún me alegro de ver a Felipe, si aún no he publicado su dirección y número de teléfono en la web de la asociación de divorciados por mor del walterismo, es porque sus versos me siguen emocionando, desde hace mucho.

Toda la extensa obra lírica de Felipe no es más que una reflexión, con importantes variaciones a cada libro, sobre el paso del tiempo. Los instrumentos que usa el autor son simples, inteligibles para cualquier lector, tradicionales, aunque renovados en un nuevo universo poético: la rosa, la luna, los libros, los espejos, un bibelot, el laberinto, los mapas que lo desbaratan y que nunca condujeron a fortuna alguna, los escaparates, los relojes, de arena, analógicos o digitales, como soportes, en fin, de la memoria que no es más que «...un naufrago / aferrado a unos símbolos».

El paisaje por el que deambulan esos símbolos también es cotidiano, cercano, amigo: cualquier paseo marítimo de una ciudad turística y veraniega, en otoño, con su tristeza de vieja cupletista a la que no respetaron los años; o el jardín que sobrevive a una fiesta, con su eco de risas, locura y suciedad de tartas en el césped; o la intimidad de la casa vacía donde el pasado se alberga y resucita en la inquietud de las motas de polvo que flotan entre el rayo de sol. O los múltiples falsos mundos que alberga cualquier biblioteca y que nos defienden, como un refugio antinuclear, de la verdad última que oculta la palabra *vida*, tan ajena a los anaqueles, y que tampoco se acomoda en las habitaciones de hotel, aunque éste tenga nombre poco decoroso, ni en los burdeles de prestigio reconocido, ni en las ciudades que, incluso vistas, sólo se erigen sobre la inestable cimentación del recuerdo.

La voz poética pasea por su mundo interior (Felipe es poco aficionado a andar, a la más mínima llama un taxi) como el Hamlet de Jules Laforgue, buscando la solución a este disparate que se activa con cada amanecer. El personaje tiene, desde un primer momento muy clara su misión:

Tú no buscas
sino la ambigua sensación —tan irreal a veces—
de encontrarte a ti mismo a través de unos versos
que corriges y afinas con afán enfermizo,
buscando perfección y la verdad a medias
de tu existencia propia, destinada a afirmarse
en las noches a solas con tu arte

Pero esa búsqueda, aunque en un primer momento de creación no se hiciera con un trazo seguro hasta un punto delimitado, sí va mirando, una y



Carlos Láinez La estación de San Bernardo

otra vez, hacia los únicos confines que se conocen: los propios. El poeta, como un barco perdido en la niebla, se guía por la soga que deja flotar tras sí, para poder volver a ella e identificar un rumbo, unas coordenadas que alumbren un futuro a su obra, desde el pasado; es decir (para no formar uno de esos galimatías que tanto aborrece Felipe), los versos iniciales anticipan, en cierta manera, los poemas futuros y configuran, de este modo, una obra cerrada en la que una serie de obsesiones van retomándose, variadas, a lo largo de unos poemarios que, en realidad, son sólo un poemario. Es como lanzar una piedra al estanque: la primera y última onda están provocadas por una misma causa, son de idéntica naturaleza, aunque de evolución distinta.

Por ejemplo, una composición de *Paraíso manuscrito*, «Los vanos mundos», anticipa ya el poemario siguiente, que llevara este título. De forma menos explícita, *El equipaje abierto* está anunciado ya en *Los vanos mundos*, con el que se lleva once años de diferencia (perdón, Felipe, por revelar que de todo hace ya bastante tiempo)¹:

Y como quien regresa de un viaje
 marcado
por la degradación, el tiempo a mí
 regresa
en su forma más fría: la memoria.

e, incluso, *El equipaje abierto* también se presiente en *Sombras particulares*, en mi opinión, poemario eje de la, hasta ahora, obra lírica de Felipe:



Carlos Laínez La Espera

encallado en las aguas que son páginas
y en páginas que son
olas de un falso mar hecho de páginas
en este falso mar lleno de naufragos.

De igual modo, *El equipaje abierto*, una vez que airea las prendas que han acompañado la maleta del extraño viaje por sí mismo, presagia su último *Escaparate de venenos*, cuando al agitar la memoria en el interior de un bibelot se exhibe entre la ropa:

Un pequeño catálogo de rutinas, condensado
en la pequeña bola de cristal

Por tanto, la obra de Felipe es una casa que, si no está calculada como un edificio al modo de Jorge Guillén, sobre un plano y desde primera hora, sí se va construyendo, poco a poco, con ese mismo resultado. El ambiente de cada habitación anuncia a la que le sigue; hay que atravesar una estancia para llegar necesariamente a otra, no existen pasillos, pero es un edificio cerrado, lógico,

continuo, porque, como el mismo Felipe reflexiona, el fin último de un libro de poesía «tal vez consista en convertir las minucias de unas obsesiones en un sistema emocional o acaso en disfrazar la confusión de reflexión».

Quizá, mejor que casa, sería conveniente decir un laberinto que se ha construido con pocos materiales, pero con hondos pasadizos que conmueven con emoción profunda al lector que esté dispuesto a oír una voz amiga que le habla con humildad sobre su propia vida, sólo porque «Todo lo que se tiene es una niebla / y las vidas ajenas son la vida». La poética de Felipe es la misma que la de un gato que intenta desmadejar el ovillo, para enseñarnos que al final del hilo queda la sombra, al igual que al cabo de nuestros ovillos. Su único truco: que la voz poética finja una vida con la que podamos identificarnos entre los recodos de su versos.

En estas líneas, voy a centrarme en la evolución que el sentimiento del recuerdo va mostrando a través de la obra de Felipe y, para ello, voy a darle la vuelta a la idea que expone un verso de cuando Felipe era joven (será mejor decir muy joven): «he visto que en el tiempo sólo queda lo impuro».

En los libros iniciales de Felipe no creo que se perciba, precisamente, ese peso del tiempo que corroe el recuerdo como ácido en la cara, a pesar del tono de tristeza, de desencanto, de hastío, en fin, que cruza por toda su obra. El descalabro llegará más adelante y, luego, la aceptación de esa derrota (de Rota es Felipe) causada por un inútil intento de rescate perpetuo y con una raqueta de tenis, pongo por caso, de las aguas que fluyen por el devenir incesante de la memoria. El paso del tiempo no es agresivo en un principio:

Los ejemplos insanos de la vida de amor
merecerán una cierta ternura
cuando transcurra el tiempo y todo sea
velado anochecer, edad sin cuerpos.

La vida, incluso, merece que se alce la copa por ella; a pesar de que el poeta tenga una inusual conciencia del paso del tiempo y de la juventud, a la que se puede permitir desdeñar porque aún la posee; la memoria filtra gotas de ternura, aún quedan promesas por cumplir y el laberinto del futuro abre la esperanza de encontrar, algún día, la definición de vida en un verso que todavía no se conoce, pero se espera, por más que los lugares en los que se desarrolla la vida induzcan a plegar las velas tras cada jornada, sin que la red venga cargada de peces:

En las hogueras
de nuestro corazón los restos de una fiesta,
los restos de una vida. Recogeré las copas,

guardaré mi disfraz en un cajón secreto.
Duró poco la fiesta. De nuevo cae la noche
y la luna se estampa sobre un cielo desnudo.

La memoria es el portaaviones que acerca nuestra escuadra de recuerdos hasta playas amables, no hay un tono general de dolor en estos primeros libros, ni siquiera en las elegías:

Todo lo perderé salvo el recuerdo
de los días aquéllos luminosos
en que la vida aprisionaba con firmeza
la flor caudal y humana
de una ambigua emoción inexpresable
que cada cual concibe como felicidad.

Ese tono melancólico más que fúnebre, comienza a nublarse en *La mala compañía* y, así, poemas como «Las sombras del verano», «La casa», o «La noche artificial» van configurando el cambio hacia la tristeza que se rastrea entre los hemistiquios de *Sombras particulares*. Antes lo calificué como poemario eje, porque considero que es el que pone fin a una poética inicial que se consolida en estas páginas, pero con un trágico viraje hacia la desesperanza nacida de la plena conciencia de que la escritura sólo es un artificio con el que parapetarse de las balas que lanzan las horas en su huida, junto con la memoria, compañera fiel de este tiempo muerto, e incapaz de darle vida mediante los signos lingüísticos que

nos hieren en lo hondo al recordarnos
que somos la memoria
del tiempo fugitivo,
ese tiempo que huye y se refugia
—como un niño asustado en lo oscuro—
detrás de unas palabras que no son
más que un simple ejercicio de escritura.

Sin embargo, es lo único que tenemos. Aunque la vida que recrea el lenguaje no sea la vida misma, es el arte el método de aproximarnos al cúmulo de mentiras que llamamos recuerdo y que se alza como lo más cercano a la vida. La falsedad del arte es la única balsa de salvación a la que asirnos por más que el poeta nos haga —por serlo él mismo— conscientes del burdo truco. Sólo aparece la admiración levemente ilusionada en los versos que cierran el libro:

Hay un sonido oscuro
—y el milagroso temblor de todo lo naciente—
en las voces que nombran nuestras vidas.

Vidas improbables (1995) supuso un arriesgado y venturoso experimento en el que Felipe habló como once autores distintos. Sin apostatar de él, pues me parece un magnífico poemario², no lo utilizaré para basar el comentario que desarrollo en estos párrafos, así que saltaré a *El equipaje abierto* (1996), en el que se observa un cruel salto calificativo, pues ahora hay una agónica conciencia de que el tiempo corre como un lobo demente para destrozar todo cuanto encuentre a su paso; la vida ya no muestra, en el fondo, una cara amable, es ahora un Jano bifronte con cara de ángel, pero también con rostro de puta enferma sin maquillaje, tacones ni lentes, y a la plena luz del día, que aviva el sentimiento de que:

Cada recuerdo tiene
la forma de un alfiler
que navega a lo hondo
con una precisión
de cuchilla que rasga
el pétalo carnal del tiempo y de las rosas.



Carlos Laínez Lector



Carlos Lainez Estimada Señorita

Ahora sí aparece descarnado el dolor por el paso del tiempo con toda su fuerza; el poeta ha acusado el torpedo que quebró la línea de flotación, en las sílabas de *Sombras particulares*; ahora el tiempo viene vestido de luto, suelta veneno en la memoria, los tesoros que se buscan son falsos y el recuerdo sólo sigue rutas confusas. Es la certidumbre del jugador que ha apostado toda su fortuna ante unos dados trucados, y que conoce el final de la partida porque, revisando cada jugada anterior, encuentra un ardid enemigo en todas, incluso cuando se le ha permitido una aparente victoria que le insuflaba ánimos. *El equipaje abierto* es, ciertamente, el testamento que lee una voz dolorida, que denuncia que todo es humo y tiniebla, la oscuridad que el Eliot de los *Cuatro cuartetos* debe nombrar tres veces, como aldabonazos, que no tendrán respuesta, sobre el portón de un castillo abandonado. La elegías que se leen en *El equipaje abierto*, sí arrastran una pesada carga de lamento, aunque, curiosamente, dos se titulen con modestia «Bocetos de Elegía»:

¿Qué queda de aquel tiempo en que el pasado
no era aún la materia elegíaca
que ahora te ensombrece
el presente y los versos, la memoria?
(...)
Un viento sepulcral los va arrastrando.

Es cierto que la vida ha puesto su casa en el pasado, pero no es menos cierto que el pasado es sólo eso, materia muerta por la que sólo queda el dolor de su trasiego. La obra poética de Felipe se ha erigido sobre muchas estrofas en las que, como un alquimista febril, ha destapado demasiadas vasijas de póci-
mas extrañas, demasiada ponzoña ambiental aspirada desde los días juveniles; su última vuelta al laboratorio trajo consigo la exhibición de todas esas dañi-
nas sustancias en su *Escaparate de venenos*. El primer efecto del tósigo ha sido, sin duda, el discurso sereno que configura este libro. La voz poética acepta, sumisa, la rebelión amarga contra el constante fluir del tiempo y su ineficaz rescate en la memoria. El universo es un circo grotesco donde nos movemos como bufones, payasos o acróbatas que esperan sólo el final de esa función fantasmagórica y enloquecida cuya definición, cifrada con la magia de cada letra, sería:

Hay un orden oculto para el caos:
lo que nunca ocurrió se llama vida.

El desorden ha minado el intento inicial de dar al mundo una forma que permita su comprensión, el tiempo no se detiene ni para arrastrar, momentáneamente, su lengua por las medias colegiales de una lolita pintarrajeada y salvadora; la edad ha depositado su cuchilla oscura en la mirada endurecida del poeta que ve, ya largo e inacabado, el camino que emprendió en su juventud, la tarea que se impuso y que ha esparcido el acíbar entre el ritmo de los versos; ahora sí está clara esa larga lucha contra lo fugaz, un combate, drama de insomnio y miedo, que se ha articulado sobre ese ir:

Recogiendo semillas
del árbol inmortal de esos venenos
pasados de mente en mente
a través de los siglos:
el terror a la nada indescifrable
(...)
y se abre el telón,

y se encienden los focos
del circo de terror en que convierte
la noche a nuestro frágil pensamiento.

Un mendigo insomne sigue recorriendo los parques, las puertas de los colegios, una y otra vez, los paraísos perdidos de su infancia, la arena de la orilla; mira hacia la luna, mira en sus bolsillos, con el temor incoherente de encontrar lo que busca. Va cargado de quincalla y un perro faldero le ladra a su paso. No encuentra nada, pero sonrío en cada derrota, lo han serenado los años. Sabe que nació mendigo y morirá pidiendo las monedas que le pertenecen. Sólo le preocupa dormir esta noche a cubierto. Su rostro, el de un payaso ensangrentado.

¹ N. del A. : Guardo para otro momento, la crueldad, siempre fácil y posible, de recordar a la lectora devota que, en el homenaje a Luis García Montero editado por la colección *Romper el cerco* en Granada, 1998, Felipe escribió: «Aquello que fue oro es hoy argenta. / Se vuelve pesimista incluso el pito.» No sé si el autor fue inspirado por íntima experiencia, ni tampoco, si ésta es crónica. Ya me vengaré de la cuenta del vermú que aquella chica me endosó por culpa última de Felipe. ¡Con lo bien que yo funciona, aún, en estas lides!

² Benítez Reyes, Felipe, *Vidas improbables*, Visor, Madrid, 1995. Es fácil encontrar en esta mezcla de ficción narrativa y ejercicio de estilo poético, muchos de los temas tratados habitualmente en la lírica de Felipe. *Vid.* «Escaparate», «Los periódicos hablan de Scottie Fitzgerald», o «El equipaje». Sin embargo, durante una lectura celebrada en el Hotel Larios de Málaga en 2000, oí cómo Felipe se negaba a leer poemas de este libro aunque el público se lo pidió; en aquella ocasión, calificó el libro como un texto que prefería no mezclar con su otra obra poética. También estoy de acuerdo en que es erróneo usarlo en comentarios críticos como el que realizo ahora.

Catavientos

José María Álvarez

Francisco Bejarano

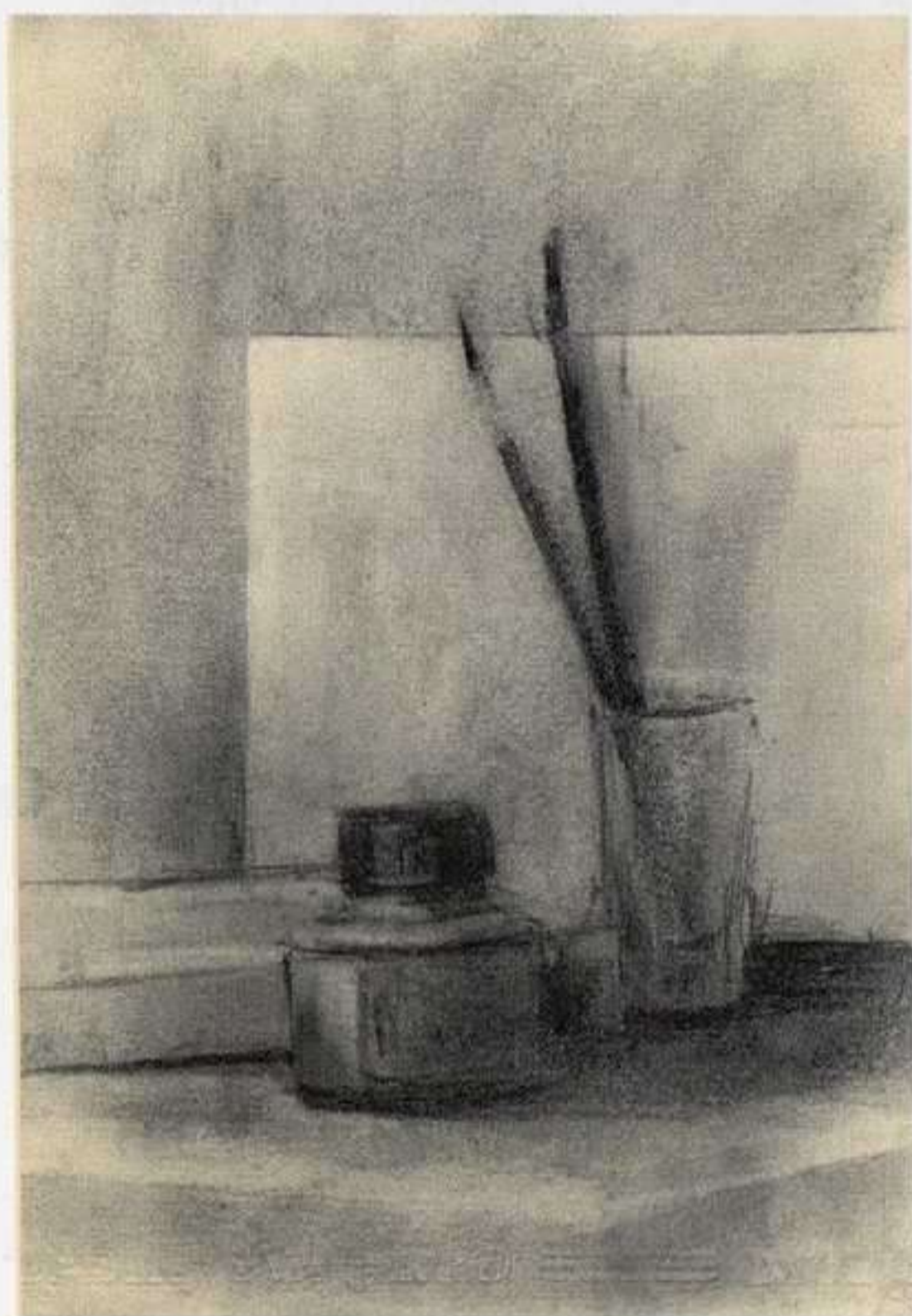
Francisco Brines

Miguel D'Ors

María Victoria Atencia

Ilustraciones de Manuel Antonio Benítez Reyes

NEBELGLANZ



—Qué hermosa está la noche.

—Con belleza de mujer, señora.

HONORÉ DE BALZAC

...y a los buenos remeros así les dijo...

HOMERO

Cómo sonaba Benny Goodman aquella noche, cómo sonaba. Plata en la sangre. Ya cerca de las cuatro, en aquella espesura de alcohol y de amistad. ¿Te acuerdas, Pepe Serrallé; te acuerdas, Tasos? John Giorno bebiendo cerveza tras cerveza; Villena se había ido con un chico; Brines, allí sentado, sonreía dichoso; Felipe Benítez hablaba con Parcerisas y Marzal de no sé qué, y una muchacha de ojos luminosos como amapolas los miraba.

La noche exprimía
el fin de aquellos días, todos juntos.
Y nosotros los veíamos irse,
con el último vaso entre las manos, ese vaso
que a veces ya se inclina
y se desborda. María
Kodama, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas, Carmen? Cómo sonaba Benny
Goodman. De pronto,
Tasos, Benítez, Serrallé,
Brines y yo nos miramos.
Fue un segundo.
Un segundo de silencio transparente.
Nos mirábamos como si fuésemos espejos.
Y entonces
sonreímos.
Fue como un escalofrío de alegría.
Sí, todo estaba claro. Nos queríamos.
Y entonces
Benny Goodman sonó como nunca,
y aquel bar de repente fue una nave
que nos llevaba a todos nadie sabe adónde,
pero juntos, unidos,
y felices,
esperando ya sólo
la sonrisa de Atenea,
la Diosa de claras pupilas.

J O S É M A R Í A Á L V A R E Z

A FELIPE BENÍTEZ REYES



*S*erá cada palabra un don oscuro
que dirá de una sombra vagarosa:
miedo, mal, desamor... Mira la rosa
que nos dio al alba su color maduro

muerta a la tarde sin su olor más puro.
Muere en el aire la palabra hermosa:
quien dice «luz» no vuelve luminosa
la senda y nuestro tránsito inseguro.

Pero, si queda escrita, tiene vida,
ya nunca morirá un color nombrado
ni habrá de los perfumes despedida.

Queda el instante preso y conjurado,
y el que halló la palabra estremecida
por su solemne música hechizado.

FRANCISCO BEJARANO

LOS PLACERES INFERIORES

A Felipe Benítez Reyes

No desdeñes las pasiones vulgares.
Tienes los años necesarios para saber
que ellas se corresponden exactamente con la vida.
No reduzcas su acción,
pues si del breve tiempo en que consistes
las sustraes,
es todavía el existir más deficiente.
Descubre su verdad tras la apariencia,
y así no habrá falsía,
y no podrás mentir que fue razón de vida lo que sólo fue tránsito.
Mas ellas te evitaron el fiel aburrimiento de las horas.

Exigen lucidez, no en su experiencia,
sino en su escaso ser;
valóralas exactas,
para lo cual has de saber lo que la vida vale,
y esa sabiduría hace tiempo que es tuya.
Si cometes error cuando las midas,
hazlo siempre en tendencia a la degradación.
Nunca mejores lo que vale poco.
Y que no tengan nombre, ni tiempo detenido,
y queden confundidas en su promiscuidad.

Sabes que tu memoria es débil, y te ayuda.
Todas son una sola,
como es una la vida.
Y las otras pasiones, que merecen un nombre
y el cobijo de un tiempo,
sálvalas lejos de ellas,
y siempre te recuerden lo que la vida no es.
Y agradece a la vida esos errores.

FRANCISCO BRINES

F. B. R.



Unas botellas vacías al borde de una piscina.
Un tugurio de libros modernistas —*manos liliales, hetairas, Ideal...*—
muy justamente olvidados.

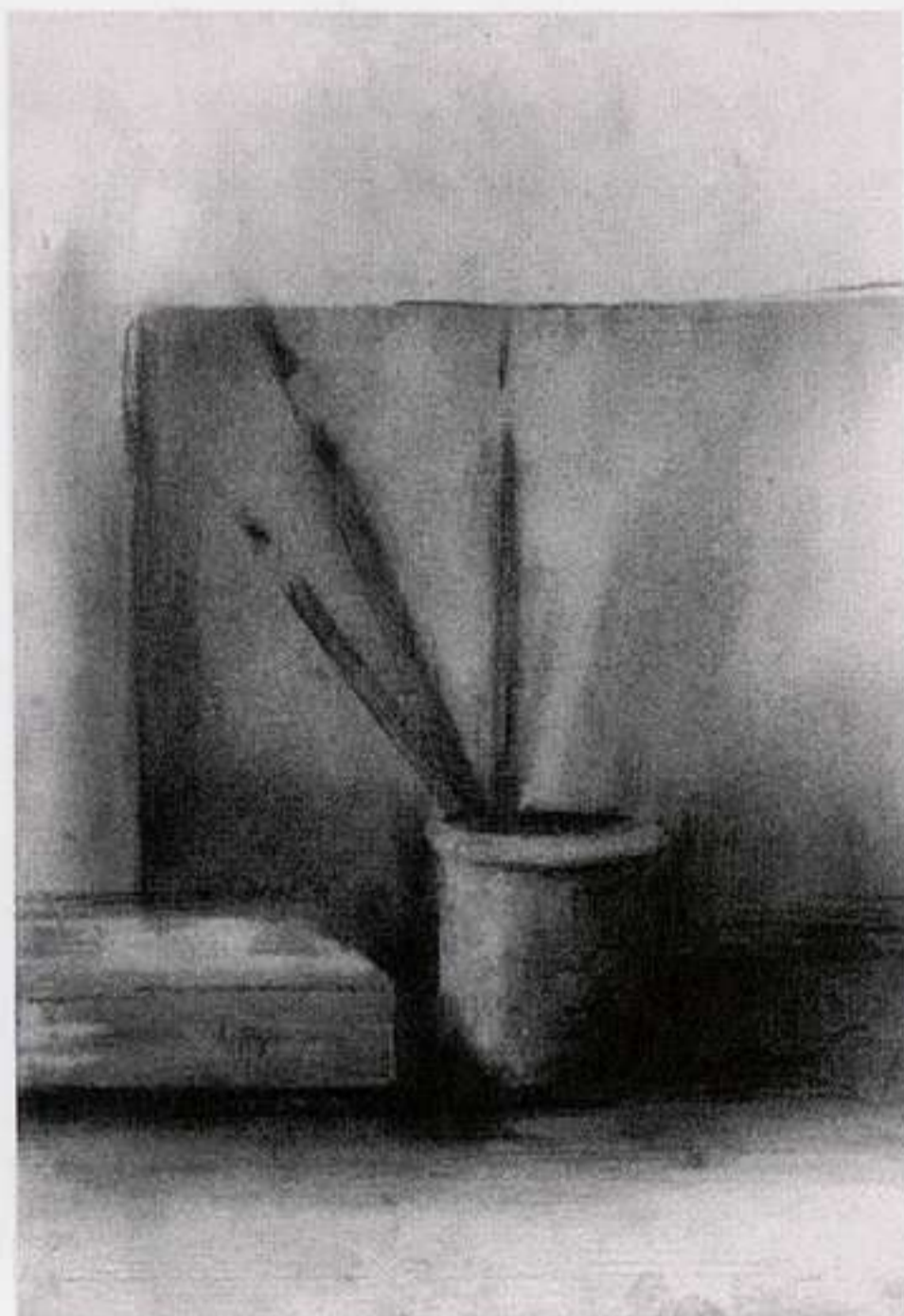
Las niñas ojerosas —burguesitas
de perversa inocencia—
en el alba difícil de un bar de suburbio.
La luna pensativa en lo alto de un haiku.
Un chaparrón espeso sobre la playa.
(Símbolo de algo nuestro las sombrillas.)
Las novelas de Scott Fitzgerald.
Una serpentina por la acera.
Una bala de plata con una inscripción.
Las tardes de septiembre (que es la tarde del año).

Detalles que, de forma casual,
traen al recuerdo el nombre
de Felipe Benítez.

13-IV-93

MIGUEL D'ORS

TESALÓNICA



Se abre la noche, desgajada. Abarco
en púrpura a los míos —de quienes soy, sin duda—, uno
a uno, cuyas cartas recientes me llegan con sus nombres
y rúbricas distintos: Pablo,
Silvano, Timoteo y tantos entrañables como Pablo,
Guillermo, Carvajal, Felipe, Gamoneda, José Antonio
Muñoz, y hago una pausa porque la vida es larga
y su proyecto corto, y me dispongo a responder en esta
segunda a los de Tesalónica.

MARÍA VICTORIA ATENCIA

Contraseñas

juan lamillar

andrés trapiello

ángel garcía lópez

antonio soler

justo navarro

josé daniel m. serrallé

luis muñoz

juan manuel villalba

josé julio cabanillas

josé antonio garriga vela

josé mateos

enrique vila-matas

fernando iwasaki

félix romeo

josé manuel benítez ariza

vicente tortajada

hipólito g. navarro

Ilustraciones de

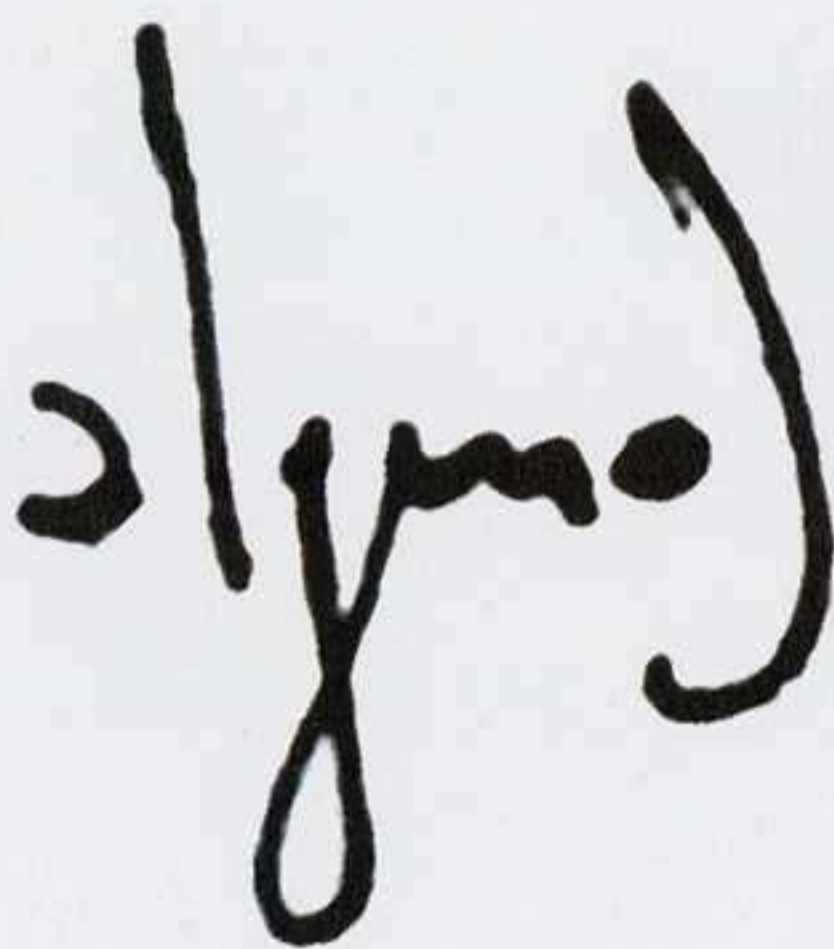
Pilar Bernabeu

Caligrafía de

Felipe Benítez Reyes

UN PARÉNTESIS INGLÉS

Juan Lamillar



Cada vez que repaso mi colección de postales con retratos de escritores (mis «postcards of writers», como las pedía en las librerías londinenses con mi inglés inexistente), encuentro reunido en su imaginaria isla, fuera ya del tiempo y del espacio, a un selecto grupo de literatos ingleses que comparten el club de la inmortalidad. Entre ellos destaca Chesterton, aquí en una magnífica foto de sus años últimos, firme en su obesidad y en sus paradojas. Como sé que Felipe Benítez la tiene enmarcada en su estudio, esa alianza chestertoniana hace que acabe recordando nuestra estancia en Londres —lecturas poéticas de por medio— en diciembre de 1986, con Abelardo Linares y Luis Alberto de Cuenca.

Aparte de esta postal compartida, también nos trajimos de aquel viaje objetos complementarios. En un mercadillo de Covent Garden, Felipe, tan amante de atlas y mapas, de las rutas de la geografía y la imaginación, compró un pequeño globo terráqueo en hueso; yo, del mismo lote, una caja de índole marinera: grabados en ella, hay delfines, cachalotes, sirenas, veleros, una rosa de los vientos y un nombre: Beatrice.

Algunas veces, y unas fotos oscuras nos ayudan, volvemos a esos días: la comida insípida, la oscuridad temprana, el tráfico a la contra, las librerías sorprendentes, la férrea organización de los museos, las distintas magias de Turner y de Whistler, los Rothko de la Tate.

Tras ese descubrimiento de la ciudad, Felipe Benítez ha vuelto varias veces a Londres, y también su literatura ha seguido frecuentando lo británico, ese concepto nítido y neblinoso a un tiempo. Piensa uno que quizá en la continua querencia haya algo de esa herencia inglesa muy presente en Cádiz, con episodios tan fugaces como el viaje de Lord Byron en 1809 o tan persistentes como los apellidos que sustentan algunas empresas de vinos y licores en Jerez y en El Puerto.

En un texto de presentación de *Chistera de duende*, su primera novela, y para aclarar ese siempre sospechoso paso de la poesía a la prosa de ficción, Felipe Benítez se preguntaba si «Stevenson, Kipling o Chesterton fueron novelistas que escribieron poemas o poetas que escribieron novelas», y no son casuales esos nombres porque hay huellas del mundo inglés en sus ficciones tempranas. Nos llega un cierto tono stevensoniano en ambientes y personajes como los de la tertulia de la librería anticuaria El Globo, en *Tratándose de ustedes*, y en los eficaces decorados y sucedidos de algunos de los relatos de *Un mundo peligroso*.

Por otra parte, la mirada con la que Felipe observa la realidad debe mucho a lo que él mismo anota a propósito de Chesterton y de sus personajes «depositarios de misterios que al final no tienen misterio alguno», pero en el otro extremo hay que recordar la fascinación que en él ejerce la trama de *El hombre que fue Jueves*, en la que, en una simetría perversa, el jefe de la policía de Londres es también el jefe de los anarquistas.

El desembarco inglés es muy frecuente en sus libros de semblanzas, dibujadas siempre con originalidad y mano maestra. ¿Cómo no elegir, por tanto, para la cubierta del libro que las reúne, *Gente del siglo*, el célebre cuadro de Sir James Gunn que retrata, enfrascados en sus proyectos y en sus controversias, a Chesterton, a Hilaire Belloc y a Maurice Baring?

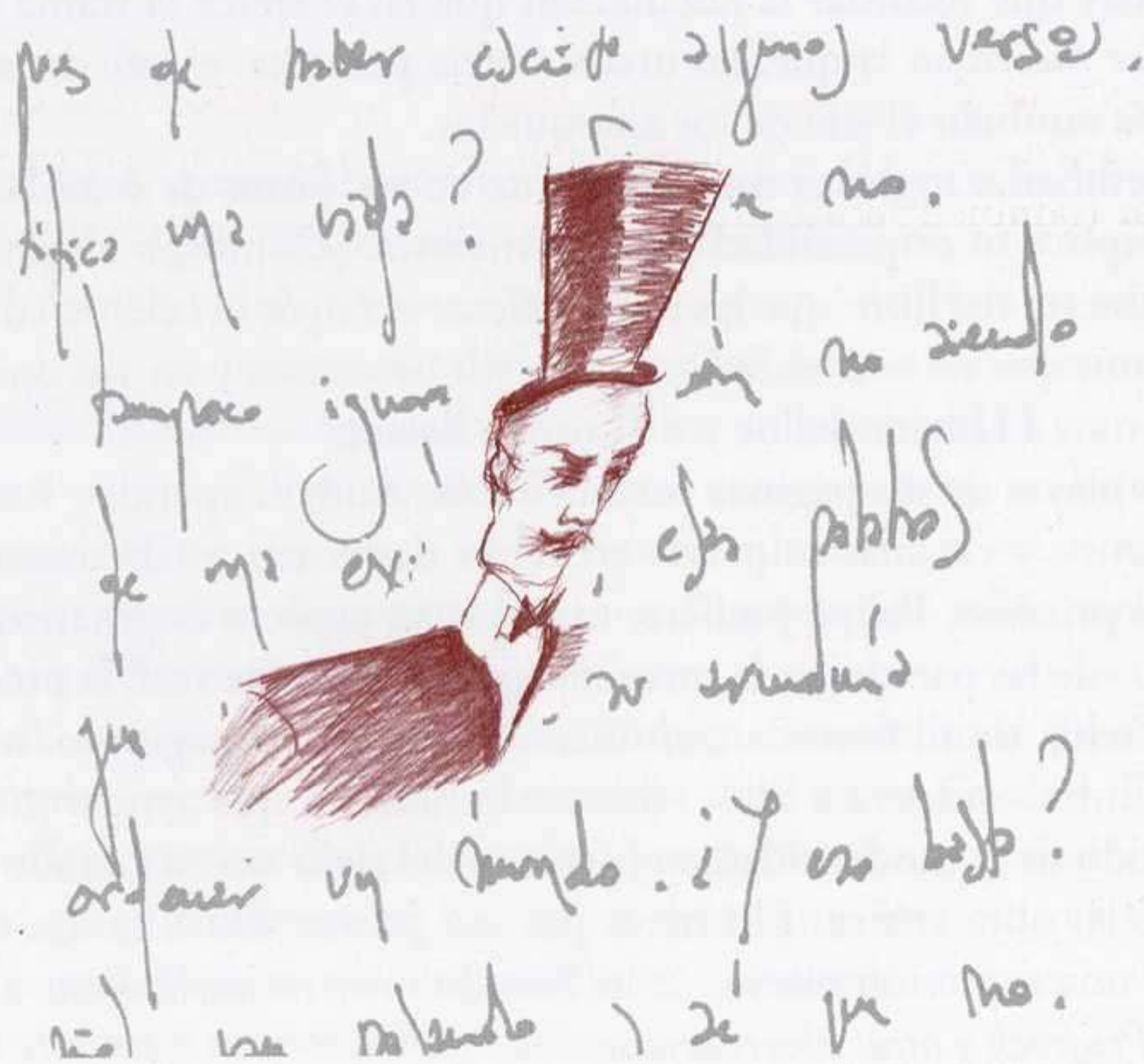
Por las playas de sus páginas pasean Wilde, Auden, Spender, Roald Dahl o Martin Amis, y en ellas se presta atención destacada a Chesterton y a T.S. Eliot. Del primero, Felipe prefiere, más que su aspecto dogmático y ortodoxo, el lado «de las paradojas, la imaginación, el disparate real, la precisión, casi como un reloj, de su fantasía científica». En cuanto al segundo, no está solo Felipe cuando considera a Eliot «uno de los autores que ayudaron a configurar el sentido de la modernidad en la poesía del siglo XX» ni cuando subraya la lucidez de su obra crítica. El interés por ese primer Eliot, tantas tradiciones buscando una expresión nueva, le ha llevado muy recientemente a traducir y prologar *Prufrock y otras observaciones*.

Tampoco la poesía numerosa de Felipe olvida a estos viejos amigos. Por sus libros iniciales deambula Sebastián Melmoth, máscara final de Wilde, ejemplo de la posible dignidad del fracaso, y en un poema que es toda una lección de literatura, «El día amarillo», de *La mala compañía*, el ubicuo Chesterton

«conduce un carro de caballos / mitológicos, propiedad / de una secreta cofradía de anarquistas, / por las calles mojadas de un Londres de papel.»

En el último, *Escaparate de venenos*, ha dado un paso más en la anglofilia y camufla entre unas «pequeñas elegías» un poema en inglés, y se arrima además en unos versos breves a la tradición del *nonsense*.

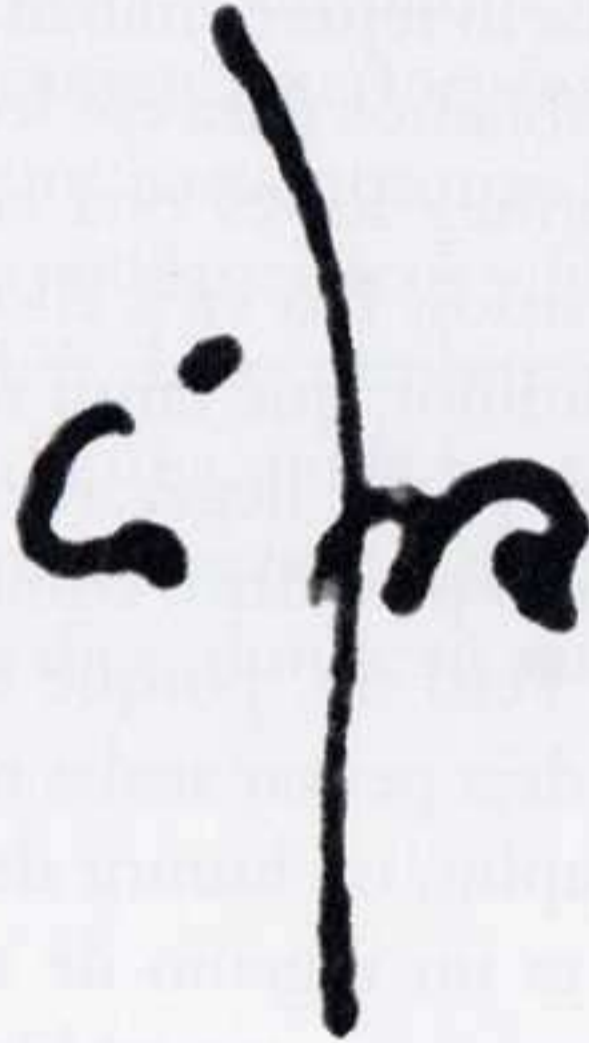
Pero, en la parcela británica de su futuro literario, aún le queda la tarea de escribir, en camélico inglés, un poema estrambótico a lo Carroll, o, en un inglés sofisticado, un relato de fantasmas, mayordomos y *cottages*. Y como para perfeccionar el idioma no hay nada mejor que una película en versión original, dejamos a Felipe Benítez, whisky en mano, en la penumbra del cine en blanco y negro. Tampoco es casual que su actor favorito sea Charles Laughton, ese Chesterton del séptimo arte.



PASEN Y VEAN

(Retrato medio cubista de Felipe Benítez Reyes)

Andrés Trapiello



Está sobre la mesa el último libro de Felipe Benítez Reyes. Se titula *El ocaso y el oriente*. Todo en él, no sólo el título, sugiere un misterioso bazar (también su literatura): la variada tipografía, en la que no falta un toque de exotismo británico ni los bien repertoriados colores de las versales, el fondo de color turquesa, el brillo charol del papel y esa viñeta en la que se ve a un turco (acaso no sea más que un moro) sentado en cuclillas y fumando de perfil su narguilé.

Agrupada el libro un centón de artículos publicados por el poeta en los últimos años en algunos periódicos y revistas. Leídos de una manera sosegada y sin interrupción, como leemos una novela, nos llevan a una certidumbre de inquietante fundamento: nadie echa de menos el periódico o la revista donde aparecieron ni tampoco la noticia o la fricción que propició la mayor parte de ellos. Son, en sí mismos, razón suficiente de su existencia, porque la realidad sobre la que se escribieron y que acaso pudiera parecernos ya lejana y desvanecida ha dado lugar a una realidad aún más poderosa: la literaria, y más aún que la literaria, la poética.

Cerca de ese libro han venido a reposar también algunos más de los suyos, poemas, relatos, novelas. En sus correspondientes anaqueles, como esos solitarios rascacielos que pueden verse en los barrios solitarios de Nueva York, hallaríamos también las revistas que ha dirigido, las empresas editoriales a las que ha extendido su propio laberinto. Para un hombre joven como él tantas

empresas son numerosas, y parecen haberse acometido al margen de toda ley que no fuese propiamente la literaria, la de construirse a sí misma, como quien funda una nueva ciudad.

¿De tales páginas, de tales poemas, novelas, artículos y ensayos, podemos obtener a estas alturas un retrato de su autor? Imaginemos que hemos perdido todas las fotografías que nos lo representaban, incluso que nunca le hemos conocido, imaginemos que hablamos para ese lector que no ha nacido aún.

La literatura de Felipe Benítez Reyes está siempre de pie, en medio de alguna parte. Aparece en los sitios. No va a ellos, ni se va de ellos tampoco. Está y, luego, desaparece. El humor, que tanto recuerda en él a Chesterton o Gómez de la Serna o a Jardiel, puede llegar a confundirnos y hacernos creer que Benítez Reyes va de un lado para otro, como un contagio, animándonos a todos a participar en algo. Pero no, porque el fondo de su humor es un fondo triste que en cuanto se deja pensar acaba resultando desolador, como el de Cervantes, como el de Chaplin, un humor de solitario.

Y su ingenio. Su ingenio es un ingenio de solitario, lo cual es una contradicción, porque el ingenio parece concebido para el salón, para la vida social, para la animación nocturna. El ingenio es lo más desconcertante de la literatura. En un primer momento el ingenio le pone a uno en guardia, como le ponía en guardia a Stendhal, acaso uno de los escritores más ingeniosos de Francia. El ingenio del que suele hacer uso Benítez Reyes acaba siempre con la maleta vacía, y él la muestra abierta de par en par, al final, y parece decir: ya no queda nada. Y es en ese momento en el que le vemos de pie, parado, con esa maleta en la mano que tira de su brazo con fuerza hacia la tierra, porque nada pesa tanto como el vacío, como la soledad.

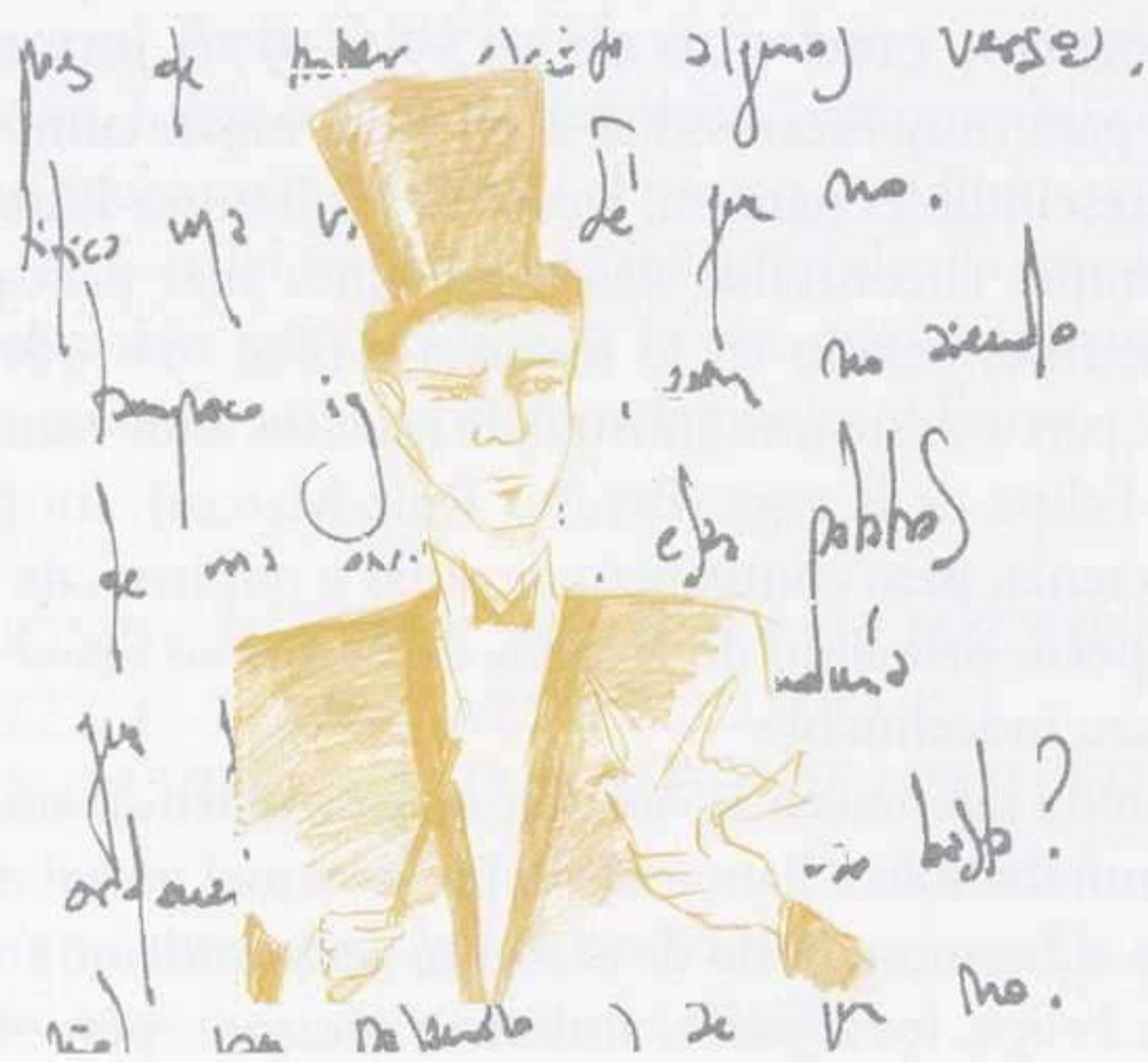
En casi todo lo que ha escrito Felipe Benítez Reyes se aprecia que ha sido ideado de un solo y certero golpe de vista. Incluso concebido de una manera instantánea, pese a que la abundancia de páginas lo desmienta. De modo que, después de eso, parece sobrarle todo el tiempo del mundo, y por eso siempre podemos sorprenderle de pie, en alguna parte, sin que sepa exactamente adónde dirigirse.

Quizá, en ese descampado, abra su maleta. Y desde luego que no está vacía. En ella lleva todo lo que ha perdido a lo largo de la vida: su infancia feliz, sus figuritas de plástico representando a indios y vaqueros, sus esferas del mundo, sus músicas morabitas (y cuánto tiene Rota de un híbrido de Tánger y El Paso), sus sueños de jazz, los amores de su adolescencia, los amores de su juventud y los amores de su madurez representados en un lirio con los pétalos un poco marchitos para poder sobrevivir a su dandismo, sus personajes asombrados y asombrosos, sus paseos por la playa en invierno, todas las imágenes de sí mismo resumidas en esa de andar vagando por las calles con una maleta vacía...

Pasen y vean, parece decirnos a todos sus fascinados lectores. Y al entrar en esa maleta, nos asombramos como cualquiera de sus personajes de ver que todas las cosas que no están son precisamente las que nos hacen felices.

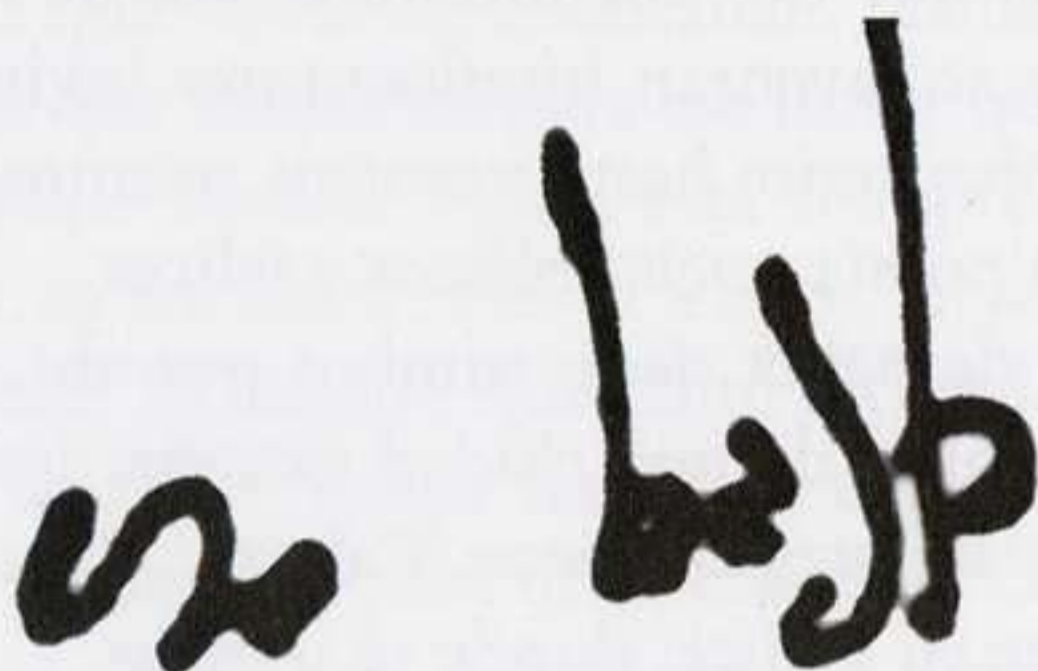
Toda una ciudad de la imaginación hecha de palabras arrancadas en su lecho de muerte a un mago verdadero. Casi Dios. Y empezamos a hablar con las cosas y las personas que nos encontramos allí, de la misma manera que hablan esos niños que se inventan interlocutores invisibles para sus juegos. Pero el juego aquí es bien serio: hasta nosotros mismos desaparecemos en su maleta, convertidos en poesía, melancólicos y felices.

Hasta que después de haber dado tumbos por ahí, Felipe Benítez Reyes nos saca de la maleta como de una ciudad extraña, igual que el flautista de Hamelín, y se detiene para preguntarnos: Y ahora, ¿dónde vamos? Y uno, bastante más tranquilo que él, le dice: donde tú quieras.



DE CUANDO A FELIPE BENÍTEZ REYES LE FUE CONCEDIDO EL
PREMIO «MIGUEL DE CERVANTES»

Ángel García López



Era por el verano, creo que de 1975 ó 1976, cuando, en una de mis llegadas para muy escasos días a mi Rota natal, cumplía con una de esas visitas, imprescindibles para mí, a casa de los Benítez Ramos. Era éste un lugar donde siempre encontraba, desde mi niñez más párvula, un espacio entrañablemente mío, basado en lo fraterno y filial más que en lo formalmente amistoso, con ser ésta una amistad de muchos años compartidos con el segundo de los Felipe de la saga (Benítez Ruíz-Mateos), un poco mayor de edad a la que yo tenía, pero compañero de aulas y pupitres, de travesuras y de juegos, en esa época, principio de la vida, en la que se fija el definitivo troquelado y el afecto indeclinable.

En ese verano de referencia, la ocasión no por repetida era menos nueva. Esta vez no se limitaba sólo a llamar al timbre de aquel portal de la calle Veracruz, llegar hasta el hermoso patio de azulejos, para sentirme en el acogimiento de Teresa y de Felipe, los abuelos, ambos ya ancianos, pero siempre jóvenes en lo profundo de mis ojos. Consistía también en avisar a voces al piso principal de aquella misma casa, del que Carmen bajaba a recibirme con la misma alegría que al hermano lejano que regresa. Y consistía, fundamentalmente, en felicitar al tercer Felipe (Benítez Reyes), adolescente picado del aguijón de la poesía y del que, como un sobrino mío adoptivo por propia voluntad, que era también la mía, había tenido tiempo atrás la confianza de sus primeros versos, elaborados desde una rara perfección para sus años. El motivo: la concesión del Premio Nacional de Poesía «Miguel de Cervantes» en el Instituto de

Bachillerato de Alcázar de San Juan, primero de sus premios que yo sepa, y brillantemente ganado en competencia con varios centenares de estudiantes bachilleres.

Con esta visita, como digo, no iba a cumplir el ritual exclusivo de todas las visitas anteriores, ni tampoco me iba a limitar a comentarle a Felipito «Esto va bien» (según yo hacía casi siempre, cuidando que el elogio —del que era muy merecedor— no lo envaneciese en demasía), del mismo modo que él ha recordado en uno de los capítulos de *Gente del siglo*, libro de cuidada prosa en el que se detiene en aficiones, amistades, admiraciones y semblanzas. Quería trasladarle mi entusiasmo, así como mi seguridad, ya definitiva, en la importancia de cuanto me mandaba a mi casa madrileña (más de un poema inédito de aquellos años debe quedar, muy bien guardado, entre mis papeles importantes) para que lo conociera y comentara; con lo que yo quedaba muy gratamente sorprendido al encontrar la rapidez con que lo maduro de la obra venía a revelársele. Felipe Benítez Reyes era ya una realidad.

Casi simultáneamente, o a lo sumo un año después o un año antes, Felipe, primus inter pares, venía dirigiendo a un grupo de muchachos (hoy conspicuos catedráticos, notarios, empresarios, etc.) y poniendo en tinta impresa la revista juvenil *Pandero* —cometa, juguete volador— con la que comenzaban a soltar al aire azul de la bahía gaditana sueños y poemas. Felipe Benítez Reyes, como se ve, había sellado su definitivo compromiso con la literatura.

Fue por esta época cuando escribí el soneto que ahora reproduzco (publicado luego en mi *Los ojos en las ramas*, 1981), en el cual trataba de aconsejarle y retratar su vocación tan decidida, a la vez que el crecimiento de su voz espléndida. Yo tenía 42 años, aproximadamente, y Felipe 17. Sea, de nuevo, en su homenaje.

*DONDE SE EXPLICA QUÉ HA DE HACERSE Y CÓMO
FELIPE, SIENDO NIÑO TODAVÍA,
LE DA VUELO A SU VOZ DESDE UN PANDERO*

Cómo ayudarte. Qué sé yo, tendría
que estar en ti, sanándote de engaños,
para curarte el paso de los años
y el caminar de tu melancolía.

Niño del Sur, no sé cómo podría
quitar al tiempo edades, meses, daños
con que subí la vida; los peldaños
de la escalera de tu cada día.

Crecer con la hermosura suficiente
y terrible que —un soplo— te dejara
sano y seguro para siempre. Y ciego.

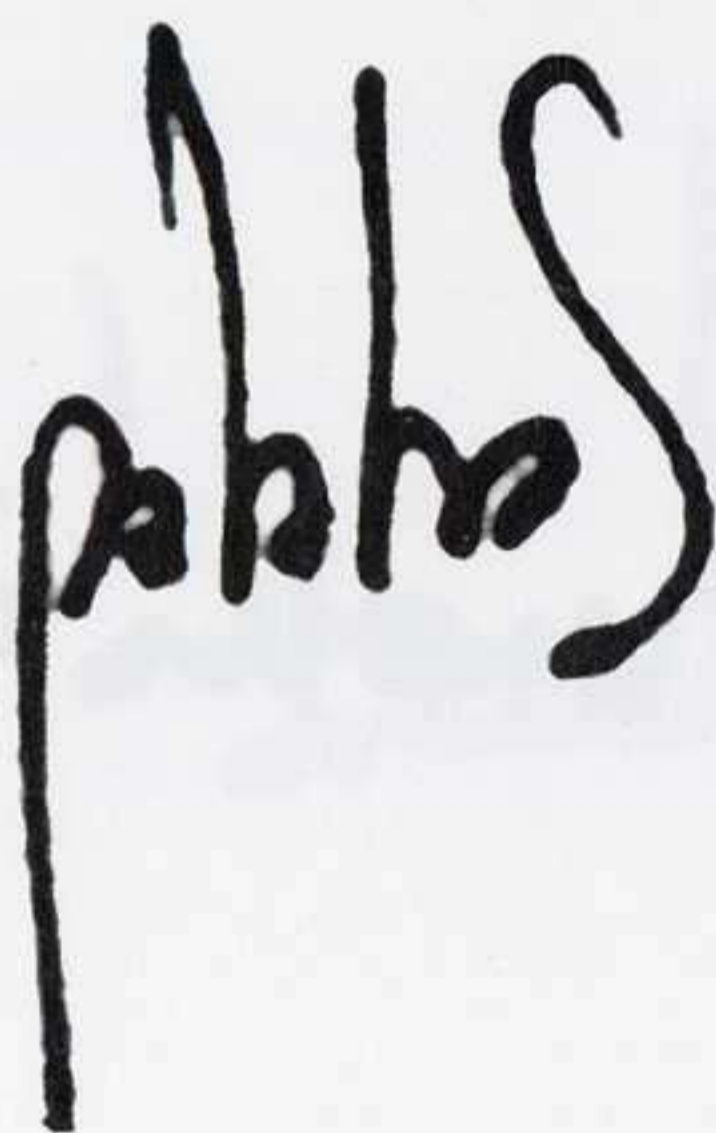
Y hacerte comprender que, bajo el puente,
pasa el agua a morir. Y herirte para
alimentarte el corazón con fuego.

Pues bien, el tiempo fue pasando y, mientras nos encontrábamos y nos abrazábamos en Rota o en cualquier otro lugar, vi aumentando cada día su tamaño, sus reconocimientos, su cantidad y calidad de obra, hasta el encumbrarse de este hoy en puestos de verdadero privilegio... Por eso, yo, su «tío adoptivo» (a quien dedicara *Paraiso manuscrito*, primero de sus libros), voy mirando a lo lejos estos veinticinco años transcurridos y, tal que el personaje de Azorín que otea un horizonte cambiado por el paso del tiempo, de la vida y de las gentes, la mano en la mejilla, sé que de ello no me podrán quitar mi «dolorido sentir».



EL GADITANO IMPASIBLE

Antonio Soler

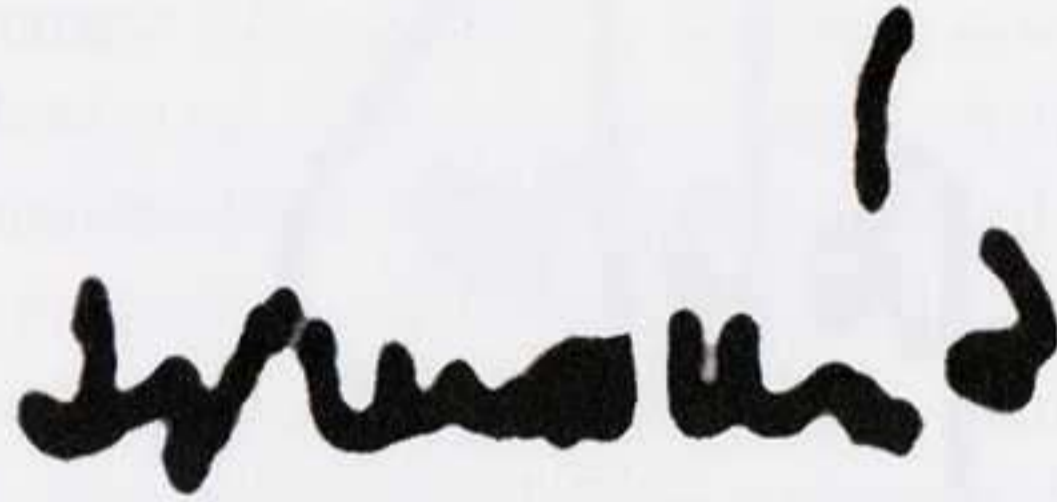
A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Antonio Soler', written in a cursive style.

Quizá la calma le venga de la tormenta de los versos, del tormento de la sintaxis. La primera vez que vi a Felipe Benítez Reyes fue hace doce o trece años en un tumultuoso local de Sevilla, una reunión de presuntos intelectuales. En medio del escándalo me sorprendió la serenidad de su voz. Luego vinieron la amistad, los ciclos, las noches, otras ciudades, otras complicidades. Y en todos estos años siempre ha estado ahí, a flor de piel, su serenidad. Serenidad en la palabra, en el movimiento y en el pensamiento. En medio del gallinero literario esa armonía se subraya y es mérito doble, sobre todo si, como es el caso, va acompañada con la navaja de la ironía.

Es el viejo marino que no se altera por una tormenta mediterránea. Ha pasado el Cabo de Hornos con la frágil chalupa de unos versos. Ha salido vivo de demasiados ciclones, allí, en lo hondo de sí mismo, enfrentado al misterio de los sueños, fabulando novelas, atrapando en el aire el relámpago de un poema. Ahí es donde Benítez Reyes se altera, corre y combate. Una palabra puede ser una trinchera; un verso, un golpe de mar. En la sentina de ese barco, en sus libros, quedan el fuego y la ansiedad, las dudas y los miedos. Nosotros lo vemos siempre de regreso de la batalla, calmado después de la soledad y el estruendo. Es Felipe, el conocedor de tantos muelles y travesías, el gaditano impasible.

ABC DEL POETA

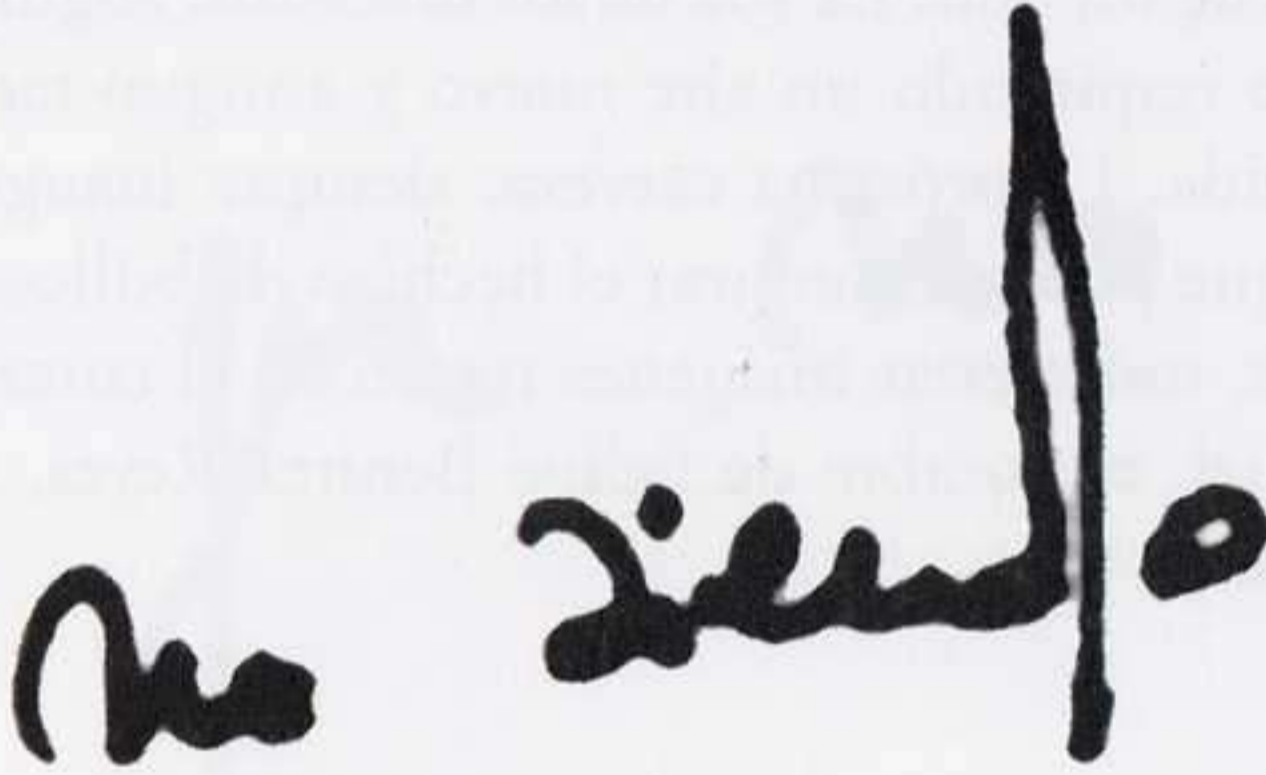
Justo Navarro



Una vez oí a FBR poner reparos a su poema «Por orden alfabético» (de *Escaparate de venenos*): me figuro que Felipe no estaba contento con el poema porque nunca terminamos de decir bien lo que nos pertenece profundamente. Nos pertenece tan profundamente que nos cuesta traducirlo a palabras. Pero yo veo en este poema las razones de toda la literatura de FBR, reducidas aquí al orden de un alfabeto (dar sentido a las cosas es eso, ponerles límites, amoldarlas a nuestro lenguaje). Letra por letra, de la A a la Z final, aquí encuentro toda la literatura: en el principio la Amnesia, monstruo contra nuestra memoria y nuestro deseo de claridad, lodo contra el que navega el barco ebrio de Rimbaud, hacia ríos bíblicos, bajo lunas borgianas y eternas, y más allá, hacia el fondo, un infinito que paradójicamente agoniza: las ninfas y los héroes, Shakespeare y Camelot, la metamorfosis sin fin por la que los seres vivos se transforman en letras y las letras en seres vivos: conjuros zozobrantos que, para entendernos con el mundo y no morir, pronunciamos todos los días. Esta rara aventura es la literatura de FBR: una forma de felicidad.

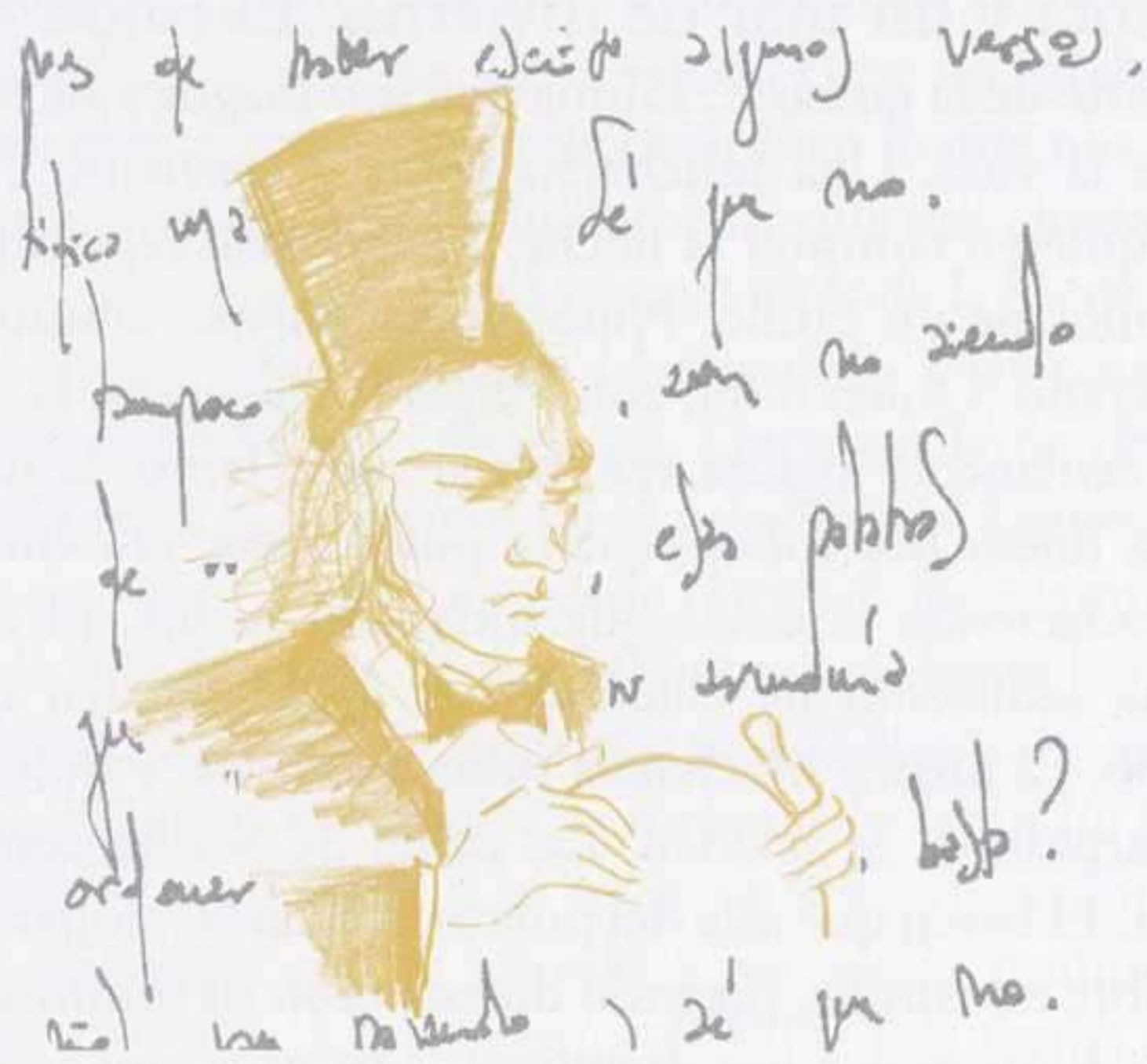
F. B. R.
(*Apunte urgente*)

José Daniel M. Serrallé

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'J. D. M. Serrallé', with a stylized, cursive script.

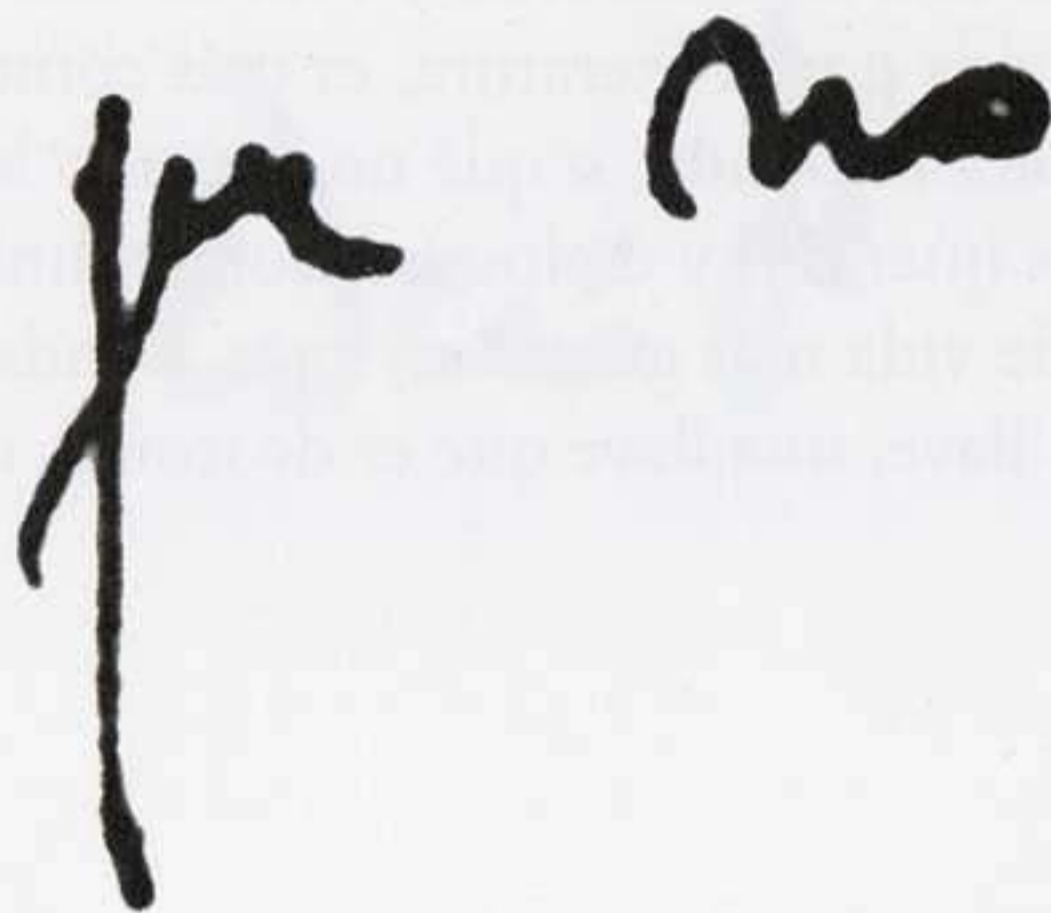
Una casa en Rota y un mar de invierno. El ruido que hacen los dedos por el traste de la guitarra. Libros que son juegos y de repente compañía y más tarde la vida. Una muchacha rubia y sonriente. Adolescentes muy bebidos que quieren comprar la noche. La felicidad repentina y clara de una metáfora. El olor de un pitillo. Niños como pájaros alumbrados en las sillas del cine de verano. Quien mira, con limpia inteligencia, la escena de un cuadro. Quien se estremeció alguna vez con el vuelo lento de una verónica. Dos folios, treinta líneas por folio, sesenta pulsaciones por línea. Alguien, como la luna, agradeciendo la noche, derrochando su luz. El tiempo, y su dolor y su extraña seducción de charlatán de feria. Alguien que fuera el siquiatra del tiempo. La misma muchacha rubia, sonriente y dulce. Una habitación de hotel, zarpazo de la soledad. Las calles de Sevilla como una conquista fácil y lejana. El barco que sale del puerto una tarde, disparando la imaginación. Un hombre en familia, jugando dichoso con su sobrino. La discoteca última de luces bronceadas y caras enemigas. Los ojos con que te mira la melancolía. Unos amigos recordando versos, hablando en verso, alrededor de un café. Unos amigos que toman cerveza y cuentan chistes. El alma traviesa, como un teleñeco. Las ropas correctamente informales que se merecen los cuarenta. Los desayunos de El Galeón. El puerto nocturno y frío como una imagen de la memoria. Un malabarista de los recuerdos. Alguien delante del mundo, perplejo, y esa gracia elegante con que puede besarse el misterio. Un

actor guiñando el ojo. Carlos y Vicente. Luis y Abelardo. La muchacha rubia de nuevo, sonriente y dulce, generosa. La música. El sol poderoso de playas y azoteas, y el reino complaciente de las sombras. La distancia que salva a la emoción de su recuerdo patético. Una ciudad cualquiera, de paso, dibujo de los días. El pistolero y sus balas de plata (y una rara meditación sindicalista). Un oficio que es la tapadera de un juego que es la coartada de un destino que es el cumplimiento de un don. La voz de los maestros. Alguien que recorre las calles de un pueblo respirando un aire nuevo y antiguo también. La belleza disparatada de la vida. La próxima cerveza, siempre inaugural. El amor sin remedio. Palabras que pueden conjurar el hechizo diabólico de los sueños... Todos estos detalles, todas estas imágenes trazan en el corazón y el recuerdo, de forma nada casual, el nombre de Felipe Benítez Reyes, ángel entrañable, propietario del paraíso.



LA LLAVE

Luis Muñoz



No sé por qué, pero si cierro los ojos y pienso en Felipe Benítez Reyes, me lo imagino siempre en situaciones en las que nunca lo he visto. Cierro los ojos y me lo imagino paseando por la playa de Rota en el otoño, con una chaqueta de lino y unos pantalones de algodón, disolviéndose en el paisaje gris metalizado, sintiendo el filo de cuchillo de la raya del mar, deteniéndose para darle la vuelta con el zapato a un caparazón medio oculto en la arena, y descubriendo, en el envés, un cangrejo con las patas encogidas, un puñado de algas peludas, una babosa seca.

Cierro los ojos y me lo imagino en los pasillos de un anticuario grande y un poco etéreo, bajo una luz laqueada, moviéndose despacio, deteniéndose cada vez que algo llama su atención, una cajita de música, una tabla pintada, un diario de a bordo, intentando descifrar un sentido o haciéndose con el funcionamiento de algún engranaje. Con esa familiaridad parsimoniosa de quien sabe que puede dar con la tecla, pero que a la vez debe ocultar el deseo, incluso, a su propia mirada.

Cierro los ojos y me lo imagino sentado en el interior de un viejo café rodeado de un grupo de amigos a los que nunca he visto, un funambulista en traje de faena, una mujer serpiente, de esas que se escondían detrás de un tablón y que llevaban una tira de piel escamada cogida al cuello, un concejal tráfuga, un vendedor de pócimas tonificantes, un poeta tradicional amigo de la flamenquería, un novelista histórico que se resiste a publicar. Y me lo

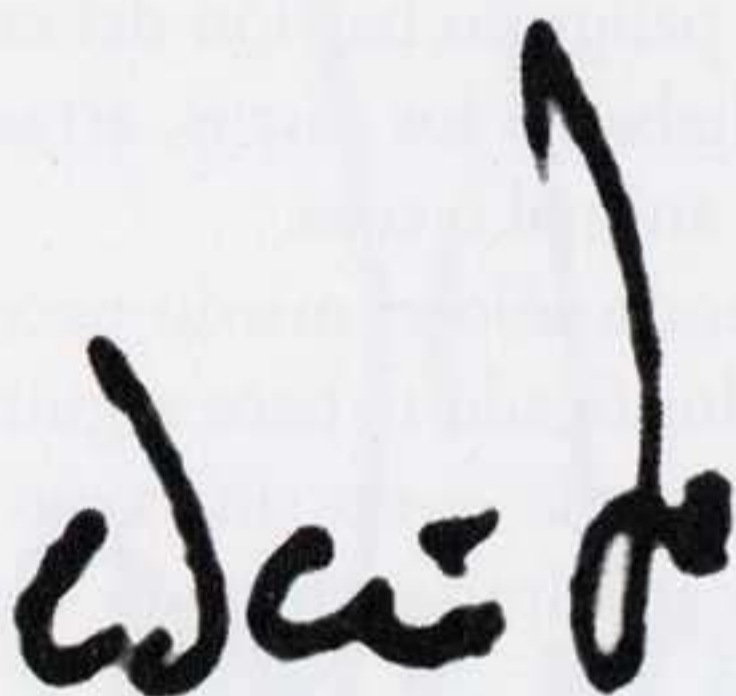
imagino en medio, como uno más, dejándoles hablar y moverse, interviniendo lo justo para avivar el ritmo de la charla.

¿Qué me pasa? A Felipe Benítez Reyes lo he visto en situaciones muy diferentes, en ciudades distintas, he vivido con él momentos intensos y situaciones vívidas, me he reído con él, he disfrutado innumerables veces de su modo, airoso y musical, de contar historias, he sentido la calidad golosa de su melancolía, y sin embargo, cuando pienso en él, se me deshacen esas imágenes y esas impresiones, como una espuma seca, y cobran vida las de su literatura. Y no es que sustituya la vida por la literatura, es más como si, al imaginármelo, cuando pienso qué estará haciendo, o qué no, cuando lo busco en mi pequeño panel de los amigos queridos y de los escritores admirables, tuviera la certeza de que su forma de vida más genuina y más honda está en ese territorio del que sólo él tiene la llave, una llave que es de ironía, de brillantez y de niebla.



UNA MISIÓN

Juan Manuel Villalba



Saltó a la trinchera una décima de segundo antes de que el séptimo de encabalgamientos lo arrollara. Se había salvado; de momento estaba vivo, pero sólo de momento.

En la trinchera las cosas eran diferentes. El barro cubría todo su cuerpo, estaba aterido, hambriento, desarmado y aterrorizado.

Un día antes, el teniente Benítez había sido el único candidato que cumplía todos los requisitos necesarios para cumplir la misión planeada por el Estado Mayor. Un día antes brindaba con champán, pero ahora estaba tragando barro y frío. Las condecoraciones y honores, las demasiado amables mujeres, los halagos de sus superiores, y todos los regalos que su figura había propiciado quedaban ahora reducidos a barro y miedo.

Se apretó contra un charco mientras que los afilados proyectiles de endecasílabos silbaban a ras de tierra. Los endecasílabos afilados pueden atravesarte el corazón sin que apenas te des cuenta. Te das cuenta de que te han matado mucho antes de estar muerto; y eso es lo malo.

Reconoció ante sí mismo que tenía miedo, que ya nada valía la pena. Por la misma razón, recogió el miedo y asomó la cabeza por el límite de la trinchera: nada, no había nada. Una inmensa extensión de Nada lo estaba esperando. Tomó aliento y salió del agujero. No confiaba en la aparente tranquilidad del campo de batalla, pero siguió avanzando. Y se detuvo en seco.

Creyó oír un trueno pequeño y lejano, pero avanzó otra vez confiando en

que las explosiones de imágenes habían sido las culpables de las reverberaciones que sufría en los oídos. Siguió avanzando, lentamente, con tanta cautela como valor. Ya no podía engañarse: el pequeño trueno se estaba convirtiendo en una tormenta de ruidos peligrosos. Ya no había duda —lo sabía bien—, aquellos ruidos correspondían al avance incontenible del 5º ejército de las metáforas; el más temido y peligroso bastión del enemigo. La infantería y las falanges de la Envidia escoltaban a los carros, arrasando y liquidando a todo lo que se moviera, hombre, animal o cosa.

Apresuró el paso empleando sólo el miedo necesario: «El miedo absoluto te destruye, pero el miedo dosificado te hace seguir adelante», pensó. Así que siguió caminando mientras temía —no sin razón— que una sinécdoque o que un malintencionado participio enterrado estallara bajo sus pies. Sin embargo, no ocurrió.

Los cañonazos de las metáforas convertían ambos horizontes nocturnos en un jardín de efímeras flores luminosas. Estaba atrapado.

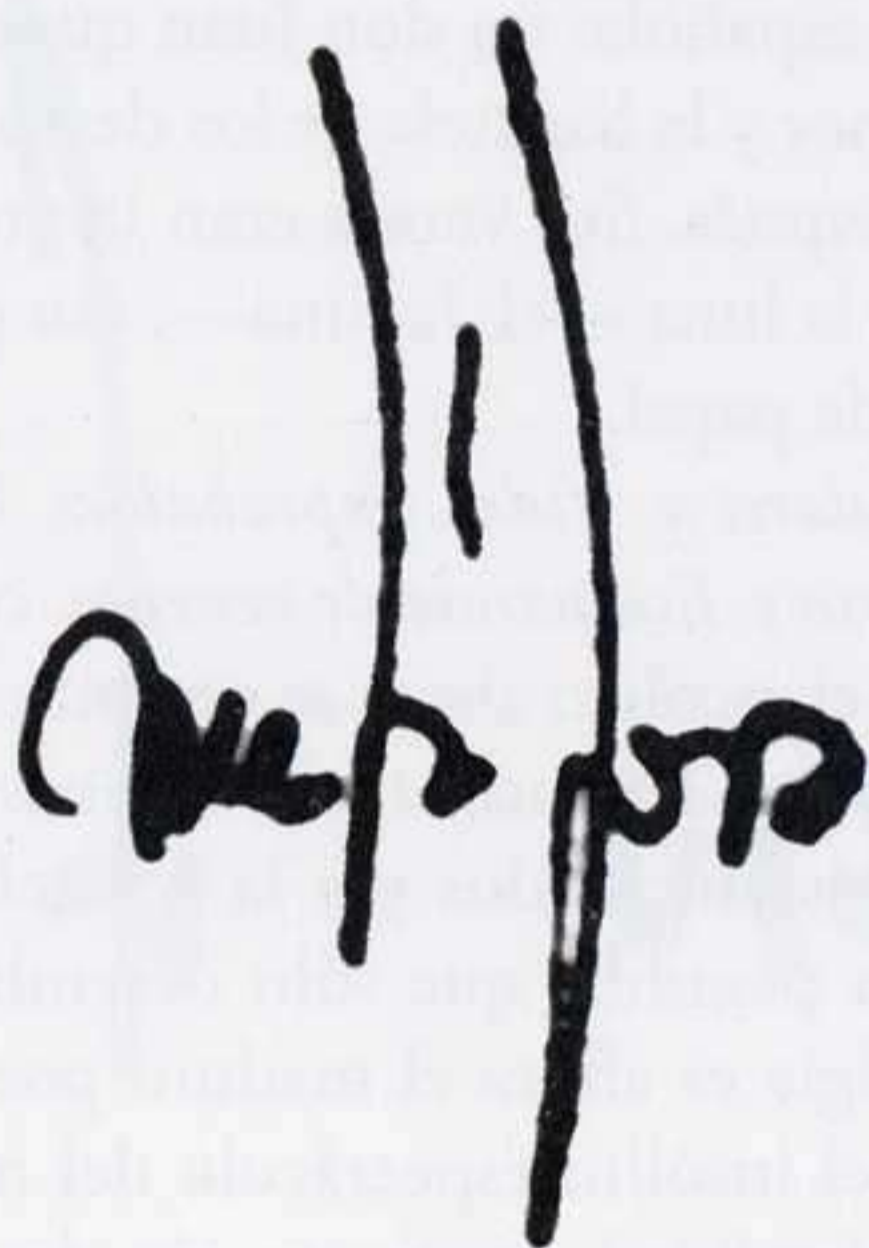
En medio del terror, el teniente Benítez consiguió divisar un bunker destrozado; era una construcción de paradojas destruidas e inservibles, y allí se refugió. Sin aliento se dejó caer sobre una pared arruinada. El barro, ya seco, lo había convertido en una figura quebrada y lamentable. Y se durmió.

Al cabo, recibió un bofetón contundente aunque no doloroso. Un pelotón de aliteraciones apuntaba las armas hacia su cabeza: «¡los papeles y, después, las manos en la nuca!»

Tras un breve momento de tensión lo reconocieron. Bajaron las armas, saludaron, le ofrecieron agua y comida. El sargento le dijo: «Enhorabuena, mi teniente, lo dábamos por muerto. Ha llegado usted hasta el poema. Misión cumplida. Ya es nuestro».

EL SEÑOR DEL OCASO

José Julio Cabanillas



Una hilera de burritos cruza la playa con los serones rebosantes

de arena. Un dedo pulsa una tecla y entre invisibles clics de circuitos eléctricos el mensaje de la pantalla corre a sepa usted qué parte del mundo. Entre el niño que ha visto en las playas de Rota la recua de los areneros y el hombre que envía un mensaje median unos treinta años. ¿Qué hay en común entre ellos dos? ¿Qué hay en común entre la larva que construye la crisálida y la mariposa que echa a volar? ¿Guardan las alas memoria de la tierra?

El niño que vivió en la casa grande —las azoteas del verano— de Veracruz 11, a cien metros escasos del mar; el que vio las pavesas de los monigotes ardiendo —los juanillos— en la noche de san Juan; el que tontea encandilado con las muchachas de labios de carmín en el cine Palladium o en el Royal Cinema veraniego, con estrellas arracimadas sobre las hojas curvas de una palmera. Todo ese pequeño paraíso melancólico ¿adónde fue a parar? ¿De qué pueden servir la memoria y las metáforas ante un mundo apuntalado, convaleciente tras esa piqueta minuciosa de los años? De la inutilidad de la literatura, de los fantasmas cada vez más afantasmados que pueblan la memoria, de los equívocos significados del verbo amar parecen tratar los versos de Felipe Benítez Reyes, resignado a guardar en un arcón de niebla los títulos de propiedad de un paraíso que ya pasó a otras manos.

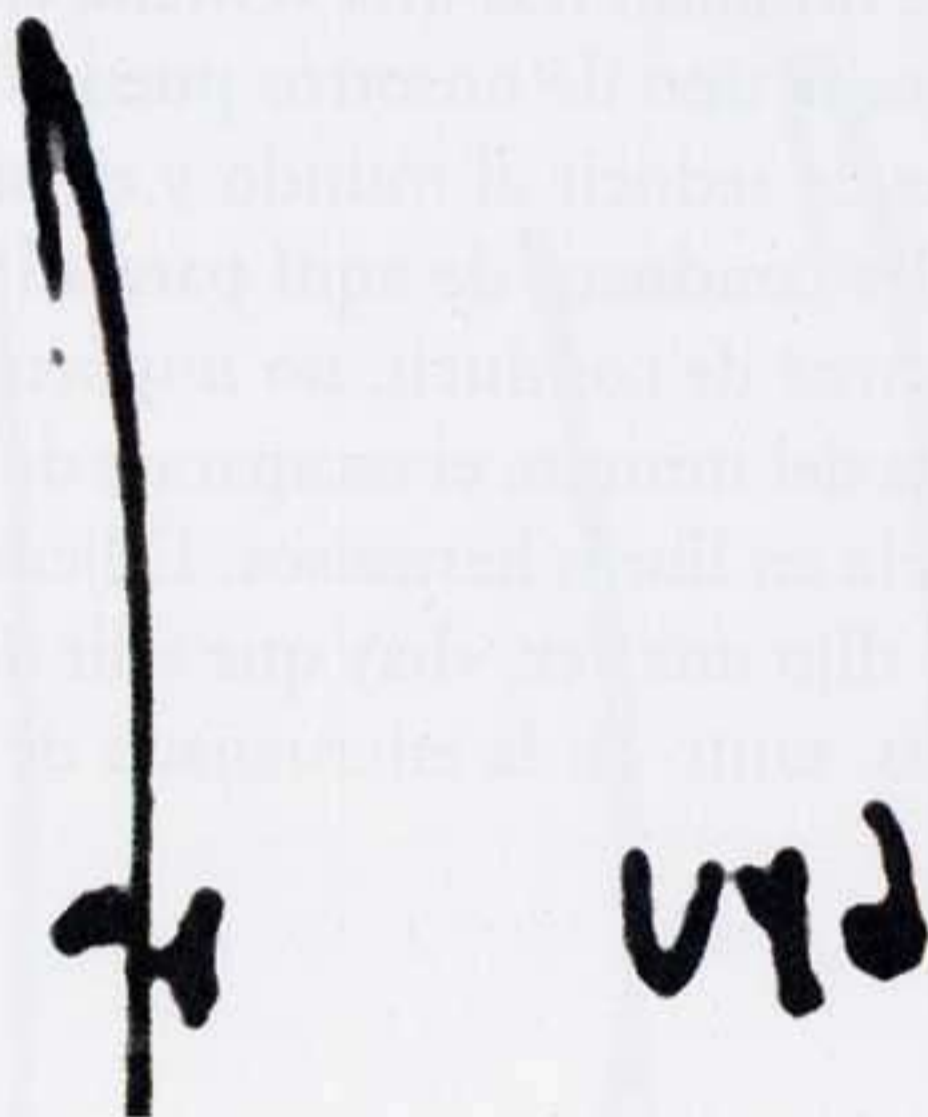
F.B.R. con veintitantos años, en la década de los ochenta, escribió algunos libros punteros de su generación, de una generación que en realidad todavía tardaría años en existir y que vio en *Los vanos mundos* o en *La mala compañía* algunas señas de identidad. Por entonces el venecianismo estaba casi liquida-

do y cuajaban las obras de los poetas de *Las voces y los ecos*. Una generación de poetas mayores que él que conectaron con Brines y Gil de Biedma, con una poesía de reflexión sobre el propio vivir, elegíaca y moral. Esas eran las bases de nuestro poeta, por más que por entonces pudiese parecer un Arturito Rimbaud de la joven poesía española: un don Juan que mostraba severas reflexiones sobre el daño del amor y la bagatela de los deseos cumplidos: el spleen del Fin de Siglo un siglo después. Sus versos eran la precoz constatación melancólica de una pérdida, y la luna —sí: la luna—, tan presente en sus versos, fue la diosa de un mundo, de papel.

Tras *Sombras particulares* y *Vidas improbables*, los dos últimos libros de F.B.R., *El equipaje abierto* y *Escaparate de venenos*, conforman otro momento de su poesía. El poeta melancólico ahora se nos muestra perplejo, con la desolada perplejidad de quien no ha encontrado respuestas que tal vez no existen. Sus versos son ahora más alucinados y a la vez reflexivos y su protagonista parece instalado en una pesadilla que sólo desemboca en otra pesadilla. El joven poeta de la nostalgia es ahora el maduro poeta del horror, incapaz de encontrar sentido ante el insólito espectáculo del mundo, los recuerdos y la propia identidad. Una fatalidad sin *fatum*, sin destino, puramente azarosa, parecen testimoniar estos dos últimos libros. Sus poemas han dejado el halago verbal y el gusto por las estructuras cerradas de los libros iniciales y se han hecho alucinados, reflexivos, más aptos para el libre comercio con los fantasmas. Las imágenes ahora parecen ser bengalas que se lanzan bajo un cielo enemigo para dar urdimbre luminosa a la noche ciega.

EL CUARTO DE ROTA

José Antonio Garriga Vela

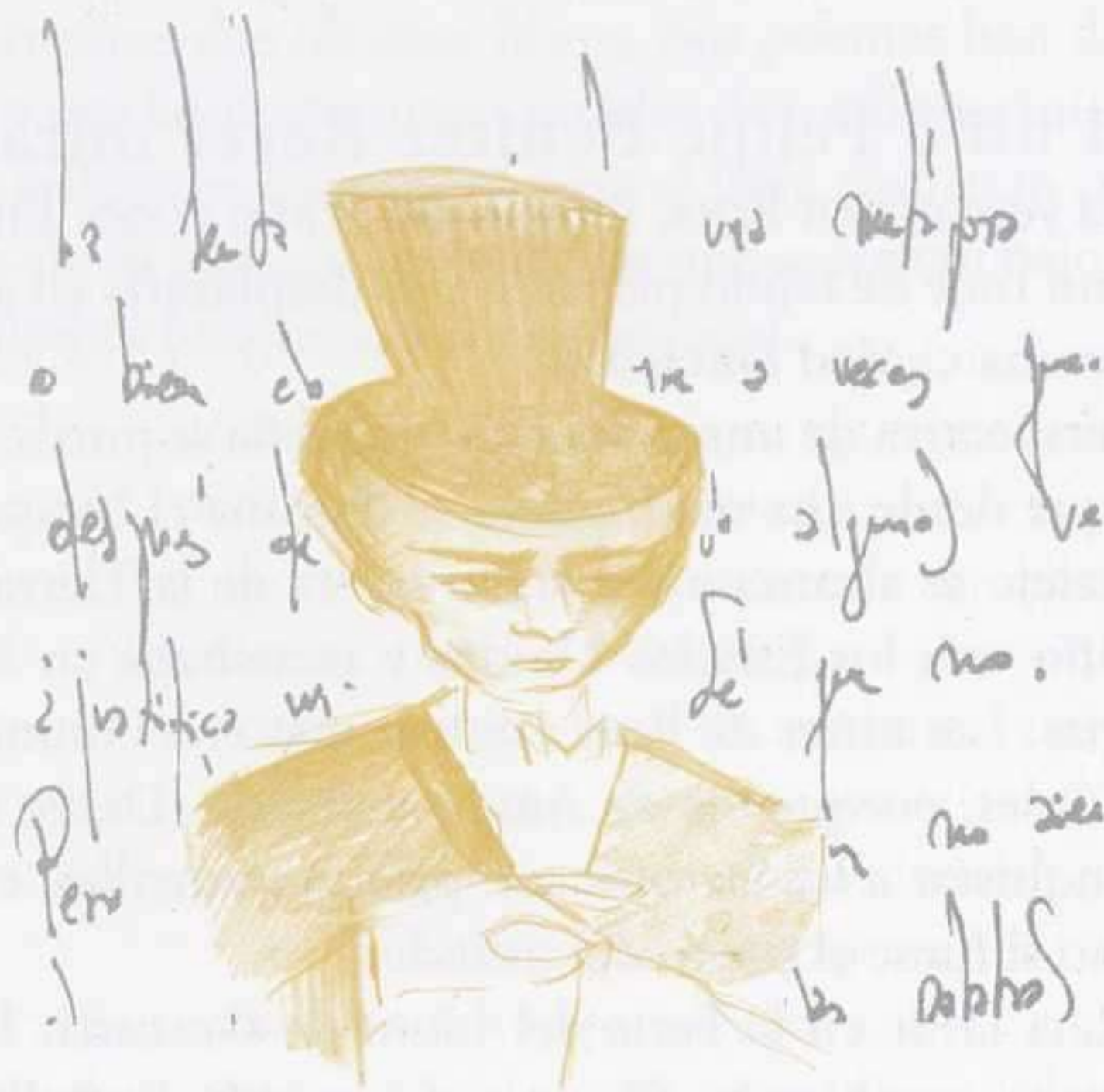


Cuando el niño Felipe Benítez Reyes miraba el mundo a través de una ventana en Rota, imaginaba el año 2000. Entonces tendría 40 años, vestiría un traje de tejido plateado y se desplazaría en aerotaxi por el aire de las calles de una ciudad fantástica.

Desde la perspectiva de una población pequeña se puede abarcar el mundo entero, igual que desde una madriguera se domina el bosque y por el pequeño ojo del catalejo se alcanza a ver la curvatura de la Tierra. Desde el cuarto de Rota, el niño veía los Estados Unidos y escuchaba en la radio canciones norteamericanas. Los niños de Rota estaban más en el mundo que el resto de los niños españoles, porque tenían América al lado. Desde allí Benítez Reyes comenzó a conquistar a los lectores con palabras sencillas, como si sedujera a una niña; como si fuese el novio del mundo.

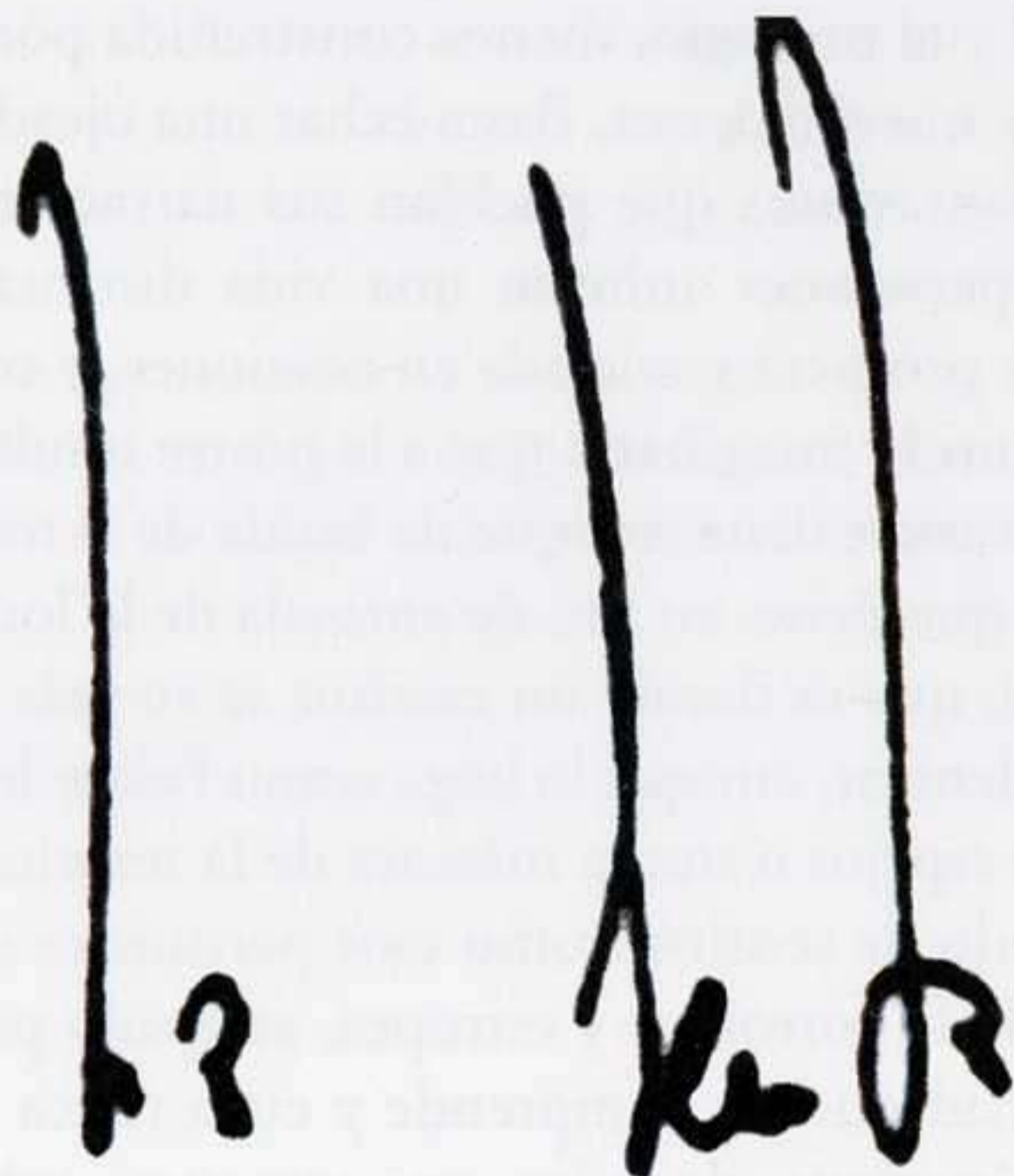
Recuerdo una tarde en la Feria del Libro de Granada. Entonces el novio del mundo estaba escribiendo *El novio del mundo*. Se hallaba en ese estado ensimismado, hipnótico, en que se sumergen ciertos escritores para crear las grandes novelas. Dejan de vivir en el mundo que les rodea y habitan el espacio fantástico de la imaginación. Lo abandonan todo, incluso se olvidan de sí mismos, para dedicarse en cuerpo y alma a su universo verbal. La vida está marcada por las propias pasiones. La pasión de Felipe Benítez Reyes es crear mundos imaginarios con ideas y palabras. Esos son los mundos que nunca se pierden ni se esfuman, sino que permanecen para siempre. «El resto de la vida se queda en nada.»

Tratándose de ustedes, yo les daría un consejo, lean a este saludable polemista. Este duende de la palabra que saca de su chistera mundos ocultos. Este niño que tiene el descaro yanqui y el humor gaditano mezclados con la flema británica. Un niño que mirando tras una ventana en Rota ha creado un pensamiento portátil que cada uno de nosotros puede llevarse a casa. Un gentleman que ha sido capaz de seducir al mundo y es muy probable que haga lo mismo con ustedes y les conduzca de aquí para allá; si es así, déjense llevar, aunque no sé si tiene carné de conducir, no importa, contrátenlo como guía, porque conoce la jungla del mundo, el escaparate de los venenos, y expone las reglas de la supervivencia en libros hermosos. Déjense llevar, porque de algún modo, como él mismo dijo una vez, «hay que salir del paso», que es de lo que se trata a fin de cuentas, tanto en la encrucijada de la vida como en el laberinto de las palabras.



UN BRINDIS

José Mateos



Felipe Benítez Reyes es uno de esos escritores que poseen el don de fascinar, de encantar con las palabras y de transfigurar en algo divertido y traslucido lo inquietante y tenebroso, lo inconfesable y sórdido. Y todo ello, aparentemente, sin el menor esfuerzo, con absoluta naturalidad.

Sirviéndose del verso o de una prosa armada con greguerías, con retazos de pesadillas y sueños, con adjetivos y hallazgos fulgurantes, este autor ha sabido crear eso que hoy es tan apreciado y por lo que muchos hacen el tonto: un estilo. Y con ese estilo consigue seducir y hacer entrar al lector en un mundo atractivo y raro desde fuera, pero que una vez dentro está asaeteado de temores y angustias, de fracasos y sueños rotos.

Felipe Benítez cuenta ya con una obra abultada que le ha granjeado premios, elogiosos epítetos y —dentro de lo que esto es posible en un terreno tan resbaladizo como el de la crítica literaria— goza de cierta unanimidad a la hora de ser valorado y apreciado.

Es además un autor que se mueve con soltura y comodidad por diferentes géneros, sin que en estos saltos —del artículo al poema, del poema al diario o del diario a la narración breve o a la novela— Felipe Benítez haya renunciado en ningún caso a su voz personalísima, a unas obsesiones y preocupaciones que va volcando en cada una de sus páginas entre sorpresas estilísticas, golpes de ingenio y todo el inagotable repertorio de un virtuoso del idioma.

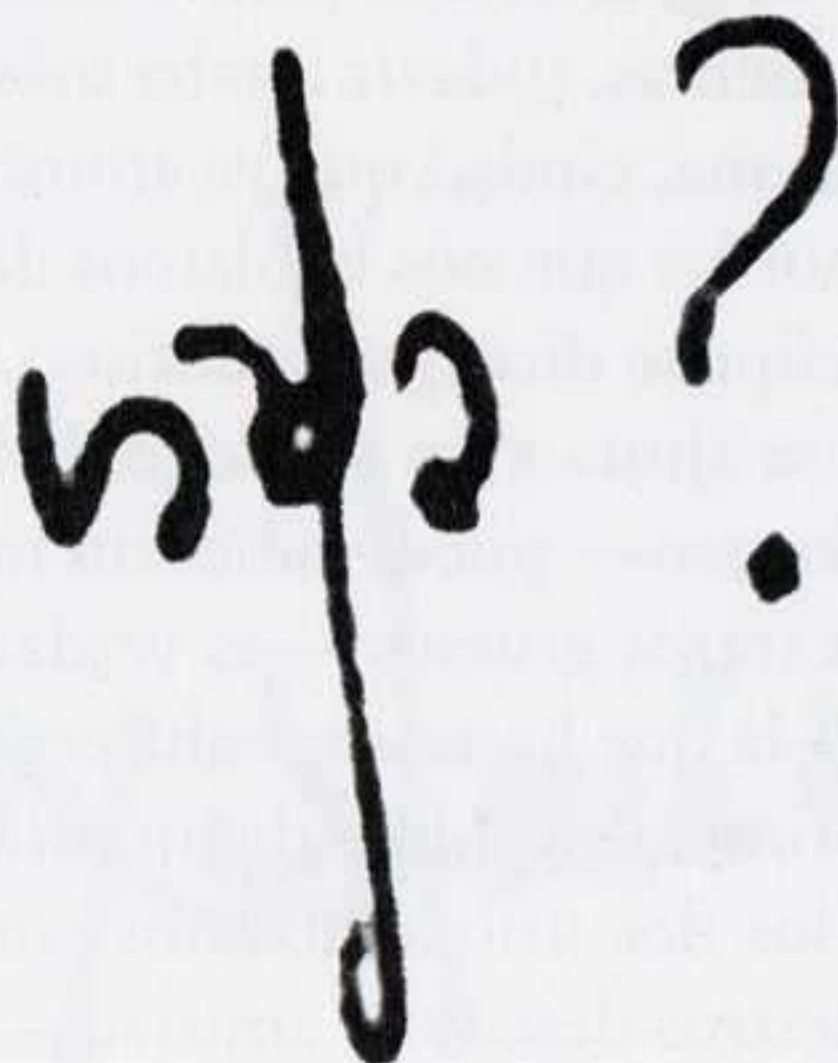
A nadie que haya leído alguno de sus relatos o novelas se le ha podido escapar que Felipe siente preferencia por los personajes insatisfechos, zarandeados y atrapados, por esos tipos oscuros que, frente a una vida poco favorable, guardan en secreto sus sueños y sienten la nostalgia de una realidad más propicia a la libertad y al prodigio, menos constreñida por el fatigado racionalismo autocrítico de nuestra época. Basta echar una ojeada a la galería de ilusos, de fracasados y fantasiosos que pueblan sus narraciones para comprobarlo. Casi todos esos personajes anhelan una vida distinta, más emocionante y aventurera, o más próspera y relajada en ocasiones, y como no pueden vivirla se inventan un mundo imaginario que a la postre resulta demasiado peligroso por lo que toda evasión tiene siempre de huida de sí mismo, de atracción por el abismo, por lo que tiene, en fin, de antesala de la locura.

En los poemas, que es donde un escritor se ve más obligado a ciertas sinceridades y confidencias, aunque lo haga como Felipe lo hace, despistándonos con sus juegos de espejos o tras la máscara de la retórica y el artificio, nuestro amigo no ha dejado de sentirse como esos personajes suyos: perseguidos por el tiempo que todo lo corrompe y estropea, atrapado por el minucioso engranaje de una realidad que no comprende y cuya única puerta de escape es el ensueño, las imaginaciones de quien, por otra parte, sabe que cuanto imagina es cosa de mentira y viento, puro humo, y, en el mejor de los casos, maletas para un viaje siempre postergado por irrealizable e imposible.

Son muchas, sin embargo, las buenas compañías que hacen más llevadera nuestra estancia en el mundo poético, nihilista y asfixiante, que Felipe Benítez Reyes nos muestra sin hacer concesiones, de una manera obsesiva. Por un lado, la ligereza y el donaire de sus razonamientos, el destello de sus imágenes y metáforas y las destrezas de su estilo. Por otro lado, el humor y, a veces, el amor que brillan como monedas de oro en el agua oscura, el consuelo precario de la memoria y, ocupando un lugar preferente, la amistad. La misma amistad que hace que sea siempre para mí un placer y una garantía de pasar un rato agradable estar con Felipe, escucharlo o leerlo. Algo que me alegra compartir con quienes hacen posible este número monográfico de la revista *Litoral*. Porque la dicha y el goce, cuando se comunican y comparten, más se sienten.

UN VIAJE POR OPORTO

Enrique Vila-Matas



De Felipe Benítez Reyes admiro ciertos pasajes muy brillantes de su novela *El novio del mundo*, donde demuestra talento para unir imaginación con humor inteligente y despiadado con la condición humana. No soy un estudioso de su obra poética, pero lo poco que he leído me ha dejado recuerdos del futuro de una poesía que intuyo será de frase nocturna y alargada y quién sabe si de espíritus a media asta, quién sabe, no soy profeta, aunque me gustaría serlo, del mismo modo que me habría gustado de joven ser homenajeado prematuramente en una costa litoral sin pájaros, y lo digo literalmente, para quien quiera escucharlo en esta época sin sol ni nuevas revelaciones, sin pájaros.

Me queda poco por decir, que decía Beckett. La vida probable de nuestra amistad se concentra en un breve círculo portugués, de viaje y encuentro en Oporto, donde una noche de espíritu enloquecido nos llevó a entrar en un coche que conducía mi amigo Miguel de Lisboa, que siempre viajaba sin rumbo fijo, algo de lo que debería haber advertido a Felipe, que subió confiado al automóvil y, precavido, se colocó el cinturón de seguridad (tal como lo demuestra la fotografía que en ese instante le hice) pensando que íbamos hacia un bar o un paisaje más o menos cercano. Sin embargo, el trayecto en coche se hizo infinito, hasta llevar a todos los pasajeros a la sospecha de que

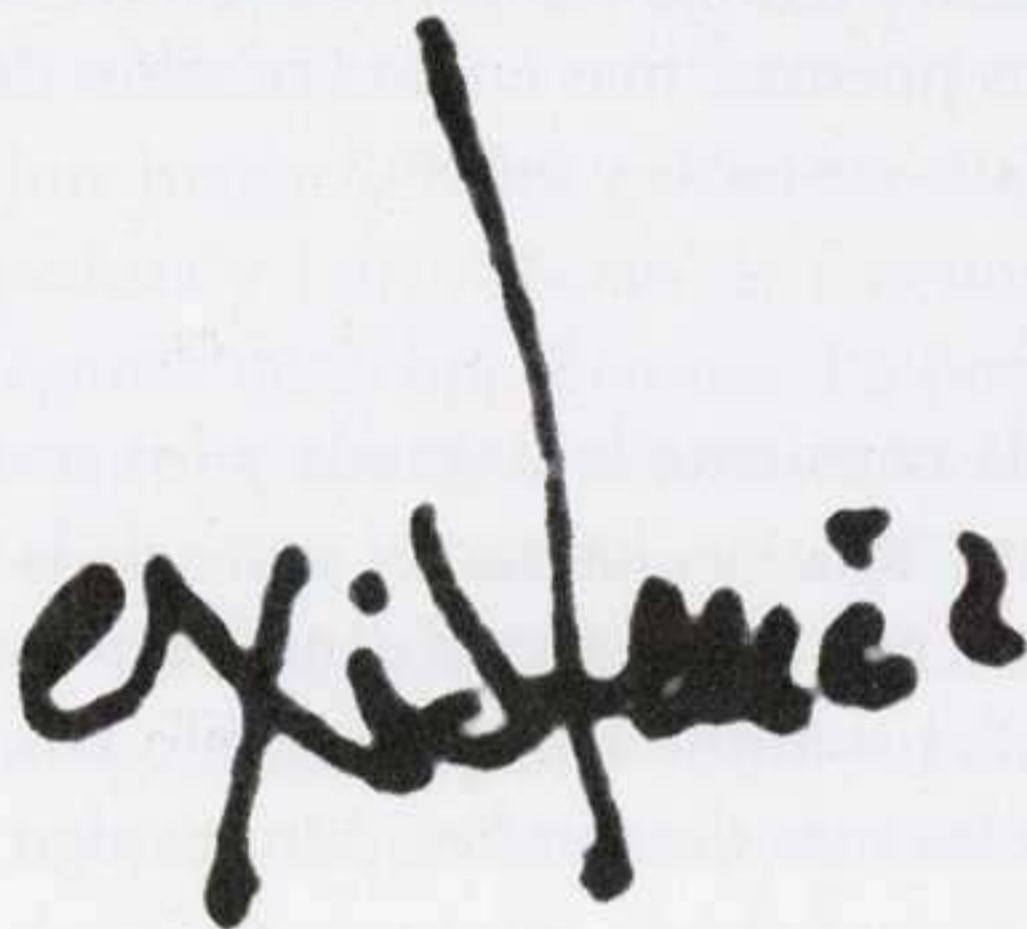
no íbamos a ninguna parte, a litoral alguno. El viaje terminó en una calle perdida, a una barbaridad de kilómetros de Oporto; terminó a tres metros de una tapia blanca que nos impedía la continuidad de cualquier viaje. Sólo en ese momento respiramos todos tranquilos, porque eso propició que alguien con autoridad sobre Miguel se atreviera a decirle que debíamos regresar a Oporto, que, a fin de cuentas, todavía estaba más cerca (faltaba poco para que ya no fuera así) que Fátima, ciudad que ya anunciaban los carteles de las diferentes extrañas rutas por las que nos habíamos deslizado.

En un poema de Felipe se dice que es curioso comprobar que el destino de un hombre realmente se ajusta a un catálogo de bagatelas, que una vida —su gloria, su rutina y su fracaso— puede caber sin más en unas líneas de periódico: el tiempo reduce a trazos gruesos —es verdad— la existencia. La historia de Miguel de Lisboa —la que hasta ahora ha estrechado mi amistad con Felipe porque parecía la primera anécdota de un catálogo de bagatelas en marcha que conscientemente los dos utilizabábamos como pretexto para ir consolidando con firmeza nuestros deseos de amistad— ha ido a parar a un callejón sin salida, lo sé desde ayer que, a mi regreso de las islas Azores y a mi paso por Lisboa, me enteré de que Miguel se había matado hace quince días en accidente de automóvil.

Son vagas las palabras y poco hay que añadir cuando la primera bagatela se estrelló contra el muro blanco portugués, poco queda por decir, salvo que habrá que buscar nuevas historias que nos sirvan de pretexto para seguir intentando entrelazar nuestras vidas hoy probables. Poco me queda hoy por decir, salvo desearle, Felipe, lo mejor para tu biografía literaria.

EL MUNDO EN UN BIBELOT

Fernando Iwasaki



«Los ensayos de dos o tres folios no aspiran a tanto. Se confoman con existir, con disfrutar de una existencia liviana y milagrosa»

FELIPE BENÍTEZ REYES, *Gente del siglo*

Después de seis años de perpetrar columnas en la prensa sevillana descubrí que tenía lectores cordobeses gracias a Felipe Benítez Reyes. Corría Enero de 1995 cuando le dediqué un piropo de contraportada y durante dos meses me dijeron de todo en la patria chica del Inca Garcilaso. Y conste que uno jamás ha cometido poesía. Y conste que por entonces ni soñaba con dirigir *Renacimiento*. Y conste que aquel artículo apareció ilustrado con una fotografía de José Ramón Ripoll. Por lo tanto, si aquellos enemigos no eran míos y al parecer tampoco de Ripoll, a la fuerza tenían que ser de Felipe Benítez Reyes.

Tratándose de Felipe

Desde aquel remoto elogio a *Un mundo peligroso* (1994) hasta mi última recensión de *El novio del mundo* (1999), nunca he dejado de comentar o reseñar los títulos de narrativa de Benítez Reyes. Siempre me ha deslumbrado su prosa, pero tengo que admitir que lo que más admiro son sus juegos de pensamiento y su personal sentido del humor, a caballo entre Borges, Ramón, Nabokov y Wenceslao Fernández Flórez.

Dueño de una mirada capaz de contemplar cualquier cosa con ojos nuevos e irreverentes, Felipe convierte las categorías en anécdotas a punta de risueños silogismos. Así, las solemnidades más graves y las verdades menos cuestionadas corren el riesgo de rechinar como un tigre de Lladró entre sus manos. El humor de Benítez Reyes es fruto de la perplejidad, primero, y de la lógica, después. Algo de todo ello hemos tenido ocasión de corroborar leyendo sus relatos, sus novelas y sus poemas, mas en esta ocasión deseo detenerme en sus artículos y ensayos, en sus crónicas y viñetas.

Escaparate de géneros

La literatura española consiente la bagatela y los textos volanderos que se arrumban en periódicos y revistas. La mayor parte de la obra de autores como Azorín, Julio Camba o César González Ruano tuvo esa vocación efímera, y así los escritores españoles siempre han prestigiado con su firma las publicaciones más exquisitas y las más desabridas, porque algo tienen que comer los escritores españoles.

Con todo, las selecciones y antologías de artículos nos reservan maravillosas sorpresas y por eso quiero referirme a los libros que Felipe Benítez Reyes ha compilado para regocijo de sus incondicionales: *Bazar de ingenios* (1991), *Gente del Siglo* (1996) y *El ocaso y el oriente* (2000).

La columna puede ser un ejercicio de estilo o un estilo de ejercicio. O sirve para adquirir conocimiento o para adquirir reconocimiento. Sin embargo, los artículos de Benítez Reyes no colman ninguna de las medidas anteriores porque Felipe no cultiva el género de la columna sino más bien cultiva sus géneros en la columna. Así, los artículos de Benítez Reyes son miniaturas de ensayo, ficción, crítica y poesía.

Uno agradece que Benítez Reyes no se haya acomodado bajo el umbral de las columnas, porque entonces no podríamos salir de los lugares comunes del estilo y el reconocimiento. ¿Se valora la inteligencia en un columnista? No. Se valora más la mala leche. ¿Se valora el sentido del humor en un columnista? No. Se valora más el recochineo. ¿Se valora que un columnista tenga lecturas? No. Se valora más que tenga lectores. Y así como el valor se le supone al guardia civil, al columnista se le supone estilo, reconocimiento, mala leche, lectores y recochineo. Pues bien, Felipe además tiene inteligencia, sentido del humor y lecturas. Benítez Reyes ha traspasado el umbral.

Maneras de leer

Los textos críticos y las reflexiones literarias de Felipe Benítez están compilados en *Gente del siglo*, un delicioso volumen en el que pasa revista a los libros y autores que le han hecho feliz, a pesar de Camilo José Cela y José Ángel Valente. En estos casos, la excepción confirma la regla.

Un escritor es ante todo lector, aunque en las letras españolas abundan novelistas que presumen de no haber leído a nadie. Por contra, en *Gente del siglo* Benítez Reyes se revela como un lector riguroso y exquisito que no escatima elogios ni a clásicos ni a contemporáneos. He ahí la originalidad de su perspectiva: Felipe demuestra ser capaz de leer a un clásico como a un contemporáneo y de comentar la obra de un contemporáneo como si fuera la de un clásico.

Así, Chesterton y Jon Juaristi, Wilde y Vicente Gallego, Nabokov y Abelardo Linares o Lampedusa y Luis Alberto de Cuenca se entremezclan en la glosa apasionada y elegante de Felipe Benítez. La poesía de Cernuda y la de Luis García Montero comparten una misma emoción. La lectura de Justo Navarro y T. S. Eliot comparten un mismo escalofrío. Los versos de Auden y Carlos Marzal tienen el mismo brillo de gema oscura. Benítez Reyes nos los devuelve a todos como «gente del siglo». Como sus contemporáneos.

No obstante, por las páginas de los ensayos literarios de Felipe desfilan luminosas las figuras de algunos autores olvidados y preteridos que luego han sido rehabilitados por Andrés Trapiello, Luis Antonio de Villena o Juan Manuel Bonet. Me refiero a González Ruano, Agustín de Foxá, Rafael Lasso de la Vega y Fernando Villalón —entre otros—, todos comentados por Benítez Reyes a comienzos de los ochenta, mucho antes de las actuales ediciones críticas y de los homenajes extemporáneos al uso.

De las reseñas, comentarios y apostillas literarias de Felipe, uno no desea que se le peguen sus maneras de escribir, sino sus maneras de leer.

Palco de asombro

En el epílogo de *El ocaso y el oriente* Benítez Reyes arriesga una definición del oficio de articulista, esa «tarea de hacer públicas sus opiniones sobre el mundo en abstracto y sobre sus fenómenos cotidianos en concreto». Me propongo demostrar que en el caso de Felipe esa tarea es esencialmente literaria.

Por una parte tenemos brevísimas ficciones como «Merlín por correspondencia», «Travesti y calvo», «Desiderata» o «De rerum natura», donde lo fantástico se plantea como uno de esos «fenómenos cotidianos en concreto». Después de todo, la televisión, el esoterismo rampante y especialmente la política constituyen una materia literaria nada desdeñable.

Sin embargo, es a través de las «opiniones sobre el mundo en abstracto» como Benítez Reyes derrama su mirada irónica e irreverente, atónita y cartesiana:

...la cosmovisión debe de ser una cuestión de ADN filosófico o de RH patafísico relacionada con las ostras, las gaitas, los centollos y los percebes, porque las cosmovisiones suelen estar muy relacionadas

con los signos externos de identidad y con los productos comestibles que da una tierra (*El ocaso y el oriente*, p. 118).

Felipe recurre con maestría a la reducción por el absurdo para demostrarnos de manera desternillante la relatividad de las cosas. Así, entre el silogismo y la greguería Benítez Reyes ridiculiza las presuntas verdades inmutables de nuestro tiempo:

Por no se sabe qué misterio, la sinceridad pasa por ser una de las virtudes nobles del espíritu, aun teniendo méritos de sobra como para poder aspirar al rango de pecado capital, pues nada tiene que envidiarle a la envidia, por ejemplo, en lo que se refiere al enrarecimiento de las relaciones humanas (...) En cuanto alguien nos dice que va a ser sincero con nosotros, nos ponemos de forma instintiva en lo peor, dispuestos a soportar cualquier agresión verbal impropia de seres pertenecientes a una civilización que durante siglos ha tenido que inventar antídotos contra la sinceridad: la educación, la prudencia y la hipocresía, esas tres mártires ideológicas de la edad moderna (*El ocaso y el oriente*, pp. 101-102).

A diferencia de los columnistas que buscan reconocimiento en lugar de conocimiento, Felipe Benítez trata los temas de cualquier condición con desenfado, erudición y una lógica rigurosa. Si en sus ensayos literarios era capaz de contemporizar a clásicos y contemporáneos, en sus artículos acerca de la actualidad le agradecemos la irreverente capacidad de entreverar los asuntos más solemnes con los más triviales:

La culpa de que el fútbol sea un problema de Estado sólo la tiene la condición intrínsecamente problemática de cualquier manifestación espiritual basada en el culto masivo a un meteorito, a una imagen sacra cuajada de oros barrocos o a un balón. Si en España hubiese consenso sobre la necesidad del fútbol como materia espiritual básica, el fútbol podría nacionalizarse, con lo cual las cadenas de televisión resolverían sus problemas de competencia si no de una manera salomónica, sí al menos de un modo marxista (*El ocaso y el oriente*, pp. 126-127).

Y es que Benítez Reyes contempla el mundo con la lúcida perplejidad de una de sus criaturas: Walter Arias, el genial protagonista de *El novio del mundo*.

El *copy right* del paraíso

El «walterismo» se nos presentaba como una doctrina a caballo entre Descartes y el barón de Munchausen, como una estética a medio camino del surrealismo y el marqués de Churriguera, como una ideología trufada de troskismo y psicoanálisis, como una filosofía —en suma— basada en la falosofía.

Como Walter Arias, Felipe Benítez padece la enfermedad de la melancolía y reduce el mundo al mundo del circo. Mismamente como aquel Circo Internacional del Pensamiento Bufo en el que los payasos se especializaban en Teorías Generales. ¿Pero existen las Teorías Generales? ¿Qué Teoría General podría formular o dilucidar aquel estudiante de filosofía que acaba de leer a Ciorán en una edición chilena llena de erratas? Walter Arias lo tiene muy claro: la melancolía. Benítez Reyes también lo tiene claro: el walterismo.

Los artículos de Felipe están emparentados con su obra poética y narrativa, con esos náufragos improbables que viajan con maletas de humo. La obra de Benítez Reyes —la efímera y la perdurable— es de una asombrosa coherencia por lo que tiene de esférica, de universo cerrado, de bibelot mágico.

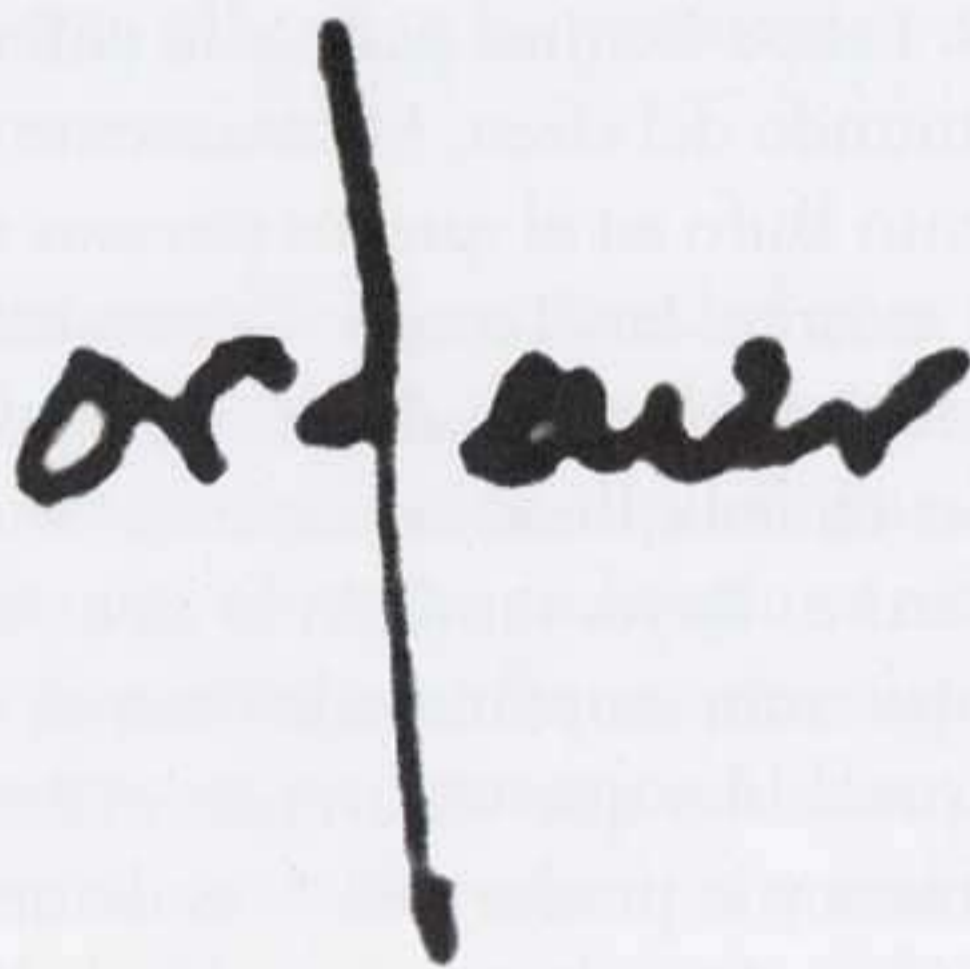
Y es que ya se trate de novela, poesía, columna o relato, la obra de Felipe es para sacarse la chistera.

Sevilla, primavera del 2001

EL HOMBRE QUE FUE REYES

Relaciones privadas

Félix Romeo

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Felipe', written in a cursive, somewhat stylized script.

Felipe me recuerda a mi hermano mayor, Pedro. Nacieron el mismo año. Y aunque cualquiera que los viera se daría cuenta de que no tienen nada que ver (mi hermano tiene bigote, Felipe, no; mi hermano tiene dos hijas, Felipe, no; Felipe es escritor, mi hermano trabaja en una empresa de autobuses; mi hermano tiene poco sentido del humor, Felipe lo tiene hiperdesarrollado; etc.) a mí Felipe me recuerda a mi hermano. Nunca se lo he dicho.

A menudo pienso que a Felipe le pasa algo parecido conmigo: le recuerdo a Chesterton, uno de sus escritores fetiche: gordo, rubio y vestido de oscuro (aunque para mi desgracia sin una gota del talento que el católico británico derrochaba). Nunca me ha dicho Felipe que le recuerdo a Chesterton, pero esto que escribió sobre el autor de *Ortodoxia* sirve: «era despreocupado en el vestir, le gustaba beber... ignoraba los malabarismos que tienen como resultado un nudo de corbata... le divertían los chistes en torno a su obesidad, mantuvo fidelidad a su esposa».

Todo esto no son más que impresiones. Pero puedo aportar otros argumentos que nos vinculan a Felipe y a mí. El más contundente es el oleoducto Rota-Zaragoza, esa obra subterránea y secreta, que lleva desde su ciudad hasta mi ciudad toneladas de petróleo (¿el petróleo se mide en litros o en kilos?) o material nuclear o secretos cables de la red espía Echelon o juristón, la poderosa arma quimicosintáctica. Otro elemento que nos une son las Bases americanas. Rota y Zaragoza fueron «bendecidas», por el pacto que Franco firmó

con Estados Unidos, con una base militar. El rocanrol llegó muy pronto a Rota y muy pronto a Zaragoza. También los coches deportivos, las peleas con soldados americanos, otros cientos de cachivaches de la cultura pop y eslóganes como «Yankees no. Bases fuera», que a Paul Auster le podrían recordar momentos de la historia del béisbol. Las Bases eran misteriosas: mezcla de gran almacén, diversión, aviones bombarderos y colores demasiado vivos para una España todavía en blanco y negro. Felipe, que es un perverso, ha sabido mantener luego otras relaciones con la Base de Rota.

Que estemos unidos por cosas raras, como un oleoducto o una base militar o porque nos recordamos a otros tipos, debe incorporarnos inmediatamente a una parafilia todavía sin catalogar (sí lo están las de la gente que disfruta con los tartazos o con las infinitas posibilidades de la goma elástica o con las bridas de los caballos). Otras cosas que nos unen son la noche, la literatura, el correo electrónico, el teléfono y la risa.

Hemos tenido noches divertidas en Madrid o en Almería o en Zaragoza, con Andrés Trapiello, en la que ellos habían acudido a hablar de los Machado, y Cristina, mi chica, y yo hicimos de torpes cicerones (todos los *afterhours* a los que llegábamos acababan de cerrar, no por horario sino por cambio de actividad). También las ha habido más apagadas, como una en Granada, donde parecíamos los señores mayores en una fiesta de adolescentes (en la que no desentonaban sin embargo, Luis Muñoz y Benjamín Prado).

El teléfono es siempre una sorpresa porque Felipe suele estar en cualquier parte del mundo salvo en Rota, o suele estar camino de cualquier parte del mundo, incluso Rota. El título de uno de sus libros, *El equipaje abierto*, no es sólo una imagen afortunada sino una instantánea de su vida cotidiana. Parece que Felipe siempre acaba de llegar, se está yendo o se irá en breve. Cuando nos vemos en Madrid tiene, por lo menos, uno de los pies en Barajas. A veces lo veo como una «Miss Daisy» y me pregunto cómo será ese chófer que le lleva de Rota a los aeropuertos (y qué novela podría escribir). Y porque Felipe no para nunca de viajar, jamás presume de viajero a lo Hemingway; su *spleen*, es elegante. A mí me da envidia tanto movimiento, porque me gusta, desde niño, ir en avión, mirando las nubes desde arriba.

El correo electrónico es el espacio para nuestra parte *freak*; la mía está más acusada en la vida cotidiana y Felipe la deriva perfectamente a su literatura. Nada de Turgueniev y Flaubert analizando formas novelescas. Archivos de fotos y de nueva cultura popular que son crudo de un oleoducto digital de información de baja densidad (en uno reciente, después de mirar fijamente durante un minuto una espiral en movimiento, conseguías que tu mano adquiriera el tamaño de la de King Kong; en 60 segundos conseguías ser protagonista de una serie D tipo «ladrones de cuerpos» u «hombres que tienen rayos X en los ojos»).

De la literatura, me fascina su talento para hacerlo bien en cualquier género: poesía, novela, artículos, críticas literarias, cuentos, crónicas taurinas, traducciones... Lo que más me gusta es su sentido del humor, que funciona como una taladradora, cuanto más abajo llega más duro es.

Pese a que pocas veces ha utilizado seudónimo (la más celebrada cuando sirvió de antólogo al *Sindicato del crimen*), la literatura de Felipe tiene mil caras y mil voces. En su poesía puede ser príncipe de príncipes (y eso me encantó cuando leí *Los vanos mundos*) y en sus novelas puede entrar dentro de la cabeza del tipo más tirado del planeta, o viceversa. Detrás de esas caras y de esas voces se oculta Felipe Benítez Reyes.

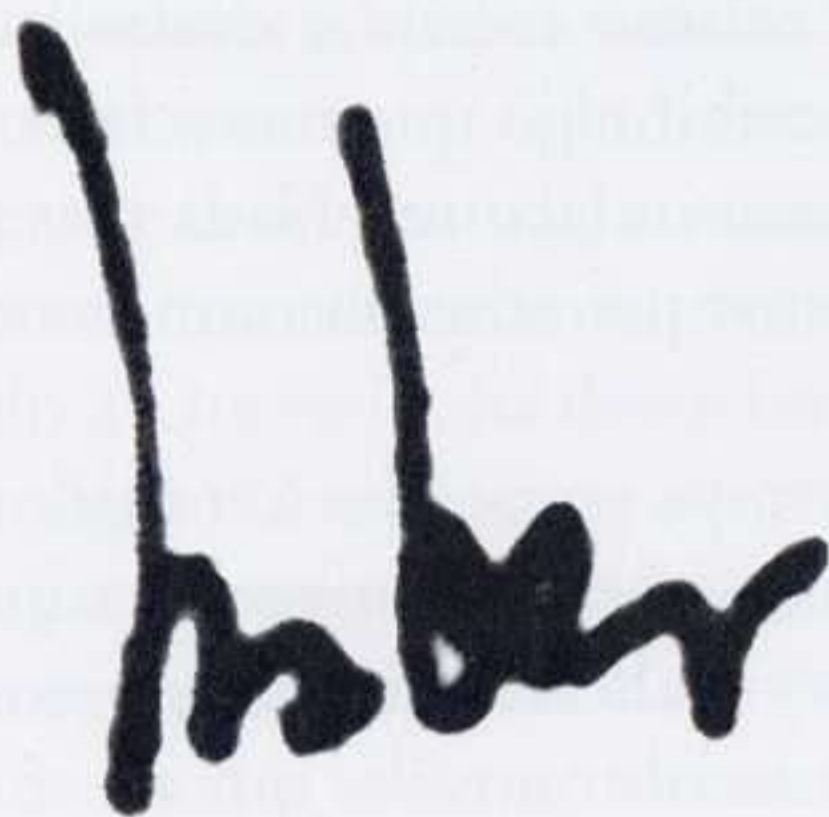
Hay escritores que llevan dentro otras vidas (eso les salva, porque cuando el que lleva esas vidas no es artista se le llama esquizofrénico y se le encierra convenientemente). Las llevaba Antonio Machado y las llevaba Fernando Pessoa. O Ruth Rendell, que sin tener bastante con sus novelas policíacas escribe otras, también policíacas, bajo el nombre de Barbara Vine. Lo de Felipe tiene más que ver con el disfraz. Una lección de Chesterton, autor de biografías.

Felipe comparte la vocación de biógrafo con el británico (también la tuvieron Marcel Schwob o Ramón Gómez de la Serna), pero no se inclina por los padres de la patria o por los hombres ilustres sino por los «personajes secundarios» y por las «vidas improbables»; una que pronto conoceremos: un locutor singular de una emisora pirata de radio.

Lo escribió Santayana: «Todo, en la naturaleza, tiene una esencia lírica, un destino trágico y una existencia cómica», y, aunque parezca mentira, no pensaba en la literatura de Felipe Benítez Reyes; yo lo pongo en su sitio.

DESLUMBRAMIENTOS

José Manuel Benítez Ariza



Tener casi la misma edad que Felipe Benítez Reyes y haber leído su obra conforme ésta iba haciéndose depara al que esto escribe una perspectiva privilegiada sobre el autor y sus libros. Una perspectiva, si se quiere, no del todo desinteresada, y un tanto desviada de lo que se supone que deben ser los intereses de un simple lector. Al lector, como al cliente que acude a un experto en cualquier oficio, le interesan los resultados, y sólo tangencialmente los procedimientos. Al lector que además escribe, como es mi caso, le interesa también el cómo, y mucho, y con frecuencia eso limita su capacidad de disfrute desprejuiciado de la literatura de sus coetáneos, a los que supone ocupados en las mismas cuestiones que le absorben a uno. A mí, en fin, me interesaron siempre las cuestiones de procedimiento que planteaban los escritos de Felipe Benítez Reyes. El que éstos viniesen, desde un principio, adornados de una gracia que les era propia no hizo más que agudizar esa preocupación. Leía uno, pongo por caso, el poema «La juventud», de *Paraíso manuscrito*, y se decía: «Bien está. Pero artificios como el que sustenta este poema (recuérdese: una desconfiada enumeración de referencias literarias a la juventud, reunidas por quien todavía era muy joven) no admiten la repetición, no alimentan ese catálogo de maneras adquiridas que llamamos *estilo*, al que todo escritor aspira». Leía uno, digamos, una semblanza sobre Jimi Hendrix publicada en el suplemento literario de un periódico jerezano, y pensaba: «Bien está. Pero el oficio de articulista requiere maneras más sufridas, ese estilo confianzudo del

que arriesga una «opinión», y no esta cascada de imágenes y greguerías con las que el autor descarga en el lector sus dudas, sus deslumbramientos, sus estu-
pores». Esta era, más o menos, nuestra reacción al recibir los primeros —y ya
logrados— intentos de Felipe Benítez en cada uno de los géneros en los que
iba iniciándose. Por supuesto, esta preocupación por la viabilidad de las
maneras de otro sólo se entiende en quien también tenía sus dudas sobre la
viabilidad de cuanto él mismo escribía; dudas que se hacían aún mayores
cuando uno atinaba a escribir algo que merecía el juicio favorable, o simple-
mente benévolo, de sus escasos lectores. Nada más preocupante para un escri-
tor que un acierto, que siempre amenaza con ser el último que la fortuna le
depare.

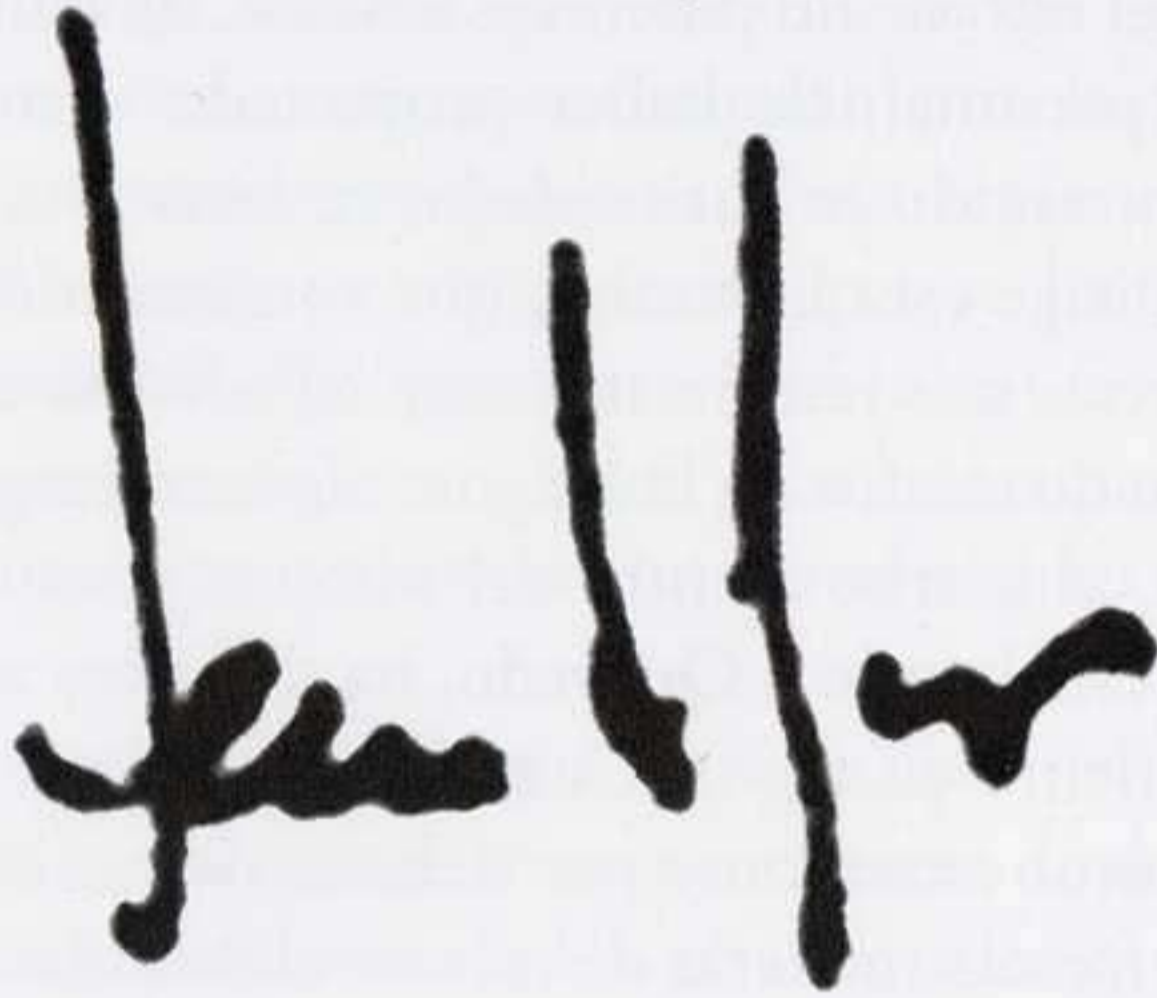
No sabía uno aún, pero ya empezaba a intuirlo, que Felipe Benítez Reyes
no aspiraba tanto a instalarse en unas maneras capaces de deparar «aciertos»,
como a reinventar todos y cada uno de los géneros a los que se asomaba. Y,
efectivamente, acabó por escribir novelas que no se parecían a ninguna otra, y
artículos que apenas tenían que ver con ninguno de los modelos de artículo
más o menos vigentes, y poemas que hace años ya que escapan a las escuelas y
categorías generacionales en las que se quiso encasillar la labor poética de
Benítez Reyes desde sus inicios, y relatos que vienen tocados de una magia
muy particular, ajena a ese reconocible aspecto de artefacto de relojería que
tienen casi todos los ejemplos del género. Léanse, si no, poemas como
«Estampa matinal», de su libro *Escaparate de venenos*, o relatos como «El ven-
dedor de naranjas», de *Maneras de perder*, o la novela *La propiedad del paraíso*,
o cualquiera de los artículos que Benítez Reyes publica regularmente en dife-
rentes periódicos. Todos los ejemplos aducidos son, en primer lugar, testimo-
nios de que su autor ha preservado, contra esa especie de encallecimiento de
la sensibilidad que implica el trato frecuente y crítico con la materia artística,
una envidiable y particularísima capacidad de asombro. Que el mundo sea un
milagro permanente, maravilloso o atroz, es un mensaje difícil de vender. Y
Felipe Benítez lo consigue, entre otras razones, porque, en vez de la retahíla
palabrera y trucada del vendedor, es capaz de articular literariamente el dis-
curso maravillado de un niño que ve por primera vez las cosas. A ese vende-
dor ambulante de zumo de naranja que Benítez Reyes encuentra, o imagina
encontrar, en una calle marroquí no le hubiésemos dedicado, sin su media-
ción, más que una mirada desconfiada de turista cargado de prejuicios; sor-
prende, en cambio, que un narrador que ha bebido en Borges y en Chester-
ton sea capaz de contarnos esa sencilla anécdota sin que asomen los modos
cultistas o la contagiosa retranca intelectual de sus maestros. También la
«estampa matinal» de la que da cuenta el poema del mismo título parece cap-
tada como si el autor hubiera podido desprenderse de ese hastío previo que
nos vuelve insensibles a la renovación de esa infinidad de pequeños misterios

cotidianos con que se inicia cada jornada.

Lo que, en cierto modo, nos sitúa en la misma coyuntura entre admirada y expectante en la que nos colocaban las primeras entregas de Benítez Reyes. Una vez vencido el reto de no parecerse a nadie, de haber hecho de cada género una creación personal, de haber proyectado una mirada inconfundible sobre cuanto ha merecido su curiosidad o su atención, apenas puede uno adivinar adónde se dirige esta literatura, qué caminos tiene marcados, qué nuevas y felices sorpresas nos reserva su autor. Sí adivina uno un previsible, digámoslo así, destino de clásico de la lengua: algunos rasgos de su estilo pasarán, están pasando ya, al acervo común del idioma, como ya ha pasado a éste el uso que Borges, resucitando a Quevedo, ha devuelto al verbo «fatigar» (esforzarse desmedidamente en algo). Cuando eso ocurra, si es que ocurre, cabe suponer que su autor estará muy por delante de sus imitadores, encantándonos con nuevas y frescas maneras de recrear el mundo. Mientras nosotros, sus lectores, seguimos haciéndonos las mismas asombradas preguntas que nos hacemos hoy.

MENTIRAS IMPOSIBLES

Vicente Tortajada



La oportunidad que, a instancias de la revista *LITORAL*, tengo de referirme al escritor Felipe Benítez Reyes consigue que centre en unos folios la turbamulta contradictoria que produjo en mí la aparición del libro de poemas del Sr. Benítez titulado *Vidas Improbables* (1ª edición, Colección Rusadir de Visor, 1994; 2ª edición, Visor, Madrid, 1995). Luego, al poco, concedieron a esta obra no sé si el Nacional o el de la Crítica, uno de los dos.

A mí, como comprenderán, la vida de cualquier escritor, como la de un fontanero o un trapealista, lógicamente me importa un comino: allá cada cual; pero la obra es un testamento público, y en tanto que tal, *tota pulchra*, esto es: un buen libro de poemas, un desatasque definitivo de lavabo, un volatín que lleve al bucle y que vaya de él al triple salto sin red y con las fieras debajo. A tal respecto, bástele al lector con saber que el diletantismo y la flema que caracterizan a este autor lo sitúan claramente entre un Bertie «Stick-steak» Bruster y un Teddy «Cleanhead» Treadway; pienso que este simple dato ya da idea sobrada de su catadura moral.

Y es que, estimados amigos y lectores, *Vidas Improbables* no fue un libro sobre eso. No, no lo era; es decir, no un compendio de poemas de autores sobre cuya realidad física o intelectual no existiesen pruebas tangibles, o documentos fehacientes de su paso por la vida civil. Es indudable que el escritor Felipe Benítez Reyes usó todos los ardides para perjudicar al lector en tal sentido: que si un poeta o tenía muchos poetas dentro o no era poeta ni nada —así, como quien lava y no enjuaga—, citando al final del volumen —blasfema e irreverentemente— a D. Antonio Machado, en abono de semejante

tesis; que si se trataba de una galería de apócrifos... Pues bien, no hay tales galerías ni apócrifos ni abonos ni nada de lo que el libro anuncia. Les explico.

Ya el desesperado encargo de la mafia que con precisión ejecutó Benítez Reyes, y que supuso el frío asesinato en Valladolid del licenciado Eligio Rabanera —irrestitible herida en nuestra memoria su cuerpo flotando en el Esgueva— le reportó el libro de heterónimos *El Sindicato del Crimen. Antología de la poesía dominante* (Ed. LA GUNA, Argamasilla, 1994), como recompensa al pistolero, y en cuyas páginas, como es fácil de observar, no es que los supuestos antologados —se vieron obligados por la Dirección del Sindicato a prestar sus nombres: francmasones: *noblesse oblige*— se muestren clónicos, es que todos, absolutamente todos los poemas fueron escritos por el asesino de Rabanera, por el propio Benítez Reyes. Por otra parte, poemario este al que no supo dar unidad de estilo: un clónico cazado en flagrante *contradictio*.

Al comienzo de estos renglones adjetivo de «escritor» —así, *lato sensu*— a Benítez Reyes, y es que —poeta y novelista, ensayista y articulista— en el tomo de *Vidas Improbables* se nos apareció —siempre presente la lógica mendacidad inherente al modo amoral de conducirse este tipo— como erudito de inesperada valía y exquisito antólogo, al enseñarnos en un breve aunque precioso muestrario las joyas de sus verdaderos maestros. ¿Mentiras en *Vidas Improbables*? Sí, y muchas; pero las hemos descubierto.

El escándalo del que suscribe se suscitó, al principio y en concreto, ante el caso de Lucas Villalba, debido al esbozo biobibliográfico que precede a los fragmentos seleccionados del poema de Villalba; en esa breve nota cita Benítez Reyes al profesor inglés Roy Buchanan, ya desaparecido —en circunstancias lamentables que no son de referir— y, por tanto, imposibilitado ya para refutar las falacias que el Sr. Benítez puso en su boca, mientras ocultaba cuidadosamente cualquier referencia al completísimo trabajo de Michael Cuscuna, *Tippin' The Scales* (Blue Note Press, NY, 1982), en el que en escalas espirales que unas a otras se superponen, el estudioso californiano nos va mostrando la verdad de este «psicho Villalba» —como le llega a definir—, desnudándonos el alma y la poesía de un redivivo y terrible reverendo Dobgson, aunque —así lo advierte la obra de Cuscuna— en Villalba no se den los afanes menoreros del afamado clérigo. Sin duda, la conversación que Benítez dice haber mantenido con Buchanan le lleva a la citada obra del doctor Cuscuna y, a través de ésta, al conocimiento de Villalba, el espléndido poeta y criminal pedagogo. Pero este caso de que les hablo es sólo un ejemplo entre tantos, y en él el erudito no estima necesario escamotear el nombre verdadero del maestro, seguro como lo está de que el lector no iniciado ignora a su vez la existencia real de Lucas Villalba.

Aun así, con el campo minado, merece la pena informar al lector —fin de cualquier nota crítica— pormenorizando, aunque sin prolijidad alguna; a fin

de que pueda separar el oro de la burla. De tal modo, encontramos la entelequia antologada con el nombre de Paul Chase, y que detrás de ella están los mejores versos de los imagistas de la Gran Guerra y la trágica imaginería contenida de Carl Sandburg; en este supuesto «Chase», la inocencia hortelana de un W. Carlos Williams, por ejemplo, tórnase ingenuidad emocionante por la temática —Guerra Civil española al fondo— de los poemas escogidos. Pero vayamos a por otro: el sujeto que nos presenta con dengues de decadente debilidad monárquica y que atiende por Servando Montes, ridiculizado incluso en su asesinato por el pelotón de fusilamiento que dirigió Gálvez, le sirve para esconder endecasílabos redondos de *El Almendro y la Espada* o abánicos de sensibilidad hiperestésica de *Cui-Pin-Sing*: el gordo Foxá, irreductible neomodernista.

Ángel Ruiz Valle, otro escondite más; esta vez la trinchera se sitúa detrás del poema «El Café», ¿pretende Felipe Benítez Reyes que ese acartonado funcionario, Ruiz Valle, leyó a Fortún? ¿El mismo cagatintas que concursa un agosto tras otro al Premio de la Vendimia? No, desde luego que no. La ética. Ay, la ética, amigos... Hubo un tiempo en que el grupo musical Golpes Bajos pregonaba unos *Malos Tiempos para la Lírica*, es decir, para la honradez, para una ética con la cabeza alta... Avanzan aquellos malos tiempos adentrándose en el nuevo siglo con la serpentina sinuosidad que les permite acomodar la vida a su incuria, o acabar con ella —ya sin careta— bajo cascos de caballos cosacos... Bueno, sin más digresión moral, pero sin abandonar todavía «*l'affaire Ruiz Valle*», no quiero omitir el tole tole de puro escándalo que suscitó entre algunos colegas de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla la cuestión de cómo pudo acceder este individuo, Benítez, al manuscrito del poema blasfemo «Semana Santa» de Juan Sierra? Poema que el bueno de Sierra ocultaba con celo, aunque se lo dio a conocer al comisario Muñoz Boraita —de la Comisaría de Plaza de Curtidores, hoy desaparecida— «por si acaso», como nos decía con su carita de boxeador sonado el bueno de Sierra. A quien esto suscribe desveló el misterio entre lágrimas de rabia la propia familia del poeta: simple robo; el tipo —Benítez— después de sobar un poco el original y encarcerar mucho la necesidad de no airearlo, «el provincianismo, ustedes ya saben, el buen nombre de don Juan», va, lo roba y lo publica. En esos versos el católico y genial poeta sevillano había enriquecido la imaginería del mejor Valle-Inclán. Antes de que vuele para siempre el fantasma de Ruiz Valle, otra desahogada fechoría: coincidiendo con una visita de Felipe Benítez Reyes a la ciudad de Burgos por mor de unas lecturas, desapareció del Museo Histórico de la Villa, en concreto de la vitrina de documentos rotulada «Escuadra de Contrapropaganda de FET y de las JONS», el inexplicable por inédito «El Actor» de Manuel Machado. Ya no cabían diferenciales, ni derivadas, ni coincidencias. *Vidas Improbables* muestra a los ávidos de belleza, con el mayor despar-

pajo, esta rara maravilla, cornalina decadente desgajada de su tiempo.

Continuemos con el desoville. Ocultos en el señuelo *chinois* de la disipada poetisa Amita Lo, en el fragmento 17 del pretendido y único libro —*Étalage*— de esta señorita oriental avecindada en París, están tres versos de Ibn Hazm cuya traducción de García Gómez quedó desgraciadamente sin edición, todo ello según confidencias de un su íntimo de la Real Academia cuyo nombre, por pura lógica no menciono. La única greguería lírica realmente sensible de Ramón está en el fragmento 19 del libro de Amita Lo; o lo mejor de la Generación del 27 en unos versos del fragmento 20. ¿Merece la pena continuar con la relación de semejante expolio?, se preguntará a estas alturas el lector cansado de tanta tropelía. Le invito a seguir, amigo mío: deje el texto, arrellánese en el sillón de orejas y, a sorbos caldeados, beba una copa de *Hennesy* a mi salud. Yo mientras hago a usted otro punto y aparte, y ánimo.

Un malagueño boquerón, supuestamente *né* en el año 39, Rogelio Vega —especie de Eric el belga, aunque en materia poética—, sirve de inútil velo a la astucia e intuición erudita del Sr. Benítez —ya perdida la prudente pudicia que venía manteniendo de no dar los nombres de los verdaderos maestros—; a esta conclusión ha de llegarse cuando trasladada al castellano ce por be las estrofas de la «Oda a los Árboles» de Keats; manuscrito expuesto aún en la casa romana —al final de las escaleras de Piazza di Spagna— donde murió, mísero y hemoptísico, el jovencísimo romántico. La vitrina que expone este original, más bien lo esconde: vergonzoso cajón de sastre en el que se arrebujan cartas sin enviar, facturas de un doctor mesmerista, llaves en bloque de cardenillo, el ejemplar reciente de una *Guide of the birds of Ireland*, etc; esto es, sin criterio museístico alguno, como toda la casa —la palangana del aguamanil del dormitorio es de plástico verdoso, por ejemplo—. Pues bien, en medio de este disloque, de esta *Wunderkammer*, el poema citado, ¡y sin traducción española alguna!, ni de Manent, ni de Girri, ni de nadie... Para calibrar todo el tesoro de acíbar del último Keats, bastan los cinco últimos versos de la traducción de Benítez Reyes, por otra parte, fidelísima. Y de semejante modo la emprende, después de artimañas parecidas, con Leopardi, Dickinson, Eliot... Si hiciéramos un alto en este último caso, el de Eliot, podría tal vez cuestionarse la maestría de «Putney Highgate» —el poema seleccionado— frente al resto de la obra ya traducida; pero también —es una hipótesis— cabe pensar que Felipe Benítez Reyes tal vez se acerque demasiado, en esta traducción concreta, a la *maniera* de Valverde. Pese a este indudable lastre, «Putney Highgate» seguirá fulgurando oscuramente entre lo mejor del agente de seguros universal. Este fantomas del que nos estamos ocupando, el tal Rogelio Vega, se atreve también con el único poema de Bernardo Soares que, de forma poco comprensible, Alianza Tres no incluyó en la estupenda

edición que hizo en su día del *Libro del desasosiego*, constando como consta en el mecanoscrito de la Biblioteca Nacional lusa (ms. 5322-f).

Con todo lo dicho, que ya es bastante, creo que lo que más me dolió fue tener que leer por encima del hombro de un botarate desdichado, «Gonzalo Lerma» —nombre con solera en la narrativa de Benítez Reyes—, el único y último poema —lo escribió tres días antes de su muerte— de Miguel Mihura: «Composición de lugar», o la divertidísima sorpresa de encontrarme de nuevo con «Locus amenus (o el Paraíso de la hache fortuita)» de los olvidados y deliciosos y poquísimos versos que Jardiel Poncela quiso incluir en *La Hez y el Martillo* (1ª ed., Atalaya, 1937, Ávila). Continuemos hurgando en la gusenera: debajo de la cobija de un tal Fonseca, descubre el Sr. Benítez Reyes las coplillas y el diverso arte menor con que Julio Mariscal alegraba su estancia en la finca de los Arenas Bocanegra, en Olvera, escritos como recuerdo y en agradecimiento a esa patricia familia; en estos pequeños engarces de exquisita estirpe popular, se destapa un Mariscal divertido —lejana la triste cotidianidad de Arcos— y hermosamente melancólico en algún pasaje urbano. Sé que el poeta y estudioso arcense Pedro Sevilla hubo de cederlos a Benítez Reyes sin más remedio: «Camorra obliga, camorra obliga», me repetía un Sevilla ido, con los ojos turbios.

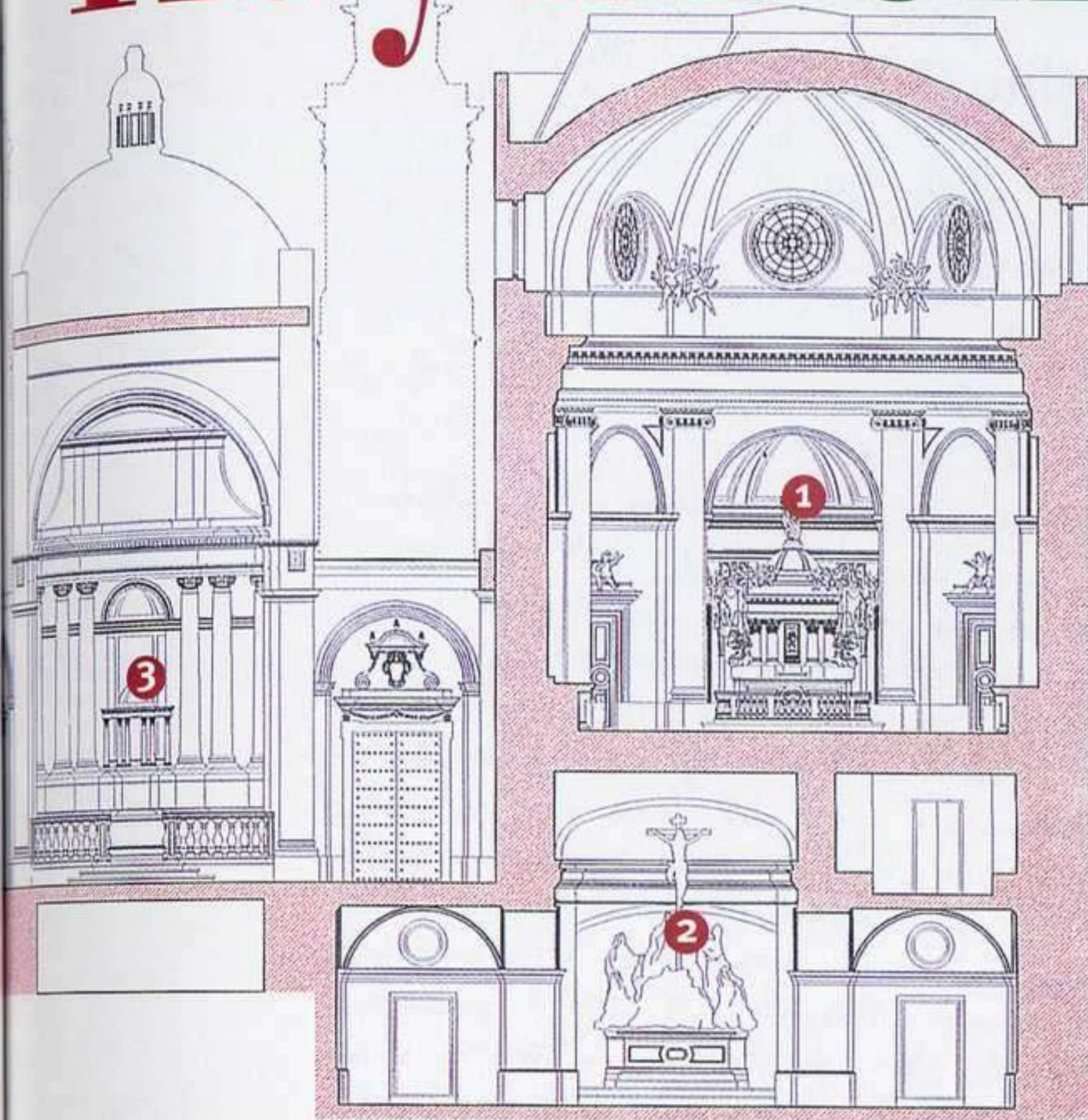
Los dos últimos nombres que Benítez incluye en el tomo van para despistar al lector desavisado, hiriendo deliberadamente y al paso a aquellos que siempre han optado por una poesía diferente, de factura honrada. Allá él: no lo consigue. Como curiosidad vaya el que uno de los poemas atribuidos al majareta Pau Rinkel, el titulado «El caballero», es una transcripción literal de «Gentleman», extraído del *Poems & Lies* de Jim Thompson (ed. de Berkeley University Press, 1975, CA).

En fin que, yendo por delante nuestro abrenuncio al ya casi mítico mafioso roteño, no podemos dejar de agradecerle estos aquilatados diamantes envueltos en la manta de terciopelo negro de sus maestros que, lo queramos o no, son los de todos nosotros. Por eso, esta mistificación seriada de un falsario, este libelo, resulta un libro fatalmente imprescindible.

Haydn en Cádiz



Con motivo de las obras de restauración de la Santa Cueva y de la Iglesia del Rosario, llevadas a cabo con la colaboración de la Junta de Andalucía y World Monuments Fund España, la **FUNDACIÓN CAJA MADRID** ha organizado un ciclo extraordinario de tres conciertos con "Las Siete Palabras de Cristo en la Cruz", op. 51, compuesta por **F. J. HAYDN** por encargo de la Cofradía de la Santa Cueva.



Sección transversal del conjunto monumental Autor: José Ignacio Fernández-Pujol



1 Oratorio Alto de la Santa Cueva



2 Cripta de la Santa Cueva



3 Iglesia del Rosario

CUARTETO MOSAÏQUES

Las siete Palabras de Cristo en la Cruz, op. 51

Versión para cuarteto de cuerda, Hob.III: 50-56

Sábado, 31 de marzo de 2001.

EUROPA GALANTE

Fabio Biondi, director

Las siete Palabras de Cristo en la Cruz, op. 51

Versión para orquesta de cuerda, Hob.III: 50-56

Martes, 3 de abril de 2001.

LE CONCERT DES NATIONS

Jordi Savall, director

Las siete Palabras de Cristo en la Cruz, op. 51

Versión original para orquesta, Hob.XX/1

Miércoles, 11 de abril de 2001.

CARTA A LA REDACCIÓN

(No autorizada)

Hipólito G. Navarro

Sevilla, 4-4-01

A Lorenzo Saval
y José A. Men Toré
Málaga

Queridos amigos:

Varios días, tardes enteras, he empleado en escribir unos folios que hablen de mis impresiones de lectura de la obra de Felipe. Lo que ha salido, los varios textos que he perpetrado en esas tardes, no puedo dejar de considerarlo un completo disparate, muy en consonancia por otro lado con casi todo lo que últimamente soy capaz de redactar. Creo que ese número que se prepara no debe en absoluto mancharse con semejantes pampolinas. Respeto y admiro profundamente la obra de Felipe, y valoro muy por encima de todo su amistad. Por eso mismo — y no podéis imaginar cuánto lo lamento —, creo que lo mejor será que desista en mi torpe empeño, que finalmente muy poco o nada podría aportar.

Agradesco en lo que vale este ofrecimiento, y quedo a vuestra

disposición, supongo, para cuando necesitéis de una escritura descerebrada y estrofalana, que sólo sabe nadar sin hundirse del todo en los más prosaicos territorios de la ficción.

Abratos,

Hipólito G.

P.S.- Por lamentar, tendré que lamentar hasta el sobre. Creí que disponía de alguno virgen, pero ya se ve. No sólo de botecitos de gel vive el viajero.

Abratos again. H.



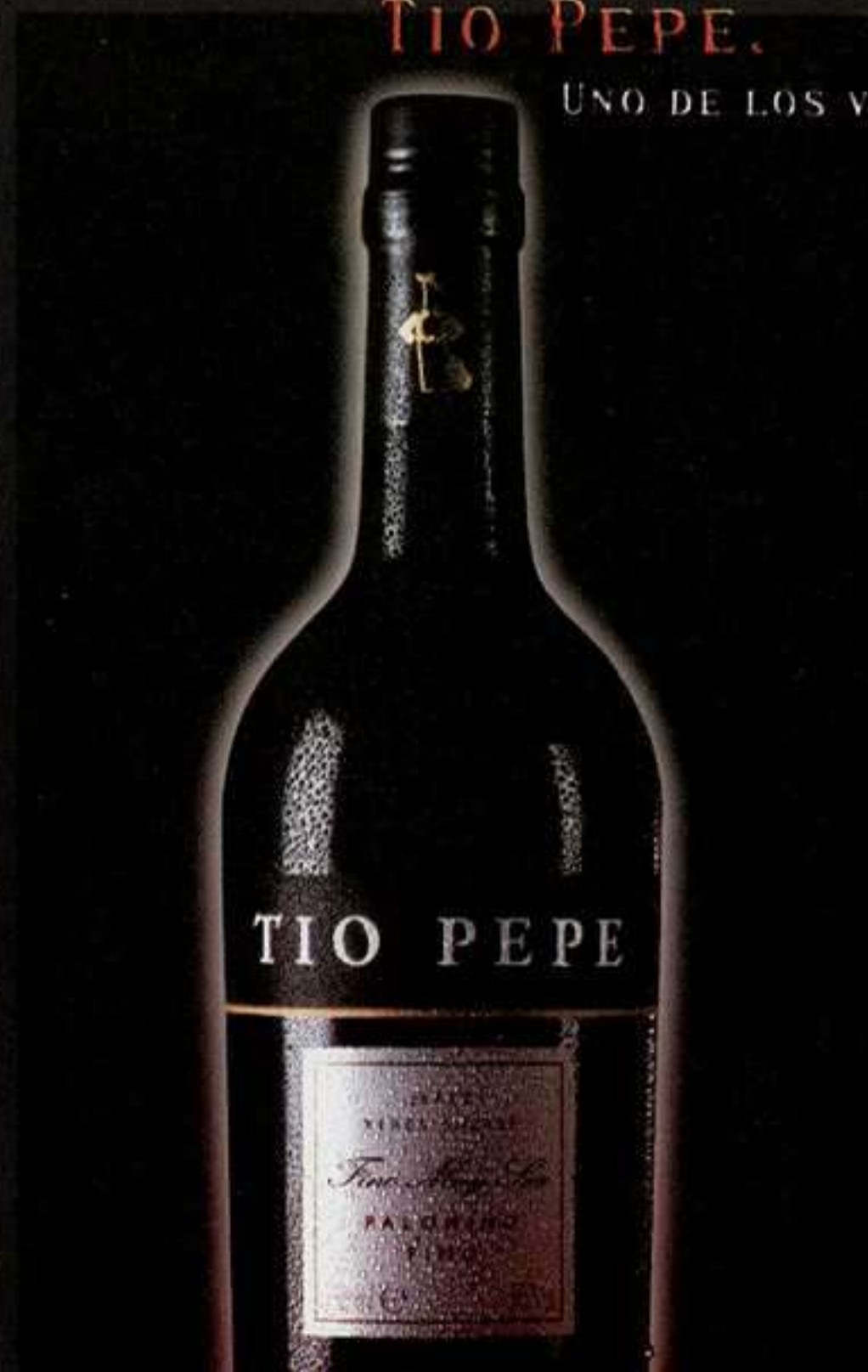
Foto Manuel Gallego



ELUGA. UNO DE LOS PLACERES MÁS SOFISTICADOS DEL MUNDO. IRANÍ

TIO PEPE.

UNO DE LOS VINOS MÁS DELICADOS DEL MUNDO. JEREZ



Estuarios

Correspondencia de ausentes



Manuel Antonio Benítez Reyes

CLAUDIO RODRÍGUEZ
RAFAEL ALBERTI
FERNANDO QUIÑONES
JAIME GIL DE BIEDMA

CLAUDIO RODRÍGUEZ

Madrid, 22 de mayo - 1993

Querido Felipe:

Vuelvo a leer
«Sombras particulares» (lo había
leído y votado para el Premio Nacional
de poesía de este año), como
los otros tuyos, me emociona y,
sobre todo me conforta y me
conforma con la verdadera
poesía. Poemas como
«Persistencia del olvido», «El
viaje», tantos otros — «La visita» —
son, te repito, tan entrañables
como personales.

Por lo te agradezco su lectura
y te envío mi abrazo y mi
amistad de siempre a lo largo — ¡ay!
del paso de los años.

Claudio Rodríguez

Madrid, 22 de mayo, 1993

Querido Felipe:

Vuelvo a leer «Sombras particulares» (lo había leído y votado para el Premio Nacional de poesía de este año) y, como los otros tuyos, me emociona y sobre todo me conforta y me conforma con la verdadera poesía. Poemas como «Persistencia del olvido», «El viaje», tantos otros — «La visita» —, son, te repito, tan entrañables como personales.

Por eso te agradezco su lectura y te envío mi abrazo y mi amistad de siempre a lo largo — ¡ay! — del paso de los años.

Claudio Rodríguez

PALABRAS ADENTRO

Murió Claudio Rodríguez. Parece que se ha muerto un niño grande. «Claudio se está muriendo», y te sentías al oírlo como si acabaran de echarte por encima un abrigo mojado, pero en el fondo pensabas (un pensamiento en forma de pincelada impresionista) que aquello no podía ser verdad del todo: a su peculiar manera, Claudio Rodríguez parecía inmortal, porque conservaba ese brillo de felicidad y culpabilidad secretas que se les pone a los niños en los ojos cuando infringen una norma escolar o cuando le pisan el rabo a un gato.

No acierta uno a saber con exactitud en qué mundo vivía este nieto zamorano y bueno de Rimbaud, pero daba la impresión de ser el suyo un mundo encantado y terrible: la mágica y luminosa pesadilla de Peter Pan, con su cuerpo crecido, el terror ya en los huesos, aunque con la sonrisa siempre verdadera.

Llegaba él, sonriente y oscilante, dichoso y fraternal, hablando como a golpes de metrónomo, con su mirada pura y regocijada, y te preguntaba de repente: «¿Sabes qué estoy leyendo ahora?», y tú le decías, como es lógico, que no, y se sacaba entonces del bolsillo un tratado de alquimia, por ejemplo. «La-al-qui-mia», y las palabras parecían caérsele dentro de la boca, bajar hasta el alma misma y quedársele allí reverberantes, sometidas a un proceso alquímico de radiante lirismo: «Si tú la luz te la has lle-

vado toda, / ¿cómo voy a esperar nada del alba?»

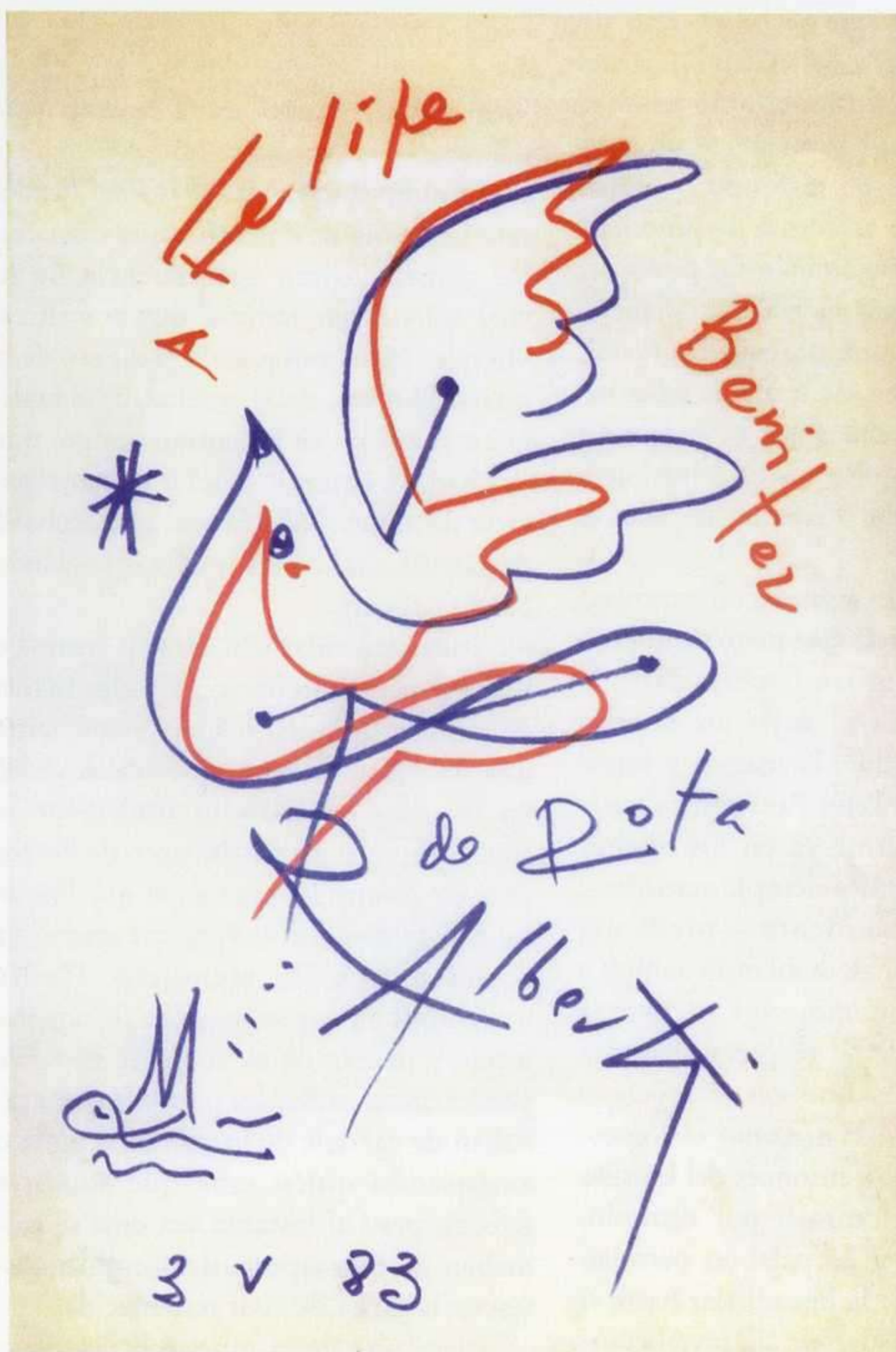
Claudio Rodríguez, de la Real Academia Española, se entendía muy bien con los taxistas, como consecuencia de lo cual solía llegar tarde a muchos sitios. «Es que nos hemos jugado el dinero de la carrera al mus», decía, y señalaba al taxista en cuestión, su repentino amigo, que por nada del mundo parecía querer separarse de aquel niño enorme que acababa de ganarle a las cartas la cifra que marcaba el taxímetro.

Todas las vidas son raras y tristes, o todas al menos lo parecen. Todas tienen el mismo argumento que puede tener una nube cambiante y pasajera. A veces, en los ojos de Claudio Rodríguez se transparentaba un sentimiento de horror ante ese asunto inconcreto al que llamamos, para abreviar, la vida: un grumo de conciencia y de memoria. Había momentos en que se quedaba de repente mudo y dentro de sí, como si estuviese poniendo en orden las palabras que acababan de caérsele de los labios al alma o amansando quién sabe qué sombras feroces, pero al instante sus ojos se colmaban de una especie de asombro abstracto: la dicha de vivir restablecida.

La certeza de la muerte es un diagnóstico de Perogrullo, pues sólo somos tiempo: la encarnación fugaz de un espejismo. Pero se trata de una certeza que renueva, cada vez más intensamente, el estupor y el desconsuelo entre los que nos vamos quedando por aquí, más solos cada vez y más heridos. Adiós, Claudio.

Felipe Benítez Reyes (1999)

RAFAEL ALBERTI



EL MANTEL DEL POETA

En su libro *Retornos de lo vivo lejano*, Rafael Alberti escribió que «en casa del buen poeta siempre hay un mantel y un plato junto a un vaso de agua». Leí y subrayé esos versos cuando era yo un universitario que se malentendía con la lengua de Virgilio, con la lengua de Mahoma y con la gramática histórica de Menéndez Pidal. Veía reflejado en ellos, me imagino, ese modo de vida, humilde y generoso,

ascético y hospitalario, que se les supone a los artistas que no se encuentran demasiado cómodos en las torres ebúrneas y que prefieren vivir en una casa abierta a la amistad, a la conversación, a la gozosa pérdida del tiempo en compañía.

Unos años después, supe que aquellos versos eran algo más que unos versos, pues en el piso de soltero de Alberti no hacía falta un pretexto demasiado solemne para que se desplegara un mantel, se pusieran en una bandeja unas chacinas y un poco de queso y se sirviese no tanto agua como vino, porque no todo el mundo sirve para ser un estilista o un carujo. Y ya era cuestión de ponerse a hablar, preferiblemente en el registro de la broma, pues tenía Alberti la virtud de ser por aquel entonces una especie de patriarca vivaz y pícaro al que le divertían las ocurrencias, los retruécanos y las chufillitas rimadas de manera extravagante.

Cuando estaba entre poetas jóvenes, Alberti seguía siendo un poeta joven, y tenía la impresión de que en cualquier momento podía proponer que nos fuésemos todos a la Residencia de Estudiantes a saludar a Lorca o a mearnos en la fachada de la Real Academia.

En el piso de soltero de Alberti, en el Paseo de la Castellana, había una aguada de Picasso en el suelo, bocabajo, detrás de una maceta. Era de motivo taurino; un paseillo, creo recordar. El sol le daba de lleno. «El sol va a comerse la tinta, Rafael», pero él se encogía de hombros.

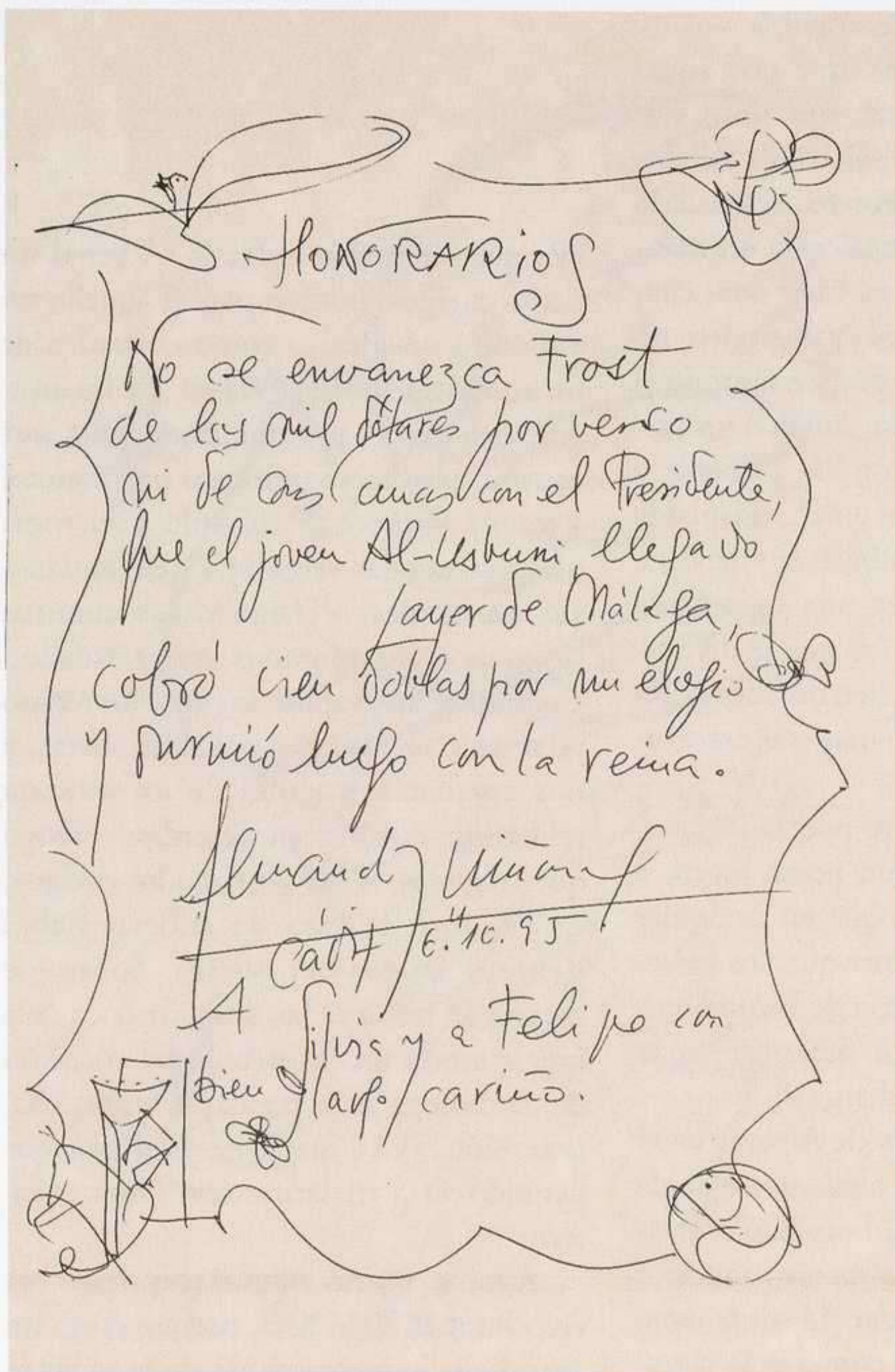
«Es que tengo que colgarlo. A ver si un día lo cuelgo», porque para él aquello no era tanto un Picasso como el cuadro de un amigo apellidado Picasso, y a los amigos suele darles por eso: por pintar, por escribir, por hacer música o por meterse a torero, y uno está obligado a ser comprensivo con las ventoleras que les dan a sus amistades. «Tengo otros cuantos suyos por ahí pintados con rotulador. Cuando se les evapora la tinta, los repaso yo mismo con mucho cuidado», decía, y nos enseñaba el altillo de un armario repleto de cuadros en desorden. «Tengo que colgarlos. A ver si un día los cuelgo».

En aquella casa de Alberti había siempre un mantel puesto. Sobre ese mantel se bebía él las dosis de coca-cola que le servía una asistente con vocación de cardióloga para regularle, según ella, la tensión. «Va a matarme. El día menos pensado va a matarme con tanta coca-cola».

Anoche murió Alberti. Su deseo era vivir hasta el siglo XXI, porque él era un partidario inquebrantable de la vida; ni siquiera el agitado y terrible siglo que ahora también se nos muere consiguió matarle de pesimismo: «Tú no estás muerto, oigo, oigo siempre tu risa», frente a un mantel muy blanco, avanzada la noche, haciendo bromas sobre la rara esencia de la vida.

Felipe Benítez Reyes (1999)

FERNANDO QUIÑONES



DE MARES Y DE MUERTOS

Quando llegó a España, procedente de San Juan de Puerto Rico, el cadáver de Juan Ramón Jiménez, un grupo de escritores improvisó una comitiva fúnebre, un tanto etílica y carnavalesca, para acompañar al muerto magistral hasta Moguer. En ese grupo se hallaba un joven chiclanero y chuflista llamado Fernando Quiñones, que siempre tuvo la percha de un lírico arabigoandaluz aficionado

a las metáforas vinateras y carnales o quizá la de un bailarín retirado de la compañía de Diaghiliev metido a vendedor de camarones, con guayabera blanca y replanchada, en la playa gaditana de la Caleta.

El martes pasado, estaba yo en San Juan de Puerto Rico y recibí una llamada telefónica: «Buenos días. Somos de Canal Sur Radio... ¿Qué hora es ahí?... ¿Las siete de la mañana? Perdona por haberte despertado, pero es que ha muerto Quiñones. Háblanos un poco de él y de su obra». Dios mío. Uno sabe que va a enterarse de la muerte de algunos amigos de ese modo, a micrófono abierto, y que tendrá que decir cuatro vaguedades a tumba igualmente abierta, titubeante, tembloroso y aterrado, mientras la voz se le quiebra y una lágrima resbala hacia el auricular como si quisiera desembocar en las ondas.

El día antes, visité el cementerio marino de San Juan y me paré ante la sepultura de Pedro Salinas: una losa de mármol a ras de suelo, entre panteones delirantes erguidos ante el azul festivo del Caribe, y, por uno de esos movimientos de caballo de ajedrez propios de la memoria, me acordé de Juan Ramón Jiménez, que también murió allí, y del relato de comicidad inocente y solanesca que Quiñones hizo en su libro *Retratos de carne* del traslado por España de los restos del cantor principal de los crepúsculos simbolistas. A esa misma hora, poco más o menos, por una de esas bufonadas características del azar, Quiñones ingresaba en un hospital situado frente a un mar hermano del caribeño y, como el caribeño, resonante de espuma y de leyendas.

Un día, Quiñones me regaló una botella de un brandy que, según él, tenía más de cuarenta años y un sobre de sopa en polvo que llevaba cuatro años caducado: «Es una sopa riquísima que ya no se encuentra en ninguna parte». Porque él era así: alguien que vivía en una intemporalidad mítica y dichosa, ajeno por completo a la fecha de caducidad de los sobres de sopa y de la vida, contemporáneo insobornable de los crepusculares piratas dieciochescos, de los procónsules de Agadir y de aquellos califas de chila-bas doradas que oían los cuentos enduendados de las sherezades de piel de aceituna o de canela. Tan ajeno al tiempo vivía Quiñones que, aun sabiendo ya contados sus minutos, se comportaba como si aún fuese aquel muchacho que, de amanecida, descargaba cajas de pescado en el mercado medio musulmán de Cádiz y que por las noches escribía sobre los misterios del mundo.

«¿Cómo sigues, Fernando?», le preguntábamos, y él siempre contestaba que mejor. Que un poco mejor. Que todo parecía ir mejor. Que se encontraba mejor. Mucho mejor. Que mejoraba. Mientras el cáncer iba corroyéndolo con sus uñas de Fu Manchú y dejándolo con un aspecto triste de bardo de algún emperador medio pirado y medio pirómano, aunque con la lira siempre afinada, escribiendo sin parar, con la urgencia de quien ve caer la arena en un reloj pequeñito y sabe que no podrá darle la vuelta.

Pobre Fernando, con su gorrilla de marinero...

Felipe Benítez Reyes (1996)

... conjunto de producciones
... para producir cierto resultado
... mecánica, cualquiera de aquellas
... en que se necesita el trabajo manual
... o la máquina. *Artes liberales*, con
... de estudios universitarios de
... edad media; las que principal-
... mente requieren el ejercicio del en-
... tendimiento. **Bellas artes**, las que
... tienen por objeto la expresión de la
... belleza. Habilidad, destreza para ha-
... cer ciertas cosas. Cautela, maña, as-
... tucia. Toda producción de la belle-
... za por obra de un ser consciente

Muchas de las cosas que hacemos, las hacemos por el arte y la cultura

En el BBVA no sólo hacemos nuestro trabajo sino que también nos preocupamos por temas que interesan a la sociedad como el arte y la cultura. Por eso invertimos parte de nuestros beneficios en la organización y el patrocinio de exposiciones de arte, premios literarios, conciertos, seminarios, conferencias y muchas otras actividades. Esta es nuestra filosofía. Una filosofía que nos ha llevado a ser una de las entidades financieras más importantes de Europa en el ámbito del patrocinio. Porque en el BBVA estamos con el arte y la cultura. Estamos con las personas.

BBVA

Banco Bilbao Vizcaya Argentaria

JAIME GIL DE BIEDMA

Querido Felipe,
entre ausencia y ausencia de
Barcelona — mi otoño no es caliente pero sí,
ay, en exceso movido — me llegan tus cariñosas
líneas y tu artículo para el n.º que
Litoral me dedicará en homenaje cuando cum-
pla setenta años.

Muchísimas gracias. Es divertido
y es inteligente, virtudes ambas tan perentoria-
mente necesarias. Por cierto, que yo también me
fijo mucho en las lecturas en voz alta y siempre
que viene a verme con sus poemas algún poeta
joven, le pido que empiece por leerme él.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime

Barcelona, 25 de setiembre, 1984

Querido Felipe,

entre ausencia y ausencia de Barcelona — mi otoño no es caliente, pero sí,
ay, en exceso movido — me llegan tus cariñosas líneas y tu artículo para el n.º que Litoral
me dedicará en homenaje cuando cumpla sesenta años.

Muchísimas gracias. Es divertido y es inteligente, virtudes ambas tan perentoriamente
necesarias. Por cierto, que yo también me fijo mucho en las lecturas en voz alta y siempre
que viene a verme con sus poemas algún poeta joven, le pido que empiece por leerme él.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime

GIL DE BIEDMA: LA MUERTE
COMO ARGUMENTO
FRACASADO

La muerte de un poeta suele llevar consigo el cierre definitivo de su pequeño kiosco de tinieblas. Y digo *suele* no porque pueda existir algún poeta un tanto nigromante que logre dictar versos desde el trasmundo, sino porque a las vocaciones literarias es erróneo suponerles en todos los casos una vigencia vitalicia.

Aunque pudiera, Jaime Gil de Biedma posiblemente no dictaría ni un solo verso desde su tumba, ya que optó casi por no escribir siquiera en vida.

La figura del escritor que abandona la práctica de la literatura tras haber realizado una obra memorable resulta inusual y, desde luego, desconcertante, especialmente si se tiene en cuenta que ni siquiera el más desconsolador de los fracasos es motivo suficiente para desalentar a la mayoría de los aficionados a la escritura.

A propósito de las jubilaciones literarias anticipadas, W. H. Auden habló del «mito Rimbaud», mito en el que decía no creer, aunque le reconocía el hecho de continuar obsesionando, como tal mito, la conciencia artística de este siglo.

Con alguna edad en desventaja —bueno, según se mire— con respecto al autor de *Una temporada en el Infierno*, Gil de Biedma, a partir de la publicación en 1968 de *Poemas póstumos*, dio por concluida —no radicalmente, aunque sí de manera bastante radical— su obra poética. Luego, algunos poemas más —rescatados o circunstanciales en su mayoría— que confirmaban precisamente su condición de poeta póstumo en vida: restos y coletazos de una antigua labor literaria.

Barcelona, 5 de junio, 1986

Querido Felipe,
Llegó por fin el n.º de *Litoral*. Ha quedado muy bien en todo: formato, diseño y colaboraciones.

He vuelto a leer tu texto. Ya te dije cuando me lo enviaste tú que me parecía muy ameno e inteligente, además de muy halagador para mí; esta segunda lectura me ha confirmado en lo mismo. Muchísimas gracias por haberte tomado el trabajo.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime Biedma

Barcelona, 5 de Junio, 1986

Querido Felipe,

Llegó por fin el n.º de *Litoral*. Ha quedado muy bien en todo: formato, diseño y colaboraciones.

He vuelto a leer tu texto. Ya te dije cuando me lo enviaste tú que me parecía muy ameno e inteligente, además de muy halagador para mí; esta segunda lectura me ha confirmado en lo mismo. Muchísimas gracias por haberte tomado el trabajo.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime Gil de Biedma

Decía Gil de Biedma que, cuando se preguntaba a sí mismo por qué no escribía, se contestaba con otra pregunta: por qué escribió. Verdaderamente, un poeta cuenta con tantos motivos para escribir como para no escribir, pero el hecho —artificial y extravagante— de redactar unos poemas resulta al parecer más comprensible que el hecho —tan *natural*— de no escribir un solo verso cuando ya uno ha escrito algunos versos.

Sea como sea, la obra de Jaime Gil de Biedma, en su brevedad de razón enigmática, resulta no sólo excepcional en cuanto a calidades y hallazgos, sino también en cuanto a naturaleza.

Dentro de la tradición hispánica contemporánea, la obra de Gil de Biedma no sólo vale por cuanto vale, sino también por lo que supone de ejemplo revelado de la posibilidad de una *voz poética* que acabe siendo esencia y sustancia misma del poema. Al margen de todo artificio retórico, de toda imaginería verbal y, en fin, de toda esa maravillosa truculencia en que suele apoyarse un buen poema, parece claro que se impone ese otro artificio, ese último truco magistral: la evidencia de una voz que sea el soporte mismo del poema. Porque un buen poema moderno no suele tener como resultado un *lenguaje artístico*, sino precisamente ese otro algo —tan difuso conceptualmente y en su evidencia tan nítido— que es la creación de una voz. Una voz modulada en verso, no un lenguaje versificado.

Lo curioso es que, a través de unos poemas endiablidamente complejos en cuanto a estructura, Gil de Biedma hiciera prevalecer precisamente esa voz, no una suma de brillantísimos recursos verbales. Sirva como ejemplo de la habilidad de Gil de Biedma para hacer *transparentes* los rudimentos retóricos

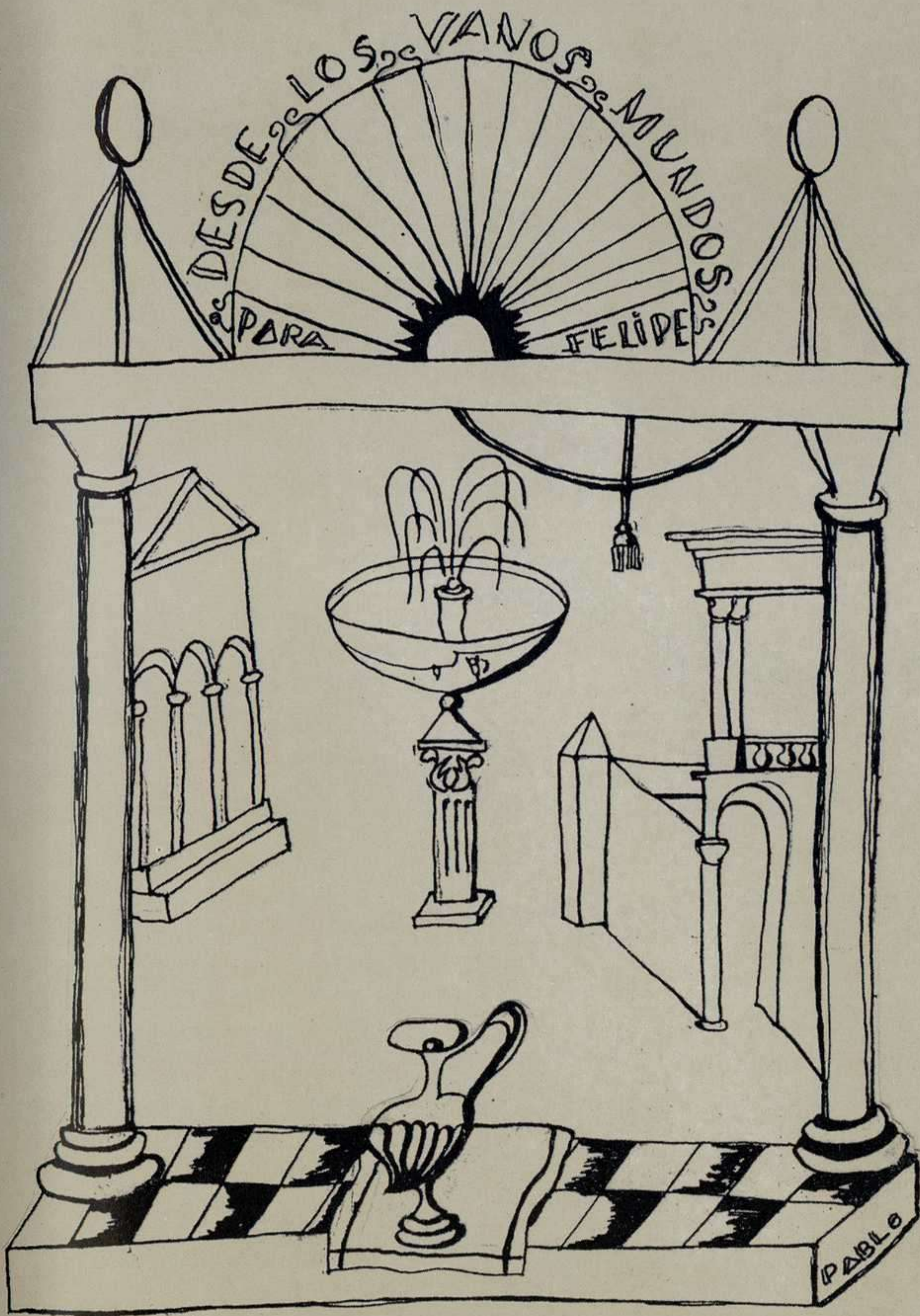
el poema titulado «Apología y petición», acogido al molde de la sextina, sin duda la combinación estrófica más extremadamente artificiosa de cuantas configuran el catálogo de pasatiempos poéticos. Pero lo que constituye una sorpresa no es sólo la elección de tal tipo de composición para un poema de tema —además— político, sino el que esa composición tan rígidamente enrevesada, y tan esclava de sí misma, acabe *sonando* en manos de Gil de Biedma con el más preciso y relajado de los tonos coloquiales. Prueba aislada este poema, en fin, de la evidencia de esa voz que se impone a su propio soporte expresivo. (Prueba también —una vez más— de que al buen retórico le sienta bien el conducirse como un buen actor: sin alardes ni énfasis. Sin sobre-actuar).

A propósito de Cernuda, dijo Gil de Biedma que la muerte está a favor del gran poeta. Muerto desde hace años —y por propia mano— el poeta Jaime Gil de Biedma, la muerte del hijo de vecino llamado Jaime Gil de Biedma y Alba no supone más que una fecha que añadir a la nota biográfica de las nuevas ediciones de *Las personas del verbo*. Eso y un sentimiento de desgarrada melancolía. Pero la muerte, que —según el propio Jaime Gil— tanto trabajo se toma en favorecer al gran poeta, se ha encontrado en este caso con casi todo hecho, pues los poemas de Gil de Biedma no sólo han formado ya parte de las mejores enseñanzas de varias generaciones, sino que están asimismo en nuestro corazón y en nuestra memoria con el irrenunciable derecho de cuanto es ya patrimonio de lo más hondo y verdadero de nuestras vidas.

Felipe Benítez Reyes (1990)



*Madera anohecida y aromática
Algún errante ángel de los bosques
Para Pablo
Felipe Benítez Reyes, 1981*



*Desde los vanos mundos
Para Felipe*
Pablo García Baena, 2001

La mano en la chistera

Cuestionario por *Lorenzo Saval*

—*Aparece tu fotografía en la portada de todos los periódicos del mundo. ¿Cuál sería el titular?*

—Un poeta de Rota descubre casualmente una nueva modalidad de endecasílabo.

—*Después de una larga visita de Salvador Dalí al Museo del Prado, un periodista le preguntó al salir: «¿Qué salvaría si el museo se incendiase?» La respuesta fue inmediata: «El fuego». Si se quemara la memoria de la poesía, ¿qué salvarías?*

—Tal vez un manual de métrica, por si alguien se siente con ánimo para empezar de nuevo.

—*¿Qué tiene Dios en la mano?*

—Dios tiene una mano muy larga, ¿no? Pues no sé... Quizás un semidiós enano que chasquea un látigo de tiniebla y cascabeles.

—*Se te acusa de un crimen y tu primera intención es huir antes de que te detengan. ¿Dónde te esconderías?*

—En mi conciencia, pero seguramente me expulsarían de allí.

—*¿Qué graffitti dejarías escrito en un servicio de señoras?*

—He seguido el rastro de los topacios líquidos.

—*¿Qué es lo que viene después de lo mejor?*

—Lo imposible.

—*Detállame los objetos encontrados dentro de la maleta del naufrago.*

—Las maletas ajenas no deben abrirse nunca, porque viene a ser como entrar de repente en un mundo incomprensible, sujeto a unos parámetros lógicos que nos resultan absurdos, como le ocurrió a la Alicia de Carroll. Quizá por eso todos los policías aduaneros tienen cara de estupor.

—*¿A qué personajes sentarías a una mesa para hablar de sexo, mentiras y literatura?*

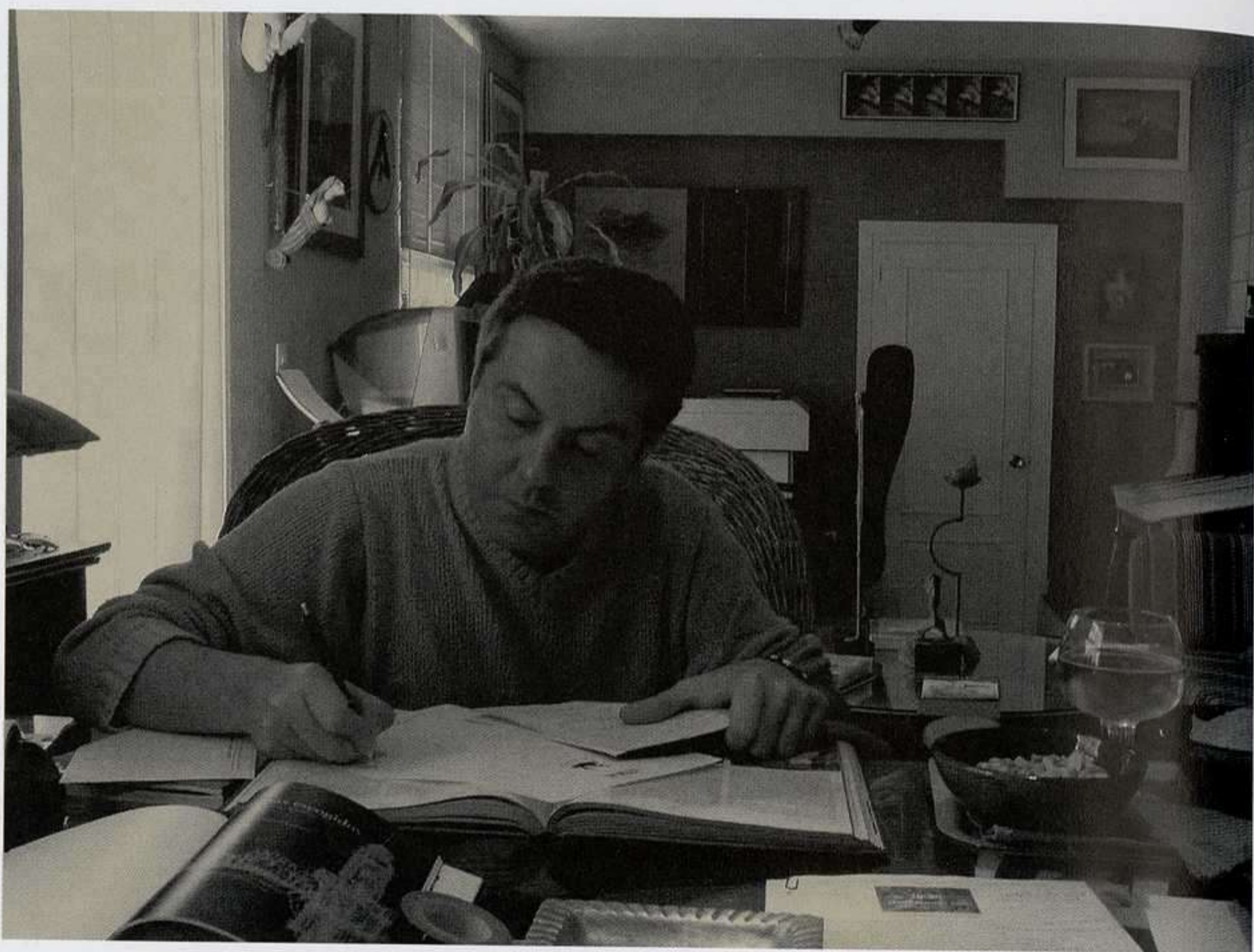
—Pues creo que bastaría con Platón, que supo armonizar muy bien esos tres asuntos.

—*Supongamos que eres un gran mago, el mejor de todos los tiempos. ¿Qué sacarías de la chistera para asombrarnos a todos?*

—A todos, en miniatura.

—*De todos los museos, galerías y colecciones particulares del mundo, ¿qué cuadros tendrías, para despertar del sueño, en las paredes de tu dormitorio?*

—Supongo que cuadros de figuras durmientes, incluso prerrafaelistas, que ya es decir. Una especie de cóncave mórfico, aunque no sé para qué.



—¿Qué canción o qué música escucharías si fueses a toda velocidad en un ferrari rojo hacia el placer de un jugoso encuentro?

—Me temo que lo más adecuado sería el *Requiem* de Mozart, porque no sé conducir.

—*Ramón J. Sender decía que uno de los personajes que más había admirado en su vida era su abuelo, un campesino que nunca leyó un libro, que nunca estuvo enfermo, que nunca dudó de nadie ni confió en nadie y que vivió cerca de 100 años. ¿Quiénes han sido tus héroes en la vida real y cuál es ese acto heroico que más admiras?*

—Quizás esos amigos que, después de habernos acostado a la

misma hora que el conde Drácula, me llaman a mediodía para decirme que nos vemos a las 3 en un restaurante mexicano, por ejemplo.

—*Hazme a bote pronto un equipo español de once escritores del siglo XX para jugar una gran final.*

—Dependería de contra qué equipo fuese a jugar. Si hay que enfrentarse a Nicaragua, por ejemplo, y ellos ponen de portero a Rubén Darío, tendríamos que recurrir a Juan Ramón Jiménez para buscar al menos el empate. Si hay que jugar contra Chile y tienen a Neruda en la delantera, supongo que habría que marcarlo con Alberti, a riesgo de que acabasen los dos recitando odas triunfales con voz de

manisero moribundo. Y así sucesivamente.

—(Interviene en la conversación Mesa Toré) *A portagayola, ¿qué pensamientos te vienen a la mente mientras esperas la salida del toro?*

—Bueno, la suerte de portagayola es muy efectista, muy tremendista, y violenta ese equilibrio de los azares que debe respetarse en el ruedo y supongo que también en la vida: no me parece una buena idea el hecho de añadir riesgos a lo intrínsecamente arriesgado, salvo que uno pretenda ser un torero como Manili o un escritor del tipo Hemingway, por ejemplo. Es como arrodillarse en la vía a la salida de un túnel, esperar la llegada de un tren cargado de antracita, intentar esquivarlo en el último instante y, si el tren no te pasa por encima, recoger con una reverencia el aplauso de la gente. A portagayola no se piensa nada, creo yo, salvo quizás en la portagayola misma, porque el pensamiento puede ocuparse incluso de eso: de la portagayola como kantiana cosa en sí.

—*¿Cómo se llamaba el toro que te hirió en la plaza?*

—Melancólico III, negro zahíno. La herida presenta tres trayectorias: afecta al pasado, al presente y al futuro.

—*¿A qué sabe lo prohibido cuan-*

do, en las aulas, las lolitas diseccionan lentamente el cadáver ilustre de las ciencias?

—Cualquier aglomeración de más de tres lolitas supongo que olerá indefectiblemente a calcetines. Además, según el código humbertiano, las lolitas son especímenes infrecuentes. A mí las lolitas sólo me interesan como tema literario, por fidelidad a esa novela de Nabokov repleta de psicópatas peligrosísimos (Lolita misma, su madre, Humbert Humbert) en la que la única persona sensata y honrada me temo que es Clare Quilty.

—*Llevas media hora tumbado en el diván de tu psicoanalista sin decir ni una sola palabra y de pronto tu analista te habla. ¿Qué te dice?* (Pregunta Miguel Gómez.)

—Me temo que algo así como «Oiga, aquí el que cobra por estar callado soy yo. Déle cuerda, por favor, al subconsciente».

—*¿Qué título tendrían y con qué palabras terminarían tus memorias?*

—Creo que el título podría ser *Entre Babia y Babilonia*, dos enclaves míticos por los que acostumbra a hacer turismo mi pensamiento, si merece ese nombre lo que se me pasa de vez en cuando por la cabeza. Supongo que podrían cerrarse con una frase más o menos de este tipo: «Todo lo demás no lo he olvidado, pero tampoco consigo recordarlo».

Fotografías: Lorenzo Saval. F.B.R. en *La Marea*, Benalmádena, abril 2001

Antología privada
FELIPE BENÍTEZ REYES

Ilustraciones de Manuel Antonio Benítez Reyes



EL MERCADER

I

Extendía la herida roja de las manzanas,
la blanca herida de palomas.
Su mundo eran monedas invisibles.
La eternidad era su mundo
y ofrecía la tarde
en bandejas mojadas por la sangre del viento.

II

Cada tarde llegaba el mercader. Unas monedas
bastaban para ver feliz el rostro
de aquel que asesinaba las palomas,
de aquel que mordió oscuro la manzana.

III

Nunca vimos su rostro y acaso lo besamos.
Andaba entre los jóvenes; velaba, verde y frío,
el sueño de doncellas, la vigilia de ancianos.
Estaba y no dormía. Su mano era de invierno.

IV

Vivir el otoño recordando ese mar
y temiendo el invierno inacabable
hacía su visita
más grata y más amiga. Sin embargo,
nos traicionaba siempre, nos ofrecía objetos sin valor
a precios altos. Y en su comercio
pensábamos la vida avanzar más gloriosa.
Nunca nos avisó de los peligros.

V

Cada tarde llegaba el mercader
con nuevas baratijas. Ilusionados
a su encuentro corríamos y alegres.

Nunca decepcionaba: raras lentes,
jarrones de cristal y blanco humo,
cuerpos, teselas, sombras...
Nunca nos mintió en vano:
era su juego eterno y era triste.
Al paso de los años nos amó con más fuerza.

Cada tarde llegaba el mercader, el tiempo,
extendía las manzanas...

(de *Paraíso manuscrito*, 1982)

LA BALA DE PLATA

Es la última. Las demás las he ido regalando
a tipos como yo. Una leyenda
he mandado grabar a su través:
«Soy dueña de una vida».
Mis familiares piensan que es sólo un amuleto.

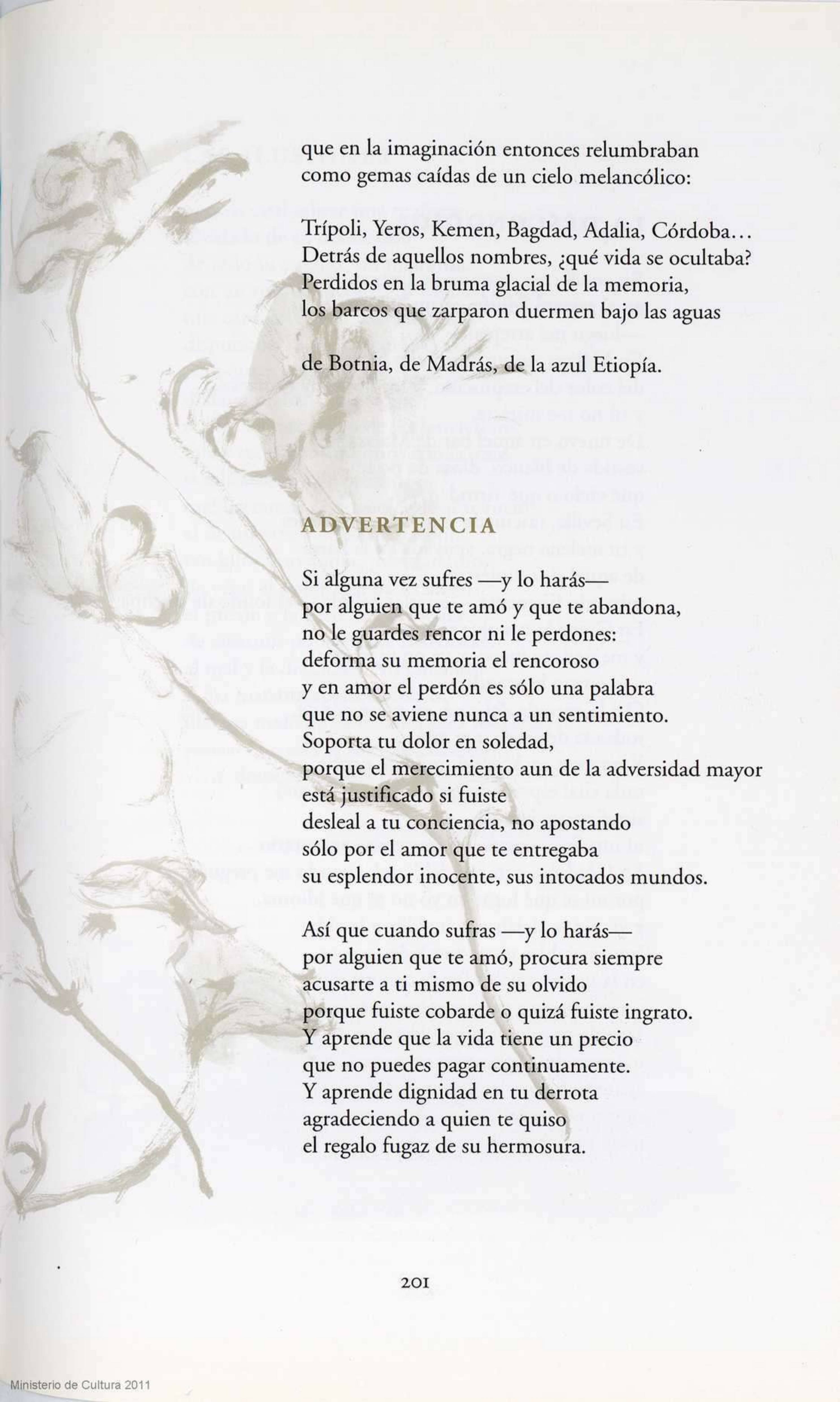
Algún día, esa cosa minúscula
sabría acabar con todo. Y es curioso
que algo tan insignificante
me pueda trasladar a los infiernos.

EL ATLAS

Se alejaban los barcos cargados de tesoros
y el niño señalaba con mano desvaída
las regiones lejanas de nombres eufónicos,
suaves como versos de cadencia elegíaca:

Aleandría, Córcega, Tornea, mar de Banda,
Majach-Kala, Karat, Bengasi, Esmirna.

Regiones de las brumas y las tinieblas albas,
ciudades de los altos minaretes de oro



que en la imaginación entonces relumbraban
como gemas caídas de un cielo melancólico:

Trípoli, Yeros, Kemen, Bagdad, Adalia, Córdoba...
Detrás de aquellos nombres, ¿qué vida se ocultaba?
Perdidos en la bruma glacial de la memoria,
los barcos que zarparon duermen bajo las aguas
de Botnia, de Madrás, de la azul Etiopía.

ADVERTENCIA

Si alguna vez sufres —y lo harás—
por alguien que te amó y que te abandona,
no le guardes rencor ni le perdones:
deforma su memoria el rencoroso
y en amor el perdón es sólo una palabra
que no se aviene nunca a un sentimiento.
Soporta tu dolor en soledad,
porque el merecimiento aun de la adversidad mayor
está justificado si fuiste
desleal a tu conciencia, no apostando
sólo por el amor que te entregaba
su esplendor inocente, sus intocados mundos.

Así que cuando sufras —y lo harás—
por alguien que te amó, procura siempre
acusarte a ti mismo de su olvido
porque fuiste cobarde o quizá fuiste ingrato.
Y aprende que la vida tiene un precio
que no puedes pagar continuamente.
Y aprende dignidad en tu derrota
agradeciendo a quien te quiso
el regalo fugaz de su hermosura.

LA DESCONOCIDA

En aquel tren, camino de Lisboa,
en el asiento contiguo, sin hablarte
—luego me arrepentí.
En Málaga, en un antro con luces
del color del crepúsculo, y los dos muy fumados,
y tú no me miraste.
De nuevo en aquel bar de Malasaña,
vestida de blanco, diosa de no sé
qué vicio o qué virtud.
En Sevilla, fascinado por tus ojos celestes
y tu melena negra, apoyada en la barra
de aquel sitio siniestro,
mirando fijamente —estarías bebida— el fondo de tu copa.
En Granada tus ojos eran grises
y me pediste fuego, y ya no te vi más,
y te estuve buscando.
O a la entrada del cine, en no sé dónde,
rodeada de gente que reía.
Y otra vez en Madrid, muy de noche,
cada cual esperando que pasase algún taxi
sin dirigirte incluso
ni una frase cortés, un inocente comentario...
En Córdoba, camino del hotel, cuando me preguntaste
por no sé qué lugar en yo no sé qué idioma,
y vi que te alejabas, y maldije a la vida.
Innumerables veces, también,
en la imaginación, donde caminas
a veces junto a mí, sin saber qué decirnos.
Y sí, de pronto en algún bar
o llamando a mi puerta, confundida de piso,
apareces fugaz y cada vez distinta,
camino de tus mundos, donde yo no podré
tener memoria.

LAS ILUSIONES

Si cada cual saliese una mañana
olvidado de sí, desasistido
de todo su pasado, sin memoria,
con un rumbo inconcreto y en los labios
una canción trivial, alegremente,
dispuesto a no volver atrás la vista
para que nada enturbie esa mañana,
diáfana mañana que posee
el inquietante brillo de las tentaciones
que a veces confundimos con la vida,
si saliésemos y de pronto
qué hermosura perfecta, qué alto vuelo
el de nuestro cansado corazón,
tan luminoso ahora, ¿olvidaríamos
de veras el dolor que padecemos,
el miedo y la tristeza y la locura
de creernos por siempre destinados
al mal y la desdicha? No sabemos.
¿Una mañana apenas bastaría,
diáfana mañana de verano, para hacernos
pensar que aún es posible proseguir,
vivir, después de todo, impunemente?

(de *Los vanos mundos*, 1985)

ELEGÍA

Todo lo perderé salvo el recuerdo
de los días aquellos luminosos
en que la vida aprisionaba con firmeza
la flor caudal y humana
de una ambigua emoción inexpresable
que cada cual concibe
como felicidad.

(de *Pruebas de autor*, 1989)

ENCARGO Y ENVÍO

Señora de mis pobres homenajes...

GÓNGORA

Este arte sombrío no se ajusta a la vida
y de muy poco valen los versos que se escriben
aun si apresan la esencia fugaz y desvalida
del tiempo, que va huyendo:
luna o rosa en la noche hecha de estrellas,
irreal como luna y como rosa hiriente.
Luna o rosa que cifra la memoria.

Este arte sombrío vale poco,
y me pides que escriba
un poema de amor en el que brille
la alta luz temblorosa del pasado,
su sol negro caído sobre el mar
muerto del tiempo, que surca un barco en llamas
(y en él va mi recuerdo) camino del recuerdo.

Un poema de amor tiene un alma que vuela
sobre un reino de humo;
quiero decir que apenas
su sentido es real, porque el amor dispone
su retórica propia, que poco tiene
que ver con el amor,
y es fantasmagoría.

Y es un cuerpo de oro
en el poema el cuerpo que se ama,
y son teatrales noches magas
las noches de amor furtivo
—en hoteles no siempre confortables—
a las que da un prestigio desmedido
la verdad literaria.

Me has pedido
un poema de amor.

Sé que no cumplo
con esto que ahora escribo:
un poema amoroso que no habla
del amor en la forma decorosa
en que debiera hablarse del amor
en un poema de amor de alguien enamorado,
de alguien que te ha dado
su vida y reverencia;
un poema de amor que no lo es.

Señora de mis pobres homenajes,
este arte sombrío no se ajusta a la vida
y es difícil decir en un poema «Te quiero».

Este arte vacío, más raro que la vida...

DUERMEVELA

Labios como los tuyos los he besado
—y era un sabor de niebla el que dejaban—;
tu cuerpo era el de otras, y esa voz repetía
las cosas que se dicen después de haber bebido.

Como las tuyas, hubo manos que a veces
me marcaron la frente con ceniza
de la hoguera de un sueño.
Y aquello no era amor, pero tentaba.

Desploma ya la noche
su teatro sombrío (y estos labios
que beso ¿son tus labios?).
Viene la luz muy fría y lo recuerdo:
me he visto en unos ojos
que no me conocían, de agua oscura,
y ellos no me ampararon,
y un cielo muerto vi en aquellos ojos.

Algo brilla en el suelo,
y es un puñal, y es tu anillo,
y es la moneda helada de la muerte.

Pero ¿qué sitio es éste
y con quién duermo, que tiene
tus manos, tu mirada y tu tristeza?

Ahora que estamos solos,
dime si son tus labios
estos labios amargos.
Ahora que la luz despunta altiva,
vámonos de este sueño.

(de *La mala compañía*, 1989)

EN CONTRA DEL OLVIDO

Si el tiempo en la memoria no muriese
tan lento y torturado, disponiendo
por tanto una manera melancólica
de volver al pasado y de sentirlo
no como un algo muerto, sino siempre
a punto de morir y siempre herido
—y renacido siempre, y de tiniebla.

Si el tiempo, en fin, tuviese potestad
para borrar su estela de memoria,
para enterrar sin daño los recuerdos
en vez de darles rango de abstracción

—y en las tardes vacías recordar,
con algo de tahúr y algo de mago,
lo que ya sólo es ficción del tiempo
como un viento lejano, un eco frío.

Si todo fuese así, si en el pasado
no fuera uno la estatua de sí mismo
en una plaza oscura y sin palomas
o el actor secundario de una obra
retirada de escena, me pregunto
qué sería —imagina— de nosotros,
que sellamos un pacto tan antiguo
como el color del aire en la mañana.

Qué habría de ser entonces, sin memoria,
de nosotros, que hacemos renacer
al juntar nuestras manos esta noche
tantas noches y lunas y ciudades
y el tembloroso mar de las estrellas.

NOCHE DE SAN JUAN

Qué secreta y hermosa
es la noche festiva para aquel
que no tiene pasado: un tiempo frío
dentro del corazón.

Qué exacta noche
de fuego y juventud.

Qué diferente
ya de cuando éramos
aquellos que en la sombra
furtivos se besaban y reían.

Las muchachas se obsequian como entonces
y los amigos beben en una copa igual
a la que ya apuramos cuando fuimos
como estos que ahora se adueñan de la vida.



INFANCIA

El viento golpea la puerta
del cuarto siempre cerrado.

El viento llama a la puerta.

El viento quiere abrir
la puerta en que detiene su camino
ese caballo blanco con ojos de cristal.

El viento araña
la puerta con su garra de dragón errabundo.

Los sioux y comanches
van tensando sus arcos.

La paloma mecánica
mueve sus alas frías.

Pero el viento
derriba al fin la puerta.

Y deja ver
la habitación de sombra y amargura.

VALOR DEL PASADO

Hay algo de inexacto en los recuerdos:
una línea difusa que es de sombra,
de error favorecido.
Y si la vida
en algo está cifrada
es en esos recuerdos
precisamente desvaídos, quizás remodelados por el tiempo
con un arte que implica ficción, pues verdadera
no puede ser la vida recordada.

Y sin embargo
a ese engaño debemos lo que al fin
será la vida cierta, y a ese engaño
debemos ya lo mismo que a la vida.

(de *Sombras particulares*, 1992)



LA CONDENA

El que posee el oro añora el barro.
El dueño de la luz forja tinieblas.
El que adora a su dios teme a su dios.
El que no tiene dios tiembla en la noche.

Quien encontró el amor no lo buscaba.
Quien lo busca se encuentra con su sombra.
Quien trazó laberintos pide una rosa blanca.
El dueño de la rosa sueña con laberintos.

Aquel que halló el lugar piensa en marcharse.
El que no lo halló nunca
es desdichado.
Aquel que cifró el mundo con palabras

desprecia las palabras.
Quien busca las palabras que lo cifren
halla sólo palabras.

Nunca la posesión está cumplida.
Errático el deseo, el pensamiento.
Todo lo que se tiene es una niebla
y las vidas ajenas son la vida.

Nuestros tesoros son tesoros falsos.

Y somos los ladrones de tesoros.



EL POEMA

Tan extraño
como llegar a una ciudad
y ver cómo la luz
inventa esa ciudad de la que nunca
has logrado salir.

LA EDAD DE ORO

Lo que se lleve el tiempo
que sea tanto
como aquello que el tiempo nos dio,
regalo inmerecido,
dejando la memoria en la inocencia
de la vida cumplida, porque nada
hiere más y más hondo que el recuerdo:
mientras dure una noche en la memoria,
esa noche es la Noche
y esa intensa memoria la Memoria.

Llévese el tiempo todo
lo que quiera llevarse,
porque todo fue suyo desde siempre.

Que desvanezca el tiempo
el oro delincuente del amor
y la imagen hermética de aquello
que llamabas pasado

—y era apenas
ayer: la fugitiva
edad de no tener
edad para el pasado.

Edad de Baudelaire y de muchachas
que aprendían nociones de la vida
en las últimas filas de los cines
y en esos viejos cines de posguerra
convertidos
en locales de baile que cerraban
cuando el cielo quería amanecer.

Amaneceres de domingo,
volviendo a casa con
un vaso aún en la mano
y con tabaco extraño en el bolsillo,
a esa hora en que abrían los cafés
y las damas de caridad montaban mesas
con carteles de niños moribundos.

Y era la muerta luz que amanecía
la metáfora helada y la exacta ilusión de estar quemando
las naves de la eterna juventud.

Pero en su coche fúnebre
el tiempo iba admitiendo pasajeros.

Y las naves quemadas son ceniza,
y muy poco de eterna
tuvo la juventud.

Así que arrastre todo, que se lleve
en su vértigo el tiempo la memoria, dejando
un vacío perfecto en el pasado.

Porque todo recuerdo
se acaba corrompiendo en el presente,
y este presente ya
de poco va a servirnos.

De poco va a servirnos
el saber que hubo un tiempo en que la vida
valía su peso en oro.

Porque la vida pone
su casa en el pasado.

Y esta casa sombría no parece la nuestra.

(de *El equipaje abierto*, 1996)



ACERCA DEL AMOR POR LAS LOLITAS

1

(De Humbert Humbert a Clare Quilty)

Contra aquello que el tiempo
corrompe y reblandece
se rebela mi amor, el que persigue
la ácida fruta aún de la inocencia
y que por ello
va por el mundo esquivo y taciturno
como un violín traspasado
por puntas de dramáticos cristales.

Contra la extenuada blancura
de aquello que ha llegado a su futuro
se revuelve este amor, que toca el agua
inmadura de un mundo que amanece,
igual que aquel
que vio por vez primera, en la noche de infancia,
la cotidiana luna, e intuyó sus metáforas sin límite.

Contra aquellos que pisan
la flor novicia y blanca en el bullicio
de calles comerciales con letreros en morse
yo definiendo mi amor,

ese que puede
oler el acre aroma nupcial de las alcobas
en las aulas sudadas
donde las niñas diseccionan lentamente
el cadáver ilustre de las ciencias.

Porque la rosa abierta no.
No esas pieles podridas, perfumadas
en la noche del sábado
igual que salamandras que se bañan en plata.
No el cansado temblor de los relojes
dentro del corazón de las nereidas
con el pelo teñido.
No esa cuchilla oscura que la edad
pone en nuestra mirada y la endurece
con resabios de miedo y de sospecha.

Sólo la transparencia de las aguas
en que nadie ha bebido, ocultas en el bosque
peligroso de un mundo en que las putas venden
su orquídea tumefacta
al desamparado vendedor de seguros,
al muchacho del tic facial
y a los viudos líricos
que besan por la noche las fotos de una muerta,

sólo la transparencia de quien no
tiene pasado aún, según iba diciendo, es lo que busco,
de motel en motel, venciendo las volutas
de la fiebre y la culpa,
al volante de un coche que al pasar miran todos
con un presentimiento delinciente.

La imagen del deseo es un castillo sin salida
por el que corren monstruos babosos y galantes,
con los ojos cegados de angustia y de poder:

un ilustrado caballero al lado de una niña,
por ejemplo.

Un monstruo con pasado
al lado de una bestia delicada
que acaba de rugir por vez primera,
carnal e indiferente, ya implicada de lleno
en el mágico horror del laberinto.

2

(De Clare Quilty a Humbert Humbert)

Dos payasos que corren
detrás de una rosa
de plástico rosa.

Créame, amigo: el deseo
es patético como esa
gota de lluvia que resbala

por el alero y
que se estrella —*toc*— en su cabeza.

¿Quién no pisa una rosa?

Entre besar una rosa, olerla, acariciarla,
y matar una rosa
sólo media un espacio
de tiempo más bien corto:
el suficiente
para que la voracidad de cualquier individuo
huela la corrupción de su deseo.

La belleza, en efecto, es fugitiva.
Pero el deseo le gana la carrera.

Pongámonos
melodramáticos:
«Yo persigo la flor de la pureza,
lo intocado y lo bla-bla-bla-blá...»

Bien.
No vamos a follarnos a las viejas.
Pero tampoco vamos
a dar rango de diosa
a las gritonas colegialas
que huelen a pijamas con dibujos,
imprecisas aún como ectoplasmas.

¿Los hondos,
mortificantes timbales que retumban
solemnes en el templo tenebroso
—y es un modo de hablar—
de la conciencia?

No sé yo:

las rosas de papel se tiran como
se tiran los pañuelos de papel.

Ya vendrán otros
a recoger las rosas arrugadas
...afortunadamente para ellas,

pues ¿se imagina usted
un prerrafaelista vertedero
de nínfulas caducas y llorosas, profanadas
por atildados caballeros del mundo de las artes,
de la bolsa, las ciencias o el comercio;

delicada
mercancía mental para Herr Freud?

Las rosas están en el jardín,
con sus frágiles cuellos inclinados,
y en el jardín hay siempre un jardinero

—como usted, como yo—

con tijeras de plata.

...Y poco más de sí
da nuestro enigma
favorito.

Lo que se busca en ellas,
lo que todos buscamos, es algo muy trivial:
la negación del tiempo.

Ser aún el muchacho que en lo oscuro de un cine
palpa el pubis sin vello a través de una red
de miedos y de elásticos.

Ser el niño asustado
que acaricia los pechos irreales
de las parpadeantes muñecas mutiladas.

Lo que le iba diciendo: dos payasos.

Con nuestras narices de bola
y nuestros ojos pintados como estrellas que estallan,
provocando la risa y la angustia de esas niñas
que se esmaltan las uñas y enrojecen sus labios
en pequeñas arcadas olorosas
a sexo inacabado y calcetines.

(de *Escaparate de venenos*, 2000)

Fragmentos

narrativos F B R

Guerrilla

literaria en el

Europa

El duende

hablador y la

cabeza parlante

El pie de Lali

Humo

Aparición

anómala de

Walter Arias



Guerrilla Guerrilla literaria literaria en el en el Europa Europa

Gonzalo de Lerma veía derrumbarse las tardes tras las cristaleras del bar Rey del Oriente y ante un velador abarrotado de revistas antiguas que le servían como documentación para sus poemas futuristas y para sus novelas de época, repletas siempre de espías que eran marqueses, de marqueses que eran maníacos sexuales y de psicópatas sexuales que veraneaban en Montecarlo o Portofino, formando de ese modo un *bric-à-brac* de aristocracia, erotismo y delincuencia.

Envuelto en las neblinas de una cachimba, Gonzalo de Lerma se pasaba las horas escribiendo, revisando o incluso declamando en voz baja, con dejo cavernoso, alguna de sus novelas de escenas crudas o algunos de sus poemas en los que el cielo podía poblarse de tornillos sangrantes y los pájaros convertirse en aeroplanos carnívoros. Él se tenía por biznieto de toda la estirpe decadente y le hubiese gustado malvivir con una mulata fatalista y alcohólica y ascender diariamente a la cima de los pecados mortales. Pero por aquel entonces Gonzalo de Lerma se hospedaba en un hostel llamado Derby 2000 y a efectos legales se le conocía por Miguel González Lera, que era nombre que reclamaba angustiosamente un pseudónimo, según convino su novelismo: un día de tantos, se cambió el nombre, se sintió un ser distinto al que ya era y se compró una pipa de fumar. De ese modo, tomó posesión de una pequeña galaxia autóctona, girante en una órbita de quimeras y neblinas, y comenzaron a aparecer en su pensamiento algunas estrellas, como puntos de ilusión luminosa en el futuro.

Gonzalo de Lerma sólo había publicado *Espejo de tinieblas*: veinte páginas de versos libres, con un dibujo de clima apocalíptico en la cubierta (siluetas derretidas y esqueléticas que deambulaban por una especie de vertedero postnuclear), en edición de doscientos ejemplares ciclostilados, inaugurando así la colec-

ción «El navío ebrio», cuya botadura patrocinó una caja de habanos: la que atesoraba sus ahorros de cuatro años de abstinencias mundanas en favor de la letra impresa. En el hondo cajón de los inéditos aguardaban el vértigo de las linotipias unos diez originales más, entre verso y prosa. Porque la literatura, para él, era un veneno. Una especie de jarabe venenoso que no dejaba de ingerir a diario, preferentemente después de las comidas, como un digestivo intelectual, entre los muros del bar Rey del Oriente, que no debía su nombre a las suntuosidades decorativas, por no tenerlas, sino al hecho de haber encarnado su primer propietario al rey mago Baltasar en la cabalgata de 1953, en la que por primera y única vez se paseó un cachorro de elefante, alquilado por el Ayuntamiento al circo de fieras Ringling, que había hecho estación en el pueblo.

Una tarde de tantas, Gonzalo de Lerma estaba revisando el estilo del folio número veinticuatro de su última novela: *Los caprichos de Sara*. Se había detenido en un pasaje de recio naturalismo: «La espía polaca se quitó apresuradamente los zapatos de imitación de raso y el marqués advirtió súbitamente que aquellos pies exudaban hediondecas poco gratificantes, pero había ya caído irremediablemente en las garras negras del vicio, así que solamente buscaba el disfrute de los cuerpos anónimos aunque no destacasen precisamente por su higiene». Él jamás hubiese concebido un relato sin espías, sin escenas de cama y sin aristócratas cultivadores de la perversión: sus tres grandes comodines estilísticos, si logramos dejar aparte los adverbios terminados en *ente*.

El desagradable trance por el que pasaba aquel marqués en la página veinticuatro fue remediado de manera providencial por Arturo Reinoso, dramaturgo de cuerda social-realista y víctima supurante del acné juvenil, quien se dirigió a la mesa del novelista frotándose las manos y bufando vaharadas de vaho, pues era mucho el frío que recorría las calles como un fantasma invernal de tiritera.

Gonzalo de Lerma recibía siempre con alharacas a Reinoso: «Un coñac aquí al gran dramaturgo», le voceó al camarero. Pero el dramaturgo dijo que no, que café cortado, porque anoche había estado en el Zambra.

El bar Zambra reunía todos los miércoles a Antonio Molinero, cronista oficial de la Villa; a Juan Sivantos, abogado y narrador inconfeso, y a una representación variable de jóvenes literatos que constituían el cupo local de esclavos de las musarañas de las musas y que tomaban como una obligación metafísica el beber sin tino, el hablar etéreamente de las mujeres del cine y de las revistas ilustradas y el volver a casa al toque de queda de los campanazos de la misa de siete como espectros bohemios aturdidos por las experiencias casi parapsicológicas derivadas de su noctambulismo, ese noctambulismo que les permitía escribir en sus poemas la palabra «insomnio» con conocimiento de causa (...)

(Fragmento inicial de la novela *Chistera de duende*, 1991)

El duende El duende hablador hablador y la cabeza y la cabeza parlante parlante

(...) Privado de su alfombra mágica por la avaricia del carpintero de Ningbo, varios años llevaba el desdichado Moshe Yenna atravesando regiones extrañas y encantadas ínsulas, a la espera de que el azar le pusiese en el rumbo de su patria la lejana. Mendigando posada y alimento, llegó un día a Bagdad y se detuvo ante la tienda de Yusuf, el perfumista. Un olor de esencias confundidas se expandía por toda la calle.

—Perfumista, ¿podrías darme algo de dinero para ayudarme a proseguir mi camino?

El perfumista alzó sus ojos, de un negror irritado y lacrimeante, y, al ver a Moshe Yenna, se sobresaltó.

—¡Tú eres el hijo de Abamán! ¡El hijo de Abamán el profeta!

Moshe Yenna intentó sacar de su error al anciano perfumista, pero éste no se resignaba a privarle de tan misteriosa identidad.

—¡Tú eres el hijo de Abamán! —repetía el viejo, mientras que, en extremo alborozado, lanzaba al aire el contenido de los frascos de esencias.

El errabundo Moshe Yenna no hallaba ya en su corazón ni un solo resquicio en que albergar tantas contrariedades ni confusiones.

—Te he esperado durante mucho tiempo, hijo de Abamán —le dijo el perfumista, mientras cerraba la puerta de su negocio—. Ven conmigo a la trastienda. Allí tengo lo que es tuyo.

Moshe Yenna no pudo evitar el recuerdo de la similar escena que vivió en la tienda de Chabbab el chamarilero, y pensó que nada mejor podría ocurrirle que verse de nuevo obsequiado con un objeto de volantería. La trastienda

de Yusuf consistía en una abigarrada sucesión de frascos y de ramos de plantas secas. Un aroma espeso suplantaba al aire: un aire disfrazado de confuso perfume.

—Éste es tu legado, hijo de Abamán —dijo el anciano, y mostró a Moshe Yenna una calabaza seca, precintada con hebras de cáñamo y sellada con plomo—. ¡Toma!

El errabundo sostuvo la calabaza durante unos minutos sin saber qué hacer ni qué decir, hasta que el perfumista le dictó las siguientes instrucciones:

—Corre ahora mismo hacia las afueras de la ciudad. Una vez allí, espera a que anochezca. Cuando la luna esté alta, tiéndete sobre la arena y haz como si con tus manos abarcases el contorno del astro blanco. Inmediatamente, reza la oración que va escrita en este papel. Una vez hecho todo esto, destapa la calabaza y bebe su contenido. Vuelve luego aquí y te explicaré todo.

Aunque extrañado, Moshe Yenna cumplió al pie de la letra las instrucciones del perfumista. Al beber el contenido de la calabaza, sintió una sensación muy parecida a la de tragarse un pez vivo. El errabundo no pudo evitar que le sobrevinieran arcadas, pues una gelatinosa repugnancia se le agolpó en el paladar.

—¡Por fin puedo hablar! ¡Por fin tengo un cuerpo para hablar cuanto me plazca!

Estas palabras salieron imprevistamente de los labios de Moshe Yenna, y él fue el primer sorprendido.

—¿Qué estoy diciendo? —gritó.

—Estás diciendo lo que yo quiero decir —respondió su propia voz.

—¡El perfumista ha debido de volverme loco con el bebedizo! —se lamentó Moshe Yenna.

—No estás loco, amigo —respondió su propia voz—. Ese bebedizo *soy yo*: el duende charlatán de Bagdad. Te has bebido mi alma.

El desgraciado Moshe Yenna se encaminó a la ciudad con los ojos llenos de lágrimas, en tanto el alma del duende parlanchín le hacía recitar parodias del Corán, entonar cantos obscenos y rimar refranes indecorosos. Cuando llegó a la tienda del perfumista, éste le recibió con una gran carcajada.

—¿Ya te bebiste la calabaza? —y no paraba de reír.

El triste Moshe Yenna, cuando se supo burlado por el anciano, se arrodilló ante él y le suplicó que le proporcionara algún antídoto para expulsar de sus entrañas al duende hablador.

—Sólo se irá cuando él quiera —le anunció el viejo—. Y no creo que lo haga: lleva más de cincuenta años cautivo dentro de la calabaza, y eso es demasiado tiempo para un duende charlatán.

Aún se oían las carcajadas del perfumista cuando Moshe Yenna dobló la

esquina de la calle. El duende le hacía cantar alegremente mientras las lágrimas cubrían sus mejillas palidecidas por la adversidad. En esos canturreos y en esos llantos iba Moshe Yenna cuando se cruzó con un individuo que portaba un saco, del cual salió una voz que comenzó a conversar con la voz del duende parlanchín.

—¿Quién eres, amigo? —preguntó la voz que salía del saco.

—Soy el duende charlatán de Bagdad —respondió la voz que salió de la garganta de Moshe Yenna—. ¿Y tú?

—Yo soy la famosa cabeza parlante de la que todo el orbe se maravilla.

Un buen rato se pasaron ambas voces dialogando, en tanto Moshe Yenna y el portador del saco se miraban con amargura. Cuando ambas voces dejaron de parlotear por unos momentos, Moshe Yenna preguntó al desconocido:

—¿Quién eres tú, que padeces una broma casi tan cruel como la que yo padezco?

—Soy Arún, hijo del visir de Samarcanda, y sufro la circunstancia de verme unido a esta cabeza parlante a causa de un maleficio. ¿Quién eres tú?

—En estas tierras me conocen por Moshe Yenna, y me he bebido el alma de un duende charlatán por culpa de Yusuf el perfumista.

—¡Gran bromista y gran malvado ese Yusuf! Pero yo puedo ayudarte a expulsar de tu interior a ese duende dicharachero, pues soy buen amigo del mago Raschid, que conoce remedios para casos como el tuyo. Pero antes me gustaría que oyeses mi historia y te apiadases de mi suerte, pues aún no ha nacido el mago que pueda librarme de esta condena.

La historia de Arún

Cuando vine a Bagdad, atraído por el espejismo de su esplendor y de sus legendarias diversiones, mi bolsa estaba llena y era muy joven mi corazón. Viví años disipados, de fiestas y mujeres, de música y amigos. Y en ese torbellino discurría mi alegre mocedad cuando, para mi mal, conocí a Yebra, la maga.

Era una mujer de formas violentas y de ojos poderosos, de modo que no tuve más remedio que enamorarme de ella. Al principio, me hizo creer que me correspondía, pero no tardó en pedirme joyas y riquezas que, a esas alturas, no podía darle, pues una vida como la que yo había llevado hasta entonces estaba incluso por encima de las posibilidades del hijo de un visir. Yebra amenazaba con abandonarme si no satisfacía sus diarios caprichos, que no consistían precisamente en gangas. Ciego de amor, embauqué, estafé, robé y me convertí en el peor de los tahúres de Bagdad. Pero la avaricia de mi amada no se colmaba nunca, así que, con gran pesar, comprendí que mi vida sería un

infierno de estafas y tropelías, porque un gran amor puede más que un mal destino.

Un día, Yebra me pidió un pastel de pasas. Yo me alegré de tan sencillo capricho y me apresuré a comprarle varias docenas de ellos en una dulcería del barrio. Cuando vio aquellos pasteles, con una mueca de asco me dijo: «¿Cómo quieres que coma esta porquería? El único pastel de pasas que a mí me gusta lo hace un pastelero de El Cairo, así que, si no quieres que te abandone, emprende ahora mismo ese viaje.» ¿Qué podía hacer yo, un amante desesperado, sino partir hacia El Cairo?

Tras varias semanas, regresé con los pasteles, cuidadosamente empaquetados para que no se malograrán durante un viaje tan penoso. Llegué a Bagdad de madrugada, impaciente por llevar a mi amada su golosina. Pero, ay, con gran dolor de espíritu la sorprendí en la cama con un hombre. Ambos dormían. La piel oscura de Yebra brillaba entre las sábanas como el élitro palpitante de una gran luciérnaga de canela. Enloquecido, desenvainé la cimitarra que traía de mi largo viaje y, de un solo golpe que me hubiese envidiado el verdugo del califa, le corté la cabeza al amante de mi amada. Ante tan horrible escena, Yebra reía incontinentemente, y se retorció en la cama con grandes muestras de alegría. «¡Gracias, amado mío! —me dijo—. Me acabas de librar de Hasrum, el genio lujurioso que una vez al mes se había arrogado el privilegio de gozar de cada una de las brujas y magas de Bagdad. Ya no tendré que sufrir sobre mi piel su piel sudada ni sobre mis labios su lengua de lagarto. ¡Gracias, amado mío!», y entonces su risa se hizo aún más estruendosa. «Pero quien mata a un genio ya sabe que se expone a cualquier cosa imprevisible, y tú, que has dado muerte a Hasrum el lujurioso, tendrás que cargar durante toda tu vida con su cabeza.» La cabeza decapitada del genio Hasrum, efectivamente, me dijo: «¡Maldito seas! Recógeme de este sucio suelo y pásame durante los miserables días que te queden de vida.» Y esta es mi historia. Desde hace más de veinte años, cargo con esta cabeza parlante, y en ningún momento puedo separarme de ella. A veces lo he intentado: la abandonaba en alguna esquina, en alguna tienda, en el mismo desierto, pero, nada más alejarme de ella, un dolor inhumano torturaba mi propia cabeza. Como verás, no hay remedio para mi desgracia, a pesar de que he consultado a todos los magos, brujos y quimeristas de nombradía. Pero ahora vayamos, como te prometí, a la casa de mi amigo Raschid para que te libere de ese duende parlanchín que llevas en las entrañas.

(Capítulos de *Tratándose de ustedes*, 1992)

El El pie pie de de Lali Lali

Al principio, Fernandi y Carmelo se rieron.

Mi padre llevaba algún tiempo amenazándome con ponerme un profesor particular si no mejoraba las notas, y no las mejoré, y la amenaza se cumplió, y a mí me cayó fatal al principio, porque aquello suponía perder un par de horas de diableos, siendo los días tan cortos entre cosa y cosa. Al principio se rieron, ya digo, y yo andaba hecho un malcarado y un sombrío, pero cuando llegó Lali con su carpeta, su pelo barroco y sus ojos de gata lánguida o de qué sé yo, me tocó reírme a mí: dos horas diarias, a solas, con ella, para revelarme los secretos susurrados de las raíces cuadradas, de las gestas heroicas y de las reacciones químicas del uranio, del sodio y del azufre.

Lali era la hija de un marionetista pobre y fantasioso que se pasaba las horas en las tabernas hablando de sus falsos viajes por el desierto de Kalahari o por el mar de Ojotsk y de sus ficticias amistades: el mago Fredo, la cupletista Rosita del Oro o el actor de comedias Luciano Cóllar, famoso por su voz de mucha caverna y templanza.

Lali estudiaba en el Instituto y tenía fama de juiciosa, de hacendosa y de medio santa porque cuidaba a su padre viudo con la resignada diligencia de una mártir, y raro era el día en que no iba a sacarlo de algún colmado a las tantas de la noche, cuando ya la imaginación del marionetista vagaba por las lejanas tierras de Karaganda o se enredaba en fantasías en torno a la vida privada de alguna actriz de cine que él conoció en Crimea o Estambul.

Como andaban mal de dinero por culpa de aquella melancólica locura del viejo, la gente ayudaba a Lali en lo que podía: aquel cobrándole más baratas las verduras, aquel otro regalándole bizcochos... Pero mi padre tuvo la mejor de las ocurrencias para ayudar a aquella muchacha que parecía andar con la levedad de un espectro meditabundo, con sus ojos verdes clavados siempre en el suelo, como si temiese que el mundo pudiera abrirse en dos.

El primer día, Lali me explicó los complementos directos y las raíces cuadradas, que en su voz de desdicha y desencanto sonaban como evanescentes novelas de amores medievales, y yo imaginaba cómo el complemento directo se encontraría en la noche cómplice, y en una torre embrujada además, con su verbo amado, o cómo la raíz cuadrada lloraría con el corazón roto por la muerte del número 245. Y en estos desvaríos estaba yo cuando Lali se descalzó un pie.

En el empeine se le notaba el roce del zapato y los dedos estaban blanquecinos por la opresión, con aspecto de carne de difunta, y aquellos dedos pálidos se desperezaron distraídamente como si despertaran de un sueño en la oscuridad, y olí el cuero sudado del zapato, con su brillo pobre y sus bordes vencidos, y con aquel lazo negro que lo adornaba y que parecía una guirnalda de luto por los lugares que nunca pisaría: el salón de baile, cuajado de lámparas, en las fiestas patronales; las escaleras de mármol del club náutico en la velada de fin de año o las lejanas calles de esas ciudades festivas en que la gente juega en los casinos, se besa en los cines o se sienta a tomar combinados bajo los toldos rayados de las heladerías llenas de muchachas que fuman y conducen medio borrachas, oyendo coplas de amoríos cosmopolitas.

Yo estaba sentado en mi viejo pupitre, en el que ya apenas me cabían las piernas, y Lali estaba frente a mí, sentada a la mesa en que se apilaban los hexaedros y conos de Carmelo. Miraba el pie de Lali con una mezcla de pudor y reverencia, como quien admira un ídolo pagano o algo de ese estilo.

Las raíces cuadradas de aquel pie desnudo eran para mí las raíces confusas del deseo: la imagen perfecta y blanca de una piel intocada, con su transparencia de hielo. Y el complemento directo de aquel deseo era un zapato humilde y gastado, allí, bajo la mesa. Y los números, las raíces cuadradas, todos los complementos y los verbos eran aquel pie descalzo, oprimido y sudado.

En sus uñas había restos de pintura roja. Imaginé a Lali pintándose las, sujetándose el pie, con la falda levantada, y el olor a cuero del calzado mezclado con el olor químico del esmalte.

Y entonces el pie desnudo buscó el zapato por debajo de la mesa, como si tantease en la oscuridad. Sus dedos lo hicieron girar por el empeine. El pie entró formando un arco vibrante.

Por la noche, antes de dormirme, pensé en el pie descalzo de Lali, y su blancura oprimida brillaba en la neblina de mi duermevela como un talismán de fortuna. Como la raíz cuadrada de un misterio de amor desdichado. Como el complemento indirecto del enigma incomprensible de un cuerpo de mujer.

(Capítulo de *La propiedad del paraíso*, 1995)

H

H

u

u

m

m

o

o

Al pronto, el patio del hostel La Habana le pareció un decorado digno de teatro de brujerías o de cine de espantajos. «Mármol de tumba de muerto viviente», pensó. La penumbra parecía haberse fundido allí con la cal de las paredes en un pacto de humedad y decrepitud, y aquella vocación de tenebrismo le daba al establecimiento el aire de los panteones y le negaba la mundanidad de las alegres hospederías que tienen para el viajero la condición mágica de los espejismos.

Alrededor del patio había unas hamacas playeras pintadas de verde. Colgaban de las paredes litografías con imágenes hípicas, así como de bandolerismo, de flamenquería y de bailes imperiales. En una jaula lucían su plumaje rígido varios jilgueros disecados, con ojos de alfileres como el ámbar. Por si fuese poco, un biombo con estampados de fauna tropical se abría a un lado de la escalera, ocultando a la vista útiles de limpieza y enseres descabalados; al otro extremo había un pequeño mostrador sobre el que desplegaba sus alas momificadas un aguilucho. «La invasión de los pájaros asesinos», pensó, acordándose de una película en la que unos pájaros alienígenas invadían la Tierra.

Por una ventana salía la luz de neones y el tecleteo metódico de una academia de mecanografía, con su eco de morse y clavicordio.

«El escenario de la soledad y de las escobas», pensó entonces Lucas Lerma, sin saber muy bien del todo qué tenían que ver las escobas con la soledad o aquel patio con el teatro de brujerías o con el cine de espantajos, porque en sus veintisiete años de vida él había visto muchas películas de terrores y des-

cuartizamientos, pero sólo una obra teatral que representaron en el pueblo unos actores de Holanda a los que se les estropeó la furgoneta y estuvieron casi un mes a la espera de que llegase de algún lejano país el repuesto del delco averiado; y por allí anduvieron los holandeses, comiendo, bebiendo y fumando de la caridad rumbosa y de la alegre perplejidad del vecindario, al que aquellos seres de pelo rubio y piel de leche le parecían ángeles greñosos y barrocos por sus largas melenas, por el vuelo de túnica de sus vestimentas y por la mucha industria de colgajos que llevaban encima.

Los de Holanda no sólo montaban diariamente aquel espectáculo, sino que también distribuían cachivaches sobre una manta a modo de mercadillo en que poner a la venta pañuelos de colores, muñequeras de cuero, loros de arteificio, zarcillos, flautas dulces y libros de meditación escritos por santones de la India. Lucas Lerma, para asombro de todos, les compró varios folletos sobre los poderes del pensamiento, sobre la vida psíquica y sobre la alquimia babilónica, así como una guitarra que tenía el barniz bastante cuarteado. «Como los flamencos», decía su padre, con el pesar de un apocalipsis en la voz, cuando le oía rasguitarla.

Semana tras semana, para pasar luego la gorra, aquellos forasteros montaban a diario un telón negro en la plaza y allí, con las caras pintadas y algunos de ellos vestidos de arlequines y otros de esqueletos y de brujas, se dedicaban a practicar contorsiones y a dar alaridos en su lengua nativa, lo que aumentaba en los espectadores la emocionante aprensión de estar contemplando un espectáculo un tanto diabólico en que seguramente se decían blasfemias y se aventuraban chistes sobre la humanidad y la divinidad. Los actores se besaban entre ellos, se magreaban con visajes artísticos y se revolcaban por el suelo muertos no se sabía si de risa o de desesperación, pues nadie atinaba a descifrar sus sentimientos. Los viejos del pueblo no perdían la esperanza de que las holandesas, en cualquiera de aquellos frenesíes representativos, se desnudaran.

Lucas Lerma, antes de irse a la gasolinera en la que trabajaba haciendo el turno de noche, asistía a todas las representaciones porque se había medio enamorado por vía de ensoñación de la cara de ninfa submarina de una de las extranjeras, que era delgada y blanca como un espectro y que tenía ojeras de violeta macerada, y allí en la plaza se le veía a él, muy atento a las cafrerías y exotismos escénicos, como si de pronto le hubiese entrado el veneno de las tablas en el cuerpo y se hubiera convertido en un intelectual taciturno.

(Fragmento inicial de *Humo*, 1995)

Aparición Aparición anómala anómala de Walter de Walter Arias Arias

Tras haberse acostado en un hotel de Amsterdam, Walter Arias se despertó a la mañana siguiente tendido en la acera de una calle de una ciudad medio modernista y medio africana que resultó ser Melilla.

Mi nombre es Walter Arias.

Cuando abrí los ojos, una especie de cleopatra de pago me miraba con fijeza, confundíendome sin duda con un obseso sexual. «¿Echamos el rato, cariño?», me preguntó, a la vez que se oprimía los pechos con orgullo paródico. Para eso estaba yo. Me dolía mucho una oreja y en mi antebrazo tenía la marca de una aguja d'artagnan, con su anillo saturnal de sangre coagulada. —Te meten una porquería en el cuerpo, o sea, y dejas de ser tú, y apareces en Melilla. Enhorabuena.

Hay días, desde luego, en que si uno inventara un perfume le pondría de nombre *Náusea*.

Y es que a veces el Destino se parece a un agente turístico que se la tuviera jurada al mundo y que, valiéndose de la red informática, se dedicara a enviar a Beirut a los ancianos que soñaban con los laberintos adriáticos de Venecia —muchos de ellos cargados de pastillas para no marearse en las góndolas— o a desviar al Caribe a los *boy-scouts* que, en compañía de sus pederastas, anhelaban visitar el Vaticano para oír al Papa decir misa —a un kilómetro aproximado de distancia teosófica— en su esperanto entre disléxico, beatífico y babélico.

«Melilla, ciudad de congresos y turismo», según rezaba un cartel. (Felicidades, Melilla.)

Pero dirijamos ya nuestra astronave luminosa al terreno de los debates filosóficos... Bien, poco más o menos, las cosas que nos ocurren se dividen en

inverosímiles, imposibles e improbables. Cuando algo es a la vez inverosímil, imposible e improbable, decimos entonces que se trata de una cosa normal, sujeta a los cánones de funcionamiento de esa tómbola tarumba que es el mundo —con sus premios estelares: cadáveres, incógnitas, desapariciones... Pues, aunque parezca raro, yo llevaba puesto —sería un poco largo de explicar— un camisón de mujer, circunstancia que, después de todo, no me hacía especialmente estrafalario en aquel sitio en que mucha gente vestía chilaba, aunque debo confesar que no resulta cómodo andar con ese aspecto por la calle por más que la calle esté llena de moros.

A causa sin duda de las brumas pegajosas del despertar, pensé durante medio segundo que me encontraba en Barcelona, ciudad en la que a los arquitectos neogóticos les dio la ventolera de proyectar macabras construcciones que parecen la tarta de cumpleaños del conde Drácula. «¿Barcelona?» Pero medio segundo después caí en la cuenta de que no era normal el hecho de que por Barcelona anduviesen tantos moros, a no ser que se tratara de una trifulca islámica como aquella en que me vi envuelto hace unos años en la medina de Fez y en la que a punto estuve de perder la visión de un ojo, según me gustaría contar en otro momento.

Melilla. En fin, son cosas que ocurren, y contra ellas no cabe rebelión ni sorpresa: si uno se acuesta en un hotel de Amsterdam y se despierta en un sitio medio catalán y medio africano, más vale no hacerse demasiadas preguntas. Tampoco se las hagan ustedes.

¿Un misterio? Bueno, sí, todo en la vida es misterioso. 1) ¿Por qué es más fácil sacar el hilo de la aguja que enhebrarlo en el ojo de la aguja? 2) ¿Por qué la soledad puede procurarnos felicidad y por qué el amor correspondido puede provocarnos dolor —especialmente de cabeza? 3) ¿Por qué en el cine se te sienta siempre delante el coloso adolescente de la peluca afroyeyé? 4) ¿Por qué inventó el hombre el mito del unicornio?

Nada tiene sentido, camaradas. Todo es un misterio que gira aburridamente sobre su propio eje como una peonza metafísica. Cualquier estupidez, como quien dice, es misteriosa: ¿por qué ciertas semanas parecen eternidades y ciertos años relámpagos? ¿Por qué la ciencia moderna la tiene tomada con la placa dental? ¿Por qué todos los psicópatas de las películas se saben el Antiguo Testamento de memoria? ¿Por qué la bigamia está considerada como un delito y no como una enfermedad mental digna de compasión psicoanalítica? ¿Por qué los tuertos no lloran el doble de tiempo?

El mundo, ya digo, es un misterio giratorio, y a mí me ha tocado en suerte el ser un ente errante, uno de esos tipos que pueden acostarse en un sitio y despertarse en otro. En otro continente incluso, porque todo depende del azar, ese cubilete de dados que agita un simio epiléptico (...)

(Fragmento del capítulo inicial de *El novio del mundo*, 1998)

Otra vida improbable: *Lucky Johnson Jr., Rey del Delta*

FELIPE BENÍTEZ REYES

En 1990, cuando se hallaba en la ciudad de Nueva York el compilador del anómalo florilegio titulado *Vidas improbables*, encontró en la hoy desaparecida y entonces monumental librería de Eliseo Torres un manuscrito en cuya primera página puede leerse: *Versión libre en idioma español de las letras de las canciones de Lucky Johnson Jr., King of the Delta Blues Singers, nacido en lugar y fecha inciertos y fallecido en New Orleans en 1957, en condiciones acordes con las que rodearon su intensa, desdichada y desconcertante vida.* Tras un laborioso regateo de inspiración magrebí, el manuscrito viajó a España.

Bien. Al igual que la de casi todos los *bluesmen* del universo, la discografía de Lucky Johnson Jr. es abundante y necesariamente irregular. Se decía nieto de Robert Johnson, aquel negro que tenía la suerte negra y sobre el que circulaba la leyenda de que había vendido su alma al diablo a cambio de talento musical y de todo cuanto esa modalidad de talento suele llevar consigo: dinero, ocio salvaje, mujeres de largas piernas y de melenas teñidas...

Lucky Johnson Jr. se caracterizaba por agarrarse a la cola de la primera quimera descabellada que pasase ante él, y siempre gozó de la suposición popular de tener la cabeza llena de pájaros —pájaros aleteantes en el laberinto de unas resacas portentosas, para mayor exactitud.

Las anónimas versiones de los *blues* de Lucky Johnson Jr. que leemos en el manuscrito neoyorkino no puede decirse que sean litera-

les —a menos, desde luego, que se tenga una idea personal e intransferible de la literalidad—, pero no creemos que exista alguien dispuesto a soportar a estas alturas una versión literal no ya de la letra de una canción o de un poema, sino ni siquiera del manual de instrucciones de un ingenio electrónico fabricado en cualquier inconcreto lugar del Asia, sencillamente porque la literalidad deriva casi siempre en lo incomprendible.



Blues de la furgoneta azul y de la furgoneta roja

S

Soñaba a menudo con ella.

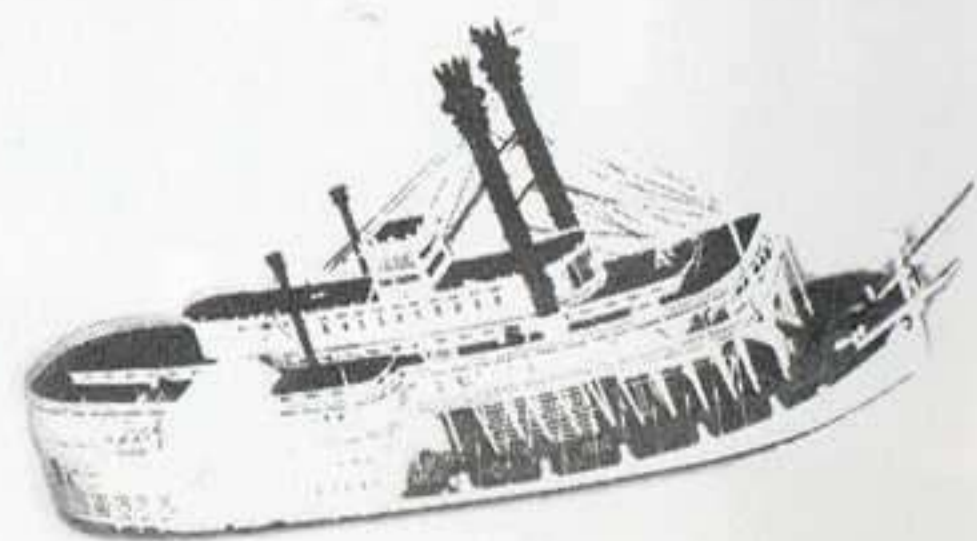
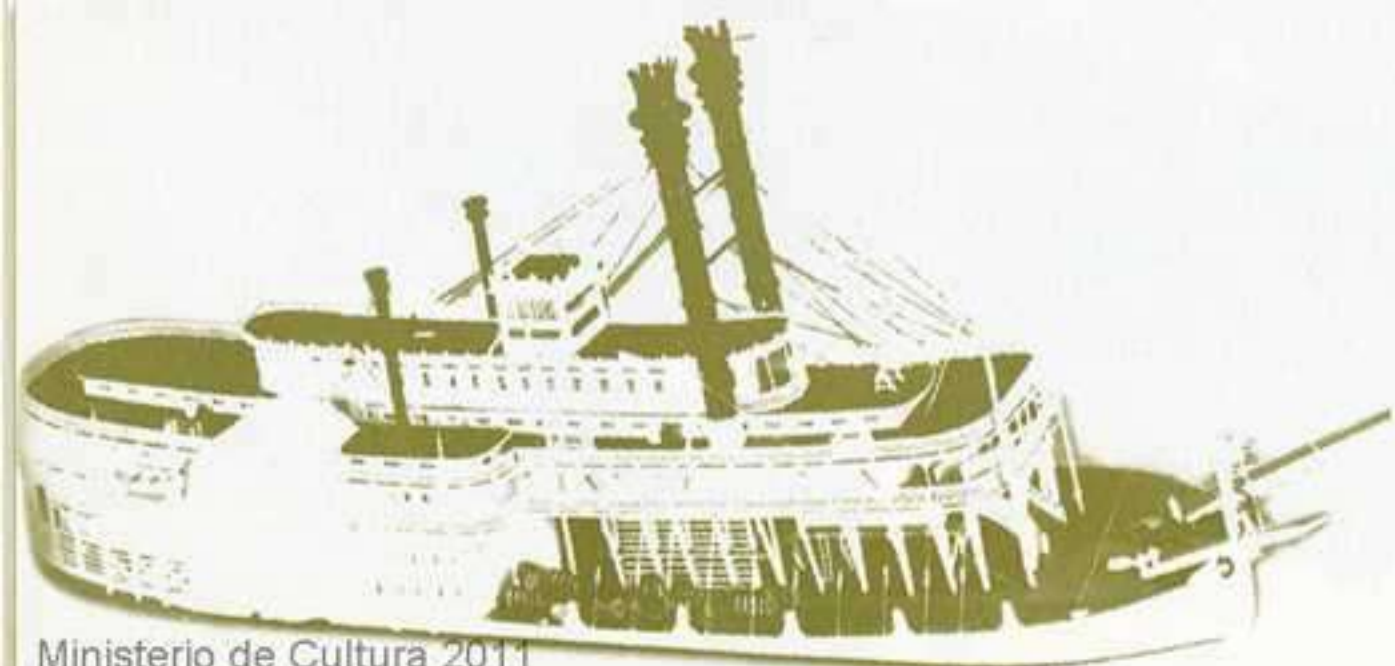
Su color era azul en esos sueños.

Cuando tuve dinero suficiente
para poder comprarla,
la única que había en el negocio
de ocasión de Charlie Cotton
era de color rojo, el de la sangre.

«Espero que no sea ningún augurio»,
me dije —porque soy supersticioso.

Ahora, cuando voy por ahí
en mi furgoneta color rojo de sangre,
sueño con mi soñada furgoneta azul.

Porque la vida es eso:
soñar con una furgoneta de color azulado
y acabar conduciendo,
por una carretera desconocida,
una furgoneta tan roja
que parece una herida en el desierto.



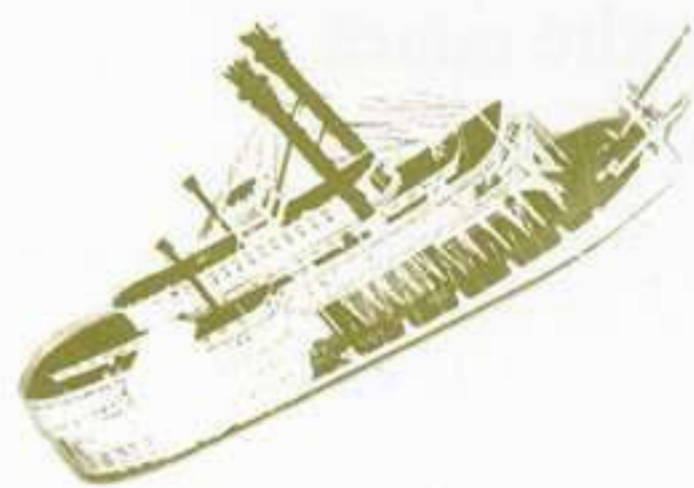
Canción de los bebedores de la taberna de Quentin Jones

N

No queremos beber:
tan sólo estar borrachos.
No queremos beber:
ponnos un whiskey.
Con las cabezas vacías,
en la fiesta sin fin,
escupiendo a la luna
que nos mira brindar por esos años
en que éramos jóvenes,
y había más mujeres,
más putas y más bares,
porque aún el poblado
no era este desierto
de fantasmas que beben
aun sin querer beber.
Pero ponnos un whiskey,
maldito Quentin Jones.
Un whiskey y luego otro,
Quentin Jones.

O vas a oler la pólvora.

O vas a oler la pólvora,
maldito Quentin Jones.



Incendio en los campos de algodón

T

Todo tarda en hacerse,
pero en un solo minuto se destruye.
Mira estos campos de algodón en llamas,
como un valle nevado envuelto en fuego.
Mira estos campos, mi vida.
Míralos cómo arden.
Porque con el amor ocurre igual:
la semilla germina en un momento,
pero nunca florece hasta muy tarde,
y en un solo minuto se destruye.

Blues de la conciencia

L

La carretera tiene
la forma de una serpiente cuando huye,
pero yo nunca tuve corazón,
y por eso aún conservo esa pistola
con que maté al pequeño Billy Maid,
que hacía retratos inmensos de la gente
en la arena cambiante del desierto
y que sólo pronunció
una palabra equivocada
en toda su existencia, con la mala
suerte de que ese día
estuviera yo allí,
y oyera esa palabra,
y llevara en el cinto
el revólver que fue de Thorton *Cowshit*.

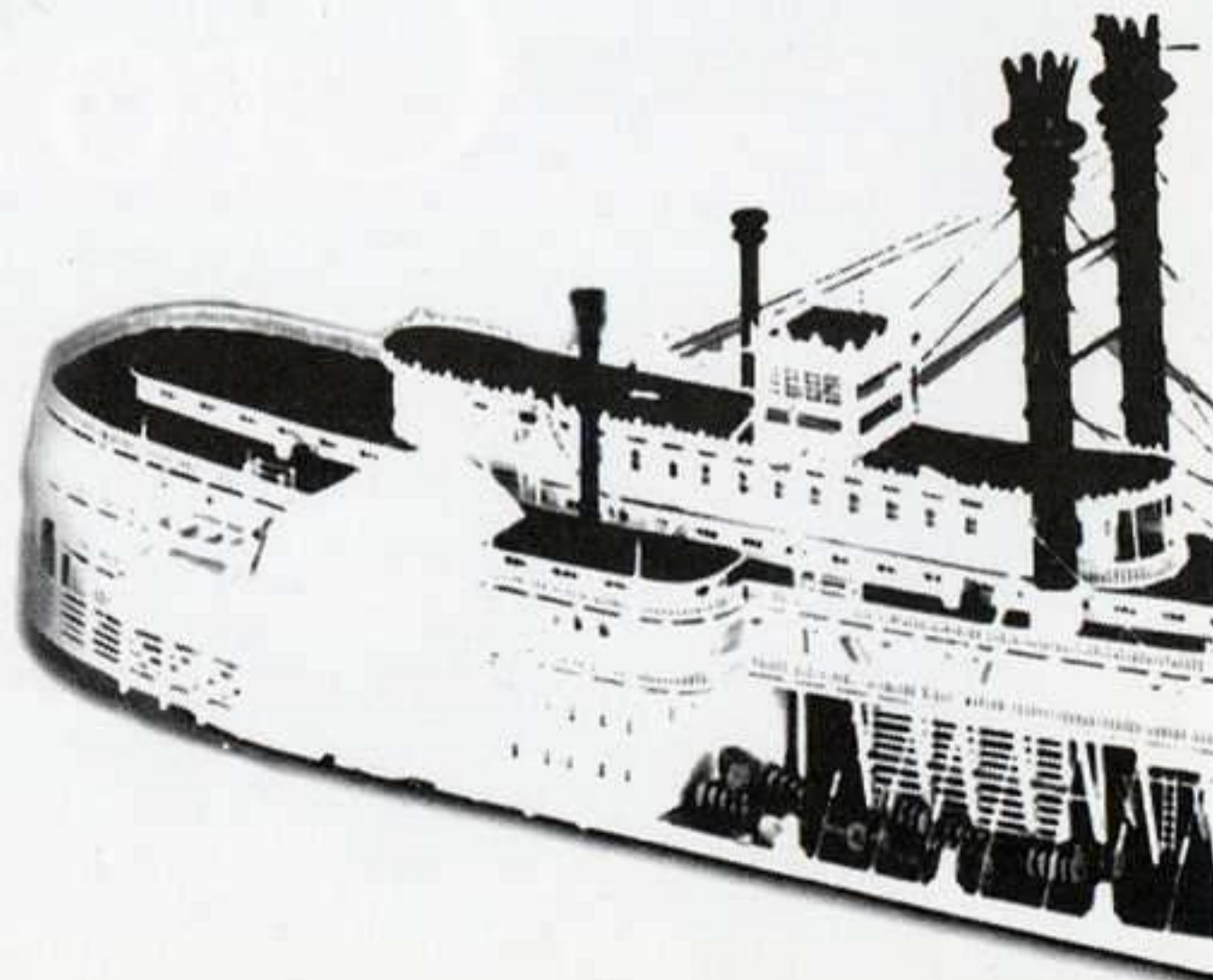
Y ya no podré nunca regresar a mi casa.
Y ya no podré nunca
regresar a mi casa.

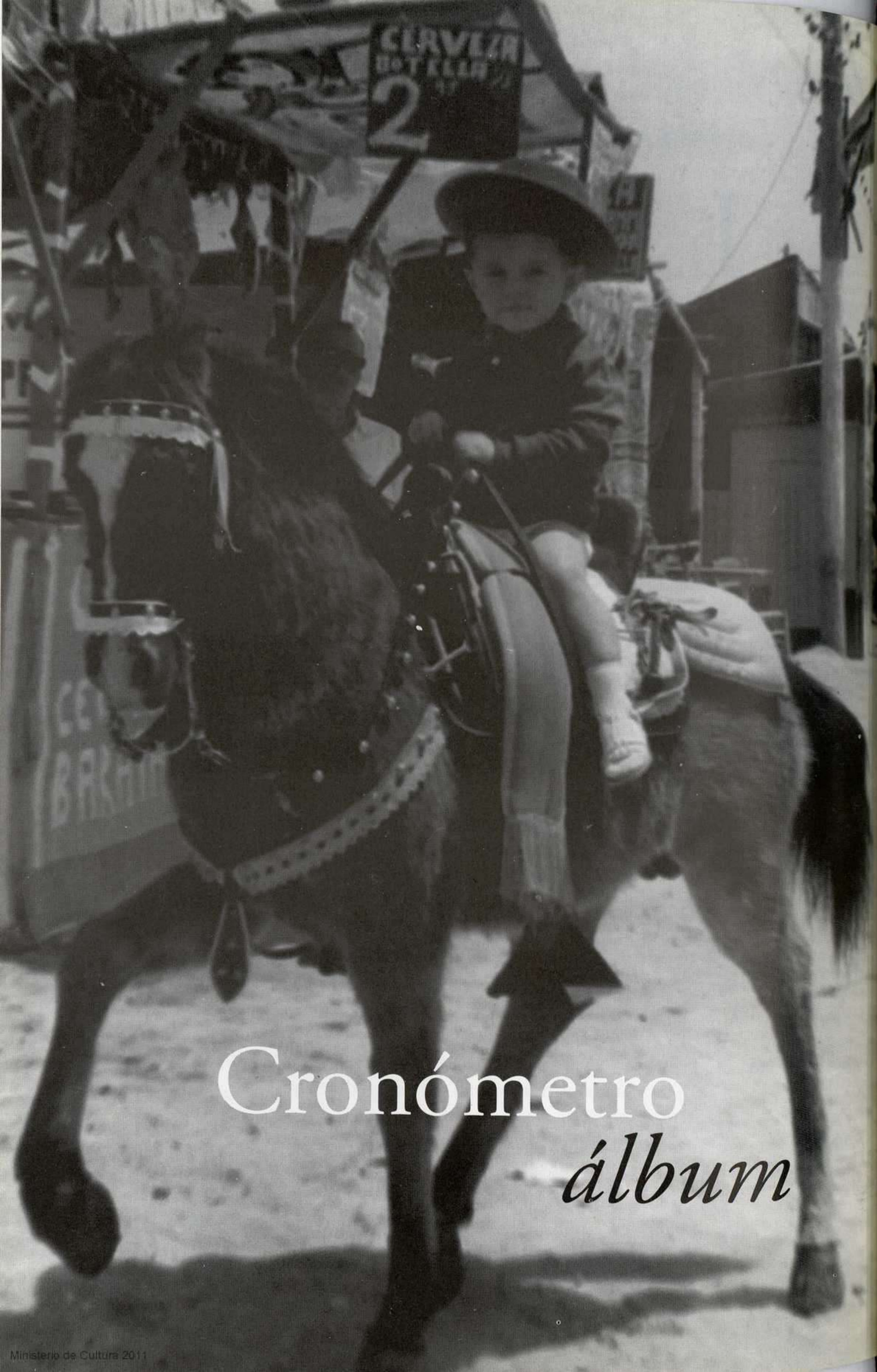
Blues rural

I

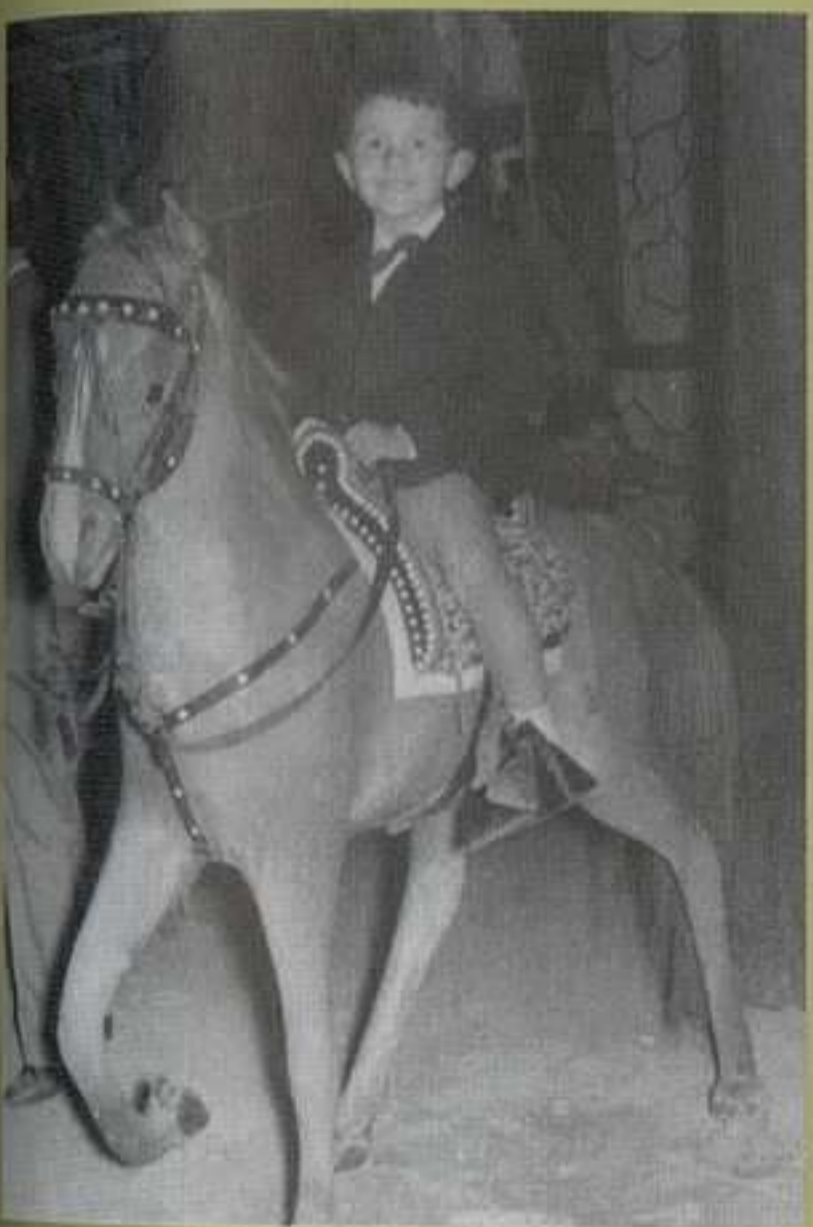
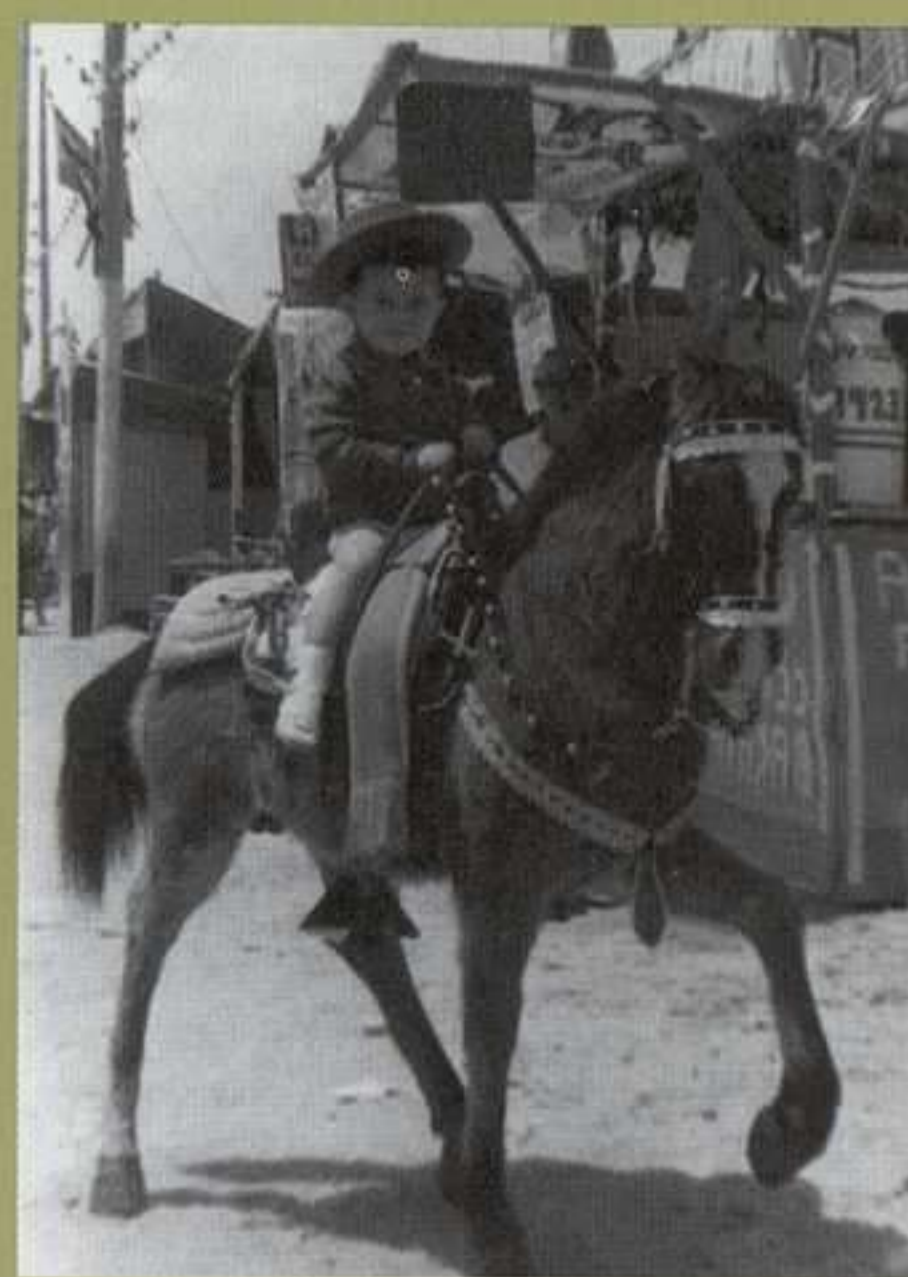
Imaginad la nieve en Arizona.
O un crepúsculo asiático en Illinois.
O imaginad que florecen almendros
en el rancho Tijuana,
donde mueren de hastío
los propios alacranes.

Pues bien, eso sentí
cuando supe que Frankie *Playmouth* Hooker
había muerto de fiebre, y que su esposa,
su Lupita de México,
no hacía más que llorar,
como si aullase
a la luna en reclamo de otro hombre.





Cronómetro
álbum



...Yo miraba los álbumes de fotografías.

Todas las fotografías parecían tener una especie de vaho. Esa difuminación propia de la niebla y la memoria. Y no comprendía muy bien por qué razón todos aparecían en ellas con un aire de cosa sin terminar, ni por qué todos sonreían. Como si el pasado fuese un alegre lugar de tránsito, el muelle desde el que iba a partir el barco misterioso del futuro, rumbo a las islas de la desventura y de la nada...



...La infancia es una época bochornosa de tu vida en la que te duermen con cuentos que no tienen ningún valor estilístico y en la que te pasas el tiempo creyéndote un superhéroe de tebeo, un pirata de Jamaica o un romano de Roma, deformándote de ese modo a efectos ontológicos y dejándote en condiciones óptimas para padecer luego algún complicado trastorno de personalidad; la infancia es un timo literario practicado por escritores que han fracasado en su vida adulta y que cifran el paraíso en cualquier pasado calamitoso, la infancia es una pérdida de tiempo y una etapa humillante de tu existencia en la que se te caen los dientes y en la que piensas que las mujeres tienen agujeros en sitios impensables, la infancia es una piel llena de ronchas y arañazos, un bote de jarabe medicinal —con su cucharilla siempre pringosa— y una larga noche de indecisión freudiana, mientras sueñas con el Vampiro o con el Hombre Lobo, según se vayan modelando tus inclinaciones estéticas...



Rota, 1979



Granada, 1983



Ibiza, 1985



Con Silvia en Ibiza, 1985

*Todo lo perderé salvo el recuerdo
de los días aquellos luminosos
en que la vida aprisionaba con firmeza
la flor caudal y humana
de una ambigua emoción inexpresable
que cada cual concibe
como felicidad.*

*...La amistad,
ese brindis
de copas
con venenos
diferentes...*



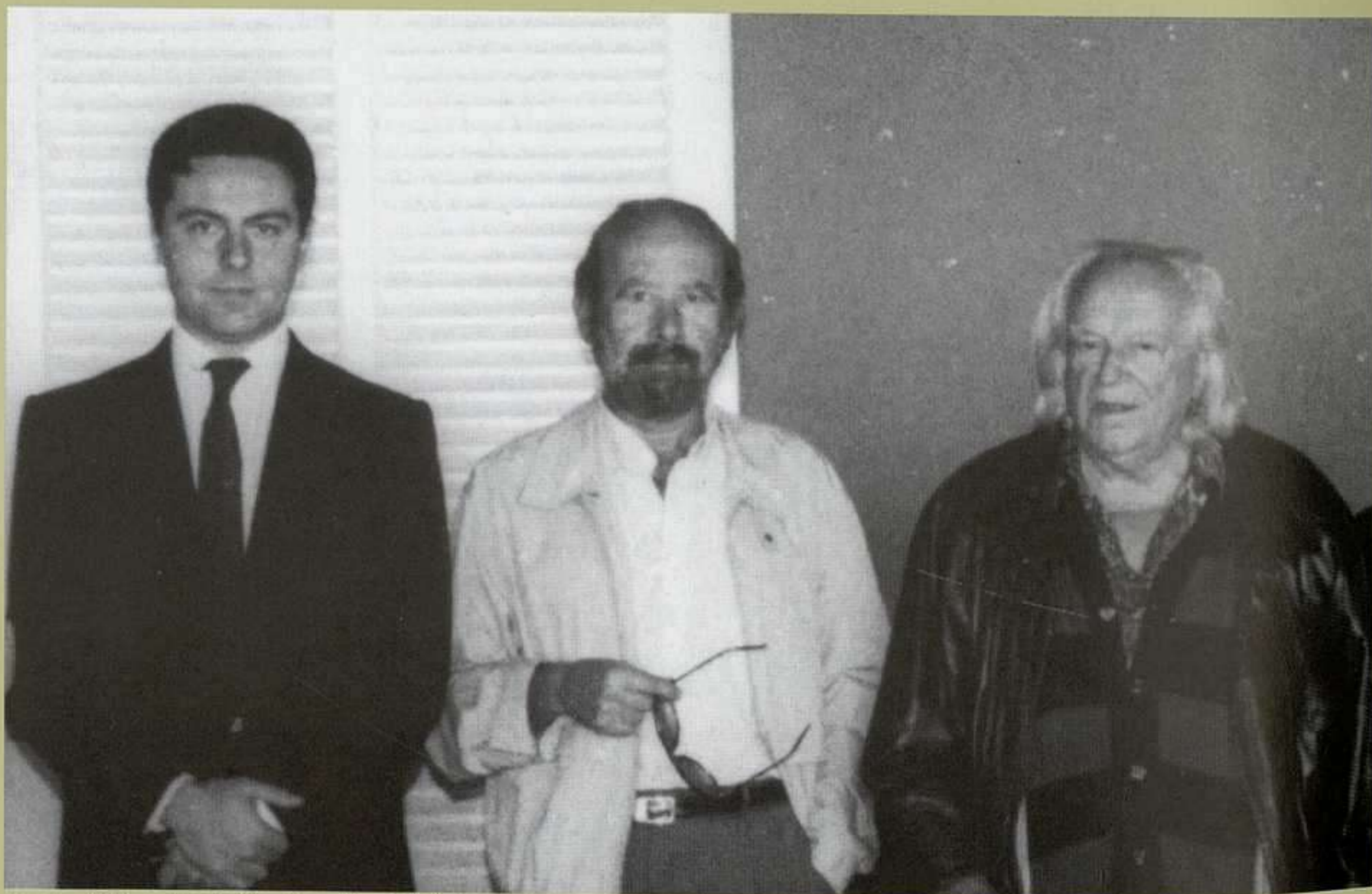
Con Carlos Marzal. Sevilla, 1986



De izq. a derecha (de pie), J. L. García Martín, Felipe Benítez Reyes, Ramiro Fonte, Juan Lamillar, Antonio Jiménez Millán y Carlos Marzal; abajo, J. Malpartida, Luis García Montero, Abelardo Linares, Jon Juaristi y L. J. Moreno. El Escorial, agosto de 1991



Sentados: F. Bejarano, Fanny Rubio, F. Brines, J. Cortines, F. B. R. De pie (entre otros), J. D. Moreno Serrallé, C. A. Molina, J. L. Panero, A. Martínez Sarrión, Ana Rossetti, A. Linares, J. M. Álvarez, Eloy Sánchez Rosillo, J. Lamillar y J. L. García Martín. Encuentro de poetas, Sevilla, noviembre 1993



Con José Manuel Caballero Bonald y Rafel Alberti.. Cádiz, octubre 1990



De izquierda a derecha: Antonio Colinas, Francisco Brines, Andrés Trapiello, Ramón Gaya, Felipe Benítez Reyes, Luis Antonio de Villena y Juan Manuel Bonet. Residencia de Estudiantes, Madrid, 1994

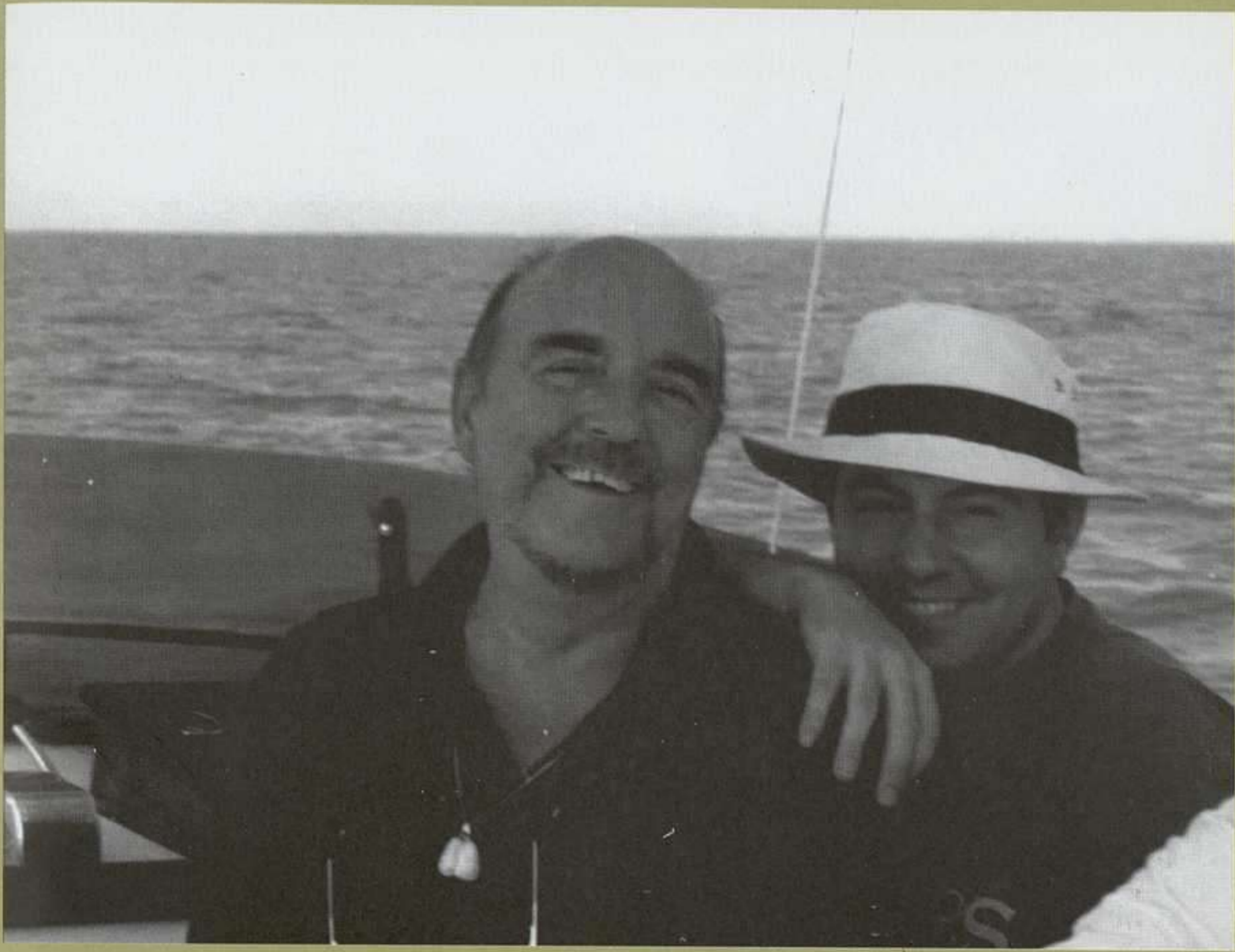


Con Cristina Fernández Cubas y Pedro Zarraluqui. Costa Rica, abril de 1996



Con Rafael de Paula. Murcia, 1997

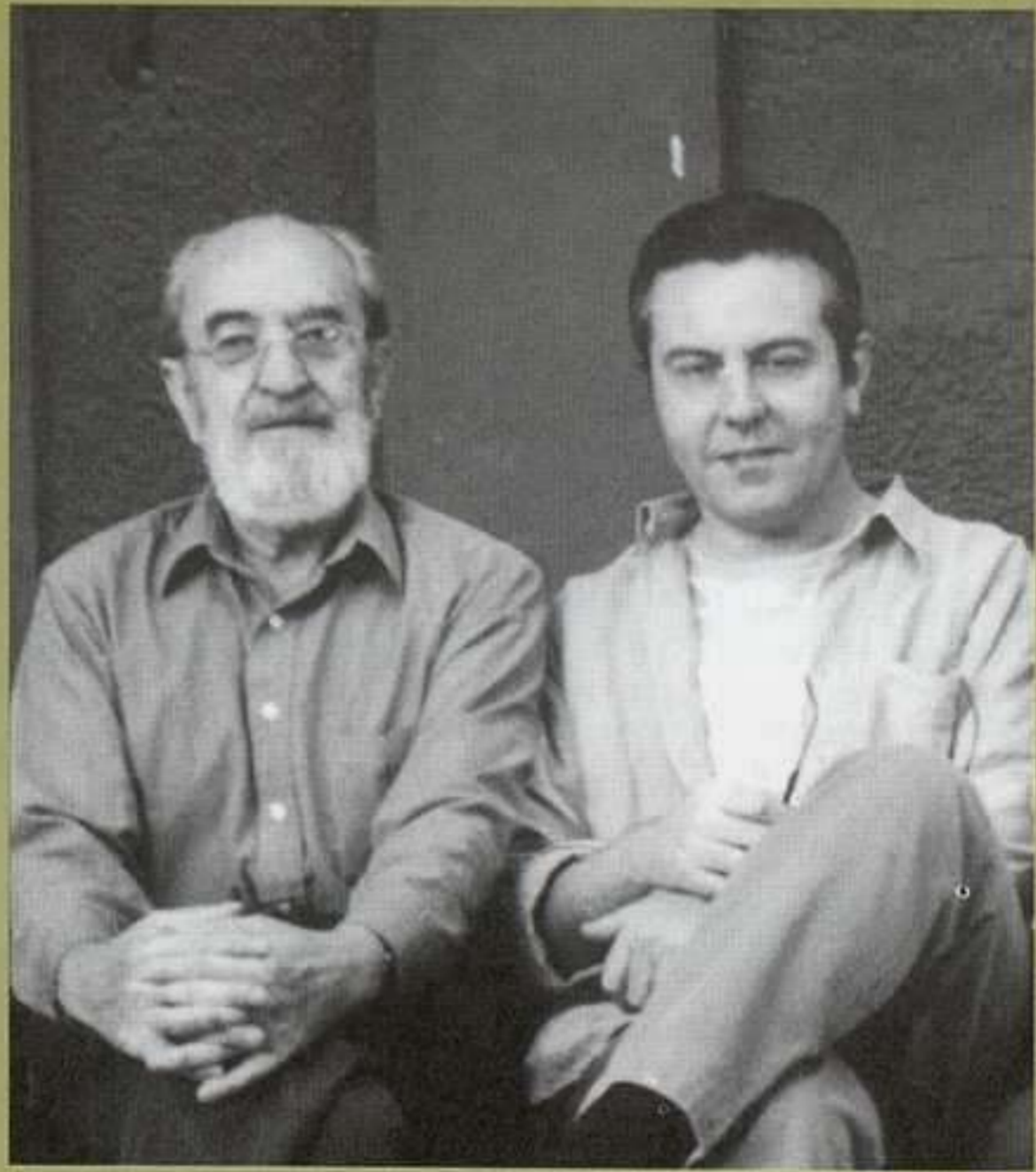
Rafael de Paula, misterioso y sorpresivo, es uno de esos pocos toreros que a lo largo de la historia han merecido el calificativo de artista, que viene a suponer algo así como un raro distintivo dentro de la jerarquía taurina. Porque si hoy existe un toreo de radical pureza, de verdad conmovida, es el que puede realizar este jerezano, y gitano, Rafael de Paula. Y no con una pureza trivializada por sus propios cánones, sino encontrada en él, en el propio torero Rafael de Paula, que ha sabido ser clásico sin dejar de ser él mismo y que ha sabido ser él mismo sin dejar de ser torero clásico y para siempre. Torero que no parece entender el toreo como profesión sino como revelación. Y si no como revelación —que puede sonar a cosa de santos y visionarios—, sí desde luego como expresión. Como expresión de una manera de concebir y sentir y entender el sometimiento y muerte de un toro bravo. Y concebirlo, sentirlo y entenderlo por ser quien es y por ser como es: torero elegido por el misterio, y víctima de él.



Con Fernando Quiñones navegando por la Bahía de Cádiz, verano 1997



Con Octavio Paz. Madrid, 1993



Con Ángel González . México, 2000



Con Luis Landero y Luis García Montero . La Habana, febrero 2001



Con Francisco Bejarano. Sanlúcar de Barrameda, 1993

*Una voz que procura
detener todo esto que va huyendo.*

*Pero el tiempo veloz
pisotea en su huida las palabras.*

Arrogante y temblando.

*Igual
que el mendigo educado vende flores
por los bares nocturnos,
la memoria te ofrece una metáfora
de flor acuchillada.*

*Porque nada detiene
todo esto que huye,
que va huyendo
hacia su exacta destrucción de rosa fría.*



Con Silvia. Nochevieja 2000

Bengalas en el aire

BIBLIOGRAFÍA DE F. B. R.



LIBROS DE POESÍA

Paraíso manuscrito, Calle del Aire, Sevilla, 1982 † *Los vanos mundos*, Maillot Amarillo, Granada, 1985 † *Pruebas de autor*, Renacimiento, Sevilla, 1989 † *La mala compañía*, Mestral, Valencia, 1989 † *Poesía 1979-1987*, Hiperión, Madrid, 1992 † *Sombras particulares*, Visor, Madrid, 1992 † *Vidas improbables*, Visor, Madrid, 1995 † *Paraísos y mundos (Poesía reunida)*, Hiperión, Madrid, 1996 † *El equipaje abierto*, Tusquets, Barcelona, 1996 † *Escapate de venenos*, Tusquets, Barcelona, 2000

NOVELAS

Chistera de duende, Seix Barral, Barcelona, 1991 † *Tratándose de ustedes*, Seix Barral, Barcelona, 1992; 2ª ed. Tusquets, Barcelona, 1999 † *La propiedad del paraíso*, Planeta, Barcelona, 1995 † *Humo*, Planeta, Barcelona, 1995 † *Impares, fila 13*, (en colaboración con L. García Montero), Planeta, Barcelona, 1996 † *El novio del mundo*, Tusquets, Barcelona, 1998

LIBROS DE RELATOS

Un mundo peligroso, Pre-Textos, Valencia, 1994 † *Maneras de perder*, Tusquets, Barcelona, 1997

NARRATIVA JUVENIL

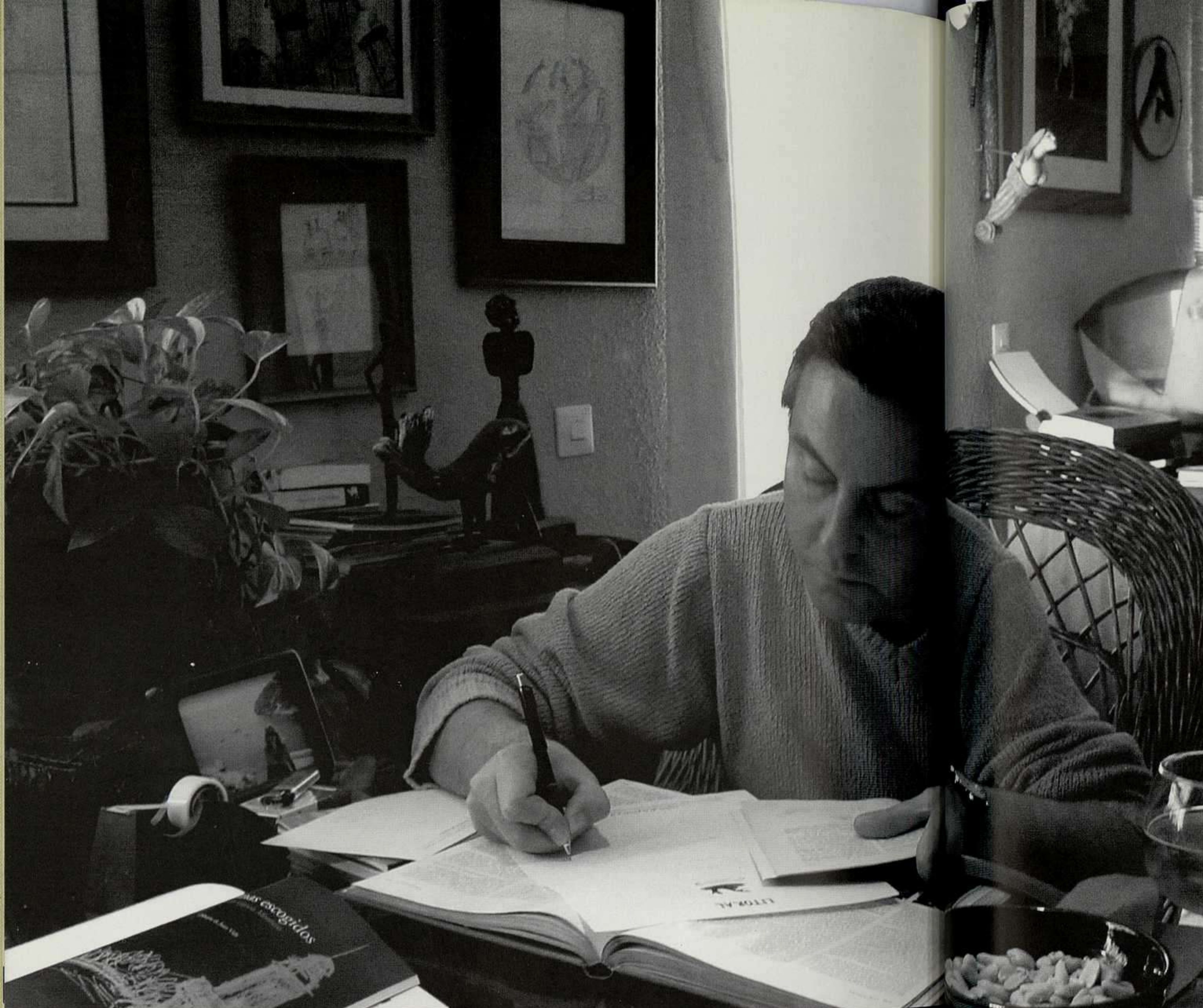
Lo que viene después de lo peor, Booket/Planeta, Barcelona, 1998

ENSAYO, DIARIOS,
ARTÍCULOS

Rafael de Paula, Qui-tes, Valencia, 1987 † *Bazar de ingenios*, La General, Granada, 1991 † *La maleta del naufrago*, Renacimiento, Sevilla, 1992 † *Gente del siglo*, Nobel, Oviedo, 1997 † *Palco de sombra*, Renacimiento, Sevilla, 1997 † *Cuaderno de ruta de Ronda*, Ceder, Ronda, 1999 † *El ocaso y el oriente*, Arguval, Málaga, 2000

TRADUCCIÓN

T.S. Eliot, *Prufrock y otras observaciones*, prólogo, traducción y notas de F.B.R., Pre-Textos, Valencia, 2000.



ECUACIÓN DE TIEMPO

Esta edición de LITORAL, dedicada a FELIPE BENÍTEZ REYES, se terminó de componer el día XXI de VI de MMI en *La Marea*, Benalmádena, festividad de San Luis, para imprimirse días después, en los talleres de *Gráficas San Pancracio* de Málaga, bajo la orientación de Lorenzo Saval y María José Amado.

Colaboraron para la realización de este libro Felipe Benítez Reyes, José Antonio Mesa Toré, Miguel Gómez Peña, Pilar Salado, Antonio Jiménez Millán, José Antonio Díazdel, Trevor Morais, María Victoria Balmaseda, Carmen Saval Prados y Walter Arias.

Foto: Lorenzo Saval

FBR durante la realización de este número en *La Marea*, abril de 2001

Portada: Lorenzo Saval
El falso cónsul de las mareas 2001
Collage, técnica mixta (50 x 75)

Litoral

Boletín de Suscripción

Enviar a Revista Litoral, S. A. Urb. La Roca, 107-C. 29620 Torremolinos Málaga
Tel. 952 388 257 fax 952 380 758. litoralr@teleline.es

Apellidos... ..
Nombre
Domicilio
CP Localidad
Provincia Teléfono

Deseo suscribirme a la Revista Litoral durante un año, a partir del número

Suscripción anual	España	7.900 PTAS (47,48 EUROS)
	Europa	8.500 PTAS (51,09 EUROS)
	América	90\$ EEUU

Deseo recibir los siguientes números atrasados
... ..
... ..

Modalidades de pago

- Cheque nominativo a Revista Litoral S. A.
- Transferencia bancaria a la cuenta 2103-3022-89-0030001175 de Unicaja
- Domiciliación bancaria (sólo para España).

Pago por domiciliación bancaria

Muy Sres míos:

Ruego a Vds. abonen hasta nueva orden los recibos que con periodicidad anual presente Revista Litoral, S, A. cargando su importe en la cuenta abierta a mi nombre; en esa entidad.

Banco / Caja de Ahorros Localidad
Dirección
Entidad _ _ _ _ Oficina _ _ _ _ D.C _ _ N.º Cuenta _ _ _ _ _ _ _ _
NIF _ _ _ _ _ _ _ _

Nombre y apellidos del titular
Domicilio del titular

Fecha

Firma

LITORAL

NÚMEROS PUBLICADOS

1968

- π 1. La Generación del 27 (Homenaje)
- π 2. Dedicado a Europa
- π 3. Desde Andalucía a **Rafael Alberti**
- π 4. La Fiesta de los Toros
- π 5. Dedicado a la Navidad
- π 6. A **Pablo Picasso**
- π 7. Los muros toman la palabras (Mayo, 68)
- π 8-9. Llanto de Granada por **Federico García Lorca**
- π 10. La poesía de la Generación del 70
- π 11. Poetas andaluces del 50
- π 12. Homenaje a **Antonio Machado**

1969-1971

- π 13-14. Homenaje a **Emilio Prados** y **Manuel Altolaguirre**
- π 15-16. Nueva Generación (Antología)
- π 17-18. Homenaje al escultor **Alberto Sánchez**
- π 19-20. Homenaje a **Carlos Edmundo de Ory**
- π 21-22. Ronda y un Torero
- π 23-24. A los 90 años de **Pablo Picasso**

1971-1973

- π 25-26. LITORAL 1926 (1ª Entrega: n^{os} 1, 2 y 3)
- π 27-28. LITORAL 1926 (2ª Entrega: n^{os} 4, 5, 6 y 7)
- π 29-30. LITORAL 1926 (3ª Entrega: n^{os} 8 y 9)
- π 31-32. LITORAL MÉXICO 1944 (N^{os} 1 y 2)
- π 33-34. LITORAL MÉXICO 1944 (N^o 3)
- π 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a **Manuel de Falla**)

1973-1974

- ☞ 37-40. *La Claridad desierta*, de **José Bergamín**
- π 41-42. Tres poetas andaluces
Suplemento: Chile y la muerte de Pablo Neruda
- π 43-44. *Roma, peligro de caminantes*, de **Rafael Alberti**
- ☞ 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- π 47-48. *Ilustración y defensa del toreo*, de **José Bergamín**

1975-1976

- π 49-50. 50 Números de LITORAL. Orígenes de la Vanguardia Española
- ☞ 51-52. *En breve*, de **Dionisio Ridruejo**
- ☞ 53-58. Portugal. La revolución de los claveles
- π 59-60. Los poetas del exilio

1976-1977

- π 61-63. Poesía en la cárcel
- ☞ 64-66. **Mao Tse-Tung**
- ☞ 67-69. Homenaje a **León Felipe**
- π 70-72. *Cuadernos de Rute*, de **Rafael Alberti**

1978-1979

- π 73-75. Vida y muerte de **Miguel Hernández**
- π 76-78. Perfil de **César Vallejo**
- π 79-81. A **Luis Cernuda**
- ☞ 82-84. Poesía americana contemporánea

1979-1980

- ☞ 85-87. *Moheda*, de **Rafael Guillén**
- ☞ 88-90. *El hacedor de calendarios*, de **Lorenzo Saval**
- ☞ 91-93. *Señales*, de **Juan Rejano**
- π 94-96. Cuatro Suplementos LITORAL. 1ª época

1980-1981

- π 97-99. **Fernando Villalón**. Dos Suplementos. 1ª época
- ☞ 100-102. **Emilio Prados**
- π 103-105. **Vicente Aleixandre**
- ☞ 106-108. Poesía sueca contemporánea

1982

- π 109-111. Correspondencia **Alberti-Bergamín**
- ☞ 112-114. **Antonio L. Bouza**
- π 115-117. **Pedro Garfias**
- π 118-120. Antología de la Joven Poesía Andaluza

1983

- π 121-123. **María Zambrano**. Tomo I
- π 124-126. **María Zambrano**. Tomo II
- ☞ 127-129. Poesía sueca contemporánea (2ª entrega)
- π 130-132. **Cernuda-Alberti**. Dos Suplementos (1ª época)

1983-1984

- ☞ 133-135. **José María Hinojosa**. Tomo I
- ☞ 136-138. **José María Hinojosa**. Tomo II
- π 139-141. Poesía arábigo-andaluza
- ☞ 142-144. **José Bergamín**. Antología periodística, I

1984-1985

- ☞ 145-147. **José Bergamín**. Antología periodística, II
- ☞ 148-150. **José Bergamín**. Antología periodística, III
- π 151-153. Poesía erótica, I
- π 154-156. Poesía erótica, II

1985-1986

- π 157-159. Poesía árabe actual
- ☞ 160-162. **Gerald Brenan**
- π 163-165. **Jaime Gil de Biedma**
- ☞ 166-168. **Jaime Siles**

1986-1987

- ☞ 169-170. Literatura escrita por mujeres
- ☞ 171. *El Guadalhorce*. Homenaje a **Ángel Caffarena**
- ☞ 172(-173). **Francisco Giner de los Ríos**

1987

- (172-)173. **Francisco Giner de los Ríos**
 π 174-176. Surrealismo. El ojo Soluble

1988

- ♣ 177. Poesía árabe clásica oriental
 ∞ 178-180. Veinte años de LITORAL

1989

- ≈ 181-182. **Manuel Altolaguirre**
 π 183-184. Poesía del Rock

1990

- π (183-)185. Poesía del Rock
 ≈ 186-187. **Emilio Prados**. La ausencia luminosa
 ♣ 188. **Luis Antonio de Villena**

1991

- † 189-190. Navegaciones. **Pablo Neruda**
 † 191-192. **Nerhu**. Escritos

1992

- † 193-194. Poesía norteamericana contemporánea
 † 195-196. Memoria de América en la poesía

1993

- * 197-198. Poesía ucraniana contemporánea
 * 199-200. Poesía catalana actual

1994

- * 201-202. Poesía italiana contemporánea
 * 203-204. **Carlos Arniches**. El Alma Popular

1995

- * 205-206. Poesía vasca contemporánea
 * 207-208. **Dionisio Ridruejo**. *Dentro del tiempo*

1996

- * 209-210. Poesía gallega contemporánea
 * 211-212. Eros picassiano

1997

- * 213-214. **María Victoria Atencia**. El vuelo
 ‡ 215-216. Poesía cubana

1998

- π 217-218. **Luis García Montero**. Complicidades
 π 219-220. **Rafael Alberti**. El amor y los ángeles

1999

- π 221-222. **Constandinos Cavafis**.
 π 223-224. **Chile**. Antología de la poesía contemporánea

2000

- π 225-226. **Pasajeros**
 * 227-228. **La poesía del jazz**

2001

- π 229-230. **Felipe Benítez Reyes**. Ecuación de tiempo

π	Agotado
♣	2.500,— PTAS. 15,03 EUROS
≈	3.000,— PTAS. 18,03 EUROS
†	3.500,— PTAS. 21,04 EUROS
*	3.700,— PTAS. 22,24 EUROS
‡	3.850,— PTAS. 23,14 EUROS
∞	4.000,— PTAS. 24,04 EUROS

Precio de la suscripción anual

España	7.900 ptas.
Europa (correo superficie)	8.500 ptas.
América (correo aéreo)	90 \$ USA
Resto	95 \$ USA

Dirige Lorenzo Saval

Adjunta a la dirección María José Amado

Edita Revista Litoral, S. A.

Redacción y administración Pilar Salado Jimena
 Urb. La Roca, 107-c. 29620 Torremolinos, Málaga
 Tel. 952 38 82 57 fax 952 38 07 58
 litoralr@teleline.es <http://www.apex-es.com/litoral>

Maquetación y diseño Miguel Gómez Peña, S. L. & Lorenzo Saval

Distribución LES PUNXES. Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona
 TEL. 934 85 63 80 FAX 933 00 90 91 punxes@fedecali.es
 A. MACHADO LIBROS, S. L. Tomás Bretón, 55. 28045 Madrid.
 Tel. 914 681 011, fax 914 681 098. visordis@visordis.es

Delegación en Madrid Turia Balmaseda. Tel. 913 668 977

Trevor Morais inicia su carrera musical en Liverpool, en 1962, en una banda llamada *Farons Flamingo* con la que alcanzó el número 5 en la lista de éxitos del Reino Unido con el tema *Do you love me*. Después se incorporó a la formación *The Peddlers* con la que grabó once álbumes que obtuvieron varios discos de oro y de platino. En 1972 Trevor

forma *Quantum Jump* con Rupert Hine y alcanza el número 4 en las

listas de Gran Bretaña con *The Lone Ranger*. En esa época crea su primer estudio de grabación, *Farmyard Recording Studio*, con el que obtiene éxito internacional. Comienza a grabar y a hacer giras como músico independiente.

Su versatilidad y experiencia le permitió trabajar con una amplia gama de músicos como *Underworld* o la *Royal Philharmonic Orchestra*. Siempre en la vanguardia musical es actualmente uno de los más reputados batería y programador en

música *dance del panorama internacional*.

Entre los numerosos músicos con los que ha trabajado se

encuentran artistas tan significativos en la música moderna como Art Garfunkel, Brian Ferry, Elton John, Phill Collins, Van Morrison, Daryl Hall, Jim Capaldi, Rod Stewart o Tina Turner. Actualmente es propietario del estudio de grabación *El Cortijo*, en la serranía de Ronda, donde han grabado músicos de la talla de Sade, Björk, Neneh Cherry, Joaquín Sabina o Mariah Carey.

CD

CON EL PATROCINIO DE



DIPUTACIÓN DE CÁDIZ

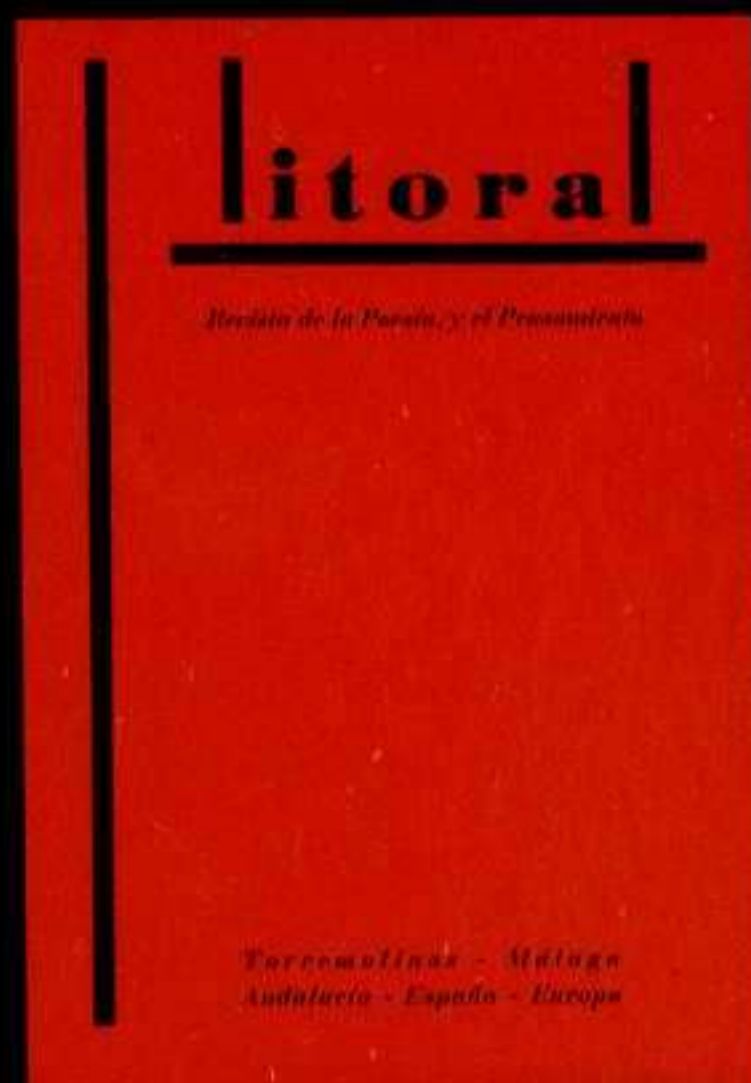
MMI

Letra **Felipe Benítez Reyes**

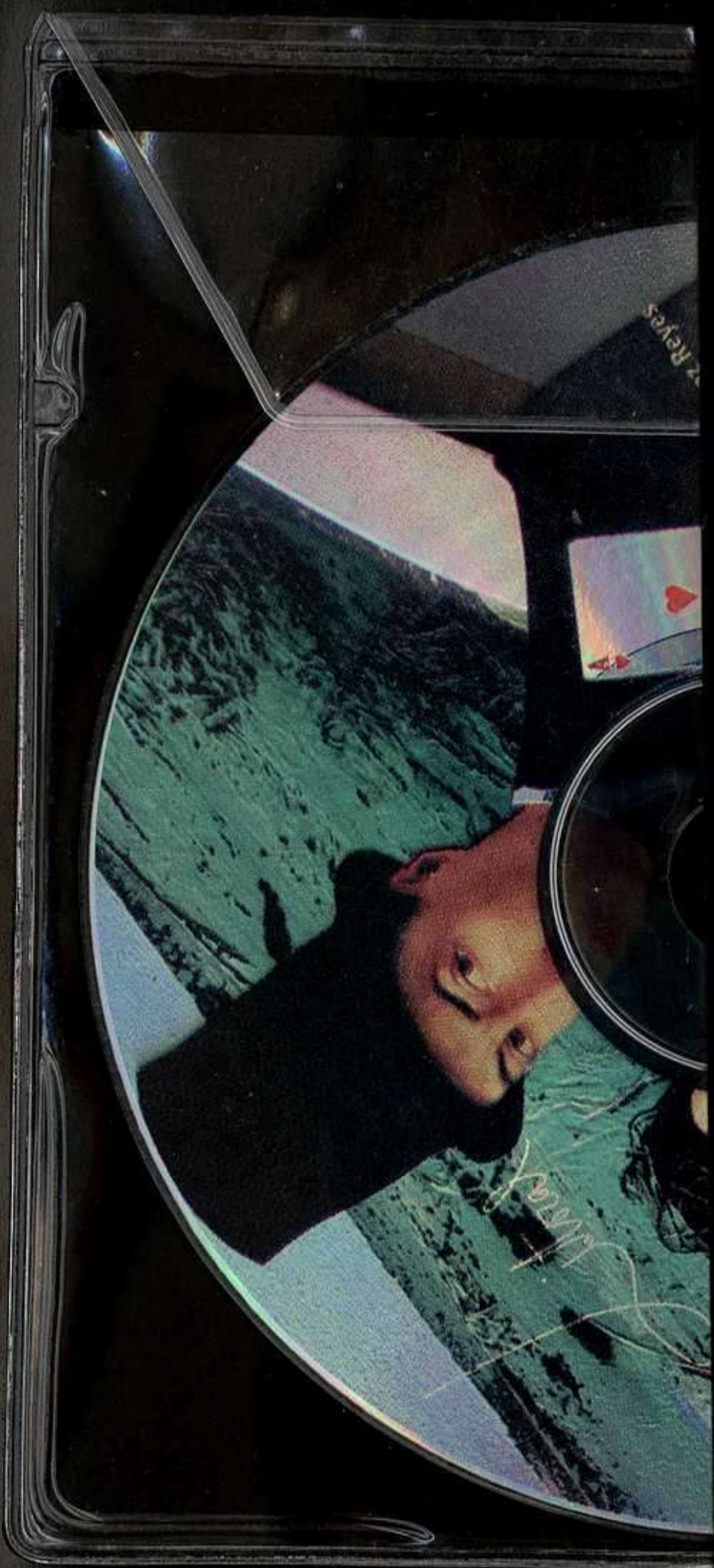
Música **Trevor Morais**

Voz **Elkie Brooks**

Producido por **Trevor Morais**



© 2001 THE SPANISH HOUSE LTD.



litoral nació en Málaga en noviembre de 1926. Los poetas Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, al frente de la imprenta Sur, tuvieron el acierto de publicar en la revista y en sus Suplementos primeros poemas, dibujos, grabados y partituras de la mayoría de los artistas que luego habrían de pasar a la historia con el nombre de Generación del 27.

Las colaboraciones de García Lorca, Alberti, Bergamín, Cernuda, Guillén, Larrea, Moreno Villa, Gerardo Diego, Alexandre, Dámaso Alonso, Gómez de la Serna, Picasso, Juan Gris, Miró, Ángeles Ortiz, Palencia, Peinado, Bores, Dalí, Halffter, Falla, etc., convirtieron a LITORAL en el motor entusiasta de la renovación artística propugnada por las vanguardias y en el buque insignia de esa generación.

Con Hinojosa hubo una segunda época, breve, que pretendió dar alas al surrealismo en España. Con Rejano, Giner de los Ríos, Moreno Villa y otros intelectuales españoles conoció LITORAL, en el exilio mexicano, una tercera etapa, también de corta duración.

Fue en la primavera de 1968 cuando José María Amado decidió volver a publicarla, otra vez en Málaga, con el empeño de reivindicar el papel histórico de la Generación del 27, tras tantos años de silencio o persecución por parte de la cultura oficial.

Amado reprodujo los números de las tres primeras etapas de LITORAL, difundió la obra de aquellos artistas que pagaron con la cárcel, el exilio y el olvido su compromiso moral con el pueblo español y logró que algunos de ellos —Alberti, Picasso o Bergamín— publicaran de nuevo en la revista. A veces, con libros inéditos como *Roma, peligro para caminantes* o *La claridad desierta*.

Desde entonces LITORAL ha ido incorporando en sus páginas las voces más personales de las sucesivas generaciones de nuestro país y ha mostrado las manifestaciones artísticas de otras culturas.

Números dedicados a Brennan, Ridruejo, León Felipe, Neruda, Gil de Biedma, Jaime Siles, Luis Antonio de Villena, María Victoria Atencia o Luis García Montero y antologías de poesía sueca, árabe, norteamericana, italiana, cubana, chilena, catalana, vasca, gallega, escrita por mujeres, del rock, erótica, etc., son ejemplos, entre otros muchos, de que, de acuerdo con el espíritu de sus fundadores y directores, LITORAL siempre ha estado abierta al arte y al pensamiento modernos.



0212-4378-229-230

FELIPE BENÍTEZ REYES

Último rumbo (cuatro poemas inéditos) • La voz tras el cristal de color ámbar (relato) • Prontuario (provisional de términos literarios para uso escolar o extraterrestre) • La mano en la chistera (Cuestionario) • Antología privada • Fragmentos narrativos

Introducción JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ *Coordenadas* LUIS GARCÍA MONTERO VICENTE GALLEGO LUIS ANTONIO DE VILLENA BENJAMÍN PRADO EDUARDO MENDICUTTI CARLOS MARZAL PEDRO ZARRALUQUI *Cronógrafos* FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO JOSÉ CABALLERO BONALD ALMUDENA GRANDES ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN ANA RODRÍGUEZ FISCHER JOSÉ LUIS GONZÁLEZ VERA *Catavientos* JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ FRANCISCO BEJARANO FRANCISCO BRINES MIGUEL D'ORS MARÍA VICTORIA ATENCIA *Contraseñas* JUAN LAMILLAR ANDRÉS TRAPIELLO ÁNGEL GARCÍA LOPEZ ANTONIO SOLER JUSTO NAVARRO JOSÉ DANIEL M. SERRALLÉ LUIS MUÑOZ JUAN MANUEL VILLALBA JOSÉ JULIO CABANILLAS JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA JOSÉ MATEOS ENRIQUE VILA MATAS FERNANDO IWASAKI FÉLIX ROMEO JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA VICENTE TORTAJADA HIPÓLITO G. NAVARRO PABLO GARCÍA BAENA *Estuarios (Correspondencia de ausentes)* CLAUDIO RODRÍGUEZ RAFAEL ALBERTI FERNANDO QUIÑONES JAIME GIL DE BIEDMA

Cronómetro (Álbum fotográfico)

CD MMI

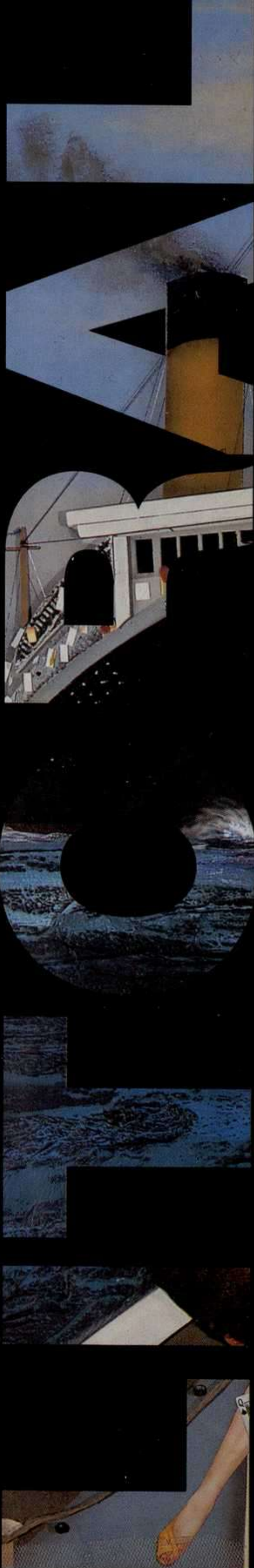
Letra Felipe Benítez Reyes

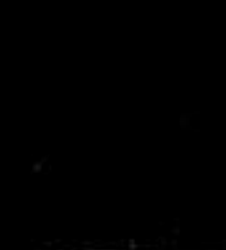
Música Trevor Morais Voz Elkie Brooks

Ilustraciones RAMÓN GAYA JUAN VIDA RICARDO CADENAS DÍAZDEL CHEMA COBO JOAQUÍN SAENZ PEDRO SERNA CARLOS LAINEZ LORENZO SAVAL MANUEL ANTONIO BENÍTEZ REYES PILAR BERNABEU



área de cultura y educación
Deputación Provincial - Málaga





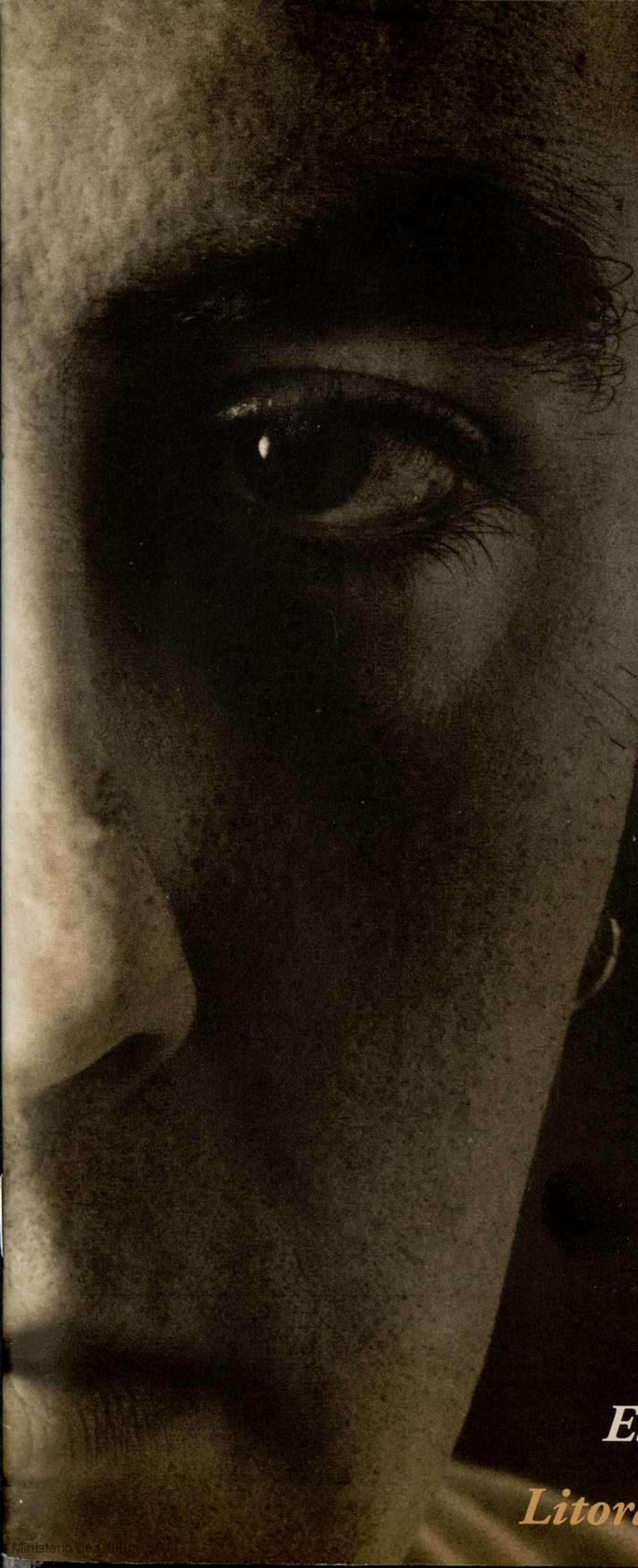
LITORAL

Felipe Benítez

Reyes

Ecuación de

tiempo



José Luis
GONZÁLEZ
VERA

II

El agua en la boca

Litoral / Suplementos



Catarsis (*op.* 1)

Las pesadillas son violentas visiones, generadas espontáneamente a partir de experiencias diversas con el fin de atormentarnos con morosidad, nocturnidad y alevosía. No existen pesadillas fugaces. Siempre hay una calle interminable de la que nunca podemos salir, un suelo insistentemente resbaladizo... La lentitud no es otra cosa que un desesperado intento de negar el tiempo. Cuando la memoria nos presenta retazos del pasado lo hace a cámara lenta. La etimología nos lo advierte: todas las pesadillas son pesadas y vuelan graves, como aquellos pajarracos que salían de la cueva gongorina. Y quizá en ello resida su poder terapéutico. Al ralentizar el terror, lo observamos tan de cerca y tan intensamente, que luego, en la vigilia, cualquier contratiempo o mala pasada nos parece una fruslería.

Como en las pesadillas, en *Los barrios lentos*, abunda la violencia. Hay «broncas y golpes» en el tercer verso del libro, una amputación digital en el primer poema, sádicos maltratos a animales en el tercero, dos puñetazos faciales en el quinto, un atentado con arma blanca en el séptimo, revólveres cargados... Bajo la forma sutil de la alienación encontramos más violencia. Los personajes pueblan un universo acultural, en el que se alude a películas de serie B («En frontal, plano medio, un tipo carga / el tambor del revólver»), y a grafitis («los signos con tiza / que celebraban (...) / que alguien tiene cuernos»). Como en la pesadillas, no falta lo escatológico y tropezamos con «latas, preservativos», «fluidos», «retretes», «basura», «los niños que mean», «el coño de la Paqui»...; ni lo ilógico («un partido absurdo con pelotas»; «algo incoherente / oculto en la palabra *vida*»). Como en las pesadillas, hay lentitud, conseguida hábilmente por medio de varios recursos: uso de tiempos imper-

fectivos (presente e imperfecto) y de frases nominales («En la distancia, algún ladrido»). A decir de los grandes imaginólogos franceses (Gilbert Durand y compañía), la única forma que existe de conjurar el paso del tiempo es haciendo hincapié en el espacio. Por eso en *Los barrios lentos* proliferan las descripciones, parcas en verbos, que recuerdan el estilo seco y rudo de la *pulp fiction* («Basuras. / No hay contenedores.»; «Juani la loca, / el cuchillo, el psiquiátrico, / su libertad, las manchas de las calles.»).

A pesar de ser su *opera prima*, el autor no ignora que las pesadillas no se pueden entregar al lector en bruto, sin una consciente elaboración. De ahí que acuda al mismo método que usaron los autores de tragedias del siglo V a. C., quienes buscaban la catarsis del espectador, su purificación, seleccionando personajes sumidos en penosas vicisitudes vitales y concentrando los acontecimientos. El primer poemario de José Luis González Vera es extremadamente conciso y elíptico: está formado por sólo diecinueve poemas, la mayoría de los cuales no sobrepasa los treinta versos.

Pero, a diferencia de las obras de Esquilo, que dejaban al público ateniense felizmente purgado a fuerza de llantina, el poeta de *Los barrios lentos* vislumbra que aquella pesadilla del pasado, que se ha querido conjurar con las palabras, se ha convertido irremediablemente en el secreto motor del presente: «La muerte (...) nos grabó su tatuaje de sombras al nacer. / No cabrá incertidumbre en mi camino». Esta especie de determinismo barriobajero amenaza además con expandirse hacia las generaciones futuras. Los «perros en la noche», los que «expoliaron los cubos de basura» en los setenta, asustan ahora a su hija, y el protagonista tira la toalla, incapaz de detener el paso inmisericorde del terror: «En la distancia, algún ladrido. / No sé evitar que mi hija / oiga los perros». En «La profecía» se vaticina implacablemente: «se hizo quietud el odio / y segura, la torpe derrota de los años».

El fracaso de ésta nos augura próximas catarsis.

Es la vieja historia: amargo sufrimiento para el poeta, buenos libros para el lector.

ÁNGEL LUIS MONTILLA MARTOS

Mi amigo Charles

Charles no se llama Charles. Cambió de nombre porque admiraba a Charles Bukowski. Quería ser como Bukowski, escribir como Bukowski, tener la cocina sucia como Bukowski, abrir latas de cerveza como sólo las abría Bukowski y conocer de muy cerca a las mujeres como las conoció Bukowski.

Mi amigo Charles hizo todo lo que pudo por emular a su héroe. Bebía más cerveza que nadie. Se tatuó un lobo en el pecho para que todas las chicas lo llamaran Pecho Lobo. Se puso a escribir poemas tristes, agrios y cínicos. Charles era como Bukowski, pero jugaba con desventaja porque tenía un corazón vulnerable. Los dos buscaban el amor en distintos cuerpos, aunque mi amigo con peor fortuna, quizá porque le gustaban las mujeres que menos le convenían.

José Luis González Vera no se llama José Luis González Vera. Miente cuando dice su nombre y miente cuando habla en serio de literatura. Sé lo que digo, lo conozco. Si algún día se tropiezan con él por la calle hagan la prueba, griten: «¡Charles! La literatura es la última puta lata de cerveza en un frigorífico averiado». Y verán como se vuelve y sonríe.

El caso es que José Luis González Vera siempre quiso ser Charles Bukowski, y cada día que pasa está más cerca de conseguirlo. Por eso yo lo llamo Charles, porque estoy seguro, desde hace tiempo, que mi amigo dejó de ser profesor y erudito y todas esas cosas serias que el admirado Bukowski procuraba evitar.

Pero Charles, al menos en la apariencia, engaña bastante; porque tras la pinta de pirata harto de ron se oculta el hombre tierno que encandilaría a cualquier madre. Ni el tatuaje, ni el pendiente, ni siquiera los pantalones de cuero negro, consiguen mitigar el aspecto de chico bueno y prudente. Ésa es su desgracia, que a pesar de coleccionar corazones ahogados en alcohol, nunca podrá desprenderse de cierto aire inocente. Un condenado inocente, que pertenece a esa clase de personas que pueden romper almas y cometer destrozos sin levantar sospechas.

Dicen que los tatuados son asesinos en potencia. La verdad es que Charles dispara a todo lo que se mueve. Luego guarda el arma, regresa a casa y escribe: «La soledad también aumenta de tamaño.»

De todos los posibles Charles que hay dentro de Charles, prefiero quedarme con el escritor de los barrios lentos que vive a velocidad de vértigo. Prefiero al erudito e investigador de la vida nocturna. Lo cierto es que me gusta pasear a su lado en silencio y oírlo hablar, porque Charles hace literatura cuando habla. Y yo le voy robando su vida en mis novelas.

JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

Poemas



RONDA OESTE (N-340)

A Antonio J. Millán

Se alzó junto a mi casa como un premio.

Aquella arquitectura de prodigios,
pronto fue una conquista bucanera;
excursiones felices por arcenes
repletos de despojos:
latas, preservativos, pintalabios,
algún tubo de escape.
Un álbum oxidado en la desidia.

Las noches con matrículas exóticas,
imaginaba alegres pasajeros,
sordos a los encantos
de la quietud fingida del hogar;
el camino de rosas hacia hoteles,
y tarjetas con crédito.

Nunca encontré sus límites.

Ahora circulo rápido por ella,
evita retenciones,
engaña a la ciudad y me devuelve
con desprecio el peaje obligatorio
de las horas que entrego cada día.

LA NIÑEZ ILUSTRADA

A Juan Antonio y Maribel

Entre las calles poco conocidas,
los pisos sin fortuna rebosaban
de broncas y de golpes fácilmente;
el paro, el poco sueldo
o las desilusiones
asediaban la paz de la familia,
mensajeros de un Dios menospreciado
a la busca de algún altar propicio.

Este era nuestro pan cada jornada,

la imagen simple y sepia de la vida,
la puta realidad
paciente como un francotirador.

Imposible jugar entre los coches;
los locales repletos de basura
nos cobijaron cómplices
en un barrio sin parques ni alamedas.
Siempre fue tonto el último en correr,
y los golpes le daban la medida
del lugar asignado por la tribu.

Paco «el bala» tenía fijo el puesto
entre los perdedores de la escuela
y quiso demostrarnos sus cojones;
golpeó con un martillo el proyectil
que, mientras lo dejaba manco y tuerto,
hizo el favor de darle un nombre propio.
Así se convirtió el niño en ejemplo
de que los héroes suelen ser mediocres,
pero con más fortuna que nosotros.

ASESINOS

A Azul

Con quince años,
fuimos ya servidores de la muerte,
mensajeros sin causa
del breve telegrama sin destino,
apenas un motor, la máquina inclemente,
del vodevil que inicia el espectáculo;
luego, su aparición fugaz en la opereta,
con artes de tahúr ensimismada
en sus vicios grotescos
por sabidos.

Quizás la muerte exige sólo muerte,
y punto:

Por la cola, los gatos pendían de los techos
con cierta dignidad ante la farsa;
provocaban las risas al acertar los dardos.
Y las muecas convulsas de las ratas

con la inyección de ácido en los ojos.
O el fiel y noble aullido
de los perros que ardían,
la magia de la hoguera,
como una bailarina de estriptís
que encerrara el deseo
en la luz de su ombligo.
O los otros —cualquiera—
bajo la tarde roja y malva,
el silencio vencido por los golpes,
de dos en dos atados y corriendo
igual que si buscaran
adelantar las horas, la mañana
que no verían.
La muerte exige muerte a sus soldados.
Nos grabó su tatuaje de sombras al nacer.
No cabrá incertidumbre en mi camino.

LAS DEUDAS DEL JUEGO

A Alfonso Sánchez

No has cambiado:
melena hippie
y un ron cola a las diez de la mañana.

Un rápido saludo delimita,
por compromiso,
tu espacio de silencio y soledad
en una barra llena hasta los topes.
Hora del bocadillo.

Sigues cobarde,
instalado en aquellos días
en los que la alimaña del futuro
lamió dócil tu mano,
sol, discoteca, hoteles a los quince,
y el sello de unas uñas en la espalda,
carriles de autopista
favorable a los que echan buenos polvos
en la costa.

Inquietud en la noche,
cuando nos enseñabas

las frases convincentes del inglés,
los trucos para abrir sujetadores
o para abrir las piernas;
orgullo del trabajo
y el goce de contarnos tus proezas
antes de irte a la playa,
en autobús.

La suerte previsible
te dejó en cama y solo,
supurando el vacío de las horas sin rumbo,
calles enmohecidas
por un ritmo viscoso, señor nuestro.

Yo pago, te debía las leyendas,
el mundo diferente más allá de esas tardes
diluidas en el cáliz de una iglesia,
o en un partido absurdo con pelotas
de papel en la acera,
esquivando con miedo
algo incoherente,
oculto en la palabra *vida*.

DOCTRINA URBANA

El día de verano se levanta
tras el escape libre de las primeras motos.
Un viento, que es dulzura, dormirá
faroles e inquietudes.

No conoce alambradas
la ambición del termómetro;
y el sol, con la certeza del silencio,
secará cada nombre,
cada combate.
Lo entiendes,
cuando ya has sumergido
el calor en tu cuerpo,
sin huida posible.

El día será fiel a su estrategia,
inmóvil,

igual que el evangelio
donde la honra alumbra a la desgracia.

Son unos pocos trucos esenciales.
Primero, en la nariz
y cuando el dolor nuble su equilibrio,
en la boca.
Él o tú. Y ya sabes que los hombres
no pueden ser piadosos, ni maldecir el daño
que cultivan. Y nunca
Inclines la cabeza,
el perdón es limosna de cobardes,
sea su muerte la paga del desprecio.

COSTURERA EN EL JARDÍN

A Sonia Fontecilla

Los jardines del barrio
casi no ven el cielo que desgarban los bloques,
y en la fuente
entierran su ternura, triste por el olvido,
peluches y dibujos;
orina, polvo y lluvia.

Pero ahuyentan el orden impreciso,
el martilleo exacto de metrónomo
con que la soledad asfixia.

Fecunda el sol de tarde,
aunque frío,
las escenas campestres del mantel,
y brillan las agujas en el pecho,
galones sobre el luto
por servicios prestados.

A veces la costura pesa,
quizás vista cansada
de seguir a las horas que se escurren;
entonces se remansa en su pupila el tiempo,
como un lodazal
que hará fértil la siembra del hastío.

El desencanto teje cada día;
no hay dedales que eviten las puntadas
de un péndulo en reposo.

JUANI LA LOCA

A Carlos Marzal

Basura.
No hay contenedores.
Son útiles las bolsas en las fuentes;
arden, de vez en cuando,
y compiten los niños
que mean desde muchos metros sobre las llamas.

Están rojas e inmóviles, las pupilas de Juani,
espejo de otro mundo ante la hoguera,
su túnel interior con luz de niña débil;
una caja de música en silencio,
rota por la eficaz orina de los niños,
los insultos y golpes.

No se limpió el meado ni la sangre,
según los testimonios,
fue apacible su gesto, mientras apuñalaba
a aquel chulo del barrio;
solamente en sus ojos,
el azul ya enfermizo de la hoguera.
Huyeron los demás intimidados
por aquella concordia tan contraria:
Aquí, la mansedumbre nunca había cubierto
con su manto a la muerte.

Después, sobre el portal, las luces,
la nerviosa sirena azul-naranja,
policías y médicos, sus padres,
al fin, libres de aquel castigo.

Las bolsas de basura arderán otras noches.

Juani la loca,
el cuchillo, el psiquiátrico,
su libertad, las manchas de las calles.

PERROS EN LA NOCHE

A Álvaro García

Con miedo,
mortecinos de día, imperceptibles,
olisqueando el desprecio,
o la supervivencia cabizbaja
del reproche en las sobras.

Yo urdía con su imagen,
cuando la cena
quebraba el frágil rato de los juegos,
una legión famélica,
amigos que vencían
el hogar, su liturgia.

No los vimos ninguna tarde;
regresaban a oscuras,
quizás acompañados por el frío.
seguían el silencio,
las trochas entre escombros,
los charcos, la paz sucia
de los signos con tiza
que celebraban el coño de la Paqui
o que alguien tiene cuernos.
En sus fauces traían soledad.

Furtivos,
expoliaron los cubos de basura,
y mi vigilia,
miedoso fanfarrón sin guardaespaldas,
mientras la podredumbre fuese el calor del aire.

A veces, mi hija llora por la noche,
al despertarme siento
una inquietud sureña
por la combinación de noche y llanto;
en la distancia, algún ladrido.
No sé evitar que mi hija
oiga los perros.

LOS BARRIOS FAMILIARES

A Felipe Benítez

Las esquinas parcelan como agujas
este molde de hastío,
estratos superpuestos que se tiñen
con cortinas y vaho noble
de café vespertino en los cristales,
cuando en invierno duele la ventisca,
camino del trabajo.

A la luz de los pobres
voltios, calla el papel pintado,
conflictos hogareños
en que la sangre,
benedicida por santos de culpas y escayola,
casi no deja huellas
en la imitación plástica
del suelo de parqué.

Huye por los desagües, el lamento
de quien ve en la derrota
el tatuaje que infecta su destino.
Anuncia la mañana,
• el dolor de los golpes.

LA PROFECÍA

A Juan Manuel Villalba

Cubre el polvo, los pasos
vacíos de las sombras
y un calor de injusticia
acompaña la siesta;
éramos hombres libres por las tardes,
de tres a cinco, reyes
del silencio y la brisa
que aturde la conciencia,
que derrite el asfalto.

El único mayor que vigilaba,

espectro mortecino del insomnio,
nos quitó la pelota.

La luz era dañina,
y más, aquel discurso
que, sobre miserables, e indolentes
describía con saña
un amplio repertorio de conjuras,
trincheras enemigas y hoteles engañosos,
donde nunca tendríamos descanso
como perros que intuyen la carroña
en la red de los días.

Mientras retuerce
el aire con las manos,
brutal entre el presagio oscuro de los sueños,
alguien lanzó una piedra;
se hizo quietud el odio
y segura, la torpe derrota de los años.

Fue inútil que muriese el mensajero;
reconozco, no obstante, que la vida
tuvo alguna nobleza,
pues, igual que en el cine,
engrasaba el revólver,
cuando nos chivató sus planes.

PAISAJE VESPERTINO

A Jesús Aguado

Sonó tarde.
El reloj vuelve estorbo la mañana.
Sin afeitarse, la misma ropa
y el llanto
de mi hija que despierta
con una historia absurda sobre el monstruo
que papá llama *tiempo*, y nunca tiene,
y va tarde.
Luego ayuda el atasco;
y el tiempo, que es un monstruo
japonés, ahora vuela.

De pronto, los almendros
—tranquilidad desnuda al paso de tu coche—
te reprochan los límites del día.
Tras la curva atestiguan
el tributo al divorcio
entre alguien que despierta
y un mundo que despierta
con leyes más piadosas,
más exactas.

ALBA

A Antonio Blanco

Cuentan que siempre hiciste la calle en estos barrios.
No es verdad;
hacías los retretes,
los ascensores,
o los mismos refugios por horas que hoy ocupas.

Íbamos a tu altar, aquella tarde, oscuros,
bajo el brillo insolente
de las farolas,
miedosos navegantes a merced del silencio.

Desde aquel día, heridos
por los trazos seguros de tu lengua,
volvíamos con ron y Coca-cola,
con frecuencia, con prisa y, claro está,
con dinero,
que cortabas tú a hostias
el mal rollo del chulo que quisiera
follar de balde.

Te encuentro en la autopista;
como a un cliente novato me saludas,
y me doy el difícil privilegio
de abrazar la memoria, aunque alborotes,
si te enredo en posturas imposibles,
engaños que cobijan
esta porno-victoria

sobre tus callejones con ratas y sin luz
tan lejos de mi mundo.

Me demuestras
que aunque el sexo se oculte en las esquinas,
o haga autostop en zonas de talleres,
desnudo junto a un fuego,
en la huida
deja, según costumbre,
señales que no borran otros labios.

SOBRE MI AMOR

Cuando lo conocí, pillé una faringitis
a causa de una grave ducha fría;
cosas de adolescentes
que compensaron otras duchas dulces
con la limpia insistencia
del jabón en los besos.

Años después, los golpes de reloj,
el orden en la vida marital;
mundo abreviado e impuro
de duchas moderadas, abstraídas
como las buenas noches
que nos dábamos,
tras lavarnos los dientes.

También hubo algún cuarto ajeno,
postal de vacaciones
en el que adúlterar con otro cuerpo
la llama de un calor perdido;
la ducha simplemente higiénica
y un ascensor ruidoso,
que nos devuelve a un vago
proyecto de la noche,
cuando el silencio aturde.

Y ahora esta ducha lenta,
cerrados los talleres
que curaban los golpes

en que se funda el verbo *convivir*,
punto y final de nuestras duchas,
atrae la esencia líquida
donde nada mi amor:
el cubata que cargo antes de la refriega,
las lágrimas,
los fluidos,
—versos con más verdad que cualquier verso—
la necesidad húmeda
de ser saliva en cada hueco,
en cada borde, o en otra historia;
amor inaprensible que te escapas
por las alcantarillas
como el agua a su origen
para volver rebelde y sin aviso
un instante a mis labios.

DETALLES DE PODREDUMBRE

A Vicente Gallego

Nos quitamos la ropa con la rabia
de no estar ya desnudos;
dos perros y un despojo de carne en la pelea
se funden
con la lengua, en la espalda, en la victoria
jadeante que se nubla
junto a un cuerpo
por el placer exhausto.

Patente de la urgencia,
la almohada por el suelo,
qué exquisitas cabriolas,
mi luz, mi piel, mi amor,
¿quién no hubiera apostado por nosotros
al vernos en la cama?
Los días, sin embargo, humedecen los muros,
diluyen los colmillos.
Esparcieron su paz muerta en los besos.

Quizá ninguna de estas cosas,
pero los desayunos

en ausencia a tu lado,
los hoteles con nombres cursis,
el chivato ascensor ruidoso,
tus naipes en las bragas
mi fobia a tu teléfono,
la torpe incertidumbre de la lluvia
camino de mi coche
cuando se despereza, gris, la luz.

CONTRA FANTASMAS DE AMOR

A José Antonio Garriga

Silenció aquel pantano
sus calles.
Desde la presa,
mi abuelo describía
su juventud, sumiso;
le enturbiaban las novias
el oleaje enclaustrado del recuerdo,
y pretendía ver inútilmente
su adolescencia
bajo la superficie legamosa del agua.
Ninguna tarde vio las cumbres
de los montes cercanos
disolverse en la luz, rojizas,
ni la quietud de espejo que planea
tras el rasante gris de los halcones.

La muerte mentirosa
ancla al tiempo pasado la alegría,
va contigo al retrete
en el mejor momento de la fiesta,
no se corta al pedirte
migajas de minutos o de miedo,
que otra vez le darás
dócil como una puta.

Si no, imbécil, dime,
junto a esta chica,
ojos grises que instruye el diablo,
ahora que son propicias la música, las luces,

y la vida se exhibe transparente
bajo las transparencias de su escote,
¿por qué no abrazas
con gesto posesivo su cintura
y la besas igual que un condenado
a la vida?

Te cobrará la muerte su tributo
sin deducir tus anticipos,
y el fantasma que velas, a estas horas,
es un río en los labios de otro.

MOTIVO PARA TATUARME

A Camilo de Ory

«Te llamaba
para que nos tomáramos
unas cervezas.
Estaré todo el día en casa,
por favor, cuando llegues,
telefonea.»

La soledad también aumenta de tamaño
avisa, no es traidora,
susurra desde el jueves,
por esa coincidencia
de todos los amigos
en los pequeños viajes
los fines de semana.

Es fiel y libre igual que el lobo
en el pecho tatuado,
su mirada se fija en quien lo mire,
el temor a sus dientes me da fuerzas
como al piel roja.
Anula con su aullido de silencio
la risa de actriz mala
con que la soledad niebla las noches.

MELODRAMA DOMÉSTICO

A Gaby Beneroso

En frontal, plano medio, un tipo carga
el tambor del revólver;
otro lo empuña dócil a su suerte.
Huye de alguien.
Las apuestas confirman sus victorias.
Me quedo sin patatas,
y desde la cocina intuyo que el disparo
no fue igual que los otros.
El héroe en primer término, sobre un río de sangre.
Sólo una vez se gana a la ruleta.
Seguro que apretó los dientes
para darle al gatillo;
por fin, tras muchos años, la vio en aquel tugurio.
En su memoria dejó las patatas.
Levanto mi cerveza.

No existe indignidad en la derrota, amigo,
pero uno de los dos, a nuestro modo,
merecía la luz clara del triunfo.

(De Los barrios lentos)

CRÓNICA NUPCIAL

Al principio, fue casi una crónica rosa
en la que nadie narra a los futuros novios
la brevedad del tiempo,
ni dibuja su enorme colmena de minutos
sin manual multilingüe
sobre cómo llenarlos.

Se enmohecieron los días.

Nos volvimos mañosos lanzadores recíprocos
de indiferencia, insultos y arrogancia;
quedaron, eso sí, sin ningún roce
los muebles de diseño
que hoy decoran la casa que no habito,

aunque el poliuretano sea más fácil
de aplicar en sus grietas
que extraer de los sueños la carcoma,
si enmudece el desánimo
la sonrisa que enmienda cualquier noche.
Éramos dos soldados
caídos en la trampa de bambú.

No tuvimos piedad ninguna.

En días de voz lenta,
contemplo mi cadáver,
sobre su podredumbre
resplandece el carmín de las horas felices.

No quiero que en el álbum sólo arraigue lo impuro.

TIEMPO MUERTO

Hay días que se pudren cuando nacen;
ni siquiera, el mal sueño con que afligen
indulta su memoria,
ese rumor de estiércol que vomita
sus hilos de reproches.

Sin diluirse en los años
se enroscan como aceite en la escalera.

Sucumbo ante sus zarpas.

(Inéditos)



Bibliografia



CREACIÓN

Poesía

- «Alba», *Puente de Plata V* (1998), p.26.
«Juani la loca», *Litoral. La poesía del jazz* (2000), p. 124.
Los barrios lentos, Ed. La lámpara verde (Supl. de *Puente de Plata*), Córdoba, 2001.

Prosa

- La condición anfibia*, en *Litoral. Pasajeros* (2000), pp. 164-166.
La feria de las manzanas, en *El Sol de Antequera*, 13-VIII-94.
Un escenario para el capítulo final, en AA. VV. *Antropomaquia completa y El Sermón*, Ed. del Excmo. Ayto. de S. Roque, San Roque, 1995, pp. 101-112.

CRÍTICA E HISTORIA DE LA LITERATURA

Libros y cuadernos

- Concordancias lematizadas e índices léxicos de «Las personas del verbo» de Jaime Gil de Biedma*, Univ. de Málaga, Málaga, 1993.
Coord. de *Homenaje a Rilke*, Fundación Unicaja Ronda, Málaga, 1994.
El periodismo como arma política. «La Etcétera» de Juan José Relosillas, Corona del Sur, Málaga, 1996.

Ed. de Juan José Relosillas, *Narraciones, artículos y ensayos*, Ed. de Puente de Plata, Málaga, 1993.

Las revistas andaluzas. «Caracola», Cuadernos lit. del centro cult. de la G. del 27, Málaga, 1994.

«Una llamada inesperada. José Baena», *Cuadernos del Aula de Letras de la Univ. de Málaga*, Málaga, 2001, pp. 3-6.

Artículos

- «Ciertas concomitancias textuales entre Relosillas y Dostoyevski», *Jábega LIX* (1988).
«El compromiso literario en Cela», *El Parnaso XXX* (1990), pp. 19-24.
«Felipe, sus secuaces y algo de literatura», *Puente de Plata V* (1998), pp. 47-48.
«José Caballero: Viaje hacia la materia», *El Sol* 7-VI-91.
«Juan José Relosillas», *Sur* 17-I-87.
«La ciudad como motivo poético», *Aulaga III* (1995), pp. 7-8.
«Palabras sobre el pentagrama», *Entre música y poesía*, Ed. Obra Socio Cultural de Unicaja, Málaga, 1995, p. 1.
«Para que sea». *El Abanto IX* (1999), pp. 42-43.
«Pedro Antonio de Alarcón y la literatura malagueña: Juan José Relosillas», *Jábega LXVIII* (1990), pp. 44-48.

«Poemas primeros de José Moreno Villa», *Sur* 28-v-88.

«Sawa-Díaz de Escovar. Epistolario inédito», *Puente de Plata* II (1992).

«Una piedra de tropiezo llamada Leopoldo María Panero», *Puente de Plata* IV (1994).

Reseñas

Alberti, R. *Canciones para Altair*, en *Sur* 21-x-89.

Ameztoy, Begoña, *El asesino de Baltimore*, en *Sur* 7-v-94.

AA.VV. *Revista Sur*, en *Sur* 29-x-94.

Benítez Reyes, F., *Vidas improbables*, en *Papel Literario*, 22-x-95.

Bernal, J. L., *El ultraísmo ¿Historia de un fracaso?*, en *Palabras del 27* III (1989), pp. 17-18.

Chirbes, Rafael, *Los disparos del cazador*, en *Sur* 2-vii-94.

Coupland, Douglas, *Generación X*, en *Sur* 27-v-94.

Eliade, Mircea, *El burdel de las gitanas*, en *Sur* 30-iv-94.

Ferraté, Juan, *Jaime Gil de Biedma. Cartas y artículos*, en *Sur* 14-v-94.

Fortuny, Fco., *Cielo rasante*, en *Sur* 8-viii-92.

Fortuny, Fco., *Versos libres*, en *Sur* 15-x-94.

Fortuny, Fco., *Fata Morgana*, en *Puente de Plata* v (1998), p. 57.

García, Álvaro, *La noche junto al álbum*, en *Sur*, 7-vii-90.

García, Álvaro, *Intemperie*, en *Sur*, 13-i-1996.

García Montero, L. *Además*, en *Sur* 12-xi-94.

Hinojosa, José M^a., *Obras completas*, en *Puente de Plata* vi (1999), pp. 51-52.

Inglada, Rafael, *Vendaval en Nambroca*, en *El Sol de Antequera*, 24-vii-93.

Laforgue, J., *Moralidades legendarias*, en *Sur* 11-vi-94.

Luque, Aurora, *Carpe Noctem*, en *Sur* 24-ix-94.

Mesa Toré, J. A., *El amigo imaginario*, en *Sur* 8-ii-92.

Mesa Toré, J. A., *La primavera nórdica*, en *Papel Literario*, 15-xi-98.

Richard, Ivor Armstrong, *Crítica práctica*, en *Puente de Plata* I (1992).

Rilke, R. M^a., *Nuevos poemas II*, en *Sur* 18-vi-94.

Rojas, Jesús Antonio, *El año del mono*, en *Papel Literario*, 1-x-95.

Sánchez Rosillo, E. *La vida*, en *El Laberinto de zinc* III (1997), p. 45.

Simenon, G., *Los vecinos de enfrente*, en *Sur* 4-vi-94.

Simón, César, *Siciliana*, en *Sur* 5-v-90.

Sopeña Monsalve, A. *El florido pensil*, en *Sur* 1-x-94.

Ulacia, M. *Luis Cernuda: escritura, cuerpo y deseo*, en *Palabras del 27* I (1987), p. 26.

Valender, J.; Mesa Toré, J. A., *Manuel Altolaguirre. Los pasos perdidos*, en *Palabras del 27* v (1990), p. 19.

Vázquez Rial, H., *Frontera Sur*, en *Sur* 23-iv-94.

Villalba, Juan M., *Todo lo contrario*, en *Sur* 21-ii-98.

Villena, Luis A. De, *10 menos 30*, en *Sur* 12-iv-97.

Woolsey, Gamel, *El otro reino de la muerte*, en *Sur* 20-v-94.

Este onceavo cuaderno de

El agua en la boca.

nombre barajado por Hinojosa, Cernuda, Aleixandre y Prados en 1929 para una publicación de signo surrealista que sucediera a las dos primeras etapas de *Litoral*, se edita como suplemento de la revista con la intención de difundir la obra de artistas malagueños. • Colaboran en la realización de este cuaderno, dedicado al escritor José Luis González Vera, los escritores José Antonio Garriga Vela y Ángel Luis Montilla Martos y el fotógrafo Ignacio del Río. • Se imprimió en Málaga el día XXI de VI de MMI con el diseño y bajo el cuidado de Lorenzo Saval y Miguel Gómez Peña y el apoyo del Ayuntamiento y la Diputación de Málaga.

